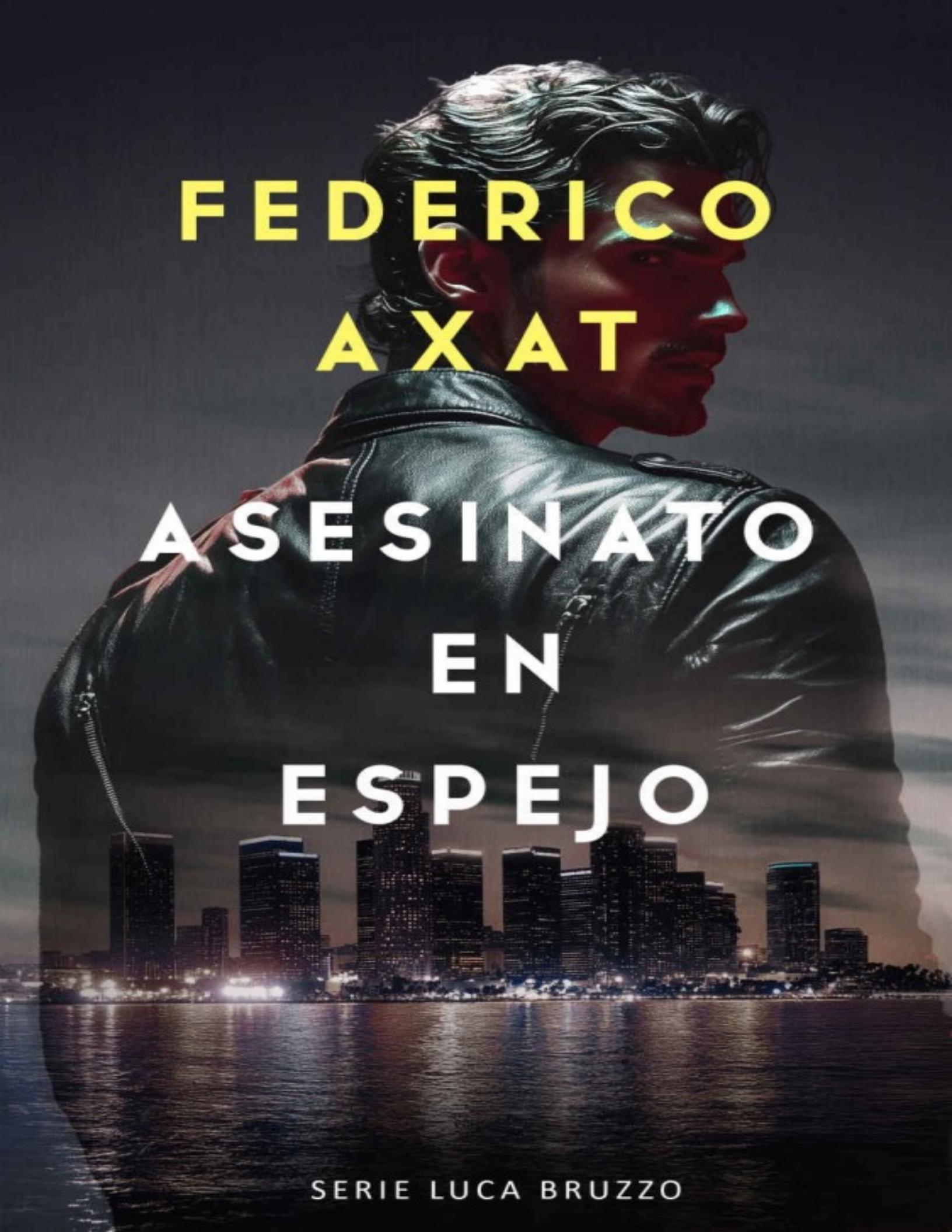

FEDERICO AXAT
ASESINATO EN ESPEJO
SERIE LUCA BRUZZO

Asesinato en espejo

(Luca Bruzzo 2)

Federico Axat

Copyright © 2025 by Federico Axat

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por la Ley de la Propiedad Intelectual.
Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier método o procedimiento, salvo autorización expresa de su autor.

Versión 3.0: mayo 2025

Índice

Suscripción lista de correo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26

27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
EPÍLOGO
Siguiente libro de la serie

Novela gratis
Nota al lector

Suscripción lista de correo

Ahora puedes unirte a mi lista de correo y recibir novedades y promociones exclusivas.

Además, podrás conseguir GRATIS El caso cero, una precuela de la serie de Luca Bruzzo.

Lista de correo de Federico Axat



A mi padre,
Raúl E. Axat

1

Los Ángeles, año 2010

Cuando Luca vio al capitán Durham esperándolo en el aparcamiento subterráneo, supo de inmediato que algo iba mal.

Detuvo el coche a su lado, aún con el motor en marcha, y bajó la ventanilla.

—¿Pasa algo?

La pregunta era estúpida, por supuesto.

—Necesito hablar contigo a solas un momento.

Luca se lo pensó un segundo y asintió en silencio. Subió la ventanilla y condujo hasta la zona asignada a los detectives de Robos y Homicidios.

Regresó a pie y encontró a Danny Durham en el mismo sitio que antes. Su expresión era indescifrable, lo cual era mucho decir de alguien a quien Luca conocía mejor que a ningún otro miembro del departamento de policía de Los Ángeles.

—¿Por qué tanto misterio?

—Vamos a tomar un café.

No hizo falta aclarar que el ofrecimiento no incluía dirigirse a la sala de descanso de la quinta planta, donde estaba la unidad. En cambio, subieron por las escaleras hasta la planta baja. En una esquina había una máquina expendedora de café.

—Veo que no vas a adelantarme nada —dijo Luca mientras le daba el café a Durham y elegía otro para él.

—¿Cómo está Lily?

A Luca la pregunta le hizo un poco de gracia. No porque a Durham le interesara su hija —al fin y al cabo, Lily era su ahijada y ambos tenían una relación estrecha—, sino porque el capitán estaba evitando la cuestión por la que lo había esperado en el aparcamiento subterráneo.

Luca cruzó los dedos de la mano libre.

—Ya se ha recuperado de la fiebre, así que acabo de dejarla en la guardería.

—Me alegra oír eso. La llamaré más tarde para saludarla.

—Le encantará.

No dijeron nada más hasta que salieron por la puerta principal. La imponente estructura del flamante edificio del departamento era un verdadero prodigio arquitectónico, especialmente en comparación con el viejo Parker Center, que había quedado en desuso el año anterior e iba camino de ser demolido.

En el mismo complejo había un restaurante de comida mexicana que tenía mesas en la parte de fuera, ninguna de las cuales estaba ocupada en ese momento. Algunos polis tenían la costumbre de sentarse un rato con sus cafés, algo que a los dueños no parecía importarles. Ocuparon una mesa apartada.

—¿Qué ocurre, Danny?

A Luca no dejaba de sorprenderle la facilidad con la que el nombre de pila del capitán surgía naturalmente cuando estaban solos.

—Ayer hablé con el sheriff Wenner. Tienen un caso que quieren endosarnos.

Luca sabía perfectamente a qué se refería Durham. El departamento del sheriff tenía jurisdicción en el territorio anexionado a la ciudad y, ocasionalmente, y por razones que rara vez tenían que ver con impartir justicia de la mejor manera, sino con algún otro interés, se amparaba en un tecnicismo para que la investigación recayera bajo la órbita del LAPD. Justo es decir que, a veces, lo mismo sucedía a la inversa.

—Encontraron a un tipo muerto en una mina abandonada en las montañas de San Gabriel —continuó Durham—. Se llamaba DeShawn Miller, con domicilio aquí en la ciudad, y esa es la razón por la cual quieren pedir el traspaso.

—¿Está justificado? Quiero decir, el lugar del hallazgo parece relevante. Ellos conocen esos territorios mucho mejor que nosotros.

Durham se encogió de hombros e hizo una mueca de resignación.

—Por eso quería hablar primero contigo. Yo creo que tenemos motivos para rechazarlo.

—¿Por qué quieren quitárselo de encima?

—El tipo tiene un historial de robos. El último, bastante grave. Entró con un cómplice en un restaurante, había un policía entre los comensales y se produjo un tiroteo. Hubo heridos y un hombre murió. Estuvo casi diez años en la cárcel por eso.

—¿Sólo diez años?

—Wenner no quiso decirme demasiado por teléfono. Me imagino que no pudieron probar que fue él quien disparó el arma. No lo sé. Como sea, está claro que si Arson se mete en todo este asunto puede complicar las cosas. Seguramente se opondrá con uñas y dientes.

Arson era el director del departamento, y además había sido capitán de Robos y Homicidios antes que Durham. Luca lo conocía desde hacía mucho tiempo y sabía que el enfoque político era prioritario para él. Cada decisión que el director tomaba pasaba primero por un filtro de conveniencia muy particular.

—No entiendo, Danny. ¿Queremos el caso? No parece muy estimulante un exdelincuente muerto en una mina abandonada.

Durham bebió el resto de su café y se quedó mirando hacia la calle Main, donde el tráfico era bastante fluido a esa hora de la mañana.

—Junto al cuerpo de Miller encontraron un antiguo espejo de mano.

La frase, que para cualquiera no habría representado nada especial, dejó a Luca helado. Se dejó caer contra el respaldo de su silla, con la mirada desenfocada y su mente catapultada al pasado. Durham empezó a buscar algo en su móvil, pero él ya no le prestaba atención.

Doce años antes, en 1998, Luca hacía poco tiempo que había ingresado en la división. El caso de Amanda Stewart fue el primero asignado a su cargo. Por aquel entonces, su compañero estaba de baja por un asunto interno, por lo que la investigación recayó enteramente sobre sus hombros. Luca se obsesionó con el caso.

Amanda Stewart tenía diecinueve años, vivía en un modesto hogar de clase baja con sus padres y su vida había dado un vuelco: empezó a salir con un chico de clase alta llamado Tom Blair. Amanda no sólo se relacionó con Tom, sino también con sus amigos, y en muy poco tiempo su actitud hacia sus seres queridos cambió. Con su madre dejó de tener la relación cercana y cómplice de siempre, discutía con su padre e incluso se distanció de su mejor amiga, a la que conocía desde la infancia.

A Amanda la asesinaron en el parque Callegari, cerca de la una de la madrugada, mediante un golpe en la cabeza con un objeto contundente.

La noche del asesinato, Amanda estuvo en una discoteca llamada La Perla Negra, propiedad de la familia de Tom, junto con este y otros amigos. Amanda y Tom habían tenido discusiones durante la semana y decidieron marcharse de la discoteca para hablar. Siempre según la versión de Tom, Amanda se había vuelto muy posesiva y demandante, y esa noche, mientras caminaban en dirección al parque, volvieron a discutir. Tom Blair aseguró que regresó a la discoteca y que Amanda siguió su camino hasta el parque sola.

Jamás se recuperó el arma homicida ni muestras genéticas del asesino. Entre las pertenencias de Amanda, sin embargo, fue hallado un espejo antiguo que ninguno de sus allegados reconoció.

La investigación se centró primeramente en el novio, que incurrió en varias contradicciones y omisiones. Sin embargo, cuando todo parecía indicar que Luca lo tenía acorralado, el abogado de Tom Blair presentó una grabación realizada en la discoteca que probaba que el joven efectivamente había estado allí al momento de producirse el crimen. Aunque Luca siempre estuvo convencido de que Tom podría haber matado a Amanda y regresado a toda velocidad a la discoteca, lo cierto es que nunca pudo probarlo.

Durham le mostraba algo en el móvil.

Luca se inclinó y enfocó la vista en la pequeña pantalla, aún sin pronunciar palabra.

—Le pedí a Wenner que me enviara la fotografía del espejo —dijo Durham.

Junto a un marcador de evidencia había un espejo de mano con el marco trabajado, casi con seguridad de bronce y decididamente antiguo, muy similar al que habían encontrado junto al cuerpo de Amanda Stewart, más de doce años antes.

—Mierda, Danny…

Durham asentía.

—Es imposible que sea una casualidad, Luca.

—Otra razón para pensar que la cagué con el caso de esa chica. Como si hiciera falta.

—Oye, Luca, no es por eso por lo que estamos aquí. Hicimos lo que pudimos con ese caso.

Luca negó con la cabeza.

—Siempre creí que era el novio, Danny, y que ese hijo de puta se me había escapado…

—En todo caso, se nos escapó a ambos.

Aquello no era cierto. Durham aún no había llegado a Robos y Homicidios cuando Luca investigó el caso por primera vez. Unos años después, cuando ya eran compañeros, Luca volvió a revisarlo varias veces, con la esperanza de sacudir un poco al novio y hacerlo cometer un error, algo que no sucedió. Eventualmente, el caso pasó a la división de casos sin resolver.

Desde entonces, Luca llevaba una fotografía de Amanda en uno de los compartimentos de su cartera. Además de a su mujer, era algo que no le había dicho a nadie.

—Si hay otra muerte… entonces quizás no fue un crimen pasional —reflexionó Luca.

La idea lo aterraba. No sólo nunca había podido resolver el caso, sino que posiblemente lo había enfocado erróneamente desde el comienzo.

—El tipo de la mina puede ser la respuesta —dijo Durham—. El Sheriff ya hizo la conexión con el espejo gracias al VICAP.

Luca se alarmó. El sistema VICAP pertenecía al FBI. En la cadena de peces que se roban los casos unos a otros, el FBI era el más grande de todos.

—Danny, tenemos que quedarnos con esta investigación a toda costa.

—Lo sé. Por eso quería hablar contigo fuera de la oficina. Pienso lo mismo.

Luca sacudió la cabeza.

—Han pasado más de diez años. El caso de Amanda Stewart era algo doméstico, siempre lo vi de esa forma. ¿Qué demonios significa esto?

—No tengo la menor idea, Luca. Supongo que podremos sacar alguna conclusión en cuanto conozcamos más detalles. Voy a hablar con Wenner ahora mismo para acelerar el traspaso. Creo que ellos están más interesados que nosotros en hacerlo pronto.

Regresaron al edificio en silencio. Luca aún procesaba internamente las implicaciones de lo que acababa de suceder. Nunca se había resignado del todo a soltar el caso de Amanda, pero esta era posiblemente la única posibilidad concreta que tendría de poder darle un verdadero cierre.

2

La división de Robos y Homicidios estaba particularmente concurrida ese martes por la mañana. Al menos la mitad de los escritorios estaban ocupados; algo poco común, puesto que los días destinados al papeleo eran los lunes y los viernes.

Luca saludó a varios detectives, entre ellos a Erica Sanders, con quien intercambió algunas palabras cordiales sobre el fin de semana y sus respectivas familias. Erica, cuyos hijos estaban entrando en la adolescencia, se había convertido en una guía emocional para Luca en lo concerniente a la crianza de Lily y a la paternidad en general. A veces con ironía, otras con honestidad brutal, sus consejos siempre resultaban reveladores y premonitorios. «Disfruta de esta etapa, Luca, porque lo que viene es el verdadero problema»

Cynthia Santos, su compañera, estaba en su escritorio atendiendo varios asuntos a la vez: una llamada telefónica, mirando las notas en una libreta y escribiendo en el ordenador. Luca, que tenía cuarenta y cuatro años y se consideraba un hombre joven y activo, no podía evitar ser consciente del paso del tiempo ante cada muestra de la inagotable energía de Cynthia.

Cortó la llamada y, al levantar la vista, lo vio.

—¡Luca! Ya tengo todo arreglado para firmar la orden con el juez Rosson —anunció exultante.

—Buen trabajo.

El rostro de Cynthia se transformó al ver su expresión.

—¿Lily está bien? —preguntó con preocupación.

Luca se quitó la chaqueta, la colgó en el respaldo de su silla y le dijo a Cynthia lo mismo que le había dicho al capitán Durham un momento antes: que a Lily le había bajado la fiebre y que ya se sentía mucho mejor. Se sentó y encendió el ordenador. Normalmente, este sería el momento en que aprovecharía para

preparar un café en la sala de descanso, pero la dosis de cafeína estaba cubierta por un rato.

—Oye, Cynthia, con respecto a esa orden, dile al juez que quizás nos tomemos unos días para ejecutarla.

Cynthia se quedó mirándolo con expresión desconcertada.

—Lo sé, lo sé —dijo Luca—. Dile a Rosson que ha surgido algo de última hora. Lo entenderá.

—¿Ha surgido algo?

Luca sabía que los próximos días estarían dedicados casi exclusivamente al caso del tipo en la mina abandonada. Dosificar el tiempo y los recursos era parte fundamental del trabajo —probablemente una de las más difíciles—, y como detective *senior* esta era una de las cuestiones que más le costaba inculcar a su compañera, que quería hacerlo todo ya mismo. Luca la entendía, por supuesto, porque así eran la mayoría de los detectives jóvenes, que llegaban a la división más prestigiosa del departamento de policía de Los Ángeles con la ambición de comerse el mundo. Él había sido uno de ellos.

—Acabo de hablar con Durham sobre algo que podría cambiar nuestras prioridades.

Cynthia se interesó de inmediato. Dejó de escribir en el teclado y giró la silla para escucharlo.

Luca miró alrededor y comprobó que gozaban de cierta intimidad. Prefería que nada se filtrara antes del anuncio formal, pero no iba a mantener a su compañera en la sombra. Luca y Cynthia tenían una regla de oro: ser absolutamente honestos el uno con el otro.

A continuación, le relató a Cynthia lo poco que sabía del hallazgo de DeShawn Miller, el hombre muerto en la mina abandonada, y de las similitudes con el caso de Amanda Stewart.

—¿Qué antigüedad tenía el espejo que encontraron con la chica? —. Cynthia lo miraba con esa intensidad especial que Luca ya conocía. El caso había despertado el interés de su compañera, y esa era una buena señal.

—Más de cien años. No lo recuerdo exactamente. Se lo mostramos a un anticuario y nos dijo que podía valer más de cinco mil.

—¿Sería robado?

—No lo creo. Cuando repasemos el caso, te contaré cuál es mi teoría. Pero lo cierto es que ese espejo siempre ha sido un misterio.

Luca dudó un momento. Finalmente, cedió ante su primer impulso, metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó su cartera. Buscó la fotografía de Amanda y se la entregó a Cynthia, que la cogió sin comprender.

—Es Amanda cuando tenía dieciocho.

—Era guapísima —dijo Cynthia. Levantó la mirada, buscando confirmar lo obvio.

—Este caso es muy importante para mí —se limitó a responder Luca.

Estaba hecho. Ahora Cynthia era la segunda persona que sabía que él llevaba en todo momento una fotografía de Amanda Stewart. De algún modo, acababa de dejar absolutamente claro la importancia que ese caso tenía para él.

Luca miró en todas direcciones para asegurarse de que nadie los estaba mirando. Acercó su silla para que su compañera pudiera oírlo mejor.

—La cagué en esa investigación, Cynthia. Fue mi primer asesinato como detective al mando. Estaba seguro de que el novio la mató. De hecho, todavía lo estoy.

—¿Qué sucedió?

—Me apresuré con el novio: un chico de clase alta llamado Tom Blair. Arson era por entonces el capitán y lo convencí de que debíamos detener al novio y presionarlo para que confesara. El chico había incurrido en dos o tres mentiras gordas que yo podía probar y pensé que con eso tenía suficiente. Arson finalmente accedió y lo interrogamos en el subsuelo del viejo Parker Center…; es un día que tengo grabado en la memoria como si hubiera sucedido ayer. El abogado de Tom Blair era un tipo muy astuto y con recursos bajo la manga. Me permitió avanzar bastante con el interrogatorio, incluso poner en aprietos a su cliente. Yo estaba convencido de lo que hacía, hasta que…

Luca hablaba casi en susurros. Cynthia lo miraba sin pestañear.

—Hasta que el tipo sacó de su maletín una cinta de vídeo. Era una grabación hecha en una discoteca, a la misma hora del asesinato.

Cynthia cerró los ojos, recibiendo la noticia como si acabara de sucederle a ella.

—Fui imprudente —dijo Luca—. Podría engañarme y pensar que no tenía forma de saber de la existencia de esa cinta, pero sería una mentira. Una testigo me lo insinuó, pero yo no supe verlo. Cuando sucedió todo esto yo era un poco mayor que tú, Cynthia, y ese caso me marcó para siempre. Mi forma de trabajar cambió desde ese día.

—Es lo que estaba a punto de decirte. Cuando te preparas para un interrogatorio te gusta tener todas las opciones exploradas.

Luca se encogió de hombros.

—Ahora sabes la razón.

Cynthia adquirió una expresión esperanzada.

—Bueno, quizás esta sea la oportunidad para mirarlo todo con un enfoque nuevo.

—Lo he investigado a fondo varias veces, hasta que Arson envió el caso a casos sin resolver. Fue la ruptura definitiva de nuestra relación.

El capitán Durham salió de su despacho. Al advertir que Luca lo observaba, le mostró sutilmente un pulgar hacia arriba.

Luca experimentó una inyección súbita de adrenalina. Sabía que Danny no resolvería todo con una llamada de unos pocos minutos, pero posiblemente había allanado el camino con la oficina del sheriff, y eso era muchísimo.

Cynthia, que también había advertido el gesto del capitán, observó con una mezcla de preocupación y curiosidad cómo Luca apretaba con fuerza la fotografía de Amanda que aún conservaba en el puño.

3

Tan solo unos años atrás, Luca no habría dejado de pensar en Amanda Stewart durante el resto del día, incluso al llegar a casa —*especialmente* al llegar a casa—; habría comido algo rápido en cualquier rincón mientras leía la copia del expediente, para luego irse a dormir tardísimo, agotado y frustrado por haber sacrificado horas de descanso.

—Papá, hoy no me quiero bañar.

Lily rio. Estaban en su habitación haciendo puzzles.

—¡Qué raro! Es la primera vez que no quieres bañarte.

Como a cualquier niña de cuatro años, a Lily no le gustaba bañarse, y el intercambio que vendría a continuación formaba parte de una dinámica que ambos conocían. Luca sabía que contaba con un margen de tiempo limitado para que Lily accediera sin rabietas. El cansancio aparecía de repente, sin aviso e implacable. Y entonces el humor de Lily cambiaría en un abrir y cerrar de ojos y ya sería demasiado tarde.

Luca consultó el reloj del móvil: eran las siete de la tarde. Tenía media hora para bañar a su hija y que estuviera en la cama con su muñeca Indy, lista para dormir.

Al principio, Luca se había resistido a la insistencia de la doctora Patel de cumplir horarios como si se tratara del ejército, pero con el tiempo confirmó que por algo la doctora Patel era pediatra desde hacía dos décadas y él un detective que iba aprendiendo de crianza a medida que su hija crecía. La rutina era vital.

—Tengo una idea —dijo Luca—. Creo que queda una última pastilla mágica de color violeta. Ve quitándote la ropa mientras yo la busco.

Eso zanjó el asunto.

Lily ya estaba metida en la bañera cuando Luca echó la diminuta pastilla y el agua empezó a teñirse de violeta. Lily lo celebró con una serie de chapoteos.

—Lily, por favor, estás salpicando todo.

—Perdón.

Luca regresó a la habitación de su hija y dejó el pijama preparado en la cama; también tres cuentos para que eligiera: el truco detrás de este presunto acto de elección era dejar de lado los cuentos que Luca estaba harto de leer. Esta enseñanza no era de la doctora Patel, sino un aprendizaje cien por cien Bruzzo.

—¡Papá!

El grito de Lily lo puso inmediatamente en tensión. Corrió al baño. Si Lily se había golpeado la cabeza…

Entró al baño intempestivamente. Lily estaba en la misma posición que antes, pero con el dedo extendido.

—¡Una araña!

Una voz llegó desde la planta de abajo.

—¿Todo bien ahí arriba?

—Sí, cariño —dijo Luca levantando el tono de voz.

—Sí, cariño —repitió Lily.

En uno de los azulejos, efectivamente había una araña del tamaño de un átomo. Luca le acercó un oso de goma para que la araña se subiera.

—¡No con Billy!

—Billy va a ayudarme a sacar a la araña de casa. Tú, mientras tanto, ponte jabón en el cuerpo y en tus partes íntimas.

La doctora Patel insistía en que llamaran a las cosas por su nombre, pero a Luca había ciertas palabras que le costaba pronunciar delante de su hija. Vagina era una de ellas.

El lavado del pelo de Lily era una de las tareas más ingratas. Si no se quejaba porque el champú le entraba en los ojos, lo hacía porque el pelo le tiraba mucho al pasar el cepillo. Esta parte del proceso se parecía más a una de esas competiciones en las que cada equipo tira de una cuerda en direcciones opuestas que a las escenas idílicas de un padre bañando a su hija.

Lily bostezó. Los ojos se le cerraban…

—Hora de salir.

Lily no se resistió. Mientras Luca la envolvía con una toalla, ella se quedó mirándolo.

—Papá…

Luca sabía lo que vendría, palabra por palabra, pero igualmente formuló la pregunta:

—¿Qué?

—No quiero lavarme los dientes. Hoy comí manzana.

Luca no respondió. La teoría ridícula de no lavarse los dientes después de comer una manzana era de una de las tías de Lily, que recurría a ese truco para que sus hijos comieran fruta, incluso a costa de sacrificar la higiene dental. Luca no juzgaba las estrategias de otros padres; cada uno hacía lo que podía.

Convencer a Lily de que los dientes necesitaban limpiarse siempre le llevó valiosos minutos. La ayudó con la tarea mientras ella volvía a bostezar.

A continuación, fueron de la mano a la habitación.

—No quiero ninguno de esos cuentos, papá. Quiero el de la rosa del elefante.

Una rosa en la trompa de un elefante era uno de los libros más largos. Luca, no obstante, se sentía como un corredor que se acerca a la meta y está dispuesto a hacer lo necesario para salir airoso. Empezaba a saborear el momento en que rompería la cinta de llegada, y no iba a arruinar esa sensación ahora que estaba tan cerca. Él también había tenido un día largo. Fue hasta la biblioteca y buscó el libro que Lily quería, una especie de compendio de poemas delirantes con imágenes surrealistas, regalo de una tía. No la tía de la teoría de la manzana: Lily tenía muchas tías.

Luca leyó el libro, al que conocía prácticamente de memoria, por momentos no del todo consciente de que lo hacía. Estaba sentado en el suelo al lado de la cama, él y su hija iluminados apenas por una lamparita de noche con forma de Hello Kitty. Cada tanto, Luca miraba sutilmente a Lily y ella se encargaba de decirle que todavía estaba despierta.

Cuando terminó el último de los poemas, Lily tenía los ojos cerrados. Luca apagó a Kitty.

Hasta aquí, todo bien. Pero Luca sabía que, si sopesaba la idea de salir del dormitorio en ese momento, los sensores paranormales de su hija lo detectarían al instante y se despertaría. Tenía que

esperar un mínimo de diez minutos. Quince, si quería estar seguro. Después, salir de la habitación con la habilidad de un ninja, recordando exactamente dónde pisar para no hacer ruido. Así funcionaban las cosas.

Un rato después, Luca bajaba las escaleras con la satisfacción de la tarea hecha.

Luca agradeció el silencio de la casa. Lily era la estrella en torno a la cual giraba el sistema familiar, algo que a veces podía resultar ciertamente agotador. Al llegar al rellano de la escalera, vio a Sarah sentada en el sofá con el ordenador. Estaba de espaldas a él, por lo que Luca aprovechó para mirarla, en parte para no interrumpirla, pero también porque de vez en cuando le gustaba observar en qué se había convertido su vida después de haber dado un giro de ciento ochenta grados.

Sarah era detective en la división de Hollywood y se habían conocido durante un caso en el que ella tuvo una pequeña colaboración. Salieron dos veces a cenar, lo pasaron bien, pero la cabeza de Luca estaba en otra parte en ese momento, inmerso en una investigación compartida con el FBI que no le permitía pensar en nada más. Ella le diría más tarde que fue consciente del mal *timing*, y que de hecho llegó a convencerse de que la relación no tenía posibilidades de prosperar. Esperó algunos días con cierta esperanza de que él se pusiera en contacto con ella, pero Luca no lo hizo. Sarah estaba pasando por su propia etapa de cambios. En el pasado había sido especialista en justificar por qué un chico no volvía a llamarla: por su trabajo, por su altura, por mil razones. ¿Por qué tenía que esperar ella la llamada?

Luca no olvidaría jamás el momento en que Sarah lo llamó. Estaba en el aparcamiento del edificio del FBI cuando vio en la pantalla del móvil el nombre de la detective Tripplehorn. Ella lo saludó con naturalidad y él supo, por alguna razón misteriosa, que ese preciso instante marcaría el comienzo de algo nuevo para él.

Para ellos.

A partir de ese momento no se separaron nunca. Un año después se casaron y al poco tiempo llegó Lilian Juniper Bruzzo Tripplehorn,

la energía transformadora más potente del universo y un nuevo patrón de medida de todas las emociones conocidas.

Habían dejado de ser sólo ellos dos para convivir con la abogada litigante más pequeña del mundo. Y la más eficaz.

Compraron una casa preciosa de tres habitaciones en Brentwood, modesta en comparación con otras propiedades de la zona, pero que para ellos fue amor a primera vista. Gracias a la venta de la casa que Luca había heredado de su madre y a una hipoteca que les había hecho temblar el pulso, ahora tenían el hogar perfecto. Luca, que había vivido rodeado de recuerdos, sintiéndose cada día más ajeno y perdido, se maravillaba ante esta nueva vida ordenada y equilibrada, donde cada instante era testigo de lo que vendría y no una autopsia de su propio pasado.

Las noches estaban reservadas para Sarah y para él. A veces veían una película o una serie, pero la mayoría de las veces se quedaban en el jardín bebiendo algo y charlando.

Sarah se giró al escucharlo. Lo observaba con expectación.

Luca levantó el pulgar y ambos sonrieron con complicidad. Él se sentó en el sofá a su lado y ella bajó la pantalla del ordenador.

—¿Qué es eso tan importante que tenías que decirme? —dijo Sarah.

—¿Te suena el nombre de DeShawn Miller?

Sarah pensó un momento.

—No. ¿Debería?

Luca se levantó.

—Salgamos fuera. Hoy ha pasado algo que merece una cerveza fría.

De todos los lugares, el jardín trasero era el que les había conectado con esa casa cuando decidieron comprarla. Era relativamente pequeño, y con un desnivel en el centro que acompañaba la topografía del terreno. En la parte más alta había una mesa rectangular con una barbacoa y, en la más baja, a la que se accedía desde el salón, había un conjunto de mesa y sillones de ratán. Los muros eran altos y estaban cubiertos de enredaderas. Unas tiras de luces que colgaban de tres cables le daban al sitio una magia especial.

Se sentaron uno en cada brazo del gran sillón con forma de L que estaba en la esquina, cada uno con una cerveza.

Por segunda vez en el día, Luca relató lo poco que sabía del hallazgo del cadáver de DeShawn Miller en la mina abandonada, y la probable relación con el asesinato de Amanda Stewart a través del antiguo espejo de mano.

Al escuchar el nombre de Amanda, Sarah se llevó una mano a la boca. Ella sabía mejor que nadie lo que ese caso significaba para su marido.

—A ver si mi línea de tiempo es correcta —dijo Sarah—. Amanda es asesinada en 1998, es decir, hace doce años. Un año después, DeShawn Miller roba un restaurante con un cómplice, es atrapado y enviado a prisión, donde permanece encerrado durante diez años. El año pasado recuperó la libertad, y ahora aparece muerto en una mina abandonada con un espejo muy similar al de Amanda Stewart.

—Eso mismo.

Sarah se quedó callada un momento.

—¿Qué edad tenía Miller cuando lo mataron?

Luca hizo memoria. Estaba seguro de que Durham no se lo había dicho.

—No lo sé. Supongo que, al momento de ser arrestado, tendría menos de veinticinco; entrar armado en un restaurante concurrido no parece obra de un delincuente experimentado. Así que, al morir, podía tener unos treinta y cinco.

Sarah bebió un trago de cerveza.

—Lo primero que pienso es que, quizás, hace doce años alguien tenía intenciones de matar a Amanda Stewart y a DeShawn Miller, y que el apresamiento de él sólo retrasó esos planes.

Luca lo había pensado; sin embargo, era una idea que le resultaba incómoda por varias razones.

—No lo sé, Sarah, todavía no he entrado en contacto con el expediente y el caso ya me inquieta. Amanda y Miller no se movían en los mismos círculos. Los Stewart eran una familia decente de clase media; DeShawn Miller robó un restaurante y mató a una persona. ¿Qué podían tener en común?

—Siempre has dicho que Amanda se había vuelto una persona obsesionada por el dinero; que quizás la fortuna del novio era uno de los principales atractivos de la relación.

—«Obsesionada» es una palabra demasiado fuerte. Amanda quería progresar.

—A lo mejor, Amanda tenía ese espejo en su poder porque pretendía venderlo.

—¿Y Miller iba a ayudarla con eso? Sigo sin ver cómo podrían haberse conocido.

Sarah se lo quedó mirando. Él conocía esa expresión; era cuando ella se comunicaba con él telepáticamente.

Esta vez no funcionó.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—¿Y si era el padre del hijo que esperaba Amanda?

La primera reacción de Luca fue reírse, pero no lo hizo. La autopsia había revelado que Amanda estaba embarazada en el momento de ser asesinada. De hecho, ese fue uno de los puntos que complicó a Tom Blair, porque desde un principio él negó estar al tanto de ese embarazo, hasta que Luca lo confrontó con el testimonio de un farmacéutico que aseguraba que Blair había ido unos días antes de la muerte de Amanda a comprar una prueba de embarazo.

—No lo creo posible —dijo Luca.

¿Pero realmente lo creía?

Había estado convencido durante tanto tiempo de que Tom Blair había matado a Amanda, que contemplar cualquier otra posibilidad requeriría más que unas pocas horas para acostumbrarse.

Si Amanda y DeShawn se habían conocido de alguna forma y eso había derivado en un embarazo o en algún tipo de relación, ¿por qué alguien querría matarlos? Más aún, ¿por qué alguien querría matar a Miller más de diez años después?

—Y encima dejar una pista —dijo Luca finalmente.

—¿A qué te refieres?

—A que esos espejos conectan las dos muertes de forma inequívoca. ¿Por qué el asesino querría que hagamos esa conexión? ¿Eso no nos acercaría a él?

—Bueno, es la primera vez que hablas de un asesino, y no de Blair.

Luca negó con la cabeza.

Si Blair era efectivamente el asesino, volver a matar era una provocación que sólo un psicópata que juega en las grandes ligas sería capaz de concebir. Se quedó callado un largo rato.

—¿En qué piensas?

Luca sonrió.

—En el novio, pero también en nosotros… —Luca se inclinó, apoyó una mano sobre la de Sarah y la apretó sutilmente—, hablando de asesinatos, bebiendo cerveza en nuestro hermoso jardín. ¿Somos demasiado raros?

Era una broma recurrente entre ellos. Contra todo pronóstico, que sus respectivos trabajos tuvieran tantas cosas en común, había resultado ser una fortaleza para la pareja.

—¿Por qué me has preguntado antes si me sonaba el nombre de Miller?

—Revisé el archivo, y la división de Hollywood fue la que participó en el caso del atraco al restaurante en 1999. Salute es el nombre del restaurante.

Sarah abrió mucho los ojos.

—¡No puede ser!

Luca asentía.

—Fue el atraco donde estaba Marino.

Sarah no salía de su asombro.

Marino era un detective veterano de la división de Hollywood. Justo antes de jubilarse, comía pizza con su familia en Salute, una pizzería emblemática del centro, cuando dos delincuentes entraron a robar. Marino consiguió abatir a uno de ellos y el otro fue capturado.

—Tarde o temprano tendré que hablar con Marino —dijo Luca—, una vez que tenga más claro quién era realmente DeShawn Miller.

4

A las diez de la mañana del jueves 8 de abril, es decir dos días después de confirmarse el traspaso de la investigación por el asesinato de DeShawn Miller a la división central de la policía de Los Ángeles, Luca y Cynthia se reunieron en la estación del sheriff de Santa Clarita con la capitana Susan Weekes y el detective Barry Danvers.

Weekes se había sentado en la cabecera de la sala de reuniones, un poco alejada del resto, dejando claro que su rol sería el de una mera observadora. Danvers tenía delante una carpeta bastante delgada, la abrió y empezó a pasar las hojas con un dedo grueso que de vez en cuando se humedecía con la lengua.

Cuando llegó a la página donde estaba la línea cronológica, se aclaró la voz, tan gruesa como sus dedos:

—Veamos…, recibimos la llamada hace más o menos un mes, el diez de marzo, a las nueve de la mañana. No fue una llamada al 911 sino a la línea anónima de alertas, con lo cual no tenemos ningún tipo de información del denunciante. Estimamos que la llamada la hizo un hombre de entre treinta y cincuenta años, blanco, con acento de la zona. Esta persona dijo que había alguien en problemas en una de las minas abandonadas al oeste de las montañas de San Gabriel, cerca del camino para camiones. ¿Conocen la zona?

Luca y Cynthia negaron con la cabeza. Danvers buscó en la carpeta un mapa de Santa Clarita y sus alrededores.

—Nosotros estamos aquí —. El índice del detective aterrizó en un punto, como el monolito de *2001 odisea en el espacio*. A continuación se desplazó dos o tres centímetros—. La mina abandonada está aquí.

—Parece bastante cerca —observó Cynthia.

—Sólo en apariencia —dijo la capitana Weekes en su primera intervención—. Ese punto está a más de mil quinientos metros de altura.

Luca ya había imaginado que el acceso no sería sencillo; lo que la capitana acababa de decirles lo confirmaba.

—Hasta ese momento —prosiguió Danvers— no sabíamos que nos encontraríamos con un cadáver. Se desplegó en la zona el equipo voluntario de rescate: un miembro de este departamento y dos civiles con conocimiento del área. Entre las diez y las once llegaron en sus vehículos lo más cerca posible y comenzaron la búsqueda. Hay una decena de minas más o menos conocidas, pero sabemos que hay más. Estábamos seguros de que no podríamos explorarlas a todas en un día, pero tuvimos suerte. Ethan Pierce, un empresario local miembro del equipo de rescatistas, reportó el hallazgo del cuerpo a las siete de la tarde.

Danvers les mostró fotografías del exterior de la mina. El acceso era mucho más reducido de lo que Luca había imaginado: apenas un hoyo en una saliente de rocas de no más de un metro cincuenta de diámetro. Incluso sin una referencia de escala demasiado precisa, Luca comprendió que la única forma de entrar a la mina sería agachado.

En el acceso había una puerta de barrotes bastante oxidada y deteriorada.

—¿La puerta estaba abierta? —inquirió Luca.

—Así es. El señor Pierce percibió un olor penetrante apenas entró, una mezcla bastante desagradable que me ahorraré de describir. La declaración completa de Pierce está en el expediente. Como siempre, ha sido muy generoso y colaborativo.

Luca no comprendió.

—¿Quién es Pierce?

Danvers pareció un poco indignado por la pregunta.

—Pierce es uno de los miembros más respetados de nuestra comunidad —dijo Danvers—. Hay quienes dicen que la mitad de las propiedades de Santa Clarita le pertenecen, pero lógicamente es una exageración. Quizás sea sólo la tercera parte.

Tanto Luca como Cynthia sonrieron.

—Pierce se crio en la zona y conoce las montañas. No es la primera vez que colabora con nosotros.

—¿Con qué se encontró al entrar?

Danvers y Weekes intercambiaron una mirada indescifrable.

—Todo está aquí adentro —dijo el detective señalando la carpeta —. Las fotografías, el informe del forense. Pocas veces vi algo así.

—Tenemos entendido que Miller murió de un golpe en la cabeza.

—Sí, una piedra filosa o un pico para escalar. Pero hay algo más. Miller estuvo encerrado en esa mina durante unos seis meses, casi sin luz y prácticamente sin comida, hasta que finalmente fue asesinado.

Luca no conocía este detalle, que ciertamente lo desconcertó. Miró a Cynthia, que también se mostró contrariada. La forma en que habían muerto Amanda Stewart y DeShawn Miller era coincidente: un violento golpe en la cabeza, pero el encierro y la agonía a la que había sido sometido Miller era una diferencia sustancial.

—¿El asesino lo tuvo encerrado en la mina durante seis meses?

—Así parece. Y sometido a todo tipo de tormentos. El forense encontró restos de ácido en las piernas.

—Mierda —dijo Cynthia—. Lo secuestró y torturó antes de matarlo.

—Miller salió de la cárcel en julio del año pasado —dijo Danvers —. Su familia no lo reportó, pero dejaron de tener contacto con él en octubre. Encontramos el cuerpo en marzo, de manera que fueron casi seis meses los que permaneció secuestrado. Por el grado de ensañamiento, es evidente que hubo algún tipo de venganza.

—¿Puedo ver el espejo?

—Claro.

Como si conociera la ubicación de memoria, Danvers sacó de la carpeta una fotografía del espejo de mano hallado en la escena del crimen.

Los otros tres observaron a Luca mientras examinaba la fotografía.

—No es exactamente igual al que encontramos en el bolso de Amanda, pero apuesto a que si lo viera un anticuario estaría de acuerdo en que es de la misma época.

—Lo hemos hecho —dijo Danvers con suficiencia—. Está usted en lo correcto, detective.

—No puede ser una casualidad —dijo Luca—. Tiene que haber alguna relación.

—Es lo que nosotros creemos —intervino Weekes—. Por eso están ustedes aquí.

—¿Cuál es su hipótesis, detective Danvers?

—No hemos podido encontrar un vínculo entre Amanda Stewart y DeShawn Miller, pero tampoco hemos tenido tiempo. La conexión entre los dos crímenes la hemos hecho hace apenas una semana.

—¿Algo más que debamos saber?

Danvers fingió pensar la respuesta.

—Como les digo, todo lo que hemos hecho está aquí. Cualquier cosa que necesiten, saben dónde encontrarnos.

La capitana fue la primera en ponerse de pie. Se despidieron cordialmente y el detective Danvers los acompañó hasta la salida.

—Espero puedan resolverlo —les dijo cuando ya estaban en el aparcamiento—. Nunca me crucé con un caso así. Una parte de mí se alegra de dejarlo ir.

Luca y Cynthia caminaron en dirección al coche. Antes de ocupar el asiento del conductor, Luca se volvió un momento y vio que Danvers seguía de pie en el umbral.

—¿Qué piensas, Cynthia?

—Que tenían muchas ganas de sacarse el caso de encima —dijo ella—. Estoy segura de que hay algo que no nos han dicho.

—Tengo la misma sensación.

Luca encendió el motor del Crown Victoria y salió del aparcamiento. Danvers levantó la palma de la mano por última vez cuando pasaron a su lado.

5

Luca y Cynthia decidieron comer en Santa Clarita. La elección del sitio corrió a cargo de ella: un restaurante de comida saludable en la calle Main llamado Eat Real. Lo cierto es que la alimentación de Luca había mejorado sustancialmente a raíz de los buenos hábitos de su compañera.

Eat Real tenía un acogedor comedor, pero prefirieron sentarse fuera, donde sólo había cuatro mesas. Iban a necesitar privacidad si pretendían revisar el expediente y mirar las fotografías que el detective Danvers había preferido obviar. El plan era aprovechar el viaje para visitar a Ethan Pierce, el hombre que había encontrado el cuerpo de Miller.

Eligieron la mesa más alejada, junto a una gran jardinera con unas plantas altas que bloqueaban la acera. Una camarera joven y amable les tomó la orden: sándwich de pavo para Luca y ensalada de pollo para Cynthia.

Dividieron el expediente. Cynthia se quedó con la cronología y los testimonios, entre ellos el de Pierce, mientras que Luca se concentró en la escena del crimen y los informes posteriores. Mientras esperaban la comida, cada uno estudió su parte en silencio.

Danvers había tenido razón en querer ahorrarse las fotografías. Aunque los años lo habían curtido, Luca supo de inmediato que verlas antes de comer no había sido una de sus mejores ideas.

Resultaba imposible no empatizar con DeShawn Miller y con el sufrimiento que evidentemente había padecido en esa mina, probablemente esperando la muerte como el mejor desenlace posible. De no ser por el tremendo hundimiento en la parte superior del cráneo, uno imaginaría que ese cuerpo gris y esquelético, propio de un espectro, pertenecía a un cadáver exhumado y no a uno que todavía no había sido enterrado. La piel mortecina, las extremidades delgadas como ramitas, el pene reducido a una aceituna

ennegrecida. Luca había visto fotografías de DeShawn Miller antes de entrar en prisión y lo que veía no se parecía en nada.

—¿Tan malas son? —preguntó Cynthia desde el otro lado de la mesa.

—Mejor no las veas antes de comer.

La comida llegó al cabo de unos veinte minutos y cada uno dejó su parte del expediente a un lado.

Comieron en tiempo récord. Antes de abandonar el restaurante, Luca habló con Durham y lo puso al corriente de la visita a la comisaría del sheriff. Le informó, además, de que aprovecharían para intentar hablar con el hombre que había descubierto el cuerpo.

Pocos minutos después, iban camino a la dirección de Ethan Pierce que constaba en el expediente, donde Cynthia encontró también algunos artículos de periódicos locales: En uno de ellos leyó que el hombre se había retirado de sus empresas —de las que ahora se ocupaban sus hijos— lo cual los animó a pensar que podían encontrarlo en casa.

Durante el trayecto, Cynthia hojeó el expediente en silencio. Fueron veinte minutos hacia el norte en los que prácticamente no cruzaron palabra. Recién cuando el GPS les indicó que estaban a menos de una milla, Luca se preguntó en voz alta si estarían en el sitio correcto: avanzaban por una carretera desértica llamada Soledad Canyon, y lo único que había alrededor eran unos montes cubiertos de vegetación, sin rastro a la vista de residencias, mucho menos de opulentas mansiones como la que intuían que habitaba Pierce.

Giraron a la derecha por un camino estrecho, prácticamente invisible desde la carretera, y al cabo de unos metros fue como atravesar un portal a otra dimensión. Un camino de asfalto atravesaba un viñedo, que los condujo hasta un extenso muro propio de una fortaleza. La pendiente del terreno les permitió ver parte de la imponente mansión que se erguía detrás y, más allá, las majestuosas montañas de San Gabriel. Luca no era un experto, pero habiendo comprado su casa hacía relativamente poco tiempo, había echado un vistazo al mercado inmobiliario, incluso a aquellas

propiedades que estaban completamente fuera de su alcance. La mansión del otro lado del muro valía no menos de treinta millones.

—Bien hecho, señor Pierce —dijo Cynthia, todavía con el expediente en el regazo.

Luca condujo el resto del trayecto convencido de que las posibilidades de ver a Pierce eran nulas. El hombre estaría en su yate privado o disfrutando de su dinero en cualquier otra parte, y si efectivamente estaba en casa, quedaba claro que vivía prácticamente escondido en el armario de Narnia porque no le apetecía ser molestado. Pero entonces Luca recordó que Pierce había colaborado en una causa noble para encontrar a un desconocido y se dijo que quizás lo estaba prejuzgando. Quizás era uno de esos especímenes en extinción que acumulan riqueza, pero se interesan por el prójimo.

Se acercaron con el coche a un intercomunicador donde había una cámara y un timbre.

Luca pulsó el timbre.

—¿Hola? —dijo una voz de hombre.

—Buenas tardes. Soy el detective Luca Bruzzo, de la división de Robos y Homicidios del departamento de policía de Los Ángeles. Estoy aquí con mi compañera, la detective Cynthia Santos, y necesitamos hablar cuanto antes con el señor Pierce.

—¿Por qué asunto?

—El hallazgo del cuerpo de DeShawn Miller en la mina abandonada.

Silencio.

—Dígale al señor Pierce que apenas nos hemos hecho cargo del caso, por eso no hemos podido avisar con anticipación.

Otra pausa.

—Soy Ethan Pierce —dijo la misma voz al cabo de un momento —. Aquí los espero.

Las dos hojas del portón que tenían delante empezaron a abrirse lentamente.

Luca estaba perplejo; había dado por sentado que estaban hablando con un guardia o alguna persona del servicio doméstico,

no con el dueño de la casa. Miró a Cynthia, que se encogió de hombros, tan sorprendida como él.

Los jardines interiores eran incluso más majestuosos de lo esperable. Más allá del dinero, era evidente que por lo menos algún miembro de la familia valoraba todas aquellas vistosas flores, diferentes especies de árboles y plantas de todo tipo.

—En uno de los artículos he leído que enviudó hace unos años y volvió a casarse —dijo Cynthia—. Apuesto a que con alguien mucho más joven.

Luca sonrió.

—No lo creo —dijo, más para llevar la contraria que por otra cosa —. Este tipo es un poco desconcertante: rescatista voluntario, atiende el timbre de su propia mansión y encima deja pasar a la policía sin rechistar. Yo creo que se sale de tu molde.

Cynthia lo miró con una ceja en alto.

—En esto tú eres el novato, créeme —dijo Cynthia—. ¿Viudo? ¿Así de rico? La nueva mujer es más joven que sus hijos. No falla.

Luca suspiró y se inclinó hacia adelante para admirar a través del parabrisas la mansión de estilo moderno que tenían delante. Mientras aparcaba el Crown Victoria, un hombre salió a recibirlos por la puerta principal. Luca miró a Cynthia para comprobar si aquel era Pierce, puesto que ella era la única que había visto una fotografía suya. Cynthia negó imperceptiblemente con la cabeza.

El hombre que se acercaba tenía unos sesenta años y vestía pantalón de vestir y camisa blanca.

—Bienvenidos, detectives. Pasen, por favor. El señor Pierce estará con ustedes en un momento.

Al entrar, se encontraron de pronto en un salón de dimensiones tan obscenas que era imposible no levantar la cabeza y preguntarse dónde estaba el techo, si es que acaso existía uno. El ambiente era luminoso y ofrecía una vista increíble de las montañas. En el centro había sillones blancos impolutos. El mobiliario en general era de un gusto exquisito.

—Tomen asiento, por favor —dijo el hombre antes de marcharse.

Los dos se quedaron donde estaban. Muy cerca de ellos había una fotografía de Pierce con su mujer, besándose delante del Taj

Mahal.

Luca no quería mirar a Cynthia, pero eventualmente tuvo que hacerlo y ella formó con los labios un silencioso «te lo dije».

Pierce llegó caminando por el otro extremo del inmenso salón. Era un hombre que ni por asomo parecía haber superado los sesenta años; conservaba todo su pelo, de un negro demasiado perfecto, tenía la tez bronceada y un estado físico envidiable. Era evidente que, además de llevar una vida equilibrada y saludable, Ethan Pierce había sido bendecido por la genética.

—Bienvenidos —dijo con una sonrisa digna de un político.

Les estrechó las manos, ofreciéndoles una disculpa por hacerlos esperar —aunque habían pasado menos de diez minutos—, y los invitó a ocupar los sillones en el centro del salón. Luca empezaba a sospechar de tanta amabilidad.

—¿Así que sois del departamento de Los Ángeles? Pensé que el sheriff seguiría con la investigación.

—Tenemos jurisdicción… —dijo Luca— por el domicilio de la víctima.

—Ya veo. He hablado dos veces con el detective Danvers, pero no tengo problema en hacerlo con vosotros. ¿En qué puedo ayudaros?

—Usted descubrió el cuerpo —dijo Luca—. Cuéntenos cómo sucedió, por favor.

—Recibí la llamada de Smith alrededor de las nueve y media del día diez de marzo. Era miércoles y yo estaba aquí en casa, en el gimnasio. Soy parte del equipo voluntario de rescatistas desde hace más de treinta años. Bueno, Nina y yo. Nina es mi perra.

Luca asentía. Estaba seguro de que todo lo que Pierce le decía constaba en el expediente, pero lo que realmente le interesaba no era eso, sino establecer con él un vínculo. Necesitaba empezar a pensar como alguien que conoce las montañas lo suficiente para saber dónde mantener cautiva a una persona durante seis meses.

—¿Se crio aquí, señor Pierce?

—Ethan, por favor. Y sí, soy la tercera generación en el área. Mi abuelo de hecho trabajó en alguna de esas minas. Él fue quien me llevó allí por primera vez cuando yo era niño. Por entonces, ya estaban abandonadas. Otras las fui conociendo con el tiempo.

—¿Cómo?

—Me gusta el alpinismo y las travesías en montaña. Ahora que mi hijo se ha hecho cargo de los negocios, tengo tiempo para viajar, pero durante años me dediqué a recorrer estas montañas —Pierce señaló el inmenso ventanal—. Las conozco bastante, pero no por completo. De hecho, no creo que hubiese podido encontrar a ese hombre tan rápido sin la ayuda de Nina. Ella me guio por un camino que no forma parte de ninguno de los senderos conocidos, bastante inaccesible.

—¿Qué tan inaccesible?

Pierce meditó la respuesta.

—Con un vehículo adecuado es posible acercarse bastante, pero el último tramo hay que hacerlo forzosamente a pie.

—¿Un vehículo de doble tracción?

—Exacto.

A Cynthia, que hasta ese momento se había mantenido en silencio, se le ocurrió una idea disparatada.

—¿Podría llevarnos, señor Pierce?

Él la observó como si Cynthia acabara de decir un trabalenguas difícil.

—¿Ahora?

—Claro —dijo ella—. Podríamos estar de vuelta antes de que oscurezca, ¿verdad?

Cynthia no se atrevía a mirar a Luca. Lo que acababa de decir había sido una improvisación del momento y no algo que habían acordado de antemano. Había una línea delgada entre la improvisación y la insubordinación.

Cynthia contuvo la respiración.

—Supongo que sí —dijo Pierce, no del todo convencido—. Bueno, no con esa vestimenta.

Se levantó del asiento y sacó algo pequeño del bolsillo.

—Marlon —dijo hablándole directamente a lo que resultó ser un intercomunicador—. Te pido, por favor, que traigas dos mudas de ropa de montaña para los detectives.

Luca se volvió en dirección a Cynthia. Estaba exultante.

6

En el Jeep Wrangler de Pierce, además del millonario y de los dos detectives, viajaba Nina, la pastora alemana más obediente del mundo. Cynthia, que compartía el asiento trasero con ella y que siempre había preferido a los gatos porque se ajustaban mejor a su estilo de vida, no podía resistirse a acariciarle la cabeza cada vez que Nina le apoyaba con suavidad una pata en la rodilla.

Mientras avanzaban por la carretera del cañón de Soledad, Pierce les habló un poco más de las minas de la zona, las cuales habían estado en funcionamiento durante los años veinte para luego quedar abandonadas por diversos motivos, entre ellos los altos costes de extracción. Eran minas de titanio, y el mineral del cual se obtenía se llamaba magnetita. En algunos casos, los trozos de magnetita se cortaban a cielo abierto, pero el material más puro se extraía de túneles como el de la mina en la cual fue descubierto Miller.

Cuando el vehículo se apartó de la ruta principal, Pierce dejó de hablar y se concentró en la conducción. Exigió al Jeep por un camino en pendiente entre salientes rocosas, donde la vegetación era ahora escasa, con algunas plantas rastreras que crecían entre las rocas. Un coche sin la potencia del Jeep no tendría la más mínima oportunidad en un camino como aquel.

—Hasta aquí es seguro llegar —dijo Pierce—. Más adelante, el camino es demasiado estrecho para dar la vuelta.

Se bajaron del coche. El sendero que tenían delante tenía una pendiente pronunciada, por lo que disponer de ropa adecuada había sido imprescindible.

Nina recorrió las inmediaciones moviendo la cola. Era evidente que estaba familiarizada con la zona.

—¿Qué altura tenemos? —preguntó Luca. Observaba hacia abajo, donde podía verse la ruta que acababan de transitar y una vía del ferrocarril que emergía de un túnel en la base de la montaña.

—Yo diría que unos mil metros —dijo Pierce—. Tenemos que subir quinientos más.

Cynthia pensó que no parecía demasiado, pero no lo dijo. Estaba extasiada observando la inmensidad de las montañas. Desde aquel punto no se advertía ninguna intervención humana más allá de las vías de comunicación en la parte de abajo.

Pierce se acercó y le entregó una botella de agua.

—Aquellas de allí son Las Tres Hermanas —dijo señalando el horizonte.

Cynthia cogió la botella y los tres se quedaron un momento contemplando el paisaje. Al cabo de unos minutos, emprendieron la marcha; Pierce iba adelante, pero quien realmente los guiaba era Nina.

A lo largo del recorrido encontraron algunos hierros oxidados entre la hierba crecida. Pierce les explicó que, originalmente, en la época en que su abuelo trabajaba en aquellas minas, había vagonetas que transportaban el mineral hasta abajo por vías de acero. Ya no quedaba nada de todo aquello, salvo algunos trozos retorcidos de color marrón.

Media hora de caminata en ascenso fue suficiente para que tanto Luca como Cynthia sintieran el esfuerzo en las pantorrillas; Pierce no parecía afectado en lo más mínimo. Dos o tres veces les preguntó si necesitaban parar un momento, pero ninguno de los dos quiso dar señales de debilidad y le dijeron que no.

Luca procuró pensar en el asesinato de Miller como una forma de enfocar su mente en otra cosa. Había imaginado que lo remoto del escondite sería un factor determinante en las motivaciones del asesino, pero quizás había subestimado en qué medida. ¿Por qué elegir un sitio así? Debía de haber otros sitios seguros para mantener a alguien escondido sin necesidad de incurrir en semejantes complicaciones.

—Señor Pierce —dijo Luca.

El hombre se dio la vuelta y lo miró con cierta decepción. No importaba cuántas veces se lo pidiera, Luca no iba a llamarlo por su nombre de pila.

—Este sendero no forma parte de los senderos habituales, ¿verdad?

—No. Los senderistas prefieren las travesías más largas, hacia el este. Casi nadie viene por aquí.

Luca, que apenas podía hablar con normalidad, siguió avanzando en silencio. Era el último, y Nina, por alguna razón, había decidido que debía acompañarlo. La perra no había dado ni la más mínima muestra de cansancio o de necesitar tomar agua. La botella de Luca estaba casi vacía.

Llevaban unos cuarenta minutos de ascenso cuando el valle de Santa Clarita se hizo visible a lo lejos. Pierce se detuvo en una especie de mirador natural y sus compañeros de travesía lo agradecieron en silencio.

—Allá a lo lejos está la montaña de Cobblestone, una de las más altas. Como veis, no es mucho más alta que el resto. Aquí los picos son bastante regulares.

—Precisamente en eso pensaba —dijo Cynthia—. Me perdería sin un GPS. ¿Cómo dio con este lugar, señor Pierce?

Pierce se la quedó mirando. Fue la primera vez que apareció en su rostro un leve signo de desprecio. Cynthia, lejos de sentirse mal, experimentó alivio. Desde que habían llegado a su casa, Pierce no había mostrado más que amabilidad y ganas de cooperar, les había prestado ropa y los había llevado él mismo a la montaña; era bueno saber que era capaz de otras emociones humanas.

—Cuando conducía por la carretera con la ventanilla bajada, en un momento, Nina se intranquilizó.

Nina, que se había quedado quieta por primera vez desde que bajaron del Jeep, sabía que estaban hablando de ella. Pierce le acarició la cabeza.

—Conozco a Nina y sé cuándo algo la inquieta. Cuando llegué a la mina, lo entendí.

—¿A qué se refiere? —preguntó Luca.

—El olor —dijo Pierce con terror en los ojos—. Nunca voy a olvidar ese olor.

Se quedó callado mirando la inmensidad. Al cabo de unos segundos pareció despertar de un sueño.

—Espero que ya no esté allí —reflexionó finalmente—. ¿Estáis listos para seguir?

Ninguno de los dos lo estaba, pero dijeron que sí.

Media hora más tarde, el comportamiento de Nina los alertó de que estaban a punto de llegar. La perra ladró al aire varias veces. El sendero, cada vez más estrecho, los condujo a una explanada donde había algunos arbustos, y una ráfaga de viento confirmó lo que Pierce tanto temía. Luca lamentó no haber traído consigo una mascarilla, porque si así de penetrante era el hedor a esa distancia —estaban a unos diez metros—, no quería ni imaginar cómo sería dentro de la mina. Intercambió con Cynthia una mirada de resignación.

—Hasta aquí llego yo —dijo Pierce—. No quiero volver a revivirlo.

Detrás de los arbustos se veía parte de la entrada a la mina. Era incluso más pequeña de lo que Luca había pensado al ver las fotografías.

Pierce sacó de su mochila dos linternas pequeñas y se las entregó junto con dos prendas adicionales.

—Usad esto para cubrir la boca y la nariz. Os recomiendo que no estéis ahí dentro más de unos minutos. A unos diez metros por la galería principal veréis un gancho en la pared, si es que la policía no lo ha quitado. Allí encontré el cadáver.

Luca y Cynthia se dirigieron a la mina. Hubo un instante en el que Nina pareció dudar si ir con ellos o no, pero finalmente se quedó con su dueño.

Se envolvieron el rostro con las prendas y caminaron hasta la entrada.

El hedor a podredumbre, incluso a través de la tela, era insoportable.

—Ve tú primero —dijo Cynthia—, así puedo salir corriendo si no lo soporto más.

La puerta de barrotes estaba cerrada, pero no tenía un candado ni mecanismo de seguridad.

—Allá vamos —dijo Luca mientras encendía la linterna.

La galería principal tenía poco menos que un metro y medio de diámetro y no era para nada regular. Había rocas salientes en el

suelo y en las paredes. Algunas se habían desmoronado con el paso del tiempo.

En el suelo, se alcanzaba a ver parte de unos raíles de acero similares a los que habían visto en el camino. Unos metros más allá, vieron el punto que Pierce les había indicado, donde la galería se ensanchaba un poco y se dividía en dos. En una de las paredes había un gancho de acero inoxidable instalado recientemente por el secuestrador de DeShawn Miller. A ese gancho había estado unido Miller mediante una cadena de cuatro metros.

—Voy a apagar la linterna —dijo Luca.

Cynthia no protestó.

La mina quedó completamente a oscuras salvo por el disco de luz de la entrada, que lo eclipsó todo. A medida que sus ojos se fueron acostumbrando a la penumbra, los contornos y las formas irregulares de las paredes empezaron a dibujarse de nuevo. Pensar que DeShawn Miller había pasado meses así era demencial. Ni siquiera estirando la cadena al máximo, Miller habría podido acercarse lo suficiente a la entrada como para disfrutar de un poco de sol en el rostro.

—Luca, por favor, enciende la linterna otra vez.

El olor era cada vez peor. La tela había funcionado relativamente bien al principio, pero ya no era suficiente. ¿Cómo había soportado Miller? ¿Cómo había pasado larguísimas noches completamente a oscuras?

Luca se preguntó si los investigadores habrían explorado el resto de las galerías, porque las fotografías del expediente eran todas de la galería principal y del sitio donde había aparecido el cuerpo.

—Voy a explorar el resto —dijo Luca.

—¡¿Qué?! Luca, no sabemos hasta dónde llegan esos túneles…

—Espérame fuera, Cynthia. Cuanto más rápido lo haga, mejor.

Cynthia sabía que la decisión estaba tomada y que no tenía sentido discutir.

—No tardes.

Luca decidió explorar el primero de los dos túneles que discurrían formando una Y. El hedor era peor en esa parte, y al alumbrar con la linterna comprendió la razón. Entre las formas irregulares de las

rocas había restos de excremento, tan pequeños que no parecían humanos. Luca se apretó la tela a la cara con la mano libre. Se preguntó por qué no habría moscas. La humedad extrema y el calor sofocante eran condiciones ideales para las moscas, sin embargo, allí no había ninguna. Quizás los minerales de la mina desprendían algún olor que a los insectos no les gustaba, pensó, y entonces recordó la recomendación de Pierce de no permanecer en la mina demasiado tiempo.

Se obligó a avanzar por el túnel, que no había sido otra cosa que el retrete de DeShawn Miller hasta el día de su muerte. No pudo evitar imaginarlo allí, con su salud deteriorada, quizás desvariando a causa del encierro, haciendo el esfuerzo para expulsar los mínimos desechos de su mala alimentación. Aquel reducto se habría convertido en su mundo. Luca llevaba apenas unos minutos en la mina y la urgencia de salir era imperiosa; imaginar que alguien había permanecido allí meses enteros era algo que excedía la capacidad de imaginación de cualquiera.

Los excrementos y las manchas de orina se interrumpían abruptamente, y Luca comprendió que Miller no podía ir más allá de esa línea imaginaria. El túnel, a partir de ese punto, se hacía cada vez más estrecho convirtiéndose en lo que parecía ser una galería secundaria. En el suelo no había raíles, y unos metros más adelante la perforación había colapsado. Cuando Luca llegó hasta allí, en las rocas que bloqueaban el avance encontró una especie de moho blancuzco y unas diminutas polillas blancas que se alteraron en cuanto las iluminó. Optó por dar media vuelta y regresar a la bifurcación.

Sopesó seriamente la posibilidad de salir un momento, tomar un poco de aire y volver a entrar. Lo curioso era que empezaba a acostumbrarse un poco a las condiciones de la mina, y sabía que si salía le costaría mucho tomar la decisión de volver a entrar.

Además, había algo en lo que no había dejado de pensar desde que leyó el expediente esa misma mañana en Eat Real, y sabía que, si no lo comprobaba ahora que estaba en la mina, la pregunta le seguiría dando vueltas para siempre. ¿Había dejado DeShawn Miller

alguna pista durante su encierro? Era lo que haría cualquier persona sensata, ¿no?

Débil y encadenado, Miller no habría tenido posibilidades de escaparse. En cambio, dejar alguna pista parecía algo perfectamente razonable. Allí había infinidad de lugares para escribir algo en una piedra, fuera del alcance de su secuestrador. Miller sabría que, eventualmente, alguien entraría a la mina cuando él ya estuviera muerto.

Luca era esa persona y no quería fallarle.

Ignoraba si Danvers o alguien más del departamento del sheriff se habían esforzado lo suficiente en este sentido. Probablemente no.

Empezaría por el segundo brazo de la Y. Lo bueno era que no necesitaba llegar demasiado lejos. Con cubrir la distancia hasta la que Miller había tenido acceso sería suficiente.

Empezó a revisar la superficie de la piedra con la linterna. Parecía poco probable que Miller hubiera dejado un mensaje escrito directamente sobre la piedra, a la vista de cualquiera, pero no iba a descartarlo. La superficie era irregular, y unas letras delgadas podrían pasar desapercibidas con facilidad.

Unos minutos después, todavía sin resultados, decidió empezar a mover las rocas caídas a lo largo de la galería. En algún momento Cynthia le preguntó desde la boca de la galería si estaba bien, y él le respondió que sí, que saldría en unos minutos. No encontró nada detrás de las rocas medianas, y sólo quedaban unas pocas de las grandes. Algunas de ellas incluso serían difíciles de mover para él, por lo que era poco probable que Miller pudiera haber dejado un mensaje debajo de ellas, débil y exhausto.

Hacer fuerza sin respirar correctamente terminó agotándolo. Y ni siquiera había valido la pena.

Miller, no me obligues a regresar a tu retrete y a buscar entre tu mierda seca.

Pero entonces tuvo una idea. No era del todo correcto buscar dentro de los límites donde Miller había podido desplazarse…

¡Podría haber dejado un mensaje en una roca y lanzarla lejos!

Luca siguió recorriendo la galería, ahora apuntando con la linterna directamente al suelo. Sentía el corazón acelerado. Tenía

perfecto sentido que Miller hubiese dejado su mensaje lejos, donde su secuestrador no se preocuparía en buscar, y quizás la policía tampoco.

Y de pronto la vio: una roca un poco más grande que una pelota de tenis. Incluso bajo la luz de la linterna, aquella roca era diferente a las que la rodeaban. Era tan evidente que, al desplazar el haz de la linterna, Luca pudo divisar otra más adelante.

Se agachó, dejó la linterna en el suelo y examinó la roca con una mano.

En una parte plana de la roca había dos letras rayadas: T. B.

Luca casi se quita la tela del rostro para gritar de la emoción.

Tom Blair.

El novio de Amanda Stewart. No podía ser una casualidad.

La cabeza de Luca empezó a analizar de inmediato las posibles ramificaciones. La más importante y obvia era que Tom Blair era el responsable de secuestrar y torturar a Miller hasta matarlo.

Salió de la mina, se quitó la prenda del rostro y llenó sus pulmones del aire limpio de la montaña.

Cynthia empezó a protestar hasta que vio las dos rocas que Luca traía en la mano.

—¿Qué es eso?

—Souvenirs —se limitó a responder él.

Nina apareció entre los arbustos. Pierce se acercó con calma.

—Vamos a llegar al coche de noche —dijo el hombre—. Será mejor que nos pongamos en marcha ya mismo.

7

Rutina: la fórmula mágica que Luca había descubierto después de los cuarenta, en parte cortesía de la doctora Patel, la pediatra de Lily.

Durante toda su vida había subestimado el poder de la organización diaria y de una cantidad abrumadora de rituales. Cuando una persona caótica por naturaleza como él se ve arrastrada a un mundo con horarios, actividades programadas, menús de comida preestablecidos y un sinnúmero de reglas, hay una primera fase de agobio, de instinto de supervivencia, especialmente cuando la paternidad te llega de forma tardía; pero, de repente, un día cualquiera, empiezas a ver los frutos de este estadio superior de la vida adulta y lo abrazas como lo que es: el tronco que conseguirá mantenerte a flote.

El *único* tronco que conseguirá mantenerte a flote.

De buenas a primeras te has vuelto uno de *ellos*.

Uno de estos rituales sagrados —el tronco más grueso en ese mar de responsabilidades— ocurría los sábados: Lily iba a casa de alguna de sus tías junto a sus nueve primos. Sarah tenía cuatro hermanas y, entre las cinco, se turnaban para ser anfitrionas; de esta forma, Luca y Sarah aprovechaban para hacer todas las cosas que no podían hacer entre semana, las mañanas por separado y el resto del día juntos.

Luca había retomado su afición por el ajedrez, a la cual había abandonado en la adolescencia. Nunca había sido una promesa de la disciplina ni nada por el estilo; justamente por eso lo dejó, y porque ninguno de sus amigos lo entendía realmente y él prefería hacer cosas con ellos. Su nueva organización en la vida lo acercó, primero en la modalidad en línea y después con personas de carne y hueso. Descubrió que el ajedrez era el antídoto perfecto para sosegar su mente, con tendencia a enfocarse excesivamente en el trabajo. Le había llevado años darse cuenta de que su trabajo como detective

era mucho mejor cuando conseguía tomar distancia y no estar todo el tiempo metido en la mierda.

En el club de ajedrez había todo tipo de rivales, desde adultos como él hasta niños con capacidades extraordinarias con los que resultaba frustrante jugar. Tenía dos amigos con los que jugaba con frecuencia, pero este sábado en particular no estaban allí. Del otro lado de la mesa había un adolescente silencioso de mirada perdida que estaba siendo despiadado con él en el tablero.

—¿Cuál es tu ELO? —preguntó Luca mientras intentaba sobrevivir a un ataque letal de caballo y dama.

El ELO es una medida de la potencia de cada jugador. Luca no competía oficialmente, pero estimaba su fuerza en 1800 puntos ELO.

—Dos mil doscientos —dijo el adolescente—. Me falta una norma para ser maestro internacional.

Luca asintió. La inminente derrota tenía una relevancia diferente ahora que conocía la potencia de su oponente.

Unas jugadas más tarde, Luca se rindió y le tendió la mano a su joven rival, que ni siquiera se molestó en preguntarle si quería volver a jugar. El chico acomodó las piezas en sus casillas de inicio y se levantó de la silla.

Luca levantó la cabeza para buscar a un rival de su talla justo cuando alguien se sentó en el sitio que había dejado vacante el adolescente.

—Buenos días, detective Bruzzo —dijo el director Arson.

Luca intentó ocultar la sorpresa, sin éxito.

—Buenos días, Arson.

Saludarlo con naturalidad, como si fuese perfectamente normal que el director se apareciese de repente en su club de ajedrez, hizo la situación todavía más incómoda.

Arson sonreía con suficiencia. La relación entre ambos se remontaba a varios años antes, cuando Arson era capitán de la división de Robos y Homicidios, y fue relativamente pacífica al principio, con tensiones que fueron en aumento. Que ninguno de los dos sentía por el otro una estima profunda había quedado de manifiesto cuando Arson eligió a Danny Durham como su sucesor, en lugar de Luca, que era el candidato natural.

—Me imaginé que te encontraría aquí —dijo Arson—. ¿Jugamos?

Alguna vez, Arson le había dicho que era aficionado al juego, pero nunca lo había visto antes allí. El director no esperó una respuesta, puso el reloj en cero e hizo el primer movimiento.

—¿Qué hace aquí, Arson?

—Quiero saber cómo va el caso de la montaña.

—Recién empezamos —dijo Luca y pulsó el reloj después de efectuar su movimiento.

Jugaron la apertura con rapidez. Era evidente que Arson no era un jugador ocasional, aunque ciertas imprecisiones le hicieron pensar a Luca que podría ganarle. El director hablaba sin dejar de mirar el tablero.

—Sé lo que habéis hecho, Bruzzo. Tú y tu jefe. Y no me ha gustado nada.

Arson movió un alfil y terminó la frase pulsando suavemente el reloj.

—No sé a qué se refiere, Arson.

El hombre lo miró sin un ápice de humor en el rostro.

—No me tomes el pelo. Puedo entender que quieras ese caso y que hayáis hecho las cosas a mis espaldas, pero no que me trates de idiota.

—El caso de Amanda Stewart es importante para mí, usted lo sabe mejor que nadie. Pero con Durham no actuamos a espaldas de nadie. Si los dos homicidios están conectados, entonces nadie mejor que nosotros para llegar al fondo del asunto. El sheriff no iba a hacerlo. Sabe que tengo razón.

Arson se quedó callado. Pensó su siguiente movimiento hasta que finalmente se decantó por el enroque. Jugaron en silencio durante unos cinco minutos.

—¿Sabes qué es lo que más me irrita? —dijo Arson finalmente—. Que tenga que explicarte esto precisamente a ti, que llevas años en la fuerza y que sabes cómo es la política en el departamento.

—¿A qué se refiere?

—Sabes a qué me refiero. No me hagas explicarte lo obvio.

Arson se llenó los pulmones de aire. Luca conocía al director muy bien y sabía que estaba furioso, incluso más de lo que él había

anticipado.

—Arson, lo siento si esto atenta contra los intereses políticos. Realmente lo siento. Pero ¿qué se supone que debemos hacer? ¿Mirar para otro lado?

—Ese es el punto. Soy yo el que debe tomar esa decisión. Porque el culo que va a volar primero si no mejoramos las estadísticas del año pasado va a ser el mío.

Luca avanzó un peón y amenazó un caballo y un alfil al mismo tiempo. La partida estaba virtualmente terminada. Arson lo miró con fuego en los ojos.

—Dos homicidios nuevos, Bruzzo. Dos. Os necesito resolviendo los casos que ya tenemos, no pidiendo prestados más a otras jurisdicciones, ni resucitando muertos.

—No tengo la culpa de que el caso se haya presentado en este momento. Es evidente que están conectados.

—Como acabo de decirte, esa decisión es mía.

—Soy consciente de que el caso de Amanda Stewart podría afectar ciertos intereses…

Luca dejó la frase en suspenso; no hacía falta decir más. Ambos sabían perfectamente que el novio de Amanda, Tom Blair, que además siempre había sido el principal sospechoso a los ojos de Luca, era el sobrino segundo del exgobernador del estado. Si bien el exgobernador había dejado su cargo con algunas acusaciones y una gestión no del todo buena, todavía era un hombre poderoso.

—Cuidado, Luca. No vayas a lugares donde no te conviene.

Lo había llamado por su nombre de pila. Luca sabía que estaba al borde de un precipicio.

Los dos se concentraron en la partida. Quedaba poco tiempo en los relojes y estaban a punto de entrar en lo que en ajedrez se conoce como un *time scramble*. Cualquiera de los dos podía quedarse sin tiempo si no movía las piezas con la velocidad suficiente.

Dos minutos después, el director se dio por vencido.

—No sabía que eras tan bueno, Bruzzo.

—¿Quiere jugar otra partida?

—No, tengo que irme. Pero antes hay algo que quiero decirte. Para eso he venido. Tú y tu compañera tenéis siete días para resolver esos casos. Si en ese tiempo no hay nada concreto que lleve a una detención, el caso Miller regresará a la oficina del sheriff, y el de Amanda Stewart a casos sin resolver, de donde nunca debió haber salido.

Luca estuvo a punto de reír, porque no había forma de que lo que acababa de decirle Arson fuese en serio.

—No entiendo —dijo Luca—. El espejo es la conexión entre los crímenes. Corresponde que…

—Esos espejos no son prueba de nada, a lo sumo son un indicio. Siete días es el tiempo que tenemos para evaluar un traspaso. Es un protocolo que rara vez se pone en práctica, pero pienso hacer uso de él.

Luca nunca había escuchado algo semejante.

—Es ridículo pretender resolver estos casos en una semana. ¡Imposible! Uno de ellos lleva más de diez años…

—Precisamente eso es lo que quiero que seamos capaces de evaluar a la hora de reabrir o solicitar casos nuevos: tener una certeza razonable de resolución. No quiero más casos sin resolver, Bruzzo. ¿Cuántas veces tengo que decirlo?

—Siete días… —dijo Luca, todavía sin dar crédito.

—Esa es tu prioridad de aquí en adelante —dijo Arson—. Si en ese tiempo no tenemos un culpable, nos quitamos los dos casos de encima. El lunes se lo notificaré a Durham, pero quería que tú lo supieras primero.

—Es inaceptable.

Luca apoyó la espalda en la silla. Estaban en un rincón, alejados de los otros jugadores, y el murmullo en el salón era demasiado alto para que alguien pudiera oírlos.

—Considéralo una atención, Bruzzo; dada nuestra… historia. Si hubieses sido otro miembro del departamento, las cosas habrían sido diferentes.

Por un momento, Luca pensó que aquel era un comentario a su favor.

Sólo por un momento.

Arson se levantó.
—Volveremos a hablar pronto —dijo antes de marcharse.

8

Siete días para que se cumpla el ultimátum de Arson.

El Crown Victoria se adentraba en un laberinto de calles estrechas y mal asfaltadas.

Edificios con las fachadas desconchadas, ventanas protegidas con barrotes oxidados y pintadas en las paredes eran el paisaje habitual en Compton, al sur de Los Ángeles. El GPS indicaba que estaban a menos de un kilómetro de la dirección de la familia Miller. Luca conducía con cautela, esquivando baches, atento al tráfico escaso y caótico.

—No me gusta nada este ultimátum de Arson —dijo Cynthia, con la mirada fija en el expediente abierto sobre su regazo—. Siete días es un plazo ridículo. ¿Qué pretende exactamente?

—No fue del todo claro. Un culpable. O algo contundente que nos lleve a uno, supongo.

—¿Y la roca que encontraste en la mina abandonada con las iniciales T. B.?

—Esperemos que nos lleve a algo. Por el momento, es sólo una roca con unas letras.

—Como el espejo…, *sólo* un espejo antiguo.

Luca asintió, apretando el volante con fuerza. El encuentro con Arson en el club de ajedrez lo había dejado con un mal sabor de boca. No sólo por la presión del ultimátum, sino porque sabía que detrás de eso estaba la tensa relación que siempre había existido entre ellos. Con momentos de mayor o menor intensidad, nunca había desaparecido por completo.

—No tenemos otra opción —dijo Luca—. Arson no cambiará de opinión y va a presionar a Durham. No quiero poner al capitán en una situación incómoda.

Cynthia sabía de la relación estrecha entre Luca y el capitán Durham, por supuesto, y entendía perfectamente que rebelarse contra la orden del director podía traerle problemas a su amigo.

—¿Crees que lo del protocolo del traspaso es cierto? Nunca había oído hablar de eso.

—Probablemente lo sea. Arson siempre ha sido un zorro viejo. Es capaz de cualquier cosa con tal de quedar bien.

Cynthia cerró el expediente de golpe.

—T. B. —dijo, casi escupiendo las iniciales—. Tiene que ser Tom Blair. Es demasiada coincidencia.

Luca se mantuvo en silencio unos segundos. Recordó la mina, la oscuridad, el hedor a muerte, la roca con esas dos letras grabadas. Él coincidía con su compañera; aquella pista era un señalamiento inequívoco a Tom Blair. Sin embargo, ¿probaba que él era el asesino?

No.

—Ya me precipité una vez con Blair —dijo finalmente—. No voy a volver a cometer el mismo error.

—Pero, Luca, las iniciales, el espejo…, todo apunta en esa dirección. Tenemos que ir a por él.

—Tenemos que ser cautelosos. Hay que hablar con la familia de Miller, averiguar si su hijo conocía a Blair, establecer la conexión entre ellos. Si vamos a ciegas, Blair se nos escapará otra vez.

Cynthia suspiró, resignada. Había leído el expediente del caso Stewart varias veces y no veía la hora de enfrentarse a Blair con pruebas contundentes. Más allá de ser un asesino, el tipo era un capullo.

Llegaron a la dirección indicada en el expediente. La casa de los Miller era una pequeña construcción de una sola planta, con la pintura desconchada y un jardín delantero descuidado.

Un grupo de muchachos jóvenes con ropa ancha y gorras en la cabeza se interesó inmediatamente en ellos. Si bien ninguno se acercó, no dejaron de observarlos mientras Luca y Cynthia se bajaban del coche.

El silencio en la calle era denso, opresivo.

—Parece que tenemos compañía —comentó Cynthia sin mirar al grupo de jóvenes.

—Tú y yo a lo nuestro —dijo Luca.

Se adentraron en el jardín cuando, de repente, escucharon un ruido proveniente de un costado, entre la hierba crecida.

Brummm…, Brummm…, Brummm…

Cynthia se apartó de un salto y dejó escapar un suspiro: un niño de unos cuatro o cinco años jugaba arrodillado con un camión de plástico.

—Hola —dijo Luca.

El niño negó con la cabeza, sin pronunciar palabra. Siguió jugando con su camión, como si los detectives fueran invisibles.

—Buscamos a Dorothy Miller —dijo Cynthia—. ¿Es tu madre?

No hubo respuesta. Luca se acercó a la ventana de la cocina y vio a una mujer de mediana edad, con el rostro cansado, observándolos desde el interior. Llevaba un delantal manchado de grasa y tenía el pelo recogido en un moño desordenado.

La mujer fue hasta la ventana y la abrió.

—¡¿Qué queréis?!

—Señora Miller, somos del departamento de policía de Los Ángeles —dijo Luca—. Yo soy el detective Bruzzo y ella es la detective Santos. Queremos hablar con usted sobre DeShawn.

La expresión de la mujer se endureció. Sus ojos, antes tristes, ahora desprendían una mezcla de dolor y rabia.

—Ya hablé con el otro detective.

—Señora Miller, entendemos que esto es difícil para usted —dijo Cynthia—, pero queremos encontrar a la persona que mató a su hijo. Necesitamos su ayuda.

La mujer los miró con fijeza.

—A mi hijo lo secuestraron y lo torturaron en esa cueva.

Les apuntó con el dedo.

—¡Pero vosotros lo encerrasteis primero en esa cárcel de mierda! Mi hijo era un buen chico. Cometió errores, por supuesto, pero el precio que tuvo que pagar fue demasiado alto. Desde el principio, nunca le dieron una oportunidad.

—Queremos justicia para su hijo —dijo Luca—. Sé que no es mucho, pero es nuestro trabajo y vamos a hacer lo que esté a nuestro alcance para conseguirlo.

La mujer se lo quedó mirando, con los mismos ojos penetrantes de antes, como si buscara leer la verdad en su rostro.

Luca aprovechó la oportunidad y le tendió una fotografía reciente de Tom Blair.

Dorothy se asomó a través de la ventana para mirarla.

—¿Conoce a este hombre?

—No —dijo de inmediato.

—¿Está segura, señora Miller? Piénselo bien. Es importante.

La mujer volvió a mirar la fotografía, frunciendo el ceño.

—No lo conozco. ¿Qué tiene que ver esa persona con el asesinato de mi hijo?

—No podemos darle precisiones de la investigación, señora Miller. Lo siento. Lo haremos en cuanto podamos.

La mujer soltó una carcajada amarga.

—Yo sé lo que hacéis. Venís hasta aquí para mostrarme esa foto, rellenar las páginas de un expediente que no servirá para nada y convencer a todo el mundo de que hacéis vuestro trabajo…

Luca la interrumpió con un ademán.

—Es posible que su hijo haya dejado una pista antes de morir.

Por primera vez, Dorothy Miller pareció dudar. Estudió a Luca, luego a Cynthia. Se quedó mirándola a ella, como si la descubriera por primera vez.

—Cuéntamelo tú —dijo dirigiéndose a Cynthia.

Cynthia sabía que debía hablar con convicción —y rápido— si querían ganarse a la madre de DeShawn. Dio un paso adelante.

—Su hijo dejó escritas unas iniciales: T. B. ¿Le dicen algo?

La mujer se rascó la cabeza.

—Creo que no.

—Piense con calma —la animó Luca.

—T. B. T. B. —repetía Dorothy una y otra vez—. No se me viene ningún nombre a la cabeza. DeShawn tenía muchos amigos…, antes de ir a prisión.

En ese momento, el niño que había estado jugando en el jardín se acercó y se paró al lado de los detectives.

—¿Puedo entrar, abuela?

Dorothy le habló directamente a Cynthia, ignorando a su nieto por completo.

—¿De verdad os importa mi hijo?

Cynthia asintió.

—Entrad. Tú también, Dwight.

Luca, Cynthia y el niño del camión entraron al minúsculo salón de la casa. Una de las paredes estaba decorada con fotografías de los hermanos Miller. Resultaba difícil precisar cuántos eran en total, pero sí descubrieron a DeShawn en varias de las fotografías.

La mujer les ofreció sentarse en un maltrecho sofá y ellos lo hicieron, bajo la atenta supervisión del niño del camión, que siguió con su juego en un rincón. Cada tanto, el niño del camión los miraba con desaprobación. El único sonido que salía de su boca era el de los ruidos de su vehículo de juguete.

Lo que sucedió a continuación fue triste y surrealista. Dorothy Miller encendió el televisor de 20 pulgadas y el reproductor de vídeo que estaba en un estante debajo. En ningún momento se preocupó por explicarles lo que iban a ver, simplemente retrocedió la cinta que estaba en el aparato y pulsó el botón de reproducción. Se sentó en el único sillón.

En la pantalla apareció un programa de televisión de bajo presupuesto llamado Talentos Locales. Delante de la precaria escenografía, que constaba de un panel con el nombre del programa y unas columnas romanas de yeso con plantas en la parte superior, había una mujer de unos sesenta años que en ese momento presentaba a un «chico de Los Ángeles». Al mismo tiempo que la presentadora, Dorothy Miller repetía cada palabra de memoria:

«Ahora tengo el placer de presentar ante ustedes a un talentoso joven de quince años del sur de Los Ángeles llamado DeShawn Miller. DeShawn aprendió a tocar la guitarra a los ocho años, yendo a una tienda de instrumentos musicales, pero fue recién a los once, cuando finalmente pudieron comprarle un instrumento propio. Desde entonces no ha parado de tocar. Le gusta el rock clásico y también el grunge. A pesar de su corta edad, DeShawn ha compuesto varias canciones originales. Su música es potente y conmovedora, y su dedicación y perseverancia son un ejemplo para todos nosotros»

Aunque era evidente que la presentadora leía la información, su compromiso con ese programa de escenografía barata resultaba admirable. Por supuesto, no tenía manera de saber que, dieciocho años después, la madre de DeShawn se aferraría a esas palabras para recordar la mejor versión de su hijo.

A Luca no le pasó desapercibido que la cinta había estado en el reproductor desde antes de que ellos entraran a la casa. Dwight, el niño del camión, negó con la cabeza en dos ocasiones mientras escuchaba a su abuela recitar las palabras de la presentadora.

En la pantalla apareció un joven DeShawn con unos pantalones rotos y una camiseta de Nirvana. Sonrió con nerviosismo mientras se colocaba detrás de un micrófono de pie y acomodaba la correa de su guitarra.

Aquel adolescente no se parecía en nada al de las fichas policiales que había en el expediente.

Dorothy guardó silencio mientras la presentadora y DeShawn intercambiaron las primeras frases. La emoción de Dorothy al escuchar la voz de su hijo fue evidente, probablemente como la primera vez que lo escuchó. Estiró un dedo en dirección a la pantalla.

—Escuchad la canción.

Lo dijo en un tono que no admitía objeciones.

DeShawn todavía no había tocado el primer acorde cuando, de pronto, la puerta de la calle se abrió. Los tres se volvieron en esa dirección. Luca fue el único que se levantó.

En la puerta apareció un hombre de unos cincuenta y cinco años, fornido, al que de inmediato identificaron como el padre de DeShawn, Marlon Miller. El parecido con su hijo era innegable.

—¡¿Qué hacen estas personas aquí?!

Dorothy empezó a responder, pero la voz de trueno de Marlon la eclipsó.

—¡¿Sois policías?!

El niño del camión —Dwight— agitaba la cabeza afirmativamente.

—¡Fuera de mi casa!

—Señor Miller —dijo Luca—. Estamos aquí para intentar esclarecer…

—¡Fuera!

Desde el televisor, el joven DeShawn cantaba una hermosa balada de rock pesado que a Luca le recordó bastante a la canción *More than words*, de Extreme. A veces, resulta sorprendente la cantidad de detalles que es capaz de procesar nuestro cerebro con la adrenalina a tope.

Luca anunció que se marcharían y eso pareció tranquilizar un poco a Miller, pero antes de salir dejó sobre la mesa una tarjeta.

—Si se le viene a la mente quién podría ser T. B. —dijo dirigiéndose a Dorothy—, llámenos. Hay otras cosas que quisiéramos hablar con ustedes, pero lo haremos en otro momento.

—No volváis a poner un pie en mi casa —dijo Miller.

Luca lo estudió, primero a él, y después a Dorothy.

—Nosotros le insistimos a la señora Miller para que nos permitiera pasar —dijo Luca—. Ha sido un error por nuestra parte.

—¡Ya lo creo que sí!

Salieron de la casa y la puerta se cerró violentamente mientras cruzaban el jardín.

Los jóvenes que antes habían visto en la esquina ahora estaban allí, justo frente a la casa de los Miller. Para llegar al coche, tuvieron que pasar muy cerca de ellos. Ninguno dijo nada, pero la expresión en sus rostros dejó en claro que tampoco eran bienvenidos en el vecindario.

Apenas entraron al coche, Cynthia hizo referencia al tatuaje de uno de los jóvenes que los seguían observando desde el otro lado de la ventanilla.

—¿Lo has visto? ¿En el brazo de uno de ellos?

—Lo he visto —dijo Luca mientras arrancaba el coche—. Creo que la visita ha sido más que fructífera.

9

Luca conducía con la mirada fija en el denso tráfico de la autopista 110. Cynthia, a su lado, apuntaba algunas líneas sobre la tensa visita a la casa de los Miller, para volcarlas más tarde al expediente.

—Tengo un contacto que puede ayudarnos con el tatuaje —dijo Luca—. Se llama Pete Nash y estudiamos juntos en la academia. Trabaja en la DPN.

La DPN era la Dirección de Pandillas y Narcóticos, un grupo especializado dentro del departamento que se encargaba de investigar las actividades de las pandillas callejeras, el tráfico de drogas y los crímenes relacionados. Su trabajo consistía en infiltrarse en las redes criminales, recopilar información, identificar a los líderes y desmantelar las organizaciones. Un trabajo peligroso y, a menudo, frustrante, pero vital para mantener el orden en las calles de Los Ángeles.

El tatuaje al que Luca había hecho referencia era el que habían visto en las fotos de la autopsia de Miller. Aunque deformado y deteriorado por las condiciones extremas de su encierro, todavía era distinguible: unas olas rompiendo alrededor de su brazo derecho.

Luca activó el manos libres.

—¿Bruzzo? —dijo la voz de Nash al cabo de casi un minuto.

—Hola, Pete. ¿Estás ocupado? Estoy con mi compañera, Cynthia Santos; ella también te está escuchando. Necesitamos tu ayuda.

—Tengo unos minutos antes de entrar en una reunión. Dime.

—Estamos buscando información sobre un tatuaje; creemos que puede definir la afiliación de alguna pandilla. Son unas olas rompiendo rodeando el brazo por completo.

—Lo conozco —dijo Nash al instante—. Está basado en una obra de un artista japonés, no recuerdo ahora su nombre. El tatuaje pertenece a los Floods, una pandilla pequeña, yo diría que en vías de extinción o ya desaparecida; quizás en estado de latencia. Se

dedicaban a robos de guante blanco, estafas, ese tipo de cosas. Nada de drogas ni violencia, al menos hasta donde yo sé. Han volado siempre bastante por debajo del radar. ¿En qué caso os habéis topado con uno de ellos?

Cynthia intervino:

—Un exconvicto: DeShawn Miller. Lo encontraron muerto en una mina abandonada, torturado durante varios meses. Parece un ajuste de cuentas.

—¿Durante meses? Los ajustes de cuentas suelen ser mucho más expeditivos.

—Miller estuvo en la prisión estatal de Lancaster —dijo Luca—. Se hizo el tatuaje allí, porque no los tenía en las fichas de ingreso ¿Podría ser sólo por protección?

—Lancaster… —murmuró Nash—. Es posible que haya sido una afiliación para gozar de un grupo de pertenencia. Los tatuajes te protegen y te dan estatus. Hay tatuadores con máquinas caseras hechas con motores de CDs y agujas de coser; cobran una fortuna en cigarrillos, comida, favores. Hay listas de espera, diseños exclusivos, tatuajes que te pueden costar un ojo de la cara. También hay tatuajes que te pueden meter en problemas si no los llevas con derecho.

—Necesitaríamos información de los Floods dentro de Lancaster. ¿Se te ocurre alguien que pueda ayudarnos?

—Déjame pensarlo… —dijo Nash—. Dudo que alguien de la calle os dé información, sobre todo después de lo que le pasó a Miller. Pero seguro que hay alguien más en prisión afiliado a los Floods que sepa cómo Miller se hizo miembro; yo empezaría por ahí. Una posibilidad es encontrar al tatuador, porque suele ser un miembro de la pandilla o alguien muy ligado a ella.

—¿Tienes algún contacto dentro de Lancaster?

—No exactamente en Lancaster —respondió Nash—. Pero tengo un informante que conoce como nadie el mundo del tatuaje en prisión. El tipo está fuera y tiene su propio negocio.

—¿Podríamos hablar con él?

—Luca… —dijo Nash en tono serio—. Es una fuente muy valiosa. Necesito que tengáis cuidado y que hagáis todo tal cual os lo indico.

No involucréis a nadie más del departamento.

—Descuida, Pete.

—Es importante, Luca. Tú eres una de las pocas personas en las que confiaría algo así.

A continuación, Nash les dio las instrucciones de cómo contactar a un tatuador conocido en el ambiente como Phoenix. Tanto Luca como Cynthia tomaron nota mentalmente; sabían lo que significaba discreción absoluta, nada de entradas en el expediente ni registros de ningún tipo.

—Gracias, Pete —dijo Luca—. Te debo una.

—No hay problema —respondió Nash—. Yo también voy a echar un vistazo a los archivos, a ver qué más encuentro sobre los Floods. La verdad es que me habéis intrigado, porque hace tiempo que no sé nada de ellos.

Luca interrumpió la comunicación.

—Necesitamos saber más de esa pandilla —le dijo a Cynthia—, algo me dice que no están tan inactivos como Pete cree.

—Luca, me gustaría ser yo la que contacte a Phoenix. Creo que tenemos más posibilidades de obtener información si yo hago lo que Nash acababa de decirnos.

Él se la quedó mirando. Sabía que su compañera tenía razón. Por otro lado, si Phoenix colaboraba con la policía era porque lo tenían agarrado por los huevos, y si además se ganaba la vida tatuando pandilleros, su mera existencia pendía de un hilo. Si Cynthia era descubierta…

—No lo sé.

Cynthia estaba en pleno proceso de aprendizaje. Luca confiaba al cien por cien en ella y en su capacidad, pero, si algo salía mal, él sería el responsable. La prioridad era no poner en riesgo la integridad de Cynthia.

—Vamos, Luca, seré mucho más creíble que tú. No tomaré ningún riesgo innecesario. Además, podríamos hacerlo ahora mismo.

Para el resto del día habían planeado ir a recoger la evidencia del caso de Amanda Stewart a la unidad de casos sin resolver, pero bien podían dividirse las tareas. A Luca le atraía la idea de poder terminar el día teniendo un perfil completo de Miller.

Cynthia señaló su reloj.
—El tiempo corre…

10

El zumbido de las máquinas de tatuar se mezclaba con el murmullo de conversaciones y el ritmo hipnótico del hip-hop que sonaba a través de los altavoces. El local se llamaba *Tattooink*; era amplio y estaba decorado con cuadros de diseños originales y fotografías de clientes orgullosos. Cynthia, vestida con unos vaqueros ajustados, una camiseta negra que dejaba ver sus propios tatuajes en los brazos y unas botas Dr. Martens, se sentía extrañamente fuera de lugar, a pesar de que en su vida privada el ambiente de los estudios de tatuaje le resultaba tan familiar como la comisaría. Se había maquillado los ojos con un delineado grueso y oscuro y recogido el pelo en una coleta alta, dejando al descubierto los pequeños aros plateados que adornaban sus orejas. Nada en su aspecto delataba que era policía, o eso esperaba.

Antes de salir de casa, donde Luca la había dejado con todas las recomendaciones del caso, había revisado la página web de *Tattooink.* Allí había visto el perfil de Phoenix, cuya especialidad era el realismo y los diseños japoneses. En su galería de trabajos, Cynthia había descubierto a un artista con una habilidad excepcional para capturar detalles y crear imágenes vibrantes y llenas de vida. En la foto de perfil se había encontrado con un hombre de unos cuarenta años, con el pelo rapado a los lados, una larga coleta en la parte de atrás y una mirada expresiva, profunda y melancólica.

Cynthia reconoció a Phoenix entre los diez o doce empleados que trabajaban, cada uno en su reservado. En ese momento estaba inclinado sobre un individuo gigantesco, con una barba tupida que le cubría la mitad del rostro, y en el que costaba encontrar una porción de piel sin tatuar.

Se acercó al mostrador de recepción, donde una joven con el pelo teñido de azul y múltiples piercings en la cara tecleaba con rapidez en el ordenador.

—Hola —dijo Cynthia—. Necesito hablar con Phoenix. Es sobre un tatuaje que me hizo la semana pasada.

La recepcionista levantó la vista con expresión de hastío.

—Está ocupado —respondió, señalando con la cabeza hacia el fondo del local—. ¿Quieres pedir cita?

—No, no es una cita —insistió Cynthia—. Es un problema con la tinta. Creo que está infectado. Me pica mucho y está inflamado. Necesito que lo revise.

La recepcionista la miró con escepticismo.

—Bueno…, puedo decirle que te llame cuando termine. Pero va a tardar un rato. Tiene una sesión larga.

—Por favor —suplicó Cynthia—. Es urgente. Sólo necesito que lo vea un minuto.

Antes de que la muchacha pudiera decir algo más, Cynthia dio media vuelta y avanzó con decisión, desoyendo las quejas de la chica.

Phoenix se sorprendió al verla. Se quedó mirándola, con la máquina tatuadora en la mano.

—Hola, Phoenix, soy Cynthia, no sé si te acuerdas. La semana pasada me hiciste un tatuaje de dos hipocampos. Creo que la tinta está reaccionando mal.

En los ojos de Phoenix hubo un brillo de reconocimiento; era evidente que había recibido el mensaje.

El hombre de barba observaba a Cynthia con interés.

—No recuerdo haberte tatuado la semana pasada —dijo Phoenix con la voz tensa—. ¿Tienes cita?

—No, vine directamente. Pensé que… bueno, como era un problema con la tinta…

—Todos los tatuajes que hago son con tinta de primera calidad —dijo Phoenix—. Es imposible que esté infectado.

—¿Podrías examinarlo, por favor? Como está en una zona… sensible, ya sabes, me preocupa un poco. Será sólo un momento.

Phoenix dudó. La mirada del hombre de la barba se clavó en él, con una intensidad que Cynthia no supo interpretar. Finalmente, Phoenix asintió, no del todo convencido.

—Será sólo un momento, Dusty —dijo Phoenix dirigiéndose a su cliente. Luego miró a Cynthia—. Ven conmigo.

Phoenix se quitó los guantes manchados de tinta, cogió un par nuevo del dispensador y condujo a Cynthia a una pequeña sala en la parte de atrás del local. La habitación era austera, con una camilla en el centro, una lámpara de pie y un pequeño lavabo en la esquina. Phoenix cerró la puerta tras ellos.

—Bien —dijo—. ¿Quién te envía?

—Pete Nash —respondió Cynthia, sin rodeos.

Phoenix soltó un suspiro y se pasó una mano por la cara.

—Mierda —murmuró—. Sabía que esto iba a pasar. Ya les he dicho que no quiero seguir metido en esto. Es demasiado peligroso.

—Lo siento, Phoenix —dijo Cynthia—. Sé que te estoy poniendo en una situación difícil. Pero, créeme, esto no te va a traer problemas, te lo aseguro. Solo necesito hacerte una pregunta y que me guíes en la dirección correcta.

—¿Sobre qué?

—Los Floods.

Phoenix arrugó el rostro.

—¿Es una pandilla? Nunca he oído hablar de ellos. Necesito que te vayas.

Phoenix caminaba intranquilo de un lado para otro.

—No me iré hasta que no me digas lo que necesito.

—¿Sabes quién es ese que está allí? —la interrumpió Phoenix—. No, mejor que no lo sepas. Me estás metiendo en un problema. Si ese tío tiene la más mínima sospecha de que estoy hablando con uno de vosotros, mañana apareceré muerto con un tiro aquí.

Se señaló la sien, todo sin dejar de moverse.

Cynthia sacó de su bolso una fotografía del expediente de Miller. La imagen mostraba el brazo delgadísimo del cadáver, con la piel descolorida y gris. El tatuaje, a pesar del deterioro del cuerpo, se veía con claridad.

—Este tatuaje —dijo Cynthia mostrándole la fotografía a Phoenix —. ¿Lo reconoces?

Phoenix observó la fotografía en silencio durante unos segundos. Su expresión cambió, pasando de la tensión a la admiración.

—Buen trabajo —dijo finalmente—. Me doy cuenta de que está hecho con una máquina casera, pero la pericia del tatuador es innegable. No hay muchos dentro que puedan hacer algo así. Líneas limpias, detalles precisos… Un profesional.

—Se lo hizo en Lancaster —dijo Cynthia—. ¿Sabes quién podría ser?

Phoenix asintió lentamente.

—Sí —dijo—. Creo que sí.

—¿Quién?

—Te lo diré… —dijo Phoenix con la voz baja y cautelosa—. Pero a cambio de algo. Necesito que me dejéis en paz, que no volváis a contactarme. Estoy arriesgando demasiado y ya he pagado mi precio.

—No puedo prometerte eso, Phoenix. No es mi decisión.

—Entonces no hay trato —respondió Phoenix con voz firme.

—Estamos tratando de resolver un crimen —dijo Cynthia—. Hay una familia que espera una respuesta. Tu libertad no depende de mí. Sólo nos estamos cobrando un favor de Nash. Vamos, Phoenix, ya sabes cómo funciona esto. Dime lo que necesito y me iré en un abrir y cerrar de ojos.

—Yo también tengo familia —replicó Phoenix—. Y no voy a arriesgarla por una causa que no es mía. Puedes decírselo a Nash de mi parte.

La tensión en la habitación era palpable. Cynthia sentía la presión del tiempo, la urgencia de encontrar respuestas, la responsabilidad de no fallar.

Mientras los dos se estudiaban, escucharon pasos en el pasillo, al otro lado de la puerta. A continuación, una voz de trueno:

—Phoenix, necesito que termines de una puta vez.

Cynthia se acercó a Phoenix. Sus rostros estaban a escasos centímetros.

—Dime el nombre del tatuador —susurró.

Otra vez la voz al otro lado de la puerta:

—¿Está todo bien ahí dentro?

El rostro de Phoenix se puso blanco como el papel. Por un momento, Cynthia pensó que se desmayaría allí mismo.

—Lo sabe… —musitó Phoenix—. Se ha dado cuenta… Mierda. Se ha dado cuenta…

—¿Puedes dejar de repetirlo? No se ha dado cuenta de nada —dijo Cynthia con firmeza—. Dame el nombre y te saco de esta.

—¿Cómo?

—Dame el puto nombre.

—¡Voy a entrar, Phoenix! No me gustan las sorpresas…

Antes de que la puerta se abriera, Phoenix consiguió que sus labios dejaran de temblar y pronunció un nombre: Jermaine Beaufort.

La puerta se abrió de golpe, pero para ese entonces Cynthia ya había incrustado sus labios en los de Phoenix y lo besaba apasionadamente.

Incluso cuando era evidente que el hombre de barba los estaba observando, Cynthia siguió besando al tatuador. Cuando finalmente se apartaron el uno del otro, vieron cómo el hombre de barba sonreía.

—Perdón por interrumpir. Te espero fuera, Phoenix. Tómate todo el tiempo que necesites.

11

Luca subió al tercer piso, donde se encontraba la unidad de Casos Sin Resolver. El espacio, un laberinto de archivadores metálicos, escritorios abarrotados y un aire general de resignación, lo recibió con el familiar olor a café y papel viejo, mezclado con el zumbido constante de los fluorescentes; una atmósfera que parecía encapsular la naturaleza misma de los casos que allí se trataban: investigaciones inconclusas, pistas frías y justicia postergada.

Encontró al detective Messina en su escritorio, semienterrado bajo una avalancha de carpetas, papeles sueltos y tazas de café con restos de un líquido oscuro e indefinido. Messina, un hombre de unos sesenta años, con el pelo canoso y desaliñado y una prominente barriga que tensaba los botones de su camisa arrugada, levantó la vista con una mueca de fastidio.

—Bruzzo. Puntual como siempre. Tengo tu caja justo aquí.

El detective señaló una caja mediana que estaba en lo más alto de un archivador.

—Gracias, Messina.

—Firma aquí, por favor —dijo Messina, señalando un formulario con un bolígrafo mordisqueado.

Luca firmó, consciente de la ironía: un traspaso formal para un caso que nunca había dejado realmente; un caso que lo había perseguido durante años y que ahora, con la aparición de DeShawn Miller y el espejo antiguo, regresaba a él.

—¿Y bien? —preguntó Messina—. ¿A qué se debe el repentino interés en Amanda Stewart? ¿Te aburres en Robos y Homicidios?

—Hay un nuevo homicidio. Podría estar conectado.

Messina empezó a sonreír, pero, al darse cuenta de que Luca no estaba bromeando, se quedó callado.

—¿Puedes decirme algo más?

—Recién empezamos. Quizás cuando lo tenga más claro.

—Por supuesto —dijo Messina, evidentemente molesto por el hermetismo de su colega.

Luca cogió la caja y se dispuso a marcharse.

—Espera, Bruzzo. Hay algo que debes saber: Robert Stewart falleció hace un par de meses. Un infarto.

La noticia golpeó a Luca como un mazazo. Robert…, el padre de Amanda, al que Luca había prometido incontables veces que haría todo lo que estuviera a su alcance para encontrar al responsable de la muerte de su hija.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —preguntó Luca.

Messina se encogió de hombros. En otro contexto, Luca hubiera considerado el gesto como una provocación, pero conocía a Messina y sabía que en su caso era simplemente desidia.

—No lo sé —respondió—. Se me pasó. No pensé que sería importante. Sabes perfectamente que ese caso está muerto desde hace años.

Luca seguía conmocionado por la noticia del fallecimiento de Robert como para pensar en Messina y sus comentarios fuera de lugar. En lugar de seguir perdiendo el tiempo con él, cogió la caja dispuesto a marcharse.

—¿Estás seguro de que está todo?

—Por supuesto.

Mientras caminaba por el pasillo, pensó inevitablemente en Robert Stewart: en las conversaciones con él a lo largo de los años, las visitas a su casa, las llamadas telefónicas. Robert había conseguido reinventarse después de la muerte de su hija. Utilizó la tragedia para esforzarse en progresar y darle a su mujer una vida mejor. Cuando Amanda murió, Robert trabajaba en el depósito de una mueblería, y con el tiempo, y gracias a la ayuda de un amigo de la infancia, consiguió un puesto importante en una gran empresa. Su vida cambió radicalmente.

Luca salió del edificio, respiró hondo y se dirigió al aparcamiento. Necesitaba aire fresco. Necesitaba pensar. La caja con el expediente de Amanda, que ahora cargaba en sus brazos, se sentía más pesada que nunca.

El móvil vibró en el bolsillo del pantalón. Era Cynthia.

—¡Luca, tengo noticias!

—¿Te dijo el nombre del tatuador?

—Sí. Se llama Jermaine Beaufort. Hubo una pequeña complicación, pero salí airosa.

—¿Qué pasó?

—El tipo al que Phoenix estaba tatuando entró en la sala justo cuando estábamos hablando. Según Phoenix es un tipo peligroso, probablemente un miembro importante de alguna pandilla, y sospechó que algo no estaba bien.

Luca contuvo la respiración.

—¿Qué has hecho, Cynthia?

—No te preocupes, todo ha salido bien. Digamos que… Phoenix y yo ya hemos tenido nuestro primer beso.

Luca se imaginó el desenlace de la situación, pero la preocupación no desapareció del todo. Cynthia era audaz, ingeniosa, y a veces un poco temeraria.

—¿Tú estás bien?

—Sí, no te preocupes. Todo salió bien al final. Conseguí el nombre. Y el cliente de Phoenix se ha ido contento con el espectáculo.

—Oye, quiero hablar contigo y organizar los pasos a seguir. Además de la pista del tatuador, tenemos que ir a ver a Angela Stewart, la madre de Amanda. Messina acaba de decirme que el padre ha muerto.

—¡¿Asesinado?!

—No, no, un infarto. ¿Dónde estás?

—En una cafetería, cerca de *Tattooink.*

—Perfecto. Voy para allá. Llego en veinte minutos.

Eran casi las seis de la tarde. Luca llegaría tarde a casa, algo que detestaba desde que había cambiado su relación con el trabajo.

—Maldito Arson y tu puto ultimátum… —dijo en voz alta antes de poner en marcha el coche.

12

La luz tenue de la lámpara de pie iluminaba el pequeño rincón de la cocina, donde Cynthia, sentada a la mesa, repasaba con atención el expediente del caso de Amanda Stewart. Lo había leído completo una vez y estaba terminando la segunda.

El confortable piso de tres habitaciones en Los Feliz reflejaba la doble vida de sus inquilinas. Paredes blancas decoradas con pósteres de películas clásicas y fotografías de Jenna en diferentes producciones teatrales convivían con los libros de criminología y los manuales de procedimiento policial de Cynthia. Un sofá desgastado, pero cómodo, ocupaba el centro del salón, flanqueado por una estantería repleta de DVDs. La cocina, pequeña pero funcional, era el territorio de Cynthia, y donde ella se sentía más a gusto.

La puerta de la calle se abrió y se cerró con un portazo. Cynthia levantó la vista y escuchó cómo su amiga lanzaba el bolso al sofá y mascullaba algo.

Un momento después entraba en la cocina. Al ver a Cynthia se sobresaltó.

—Oh, estás aquí. ¿Cómo estás, Cyn?

—Por lo visto, mejor que tú. ¿Qué ha pasado?

—No te lo vas a creer. ¡Se lo han dado a Carrie Mars! ¡A esa zorra insoportable!

Cynthia apartó ligeramente el expediente. Sabía lo explosiva que podía ser Jenna a veces; estaba acostumbrada a bajarla a la tierra y a hacerle ver que su vida nunca era tan mala como ella creía. De hecho, era bastante genial.

—¿De qué hablas?

—Del papel de la chica que se obsesiona con su director favorito —dijo Jenna—. Creí que esta vez lo conseguiría, a pesar de lo que te dije el otro día. Supongo que, en el fondo, estaba convencida de que sería mío. Nunca he tenido tantos *callbacks. C*reo que la decisión final fue entre ella y yo.

Se dejó caer en una silla, ocupando el lado opuesto de la mesa. Jenna, con su melena rubia y sus ojos azules, era la encarnación misma del glamour hollywoodiense; incluso con el rímel corrido y una mueca de decepción en su rostro, seguía emitiendo una luz que era difícil de poner en palabras.

—Lo siento mucho, Jenna —dijo Cynthia—. Te digo lo mismo de siempre: cada vez estás más cerca. Es una cuestión de tiempo. ¿Recuerdas cuando no conseguías papeles de extra? Y eso quedó atrás. Después, sucedió lo mismo con los papeles de pocas líneas, y ya tienes varios de esos en tu haber. Pronto llegará un papel secundario que valga la pena, ya verás. ¡O un protagónico!

Jenna se levantó y rodeó la mesa.

—¡Gracias, amiga! ¿Qué haría yo sin mi fan número uno?

—Olvídate de ese papel.

Jenna volvió a su sitio.

—Sí, lo sé, tengo que aprender a reiniciar mi cabeza. De nada sirve quedarse días llorando por los rincones. Pero es que… de verdad, Cyn, era perfecto para mí. Una aspirante a guionista que llega a Los Ángeles desde una ciudad pequeña, ingenua, llena de sueños… ¡Mi propia vida! ¡La nuestra!

Era cierto. Cynthia también había compartido esos mismos sueños durante su adolescencia; las largas tardes en Wickenburg, Arizona, representando escenas de sus películas favoritas en el jardín de la mansión Wurth, con Jenna como protagonista y ella como directora, guionista, vestuarista, y cualquier otro papel que la producción requiriera. Ambas habían crecido juntas, unidas por una amistad inquebrantable y una pasión compartida por la actuación. Cynthia, hija de la cocinera de la familia Wurth, había sido acogida como una más, compartiendo con Jenna una infancia privilegiada, rodeada de lujos y atenciones. Pero, a diferencia de Jenna, que siempre había tenido claro su destino en los escenarios, Cynthia había sentido, con el tiempo, una creciente inquietud y una sensación de no pertenecer a ese mundo de fantasía y glamour. Probablemente, en parte, fue la culpa por vivir del dinero de los Wurth, como una infiltrada familiar, la que terminó definiendo su destino en la academia de policía.

Cynthia siempre había devorado esos dramas policiales, con detectives inmersos en complejos casos que terminaban apoderándose de sus vidas. Poco a poco, se fue dando cuenta de que ella no quería la versión ficticia de ese mundo, sino la real. Le gustaba pensar que había, además, una llamada interna, algo instintivo; algo de lo que, conforme pasaba el tiempo, se convencía cada vez más.

—Aún recuerdo cuando nos prometimos que conquistaríamos Hollywood juntas —dijo Cynthia con una sonrisa nostálgica.

Jenna se levantó y fue a la nevera. Sacó una botella de vino blanco y se sirvió una copa. La bebió en silencio y volvió a servirse otra.

Aunque Cynthia nunca se había arrepentido de su decisión de ser policía, sabía que había una parte de Jenna que se sentía traicionada. Mientras ella avanzaba a paso firme en una carrera, la de Jenna naufragaba en un mundo de incertidumbres y golpes de suerte que no llegaban, o llegaban a medias. Por momentos se rendía, pasaba largos periodos de tiempo viviendo del dinero que le enviaban sus padres, de fiesta en fiesta, hasta que volvía a intentarlo.

Cynthia nunca había tenido esa libertad. Ella había necesitado valerse por sí misma y romper el vínculo económico con los Wurth. Aunque la relación con ellos era maravillosa y los adoraba, no podía evitar sentirse en deuda, y ahora que tenía un empleo que le permitía autoabastecerse, finalmente se sentía en paz consigo misma.

—¿Hasta cuándo vas a insistir en pagar el alquiler? —dijo Jenna señalando la esquina de la mesa, donde había un fajo de billetes—. Papá no quiere aceptarlo, ya me lo ha dicho mil veces.

—Lo sé, me basta con que le digas que te lo he dado a ti —dijo Cynthia con una sonrisa—. Para mí es importante devolverle a tu familia algo de lo que ha hecho por mi madre y por mí.

—Es mucho dinero, Cynthia.

—Es lo que corresponde. Además, desde que llegué a Robos y Homicidios mi sueldo ha mejorado, y Luca me ha dicho que…

Jenna hizo un gesto de derretirse ante la mención de Luca.

—¡Basta! —le dijo Cynthia de inmediato.

—El guapísimo Luca… ¿Cómo no estar enamorada de él? Él te ayudará con tu carrera, claro que sí…

Cynthia puso los ojos en blanco.

—Otra vez con eso, Jenna… —dijo Cynthia, a sabiendas de que aquellos comentarios no eran más que un juego inofensivo entre ambas—. Luca está casado, tiene una hija… Y es mi mentor… Mi amigo.

—Sí, claro… —dijo Jenna con una sonrisa pícara—. Un amigo que te lleva a casa después del trabajo y te deja expedientes confidenciales para que los leas tranquilamente en tu piso. Un amigo que…

—Basta. Sabes que no es así. Además, tengo novio. ¿Te acuerdas?

—Ah, sí… ¿Cómo se llamaba? ¿Brad? ¿Chad? ¿Lo has visto esta semana?

—No —admitió Cynthia—. Ha estado ocupado con… cosas.

—*Cosas*… —dijo Jenna—. ¿Qué es eso que lees?

Cynthia miró el expediente. Sus ojos se iluminaron.

—Un caso de hace doce años. Una chica de diecinueve años que fue asesinada en el parque Callegari, posiblemente por su novio, aunque nunca pudo probarse nada.

Jenna se interesó de inmediato.

—¿Y por qué lo estás leyendo ahora?

—Porque en este caso, la única pista en la escena del crimen es un espejo antiguo, de principios de siglo. Nadie pudo explicar qué hacía allí. Pero resulta que hace unos días, en las montañas de San Gabriel, apareció un tipo muerto y torturado… Un caso espeluznante.

—¿El de la mina abandonada del que me hablaste?

—Sí. Lo curioso es que, junto al cadáver de ese hombre, apareció también un espejo antiguo, muy parecido al de Amanda Stewart, la chica muerta hace doce años.

Jenna abrió los ojos al máximo.

—Estás de coña. Es fascinante.

Cynthia asentía.

—Así es. Al director del departamento no le gusta nada que reflotemos un caso tan antiguo, sin perspectivas claras de resolución. Nos ha dado un ultimátum para tener algo concreto en siete días. Por eso Luca me ha permitido quedarme con el expediente, para ponerme al día.

—Luca… —dijo Jenna con una sonrisa maliciosa—. ¿Ves que te trata de manera especial?

Cynthia negó con la cabeza, sabiendo que estaba ante un caso perdido. La insistencia de Jenna con Luca era una broma inagotable. Jenna no iba a soltarla nunca.

—Has bebido dos copas y ya estás borracha.

Jenna rio.

—No estoy borracha. Solo un poco achispada. Y ahora quiero que me cuentes todo sobre esos casos, así que voy a preparar dos cafés bien cargados. Me ayudará a sacarme de la cabeza a esa zorra de Carrie Mars.

13

Luca llegó a casa más tarde de lo habitual. El recibidor, con su suelo de madera de roble pulida y las paredes blancas decoradas con un gran cuadro abstracto en tonos azules y grises, lo recibió con una atmósfera de calma y serenidad que contrastaba con el torbellino de pensamientos que lo asaltaban. El aroma a jazmín, procedente del jardín trasero, se mezclaba con el leve olor a cera que Sarah utilizaba para pulir los muebles. A través del arco que separaba el recibidor del salón, Luca vio los dos sofás color crema dispuestos alrededor de la mesa de centro de madera de nogal, la chimenea apagada y las puertas correderas de cristal que daban al patio, ahora ocultas tras unas cortinas de lino beige.

Era en días como este, cuando el trabajo amenazaba con apoderarse de su mente como un tumor maligno, cuando la serenidad del hogar le ayudaba a poner su vida en perspectiva y sus prioridades en orden. El viejo Luca habría perdido la cabeza con el caso de DeShawn Miller, obsesionándose por encontrar en él las respuestas que no había podido darle hace doce años a la familia de Amanda Stewart.

Subió la escalera de madera; cada crujido bajo sus pies resonando en la quietud de la casa. La primera puerta, ahora cerrada, conducía al estudio, donde Luca imaginó que encontraría a Sarah. Justo cuando extendía la mano para abrir la puerta, esta se abrió desde dentro y Sarah apareció en el umbral, con una expresión que a Luca le resultó indescifrable: una mezcla de sorpresa e incomodidad.

—Hola —dijo ella con una sonrisa tensa.

Sarah lo besó en los labios: un beso veloz que agudizó en Luca la sensación de extrañeza. Ocasionalmente, cuando él llegaba tarde por algún asunto laboral, si ella estaba en el estudio, Luca entraba y la encontraba tumbada en el sofá, leyendo, o sentada ante el

ordenador. Esta vez, ella había preferido salir apenas lo escuchó subir las escaleras.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Luca, procurando sonar distendido —. ¿Un amante?

Sarah rio.

—Estaba leyendo El psicoanalista cuando te oí llegar. Me estoy poniendo al día con los pendientes literarios.

Luca nunca iba a entenderlo: para él, su mujer era una máquina de leer, y sin embargo siempre tenía *pendientes*.

—¿Y qué tal el libro?

Sarah se encogió de hombros.

—Interesante, supongo. Ya veremos. ¿Quieres ir a ver a Lily?

—Sí. Bajaré en un momento.

Luca se dirigió hasta la habitación de su hija. Abrió la puerta y encendió la lamparita de noche con forma de Hello Kitty. Lily dormía profundamente, emitiendo unos ronquidos suaves, tendida boca abajo y con el pelo castaño cubriendo parcialmente su rostro. Se sentó en el suelo junto a la cama y la miró, sintiendo una oleada de ternura que le inundó el pecho y lo reconfortó.

Para Luca, el vínculo con su hija era puro y misterioso. La amaba profundamente, pero al mismo tiempo sentía con ella una relación casi simbiótica. Lily había cambiado el mundo, pero especialmente lo había cambiado a él.

Se inclinó, le apartó el pelo de la frente y la besó, con cuidado de no despertarla, aunque eso rara vez sucedía. Luca le habló en sus pensamientos, le dijo que papá había estado trabajando hasta tarde en un caso que era muy importante, porque ayudaría a unos padres que ya no podían ver a sus hijos y que necesitaban respuestas. Le dijo, además, que ese caso era muy importante para él también, porque necesitaba hacer las paces con algunos errores que había cometido en el pasado.

Luca, que nunca había mantenido una de esas conversaciones con Dios, últimamente las tenía con frecuencia con su hija dormida.

Apagó la lamparita de noche y salió de la habitación.

Bajó a la cocina, donde Sarah estaba terminando de preparar dos bocadillos en pan de pita, con pollo a la plancha y verduras asadas

que ya tenía preparadas. El aroma de la comida se mezclaba con el olor a café recién hecho, creando una atmósfera cálida y acogedora. Luca procuró dejar de lado la absurda idea de que Sarah no había querido que él viera —*a su amante*— lo que estaba haciendo en el estudio, y disfrutar de ese momento especial con ella. Nunca había dudado de Sarah, y no iba a empezar ahora por una tontería.

—Eso tiene una pinta genial. No he comido nada desde el mediodía.

—Tú ocúpate de la cerveza. Yo llevo la comida.

Salieron al jardín trasero, iluminado por las pequeñas bombillas que colgaban de los cables sujetos a las paredes. El aire fresco de la noche estaba cargado con el aroma a jazmín y a madreselva.

—¿Qué tal el día? —dijo Luca, mientras se sentaban en el sillón.

—Aburrido. Apareció un caso de los buenos, pero se lo dieron a Morley.

No era la primera vez que Sarah se quejaba de lo mismo. Los delitos informáticos interesantes no abundaban; en general, eran los mismos de siempre: engaños telefónicos para robar claves o artimañas incluso más primitivas. Una o dos veces, Sarah hasta había llegado a decir que extrañaba las calles y los casos criminales, lo cual no dejaba de ser un problema, porque alejarse precisamente de eso había sido el motivo principal para pedir el traslado a su nueva posición, en la que llevaba ya más de tres años.

A partir de ser madre, Sarah había sentido el deseo de apartarse de los riesgos que conlleva el trabajo en homicidios de alto perfil. Solía decir que ya era suficiente con que uno de los dos eligiera esa vida, y lo cierto es que ella era la menos sociable por naturaleza, la que disfrutaba del trabajo en soledad, por lo que siempre había creído que su posición en la unidad de delitos informáticos sería el trabajo de sus sueños.

Hasta que descubrió lo condenadamente monótono que podía ser.

—Mejor cuéntame tú. El caso de Miller me tiene intrigadísima.

Luca le dio el primer mordisco a su bocadillo y se limpió la boca con una servilleta de papel.

—Hoy fuimos a ver a la madre de Miller. Nos encontramos con un escenario bastante hostil, como era de esperar. En un momento, apareció el marido y nos echó a patadas. Aun así, fue una visita fructífera.

—Cuéntame…

Sarah era una persona detallista por naturaleza, a la que le gustaba conocer los pormenores de las cosas. No en vano había sido una brillante detective de homicidios.

Luca le relató lo sucedido en casa de los Miller, empezando por la hostilidad de la madre hasta que, finalmente, los dejó pasar y les mostró la grabación del programa televisivo en el que aparecía su hijo tocando la guitarra y cantando. A continuación, relató la llegada intempestiva de Marlon y cómo, al salir de la casa, vieron que uno de los muchachos que estaba fuera tenía el mismo tatuaje que Miller.

—¿Has hablado con Pete Nash?

—Sí. Nash dice que el tatuaje pertenece a los Floods, una pandilla pequeña, inactiva desde hace un tiempo, que se dedica a robos de guante blanco, estafas… Ese tipo de cosas. Nada de drogas ni crímenes violentos. Pete nos ha pasado el contacto de un tatuador que podía saber algo más, un tal Phoenix. Cynthia me pidió ir a verlo sola, y acepté; todavía no sé si he hecho bien o no. Lo cierto es que Cynthia consiguió la información e incluso salió airosa de una situación difícil. Ya te lo he dicho, pero cada día me sorprende más. Cynthia tiene agallas y un gran instinto.

—Tu compañera es audaz y muy lista. Me alegro de que cada día conectéis mejor.

—Sí —dijo Luca—. Es una gran detective. Y aprende rápido.

—Ya… —dijo Sarah—. No sigas hablando de ella, que voy a ponerme celosa.

Luca sonrió y dio dos mordiscos más a su bocadillo. Sarah ya había dado cuenta del suyo y ahora bebía cerveza.

—Mientras terminas, aprovecho para decirte que Lily hoy ha estado toda la tarde hablando de los miedos. No sé si ha sido algo que habló con mi hermana o qué. Seguramente mañana sea tema de conversación en el coche.

Luca rio.

—Gracias por el aviso.

Dejó a un lado el plato vacío y cogió el botellín de cerveza.

—Hoy fui a la unidad de Casos sin resolver a recoger el expediente de Amanda —dijo Luca con pesar—. Messina me dio la noticia de que Robert Stewart ha fallecido de un ataque al corazón.

La sonrisa desapareció del rostro de Sarah, dando paso a una expresión de tristeza y preocupación.

—Pero era un hombre joven, ¿no es cierto?

—Sí… Menos de sesenta.

—Lo siento, Luca.

Ella mejor que nadie sabía que la muerte de Robert, entre muchas otras cosas, significaba que Luca nunca podría decirle quién había asesinado a Amanda.

—¿Has hablado con la madre?

—Aún no. Siento que una parte de mí todavía no está preparada para eso, pero tendré que hacerlo pronto. Mañana o pasado. La presión que Arson ha puesto sobre el caso no nos permite perder ni un solo minuto.

Terminaron de beber la cerveza en silencio, cada uno absorto en sus propios pensamientos. Sarah se levantó y empezó a recoger los platos.

—Voy a acostarme —dijo, conteniendo un bostezo con la mano—. Estoy muerta de cansancio. ¿Vienes?

—Enseguida subo —dijo Luca—. Es una noche preciosa.

Luca se quedó solo en el jardín, con la mirada perdida en la oscuridad, pensando en Amanda Stewart, en Robert, en Angela… en el espejo antiguo.

Su mente siempre regresaba al espejo.

Con los años se había convencido de una cosa: si explicaba la presencia del espejo, lo explicaría todo.

A continuación se preguntó si la decisión de aplazar la visita a Tom Blair no sería un error. La razón le decía que abordarlo sin saber nada de su vínculo con Miller sería cometer el mismo error dos veces, pero, al mismo tiempo, era cierto lo que acababa de decirle a Sarah: el tiempo apremiaba. Cada día contaba. Cada minuto

contaba. Explorar la pertenencia de Miller a los Floods podía conducirlos, eventualmente, a Blair —de un modo que Luca ni siquiera podía imaginar—, pero también podía ser un camino demasiado largo.

Tengo que encontrar otra vía, pensó.

Tomó nota mental para el día siguiente. Debían encontrar otra forma de explorar la vida de Miller; sus padres no habían querido hablar con ellos, pero quizás conseguían que lo hiciera alguien más de su entorno.

Tendrían que explorar las dos vías en simultáneo.

Media hora más tarde, Luca entró en la casa, satisfecho con el mapa de ruta que había trazado para el futuro inmediato de la investigación. Subió la escalera, procurando esta vez pisar los escalones con suavidad y cerca de la pared para no hacer ruido. Una vez arriba, en lugar de seguir hasta su habitación, se detuvo frente a la puerta del estudio.

Entró y encendió la luz.

Sobre la mesa auxiliar, junto al sofá azul, estaba El psicoanalista, el libro del que le había hablado Sarah al llegar. Luca sonrió. Estuvo a punto de dar media vuelta y salir, pero por alguna razón se acercó y abrió el libro.

El marcapáginas estaba todavía en la primera página.

14

—Amanda Stewart tenía diecinueve años cuando la mataron —dijo Cynthia, empujando el expediente que ahora reposaba sobre la mesa baja del salón—. Eso fue hace doce años, así que hoy tendría más o menos nuestra edad.

Jenna, acurrucada en el sofá con una manta y una taza de café humeante, la miró con una mezcla de fascinación y horror. Dio un sorbo a la bebida, buscando un refugio momentáneo en su calor.

—Estaba con unos amigos en una discoteca llamada La Perla Negra. Entre ellos estaba su novio, con el que tuvo una discusión, y ambos decidieron marcharse sobre la medianoche. Tom Blair, el novio, dice que siguieron discutiendo mientras caminaban, hasta que él decidió dejarla irse sola y regresar a la discoteca. Cerca de la una de la madrugada, Amanda fue asesinada por la espalda en el parque Callegari: un único golpe en la cabeza. Mortal. Entre sus pertenencias, fue hallado un espejo muy antiguo que nadie supo explicar.

—¿Un espejo? —dijo Jenna tras devolver la taza a la mesa—. ¿Como en Blancanieves? ¿De esos con marco dorado y adornos de querubines?

Cynthia rio.

—No, no de esos —respondió, hojeando el expediente y buscando la fotografía del espejo—. Era un espejo de mano. Antiguo, sí, pero más bien… delicado. Una pieza peculiar. Mira.

Cynthia le mostró la foto a Jenna. El espejo, a pesar del horror que lo rodeaba, destacaba por su belleza.

—Estaba completamente fuera de lugar en una escena tan brutal.

—Es precioso —dijo Jenna—. Parece una joya. ¿Y nadie sabía de dónde había salido? ¿No tenía ninguna inscripción, ninguna inicial… nada que les diera una pista?

—Nada —respondió Cynthia—. Fue un enigma desde el principio. Luca me contó que lo analizaron de arriba abajo, buscando huellas,

fibras, cualquier cosa… Y nada. Lo llevaron a anticuarios, a expertos en arte, incluso a un museo, y nadie pudo darles una respuesta definitiva. Sólo dijeron que era una pieza italiana, probablemente de principios de siglo, y que podría valer varios miles de dólares.

—¿Los padres tampoco lo reconocieron?

—No. La familia Stewart era de clase media-baja. No tenían acceso a ese tipo de objetos, por supuesto. Perder a una hija, y de esa manera, fue un golpe terrible para ellos. Robert Stewart era un tipo peculiar, reservado, y casi no mostró ninguna emoción cuando Luca le contó lo del espejo. La relación que tenía con su hija no era la mejor, pero eso se debía principalmente a que a él le costaba establecer vínculos afectivos. Luca intentó acercarse a él, pero lo consiguió a medias. Cuando Amanda murió, durante un tiempo el hombre fingió ir todas las mañanas a su trabajo en una mueblería, cuando, en realidad, iba a reunirse con un viejo amigo de la infancia. Buscaba reinventarse, cambiar su vida por completo. La tragedia de su hija fue el combustible para hacerlo… ¡Y lo consiguió!

—¡Qué raro! —dijo Jenna—. Quiero decir, que alguien se reinvente después de algo así. Normalmente, pasa al revés.

Cynthia asintió, dando un sorbo a su café.

—A mí también me chocó. Luca me contó que, durante mucho tiempo, tuvo la certeza de que Robert se callaba algo. No que estuviera implicado en la muerte de Amanda, pero sí que había algo que lo atormentaba y que nunca llegó a contarle a nadie.

Cynthia habló a continuación de cómo Robert, gracias a la ayuda de su amigo de la infancia, consiguió un puesto en Sunny Sips, una compañía de zumos de la cual era fundador, y aprendió todo sobre el negocio hasta convertirse en uno de los directivos de primera línea.

—Así —dijo Cynthia— pudo darle a su mujer la vida que siempre quiso, sin agobios económicos e incluso con ciertos lujos.

—De una mueblería a directivo en una empresa. Parece una película.

—Sí. Una película con una tragedia espantosa al principio y un final triste.

—¿Qué quieres decir?

—Robert falleció hace un par de meses —dijo Cynthia—. Un infarto. Tenía menos de sesenta años.

—¡Qué fuerte! Pienso en la madre. Primero asesinaron a su hija y ahora pierde a su marido siendo tan joven.

—Así es. Todavía no hemos ido a verla. Sé que Luca querrá hacerlo pronto, porque ha desarrollado un vínculo importante con ella. Ahora, más que nunca, querrá resolver este maldito caso.

—¿Qué pasó después de que encontraran muerta a Amanda?

—Amanda tenía una amiga de toda la vida: Patsy Malone —dijo Cynthia—. Trabajaban juntas en una perfumería. Patsy era… bueno, todo lo contrario a Tom Blair y a su grupo de amigos: sencilla y con los pies en la tierra. Ella fue la primera que le habló a Luca de cómo su amiga había cambiado últimamente; estaba obsesionada con progresar e incluso se avergonzaba de su familia, de su casa, de su vida en general. Siguieron siendo amigas, pero las cosas no eran como al principio: se veían menos que antes y Patsy sentía que los encuentros con Amanda eran forzados, casi un compromiso. Amanda quería formar parte a toda costa del círculo adinerado de su novio.

Mientras hablaba, Cynthia no podía dejar de trazar un paralelismo entre la vida de Amanda y la suya. No porque ella estuviera obsesionada con el dinero o quisiera codearse con gente rica, al menos no ahora. Quizás, si Amanda hubiera vivido más tiempo, se habría dado cuenta, como ella, de la importancia de labrarse su propio camino.

—Pero aquí viene el giro: en la autopsia se descubrió que Amanda estaba embarazada de algunas semanas. Sus padres no lo sabían. Aparentemente, nadie lo sabía.

—¿Ella tampoco?

—Sí, ella sí, y resultó que el novio también. Al principio, Blair negó saber nada del tema, e incluso aseguraba que su relación había terminado y que sólo habían tenido encuentros sexuales esporádicos últimamente. Sin embargo, Luca pudo demostrar que Blair sí sabía del embarazo. Un farmacéutico lo reconoció unos días antes del asesinato, comprando una prueba de embarazo. Y una cosa más: Luca también recuperó una grabación de las cercanías del

parque, donde se veía a Amanda acompañada de Blair, mucho más lejos de donde el joven aseguraba que la había dejado esa noche.

—Entonces él la mató, ¡está clarísimo!

—Eso mismo pensó Luca, y fue así como consiguió convencer al capitán para detener a Blair. Debió de ser una decisión difícil, no sólo porque el padre de Tom Blair era un empresario poderoso e influyente, sino porque la familia de la madre del chico era prima del gobernador. Conociendo al director Arson, que en ese momento era capitán de Robos y Homicidios, no me imagino lo difícil que debió de ser para Luca convencerlo de detener a Blair.

—Bueno, pero había pruebas suficientes. ¿Cómo explicó que sí había acompañado a esa chica hasta el parque?

Cynthia apoyó una mano sobre el expediente.

—Lo que voy a contarte no está aquí —dijo con solemnidad.

Jenna se interesó de inmediato.

—Tom Blair se presentó con su abogado —continuó Cynthia—, un tipo muy hábil llamado Morris. Resulta que Morris le tendió una trampa a Luca; tenía un as en la manga, pero, en lugar de jugarlo, permitió que Luca desplegara todo su juego. Luca confrontó a Blair con el testimonio del farmacéutico, para lo cual él no tuvo una respuesta satisfactoria. Quedó demostrado que sí sabía del embarazo, o, por lo menos, de la posibilidad de que Amanda estuviera embarazada, y que por eso fue a comprar esa prueba de embarazo. Si te paras a pensarlo, eso no lo convierte en el asesino.

—¿Pero entonces por qué lo ocultó?

—Para un abogado como Morris, explicar algo así fue sencillo. Su cliente estaba asustado, temía que fueran a culparlo de algo que no hizo.

—¿Y la cámara de seguridad?

—Morris alegó que Tom podía estar confundido respecto al punto en el cual regresó. Lo importante era que no había llegado hasta el parque donde sucedió el hecho. ¿Ves? En realidad, ni la prueba de embarazo ni la cámara de seguridad eran pruebas que culparan a Blair. Luca había tenido la esperanza de que, confrontando a Blair con esas mentiras, lo quebraría y él terminaría incurriendo en nuevas mentiras. O confesando. Nada de eso pasó.

—Ahora que lo dices así, entiendo que quizás fue precipitado.

—Luca no se lo perdona. Para mí, que lo veo trabajar a diario y que conozco la meticulosidad con la que contrasta cada hecho, revisando una y otra vez para estar seguro de cada paso, me resulta increíble que haya actuado de esa forma. Supongo que, para él, ha sido un doloroso aprendizaje que lo ha marcado.

—¿Y cuál era el as en la manga del abogado?

—Un vídeo hecho en La Perla Negra, que, además de ser una discoteca a la que no cualquiera podía entrar, tenía un área VIP y unas habitaciones privadas donde sucedían… *cosas*.

—¿Cosas? Cyn, esto se está poniendo brutal. Es de película.

—Una película sin final. Luca no fue muy explícito con lo que había en esa cinta. Morris se las mostró ese día y les entregó unas declaraciones de algunos de los que aparecían en ella, que acreditaban su veracidad. Era una orgía de gente poderosa. Una de las chicas que participó era amiga de Tom Blair, y también de Amanda; se llama Yanitza Johnston, y Luca cree que también podría ser una pieza clave. Ella fue la que intentó avisar a Luca de que estaba a punto de cometer un error al detener a Blair, pero él no supo hacerle caso.

—Espera un momento, entonces ¿esa orgía tuvo lugar en el mismo momento en el que mataban a Amanda en el parque?

—Sí. Luca sostiene que Blair pudo matar a Amanda y regresar a toda velocidad para llegar a La Perla Negra a tiempo, pero los tiempos son realmente muy ajustados. Y si fue de esa forma, entonces Tom Blair ya era un tipo frío y calculador a esa edad, porque hacer algo así requiere mucha premeditación. Ahora que hemos reabierto el caso, no veo la hora de tenerlo delante.

—¿Qué hace ahora?

—Tiene algunos concesionarios de coches. Su familia ya no se dedica al negocio de las discotecas. Han perdido algo de caché, pero no están arruinados.

Jenna se quedó mirando la taza de café como hipnotizada.

—Estoy pensando en el espejo que llevaba la chica. ¿Cómo encaja con todo esto?

Cynthia se encogió de hombros.

—Mira, a Amanda le gustaba el dinero, comprarse ropa cara y las cosas que hace la gente rica. También sabemos que quería comprarse un coche; incluso llegó a hablar con un compañero del instituto por eso. También es cierto que iba a ser madre, y eso requiere dinero. Lo que quiero decir es que, quizás, Amanda iba a vender ese espejo.

—Pero ¿de dónde lo sacó?

—Luca ha dedicado buena parte de estos años a tratar de responder esa pregunta. Verás, hay una pieza que no encaja, y es el parque Callegari. No era la primera vez que Amanda caminaba en esa dirección, aunque no estuviera de camino a su casa. Otras veces, el propio Tom Blair la acompañó hasta allí, y también Yanitza Johnston. A ellos, Amanda les dijo que su abuela vivía cerca, pero eso no era cierto.

—¡Madre mía, Cyn, creo que voy a necesitar otro café! ¿Amanda no iba camino a casa la noche del crimen? ¿Adónde iba entonces?

—El parque estaba en dirección contraria a su casa. Como te digo, Blair ya la había acompañado al parque otras veces. Amanda se avergonzaba de su propia casa, de su familia; ni Tom Blair, ni Yanitza Johnston, ni ninguno de sus nuevos amigos ricos conocían a la familia Stewart ni dónde vivían. Así que todos ellos se tragaron que era perfectamente posible que su abuela viviera allí y que Amanda no quisiera que vieran la casa, también por vergüenza.

—Y ninguna de las abuelas de Amanda vive por allí…

—Exacto. Sus abuelos maternos viven en otro estado, y Robert Stewart vivió en varios hogares de acogida de forma temporal, así que Amanda ni siquiera tenía abuelos paternos.

—Entonces, ¿adónde iba Amanda cerca de ese parque?

—Parte del misterio. Tras el fallido arresto de Blair, Luca trabajó bajo la hipótesis de que Amanda iba a visitar a alguien a quien quería como a una abuela; podía ser una maestra del colegio, la madre de algún amigo o alguien completamente ajeno a su círculo. Esa persona, según Luca, podía haberle dado el espejo de mano.

—Claro, sería el típico regalo de una abuela.

—¿Y qué pasó? ¿Dieron con esa persona?

—No. Luca visitó todas las casas que rodeaban al parque, primero a una manzana de distancia, luego a dos, a tres. Visitó a decenas de familias. A todas ellas les mostró una fotografía del espejo, para ver si lo reconocían. Fue laborioso, porque mucha gente pensaba que podía ser un objeto perdido del que apropiarse. La investigación no llegó a ninguna parte.

—Y ahora ha aparecido un nuevo espejo.

Cynthia asintió lentamente, transportada a las montañas de San Gabriel, donde habían encontrado el cadáver torturado de DeShawn Miller.

—Sí —dijo Cynthia, como ausente—. En el sitio menos esperado, doce años después. No tiene ni pies ni cabeza.

15

Seis días para que se cumpla el ultimátum de Arson

Luca y Cynthia estaban en el despacho de James Hayes, director de la prisión de Lancaster. El hombre, que ahora los estudiaba desde el otro lado de un escritorio tan robusto como la propia prisión, no parecía contento con una visita tan repentina.

La decoración del despacho, que aprovechaba cada centímetro de pared y de las tres estanterías, daba cuenta no sólo de una permanencia prolongada en su cargo, sino también de un individuo meticuloso y ordenado. Luca había colaborado algunas veces con el FBI e intuía que el despacho de Hayes haría las delicias de cualquier *profiler*.

En las paredes había diplomas, fotografías, recortes de periódico enmarcados. En las estanterías: barcos en miniatura, un astrolabio, globos terráqueos en perfecta progresión, estatuillas de animales mitológicos, varias cámaras fotográficas antiguas… Luca imaginó que Hayes tendría una historia para contar sobre cada uno de aquellos objetos. Pensaba en esto cuando, en una de las estanterías, divisó un espejo de mano antiguo. Le hizo un gesto sutil a Cynthia, que asintió imperceptiblemente.

—El director Arson insistió en que los recibiera personalmente —dijo Hayes—. Y eso estoy haciendo.

—Y se lo agradecemos —dijo Luca—. La cuestión es que tenemos poco tiempo para cerrar un caso y creemos que Jermaine Beaufort podría ayudarnos con eso.

—La policía siempre cuenta con el tiempo justo —se quejó Hayes.

—¿Qué puede decirnos de Beaufort? —dijo Luca.

—Buen preso. Respetado. Un artista. Algunos de los tatuajes hechos en Lancaster han sido realizados por él; es un secreto a voces. Aunque los tatuajes están prohibidos, siempre se las apañan

para tener a mano una de esas máquinas caseras. En el caso de Beaufort, ha hecho maravillas.

Hayes hablaba con orgullo. Estaba claro que su política no incluía un estricto control de los tatuajes, y que con gusto hubiera exhibido algunas fotografías de las obras de Beaufort en su propio despacho.

—Tenemos entendido que está preso por haber herido de gravedad a un hombre.

—Sí. Casi lo mata. Un amigo se pasó de la raya con su novia y lo molió a palos. Le queda poco tiempo encerrado. El otro tipo quedó en coma; no sé qué habrá sido de él. Probablemente esté muerto.

Luca tampoco lo sabía.

—¿Cómo era la relación de Beaufort con DeShawn Miller?

—Supe lo que le sucedió a Miller —dijo Hayes, ignorando la pregunta—. Una desgracia.

Luca y Cynthia asintieron, instando a al director a que respondiera la pregunta.

—Lo torturaron durante meses en esa cueva, ¿verdad?

Los detalles del caso no habían sido explicitados en la prensa. Evidentemente, Hayes había recibido la información de otro lado.

—Háblenos de la relación entre Miller y Beaufort, por favor.

—Se hicieron amigos al poco tiempo de estar aquí. Compartían celda. Beaufort tomó a Miller bajo su protección y nadie se metía con él.

—¿Por ser miembro de los Floods? —preguntó Cynthia.

Hayes negó con la cabeza.

—No sé quiénes son los Floods —dijo el director—. ¿Una pandilla? No tengo claro que Beaufort o Miller pertenecieran a una.

Luca trató de leer la cara a Hayes. Era difícil de creer que alguien que llevaba tanto tiempo al frente de la prisión no estuviera al tanto de una pandilla que operaba en su cárcel, aunque fuera pequeña.

—Miller era un preso modélico —dijo Hayes, tras una breve pausa, como si estuviera buscando las palabras adecuadas para describirlo—. Tranquilo, respetuoso, estudioso. Participó en varios programas de reinserción. Terminó la secundaria, hizo cursos de informática. Quería rehacer su vida cuando saliera de aquí.

Hayes se recostó en su silla, con una expresión de… ¿orgullo? Luca no supo definirlo.

—Recuerdo una vez —continuó Hayes— que Miller me hizo una petición. Él trabajaba en la biblioteca, y yo iba por allí de vez en cuando. Se acercó y me pidió unos libros de criptografía informática. Decía que, cuando saliera, quería montar su negocio de seguridad. Le dije que debía consultarlo, porque algunos textos no están permitidos en la prisión, por razones obvias. La petición fue denegada.

Luca asintió, pensativo. La imagen de Miller como un preso modelo tenía mucho más que ver con el chaval que la madre les había mostrado en la grabación del programa de televisión, que con el delincuente que había entrado armado al restaurante. ¿Por qué no había nada de esto volcado en el expediente del sheriff? No habían puesto el más mínimo esfuerzo en saber quién era Miller realmente.

Mientras Luca reflexionaba, Cynthia se levantó de su silla y empezó a recorrer el despacho, examinando con curiosidad los objetos que abarrotaban las estanterías. Hayes la siguió con la mirada, con una mezcla de curiosidad y desconfianza. Cynthia se detuvo frente al estante donde estaba el espejo de mano.

—Es precioso. ¿Perteneció a su familia?

A Hayes, la pregunta le hizo gracia.

—No, qué va. Lo pillé en una subasta hace unos años. Perteneció a Constance Bennett, una actriz famosa de la época dorada de Hollywood. Por aquel entonces, las actrices se retocaban su propio maquillaje y cada una tenía un espejo de esos.

—¿Puedo? —dijo Cynthia acercando sus manos al espejo.

—Por supuesto.

Cynthia examinó el espejo con atención, girándolo entre sus dedos, observando los detalles del marco labrado y el reflejo distorsionado de su propio rostro en el cristal antiguo. No era exactamente igual a los encontrados en las escenas de los crímenes de Amanda Stewart y DeShawn Miller, pero se le parecían bastante.

—¿Sabe algo más sobre su procedencia? —dijo Cynthia.

Hayes pareció contrariado.

—¿Algo como qué?

—Cómo quién lo tuvo antes que usted.

—¿Por qué tanto interés en ese espejo?

—Mi abuela tenía uno muy parecido.

Luca observaba en silencio el accionar de Cynthia y cómo, de manera casual, había conseguido dirigir el foco de atención al espejo.

—No recuerdo mucho más de la historia —dijo Hayes—. Seguro que tengo algún certificado de autenticidad por ahí.

—¿Le interesaría venderlo?

Hayes se volvió hacia Luca, como si no pudiera creerse el giro que había dado aquella visita.

Luca se encogió de hombros.

—¿Va en serio, detective? —dijo Hayes dirigiéndose a Cynthia.

—Sí. El espejo de mi abuela se perdió, y me gustaría tener uno así para recordarla. ¿Podría buscar ese certificado al que hace referencia?

Hayes se quedó sin palabras.

—Bueno… —dijo y titubeó—, podría buscarlo, supongo. No sé si querría venderlo.

El director echó un vistazo a todos los objetos que lo rodeaban, como si fueran sus hijos y alguien intentara quitarle uno.

Justo en ese momento, el teléfono del escritorio sonó. Hayes lo cogió de inmediato.

—Sí… Sí, ya están aquí. Perfecto… Gracias.

Hayes colgó el teléfono. Volvió a ser el mismo de antes.

—Beaufort está listo para verlos.

Luca y Cynthia se levantaron y le agradecieron al director su tiempo.

Antes de salir, Cynthia se giró una última vez.

—Le llamaré esta semana por ese certificado —dijo con una sonrisa.

Hayes no llegó a responder.

16

Un guardia los condujo a través de un laberinto de pasillos y puertas metálicas. El sonido de sus pasos resonaba en las paredes de hormigón de la cárcel, vacía a esas horas de la mañana. El guardia les explicó que los presos estaban en el patio en ese momento, y al terminar la frase le lanzó a Cynthia una peculiar mirada. La insinuación era clara: caminar por esos pasillos con las celdas ocupadas sería una experiencia muy diferente para Cynthia. Ella le devolvió al hombre una mirada gélida.

Finalmente, se detuvieron frente a una de las puertas. El guardia se volvió hacia ellos.

—Beaufort está de mala hostia. No le han dicho por qué queréis verlo y se ha perdido su hora de patio.

Abrió la puerta y los dejó pasar.

La sala de visitas era individual. En el centro había una mesa de metal anclada al suelo y dos sillas de plástico. Al otro lado de la mesa estaba sentado Beaufort, un tipo de complexión imponente, con unos brazos enormes que amenazaban con romper la camiseta de mangas cortas que llevaba puesta. Los brazos y el cuello estaban completamente tatuados. El diseño de las olas, símbolo de los Floods, era uno de los tatuajes más antiguos en su brazo derecho.

Beaufort tenía las manos esposadas a una argolla en el centro de la mesa. Su mirada no era necesariamente hostil, sino escrutadora.

—¿Estáis a cargo de la investigación del asesinato de DeShawn? —dijo Beaufort con voz ronca—. Porque, si no es así, no tengo ni el más mínimo interés en hablar con vosotros.

Luca y Cynthia se sentaron.

—Soy el detective Bruzzo; ella es la detective Santos. Y sí, estamos investigando la muerte de DeShawn Miller.

—El asesinato —dijo Beaufort—. A DeShawn lo asesinaron.

—Es una investigación en curso —dijo Luca—. Es razonable suponer que DeShawn murió como consecuencia de lo que le

hicieron en la mina.

Beaufort los estudió, como si algo de lo que le decían no terminara de encajarle.

—Vosotros no sois de la oficina del sheriff.

—No, somos de la policía de Los Ángeles, división de Robos y Homicidios. El caso ha sido transferido hace unos días.

Beaufort asentía.

—¿Por qué transfirieron el caso?

—Por el domicilio de Miller. Es un tema de competencias —dijo Luca—. Pero mejor que seamos nosotros quienes hagamos las preguntas.

Antes de que Luca terminara la frase, Beaufort empezó a negar con la cabeza.

—Podré tener las manos encadenadas, pero sé que habéis venido hasta aquí porque me necesitáis. Hablaré con vosotros, pero yo también necesito saber algunas cosas.

La mirada de Beaufort se endureció, sus ojos oscuros quietos como agua estancada.

Luca asintió imperceptiblemente.

—Cuéntanos cómo era DeShawn —dijo Luca—. Tenemos entendido que erais amigos.

—Era de los pocos aquí dentro con los que se podía mantener una conversación interesante. Algo que he aprendido entre rejas, curiosamente.

—¿El qué?

—Que una buena conversación te transporta a cualquier parte. Como un buen libro.

Luca estaba confundido. Se había hecho una idea de Beaufort que no tenía nada que ver con el tipo que tenía delante. No era de extrañar que se llevaran bien con Miller.

—DeShawn no merecía ese final —dijo Beaufort.

—Por eso queremos encontrar a los responsables. Y, para eso, necesitamos de tu cooperación.

Beaufort los estudió. Parecía dudar.

—¿Cuándo se unió DeShawn a los Floods? —dijo Cynthia.

Beaufort soltó una carcajada breve y amarga.

—Los Floods… —repitió—. Eso es agua pasada. Mientras yo esté aquí, los Floods no existen.

—DeShawn se hizo el tatuaje aquí —dijo Cynthia—. Tú se lo hiciste.

—Para protegerlo —dijo Beaufort, señalando el dibujo de las olas en su propio brazo—. Aquí dentro hay que pertenecer a algo. Si no, no eres nadie. Y eso te hace vulnerable. DeShawn necesitaba estar a salvo.

—¿A salvo de quién? —intervino Luca.

—De todos. DeShawn no era un tipo para este lugar. Era diferente. Listo. Estudioso. Tenía otros planes. Y yo lo ayudé a sobrevivir. Lo protegí de los depredadores que buscan a los débiles, a los indefensos.

—Miller salió de la cárcel hace un año —dijo Luca—. Y ahora está muerto. Alguien lo torturó y lo asesinó. Necesitamos saber quién podría estar interesado en hacerle algo así.

El rostro de Beaufort se ensombreció. La brutalidad del crimen parecía afectarlo más de lo que esperaban.

—Antes de seguir respondiendo a vuestras preguntas, necesito saber qué le pasó a DeShawn en la mina. Necesito conocer todos los detalles.

Luca asintió con pesar. Sabía que necesitaba ganarse la confianza de Beaufort.

—Lo encontraron encadenado —dijo Luca con voz baja y pausada — en una mina abandonada en las montañas de San Gabriel, de difícil acceso, a unos mil quinientos metros de altura. Para llegar hasta allí hay que recorrer un buen tramo a pie.

Beaufort asentía, sin pestañear, grabando cada palabra en su memoria.

—La entrada a la mina es pequeña, apenas un metro y medio, con una puerta de barrotes oxidada. Hay una galería principal de unos quince metros donde estuvo encadenado DeShawn.

—¿Qué longitud tenía la cadena?

Luca miró a Cynthia.

—Unos cuatro metros —dijo ella.

—O sea, que DeShawn no podía llegar hasta esa puerta con barrotes —dijo Beaufort—. ¿Dónde hacía sus necesidades?

—En una de las bifurcaciones. La había adoptado como…

Beaufort no aguantó más: golpeó la mesa con sus dos manazas y las esposas. El ruido fue ensordecedor. Cynthia dio un respingo.

Beaufort negaba con la cabeza.

—No puedo creerlo.

—Estuvo encerrado seis meses —dijo Luca—, a oscuras y solo. El secuestrador lo torturó muchas veces, le echó ácido en las piernas y, al final, lo mató de un golpe en la cabeza con una piedra o un pico.

El rostro de Beaufort se iba transformando a medida que escuchaba cada detalle espeluznante de la muerte de su amigo y protegido. Fuera de aquellas cuatro paredes, nada había podido hacer por DeShawn. Respiró hondo, buscando aplacar la rabia y la impotencia.

—Hijo de la gran puta —murmuró.

—¿Quién? —lo animó Luca.

Beaufort suspiró.

—Por eso necesitamos tu ayuda —dijo Cynthia—. Necesitamos saber quién pudo hacerle algo así a DeShawn. ¿Quiénes eran sus enemigos? ¿A quién temía?

Beaufort abrió mucho los ojos y la miró fijamente, con una intensidad que obligó a Cynthia a armarse de valor para no bajar la vista.

—Que vosotros estéis aquí —dijo Beaufort— es señal de que yo no sé quién es el responsable de esa atrocidad. Si no, me hubiera ocupado yo mismo de que ese hijo de la gran puta pagase por cada minuto de sufrimiento de DeShawn. No estaría ahora hablando con vosotros.

—Mira, Beaufort —dijo Luca—, entiendo tu frustración. Sé cómo te gustaría que fueran las cosas. Pero ¿sabes qué? No son así. Somos dos bandos que buscamos lo mismo: esclarecer el asesinato de DeShawn Miller. Te he dicho todo lo que sabemos de la escena del crimen, y ahora necesitamos que nos digas lo que tú sabes. Quizás tengas una parte del puzzle, y nosotros otra. ¿Vamos a

quedarnos cada uno con su parte, sin llegar a nada, o vamos a colaborar e intentar juntarlas?

—Puede que sepa quién está detrás —dijo Beaufort—, pero no lo sé con certeza.

Luca y Cynthia no se inmutaron.

—Dinos lo que sabes.

Beaufort se frotó la barbilla durante un momento. O bien intentaba poner en orden sus pensamientos, o estaba pensando en algún engaño.

—DeShawn me juró varias veces que jamás volvería a pisar la cárcel. Era algo que los dos teníamos muy claro. Cuando yo saliera de aquí, para lo cual todavía me queda un año, íbamos a hacer unos negocios juntos. Negocios seguros y completamente legales.

—¿Qué tipo de negocios? —preguntó Cynthia.

—Eso ya no tiene importancia —dijo Beaufort—. Eran negocios alejados de las cosas que hacía DeShawn antes de caer aquí.

—¿Y qué se suponía que tenía que hacer Miller mientras tanto? —preguntó Luca—. Has dicho que aún te queda un año.

—Trabajaba reparando ordenadores —dijo Beaufort—. Cambiaba las piezas que fallaban y también les instalaba programas; cosas así. Siempre a vecinos o a gente de confianza. No ganaba mucho, pero como vivía en casa de sus padres, podía ir tirando. Su madre estaba contenta de tenerlo allí y de que se ganara la vida dignamente.

—¿Y el padre? —preguntó Cynthia.

Aunque Beaufort procuró disimularlo, el desprecio por Marlon Miller era evidente.

—DeShawn nunca tuvo una buena relación con su padre —dijo Beaufort—. Él fue quien lo empujó a robar. Bueno, no él directamente, sino un conocido suyo. Lo hizo también con los hermanos de DeShawn. Para el padre era una forma más de traer dinero fácil a casa.

—¿Ese conocido del padre es quien crees que puede estar detrás de su muerte?

—No lo sé con certeza, pero podría ser. Me consta que el tipo estaba presionando a DeShawn para que volviera a currar para él.

—No vas a decirnos su nombre…

—No. Eso me lo guardo para mí. De todas formas, se trata de un tipo con pocas luces —dijo Beaufort, tocándose la sien con el dedo —. Un caído en desgracia. Hace un tiempo, se dedicaba al negocio de las drogas en algunas discotecas de la ciudad. Cuando se le terminó ese negocio, empezó con los robos en viviendas, tiendas, cosas así.

Luca y Cynthia se mantuvieron impasibles ante la mención del negocio de las drogas. Esa podía ser la conexión que buscaban entre el mundo de Miller y el de la familia Blair. Dos mundos que, hasta ese momento, parecían únicamente unidos por un espejo antiguo, ahora tenían un nuevo punto de contacto.

Luca esbozó una sonrisa.

—¿Qué pasa? —dijo Beaufort.

—Si cooperamos, quizás podamos avanzar.

—No entiendo.

—¿Crees que podrías averiguar algo de ese hombre del que no quieres soltar prenda?

Beaufort los estudió.

—Podría. Hay gente ahí fuera que me es leal y me debe favores. ¿Qué queréis que averigüe?

—Averigua si ese tipo, en sus tiempos en el negocio de la droga, se movía por La Perla Negra.

—¿La Perla Negra?

—Una discoteca del centro. Echó el cierre hace unos años.

Beaufort seguía con la misma mirada escrutadora.

—¿Qué importancia tendría que ese tipo se moviese por esa discoteca?

—Podría ser importante.

—¿Y eso podría tener algo que ver con DeShawn?

—Sí.

De buenas a primeras, la visita se había convertido en una partida de póquer.

—¿Sabes qué, Beaufort? Creo que podríamos contarte algo más de la escena del crimen —dijo Luca, y a continuación miró a Cynthia —. ¿Qué dices, compañera?

Beaufort siguió con atención el intercambio de miradas entre los dos detectives.

—Yo creo que sí podemos contárselo —dijo Cynthia finalmente.

Luca se tomó algunos segundos.

—DeShawn dejó un mensaje en la mina abandonada. Los del sheriff no lo encontraron, pero nosotros sí. Imagínate, cualquiera en su lugar, con tantas horas libres, buscaría la forma de dejar escrito el nombre del secuestrador, ¿no crees?

—¡Eso es mentira!

—No lo es. DeShawn dejó escritas unas iniciales.

Luca se puso de pie. Beaufort lo miró con desconfianza. Primero a él y luego a Cynthia.

—Hagamos una cosa, Beaufort —dijo Luca—. Averigua si ese tipo del que nos hablas ha tenido algo que ver con La Perla Negra. Si es así, quizás podamos llegar a un acuerdo con respecto a las iniciales que DeShawn dejó en la mina.

El hombre se lo pensó unos segundos.

—Haré algunas llamadas —dijo finalmente—. Pero no os prometo nada.

—Perfecto. Hablaremos en cuarenta y ocho horas.

17

Aquella ya no era técnicamente la casa de la familia Stewart, porque tras el fallecimiento de Robert, hacía poco más de dos meses atrás, de la familia Stewart sólo quedaba un miembro.

Luca y Cynthia estaban frente a la casa de dos plantas, con fachada de ladrillo visto y un pequeño jardín delantero impecablemente cuidado. A diferencia de la modesta vivienda en la que los Stewart habían vivido cuando asesinaron a su hija, esta propiedad, ubicada en una tranquila calle arbolada de Sherman Oaks, respiraba un aire de prosperidad y bienestar. Era el fruto del esfuerzo y la voluntad de cambio de Robert, que, al menos, había podido cumplir su sueño de progresar antes de irse a los cincuenta y pocos.

La puerta se abrió. Angela los recibió con una sonrisa melancólica. Cynthia, que la veía por primera vez en persona, se sorprendió al ver a aquella mujer con el pelo rubio ceniza recogido en un moño elegante; sabía que tenía cincuenta y tres años, pero aparentaba bastantes menos. Con apenas un poco de maquillaje, le bastaba para transmitir un aura de elegancia y distinción casi irreal, como un personaje de una película clásica de Hollywood.

—Ella es la detective Cynthia Santos —dijo Luca.

Angela le dio la mano a Cynthia y los invitó a pasar.

Los condujo a un salón amplio y luminoso, decorado con muebles de estilo clásico y colores neutros. Un gran ventanal ofrecía una vista privilegiada del jardín trasero, con flores de colores vibrantes que Angela se encargaba de renovar con frecuencia. Sobre la chimenea de mármol, una serie de fotografías de Amanda, desde su infancia hasta su adolescencia, retrataban la vida truncada de la joven. Cynthia se detuvo frente a las fotos, conmovida por la belleza y la inocencia que irradiaba el rostro de Amanda.

—Sentaos, por favor —dijo Angela, señalando los dos sillones de cuero color beige que flanqueaban la chimenea—. ¿Os apetece un

café? ¿Un té?

—No, gracias, Angela —dijo Luca—. No queremos molestar.

—No es molestia. Acabo de preparar té.

Angela regresó al cabo de dos minutos con una bandeja de plata que evidentemente ya tenía preparada de antemano. Había tres tazas de porcelana, una tetera y un plato con magdalenas. Mientras dejaba cada cosa en la mesa de centro, Luca aprovechó para volver a decirle algo que ya habían hablado por teléfono.

—Perdona que no te haya llamado antes. El detective Messina, de Casos Sin Resolver, debería haberme informado inmediatamente del fallecimiento de Robert.

—No te preocupes, Luca. Iba a llamarte de todos modos uno de estos días. Todavía lo estoy procesando.

Luca realmente lamentaba no haber podido asistir al funeral, o al menos acompañar a Angela en una situación tan triste. Había desarrollado con ella una relación estrecha, muy diferente a la que procuraba tener en la actualidad con las víctimas de los casos que investigaba.

—¿Cómo te encuentras, Angela? —preguntó Cynthia.

—Mejor de lo que esperaba. Robert lo pasó fatal durante las semanas de ingreso. Siempre fue una persona muy sana y no llevó nada bien su estancia en el hospital; estaba muy débil, se ahogaba cuando se levantaba para ir al baño, incluso cuando hablaba. Empezó a darse cuenta de que no volvería a ser el que era, y eso lo afectó mucho. Robert quería irse con su dignidad intacta. Eso hace que todo sea más fácil de aceptar para mí.

Angela se quedó pensativa. Miró las fotografías de Amanda; una herida que no se cerraría nunca.

—Angela —dijo Luca—, hemos reabierto el caso de Amanda.

La mujer lo miró con sorpresa.

—No entiendo. Creía que el caso estaba en la unidad de Casos Sin Resolver.

—Lo estaba, pero ha habido un nuevo homicidio que podría estar relacionado con el de tu hija.

—¿Un nuevo homicidio? —preguntó Angela con voz temblorosa.

Luca y Cynthia le contaron a continuación las generalidades del caso de DeShawn Miller. Describieron las circunstancias del hallazgo, el cautiverio, la tortura, pero evitaron entrar en detalles demasiado escabrosos, conscientes del dolor que la historia podría causar a Angela.

—¿Y cuál es la conexión con el crimen de Mandy?

Cynthia buscó en el móvil una fotografía del espejo antiguo encontrado en la mina abandonada y se la mostró a Angela, que la miró durante unos segundos. Su reacción no fue la que Luca esperaba.

—¿Qué ocurre, Angela?

—Es una casualidad —dijo ella—. La muerte de ese hombre no tiene nada que ver con la de mi hija.

La convicción con la que Angela aseveró lo anterior confundió todavía más a Luca, que, durante años, había visto a aquella mujer aferrarse al avance más insignificante en la investigación, con la esperanza de algún día saber la verdad.

—Tenemos algunos indicios más de que los dos casos podrían estar relacionados —dijo Luca—. Esta podría ser la oportunidad que hemos estado buscando durante tanto tiempo.

Angela se quedó mirando al infinito.

Cynthia miró a Luca, confundida. Él se encogió de hombros.

—¿Angela?

—Acompañadme, por favor.

Se levantó y fue hasta las escaleras. Luca y Cynthia la siguieron en silencio hasta la primera planta. Caminaron por un pasillo hasta las habitaciones.

—Cuando a Robert empezó a irle bien en la empresa, nos mudamos a esta casa para cumplir un sueño compartido. Yo acepté, pero con una condición.

Llegaron al final del pasillo. Angela abrió una de las puertas.

—La condición era traer todas sus cosas aquí.

Luca, que a diferencia de Cynthia sí había conocido el dormitorio de Amanda en su antigua casa, se sorprendió al ver que todo estaba dispuesto exactamente de la misma manera. Entraron en silencio, casi como intrusos en un santuario.

La habitación era un reflejo de la personalidad de Amanda: una mezcla de sueños adolescentes, aspiraciones frustradas y una necesidad desesperada de escapar de la realidad. En las paredes había pósteres de Lady Gaga y Katy Perry, junto con fotografías de Amanda con sus amigas y recortes de revistas de moda. Sobre la cama, cubierta con una colcha de *patchwork*, había varios peluches y almohadas de colores.

Lo que llamó la atención de Cynthia fue la casa de muñecas, grande y con todo lujo de detalles, con varias habitaciones amuebladas. Cynthia se acercó y la observó con curiosidad, sintiendo una punzada de nostalgia.

—Esa casa de muñecas… —dijo Angela al advertir el interés de Cynthia—. Robert se la regaló a Mandy cuando tenía diez u once años. Tuvo que echar horas extras durante semanas para poder pagarla. Para él, era importante que Amanda tuviera algo especial durante su infancia; algo que la hiciera tan feliz que nunca pudiera olvidarlo.

Angela se quebró y se llevó una mano al rostro para contener las lágrimas.

—Siempre le gustó hacer ese tipo de cosas… gestos inesperados que demostraban lo mucho que la quería. Algo que él nunca recibió de niño, por supuesto.

Cynthia examinó la casa de muñecas con mayor detenimiento. Era una réplica en miniatura de una mansión victoriana, con torretas, balcones y un jardín con una fuente. Cada habitación estaba decorada con muebles de época, alfombras persas y cuadros en miniatura. Pero lo que más le llamó la atención a Cynthia fue una habitación en particular, especial para un niño, ambientada con personajes de Disney. Había un pequeño moisés con una figura del ratón Mickey, una alfombra con dibujos de Winnie the Pooh y un armario en miniatura con una figura de Campanilla en la puerta.

—Esa habitación era su preferida —dijo Angela—. La decoró ella misma cuando era un poco mayor.

Cynthia se alejó de la casa de muñecas y observó el resto de la habitación. En la mesilla de noche, junto a la cama, había una caja de madera tallada, pintada a mano con motivos florales.

—Aquí es donde Amanda guardaba sus cosas más preciadas —dijo Angela, acercándose a la mesa y abriendo la caja con cuidado—. Cartas, fotografías, recuerdos… cosas que significaban mucho para ella.

Angela sacó un sobre.

—Esta carta la escribió Robert cuando estaba ingresado en el hospital. La he guardado aquí para que Mandy finalmente sepa la verdad de lo que sucedió la noche en que la asesinaron.

Con un gesto solemne, se la entregó a Luca para que la leyera.

Angela, mi amor:

Si estás leyendo esto, es porque mi corazón finalmente ha dicho basta. No lo lamentes. He tenido una buena vida, y los últimos años, gracias a ti y a tu fortaleza, han sido los mejores. Te amo con todo mi ser, y me voy en paz, sabiendo que estarás bien. Eres la mujer más fuerte, valiente e inteligente que he conocido, y sé que saldrás adelante. Por ti. Por Amanda. Por nosotros.

Hay algo que necesito contarte. Algo que he mantenido en secreto durante mucho tiempo. Entenderás por qué en un momento. O eso espero.

Cuando tenía diez años, entre tantas idas y venidas en hogares de acogida donde permanecía unos pocos meses —a veces semanas —, me adoptó la familia Albright. La mujer, Eleanor, era muy religiosa, cariñosa y también sumisa y obediente, aunque de esto me daría cuenta bastante después de estar con ellos. Su marido, Richard, era un tipo serio, con un empleo estable de muchos años en un banco, metódico y riguroso, obsesionado con el orden. Para mí, que había sido criado bajo las estrictas normas de Pacific Home, sin un modelo de familia claro, los Albright me parecieron la familia perfecta. Lejos de las otras familias con todo tipo de problemas, Eleanor y Richard parecían sacados de un manual de padres modélicos; al menos a los ojos de un crío de diez años que hasta ese momento no conocía el cariño.

Es posible que Richard haya suavizado sus reglas al principio, cuando yo recién había llegado a la casa; la verdad es que no lo

recuerdo. Lo cierto es que Richard Albright nunca me pegó, y rara vez levantaba la voz, por lo que tardé meses en darme cuenta de que la disciplina que imponía en la casa, especialmente con Eleanor, no era normal.

Eleanor vivía aterrorizada. Richard había creado un complejo sistema de recompensas y castigos para controlarla. Si Eleanor cumplía con sus expectativas, recibía pequeñas recompensas: un postre especial, un vestido nuevo, un paseo por el parque.

Recuerdo una vez, Eleanor había olvidado planchar una de las camisas que formaban parte de la rotación de prendas de Richard. Eleanor y yo estábamos en el salón viendo la tele, y él apareció con la camisa, todavía colgada en su percha, y, con su voz tranquila de siempre, le dijo que estaba muy decepcionado porque su ropa no estaba en condiciones. Le dijo que era inaceptable y que, además de planchar la camisa de inmediato, debería quedarse en el sótano hasta el día siguiente.

Incluso en ese momento no me pareció algo terrible. En Pacific Home los castigos eran el pan nuestro de cada día, y yo estaba tan acostumbrado a que la violencia necesariamente fuera física que no contemplaba otro tipo de maltrato. Además, que Eleanor justificara cada castigo de Richard, haciéndose cargo de sus faltas, no ayudaba a que yo abriera los ojos.

Yo era un niño. No entendía la crueldad y la perversidad de Richard, pero a medida que pasó el tiempo empecé a vivirla en carne propia. Y ahí empecé a odiarlo.

Entendí también que Richard me veía como a un instrumento más para sus castigos, porque nada le hacía más daño a Eleanor que no poder estar conmigo o que yo sufriera. Mi relación con ella se había afianzado con rapidez. Eleanor me adoraba; había soñado con tener hijos durante toda su vida, y Dios finalmente le daba la oportunidad conmigo.

Eventualmente, los castigos empezaron a recaer en mí. Si Eleanor cometía algún error, entonces yo pagaba el precio. Richard me encerraba en mi habitación muchas horas, sin comida y sin la posibilidad de ir al baño.

Un día, Eleanor olvidó comprar leche de almendras y Richard volvió a aparecer en el salón, con su clásica sonrisa estampada en el rostro, su tono conciliador, blandiendo el envase completamente vacío. Con su voz aleccionadora y pausada, la acusó de ser una inútil, una incompetente, un cero a la izquierda. El castigo, en esta ocasión, fue que yo pasara dos días enteros en el garaje, valiéndose únicamente de los víveres que había allí: unas latas de conserva y la comida del perro. Tuve que hacer mis necesidades en un balde.

El incidente del garaje fue un punto de inflexión para mí. No sé si los castigos se fueron haciendo más frecuentes y crueles con el tiempo. Se volvieron casi diarios, y por cosas ridículas, como poner el volumen de la tele demasiado bajo, colocar las toallas desalineadas, la temperatura de la comida, incluso respirar demasiado fuerte.

El último año en casa de los Albright fue aterrador, hasta el punto de que empecé a echar de menos mi vida en el orfanato, donde había hecho algunos amigos y donde la convivencia con los otros chavales no estaba exenta de crueldad, pero nada en comparación con los tormentos sistemáticos de Richard, algunos de los cuales ni siquiera me atrevo a poner por escrito.

Varias veces intenté convencer a Eleanor de que nos largáramos de allí cuando Richard estaba en el trabajo. Ella tenía unos parientes en el norte. Eleanor intentaba convencerme de que no era buena idea, de que éramos una familia y de que Richard no era un mal hombre, que sólo quería lo mejor para nosotros. Eleanor estaba convencida de ser merecedora de todos los castigos por no dar la talla, y yo, por momentos, también me convencía de eso, hasta que estaba en presencia de Richard. Y entonces, el odio que sentía por él se hacía más fuerte que todo lo demás.

Si, en lugar de diez u once años, hubiera tenido quince, probablemente habría hecho alguna barbaridad. Pero yo seguía siendo un crío y una noche, después de uno de los castigos predilectos de Richard en mi habitación, abrí la ventana sin pensármelo dos veces, me deslicé por el tejado y aterricé en el jardín. Corrí sin mirar atrás. Cuando la policía me encontró les conté todo lo que Richard nos hacía a Eleanor y a mí.

Así fue como regresé a Pacific Home y nunca más quise saber nada de ellos.

Durante años, ni siquiera pensé en los Albright. Creo que, como tantas otras situaciones vividas durante esos años, bloqueé todos esos recuerdos horribles. Hasta que ocurrió lo de Amanda, y el detective Bruzzo llegó a casa con la fotografía de aquel espejo antiguo.

Yo conocía ese espejo. Lo había visto muchas veces en la habitación de Eleanor.

Al día siguiente fui a casa de los Albright. Eleanor me reconoció al instante. Estaba sola, más vieja y más frágil, pero con la misma mirada de resignación de siempre. En cuanto me vio, se echó a llorar; se había enterado por las noticias de la muerte de Amanda.

Me invitó a pasar y me confesó que Amanda había estado en contacto con ellos desde hacía varios meses, visitándolos con cierta frecuencia. Todos esos días que se ausentaba de casa, no estaba con el chico Blair, sino con los Albright. Esto fue una noticia terrible para mí.

Según me contó ese mismo día, todo empezó cuando Amanda se presentó en el banco para abrir una cuenta y Richard, que era el director de la sucursal, vio en el expediente que era hija mía. Cuando se reunió con ella para aprobar la documentación, le dijo que yo había vivido con ellos durante dos años. Aquello despertó el interés de Amanda, y en eso tengo parte de culpa, porque muchas veces me preguntó por mi pasado, y siempre me negué a hablar de él.

No sé qué versión de aquellos años le contaron a nuestra hija; seguro que una muy distinta a la real. Eleanor me habló maravillas de Amanda, que estaba fascinada con las fotos mías que los Albright guardaban en un álbum, y que le había hecho muchas preguntas sobre mí.

Todas esas noches, en que estábamos preocupados por Amanda porque estaba con Blair, en realidad se quedaba en la misma casa donde yo había sido tan infeliz. Te imaginarás mi preocupación, porque conocía a Richard y sabía de lo que era capaz. Lo sabía de primera mano.

Eleanor intentó convencerme de que Richard había cambiado, de que se había «reformado». ¿Te lo puedes creer?

Cuando le pregunté por qué le había dado el espejo Amanda, Eleanor me dijo que Amanda estaba embarazada. Y eso me hizo entenderlo todo.

Aquella misma noche, regresé para hablar con Richard. Me estaba esperando en el salón, bebiendo Whisky. A diferencia de Eleanor, Richard parecía no haber envejecido. No sé si mi cabeza me jugó una mala pasada (seguramente sí), pero, por un momento, me sentí aquel crío de diez años frente al mismo ser siniestro.

Entonces pensé en Amanda, y eso me hizo dejar el pasado atrás y exigirle a Richard las respuestas que había ido a buscar. No iba a tragarme lo del hombre reformado. Amanda era una joven hermosa, vulnerable, y él… un monstruo. Y yo ya no era un crío de diez años, sino un adulto.

No me siento orgulloso de lo que sucedió esa noche, pero Richard, finalmente, confesó. Ese hijo de la gran puta abusó de nuestra hija y la dejó embarazada.

Ese monstruo. Ese maldito monstruo que ha estado todo este tiempo acechando desde el pasado.

Cuando Richard supo lo del embarazo…, cuando supo que su vida de banquero perfecto se iba a la mierda, entonces la mató. Él sabía que Amanda iría esa noche a verlos, y conocía el camino que solía hacer. La esperó en el parque y la asesinó.

Monstruo.

Richard seguía siendo el mismo de siempre. Esa noche, además, iba borracho, así que estaba verborreico, casi desafiante, como si disfrutase haciéndome daño por última vez.

Sé que debí haber llamado a la policía, pero el instinto me pudo y me abalancé sobre él. Lo hice sin pensar, movido por la rabia. Richard cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza contra la esquina de una mesa de cristal. Fue accidental, pero no lo lamenté, ni en ese momento ni ahora, que han pasado tantos años. Murió en pocos segundos, también de un golpe en la cabeza, como nuestra hija. Justicia divina.

Eleanor, que seguro que había estado escuchando todo desde su habitación, ni siquiera salió cuando la casa quedó en completo silencio. Tuve que ir a buscarla yo. Eso demuestra que Richard seguía ejerciendo un poder de dominación absoluto sobre ella.

Le expliqué a Eleanor lo sucedido. Ella estaba extrañamente tranquila. Me dijo que me fuera, que ella se encargaría de todo.

Regresé a casa y temí que la policía apareciera de un momento a otro. Pero conforme pasaban las horas, me convencí de que Eleanor me había encubierto. Richard había estado bebiendo, y era perfectamente razonable que hubiera perdido el equilibrio y se hubiera golpeado la cabeza con la esquina de la mesa.

Entenderás, Angela, por qué nunca te lo conté. No por cobardía. Como ya he dicho, no me arrepiento de nada de lo que hice esa noche. Callé, porque jamás me hubiera perdonado dejarte sola. No podía arriesgarme a que me acusaran de asesinato.

En ti confié siempre plenamente, pero eres una mujer transparente, y si la policía se hubiera dado cuenta de que tú sabías algo, de que tu reacción no era la esperada frente a la investigación de Amanda…

Ahora me estoy muriendo, y es hora de que sepas la verdad.

Richard Albright mató a Amanda, y yo lo maté a él.

El monstruo ha pagado. El monstruo no le hará más daño a nadie.

Te amo.
Robert.

18

Luca y Cynthia permanecían sentados en el Crown Victoria, aparcados frente a la casa de Angela Stewart, todavía en shock por lo que acababa de suceder allí. La carta de Robert —su confesión— arrojaba luz nada menos que sobre la muerte de Amanda, un interrogante que llevaba rondando en la mente de Luca por más de una década. No se acostumbraría a ello de la noche a la mañana.

—Tiene que estar aquí —murmuraba Luca, hojeando las páginas de una carpeta desgastada, llena de anotaciones y nombres—. En alguna parte… ese apellido…, Albright…, me suena…

—Pero Luca… ¿de qué hablas?

—Es la carpeta con la investigación de las familias que vivían cerca del parque Callegari. La saqué del expediente para que pesara menos… ¡Aquí está!

Luca señalaba una de las páginas con el dedo. Escrito con tinta azul, estaba el nombre de Richard Albright, y debajo la dirección.

—Mierda —dijo Luca, golpeando el volante con el puño—. Estuve tan cerca…

—¿Qué significa esa marca azul?

—Que no observé nada sospechoso, pero que podría ser la familia que buscaba. Quizás, si Eleanor hubiera abierto la puerta ese día, otro podría haber sido el desenlace.

—Si Richard negó conocer a Amanda cuando fuiste a su casa, eso demuestra su culpabilidad y que todo lo que dice Robert es cierto.

—Estuve tan cerca —volvió a decir Luca, ahora con más bronca que antes.

—Todo esto es muy fuerte —dijo Cynthia—. Desde que leíste la carta de Robert que no terminas de creértelo. ¿Es eso, o hay algo más?

—Sí, en parte es eso.

—¿Qué es lo que te preocupa, entonces?

—Que quizás Robert deseaba tanto resolver el asesinato de su hija como vengarse de Richard por todo lo que le hizo.

—¿Se lo inventó?

—No lo sé. Quizás sólo exageró un poco las cosas, vio fantasmas, llenó algunos espacios. Robert había tenido problemas con la bebida en el pasado; quizás era él quien iba borracho cuando fue a ver a Richard. Escuchó lo que quería escuchar.

—Luca, entiendo que esta resolución no es la que esperabas, pero…

Luca la detuvo con un gesto amable.

—No, Cynthia, no se trata de eso. Siempre he creído que Tom Blair era el asesino, y una parte de mí lo sigue creyendo, pero me he equivocado tantas veces en este caso que ya no es una cuestión de orgullo.

—No quería decir eso. Te pido disculpas si…

—No tienes que disculparte. Es verdad que no es el desenlace que esperaba. Por otro lado, la confesión de Robert es contundente.

Luca cerró la carpeta y la colocó en el asiento trasero del coche.

—Lo que no tiene ni pies ni cabeza —dijo Cynthia— es por qué ha aparecido otro espejo antiguo con el cadáver de Miller. ¡Esto ha sido un crimen intrafamiliar!

Luca suspiró.

—Y no nos olvidemos de la piedra con las iniciales de Tom Blair.

La revelación de Richard Albright como el asesino de Amanda, sin duda circunscribía el crimen a un ámbito doméstico, donde la posible relación de DeShawn Miller con el negocio de la droga y las discotecas de la familia Blair dejaba de tener importancia.

¿O acaso no?

—Tenemos que ir a ver a Eleanor Albright ahora mismo —dijo Luca, y estiró el brazo para arrancar el coche.

Cynthia lo detuvo, apoyando una mano con suavidad sobre su brazo.

—Luca, es tarde. Ayer no estuviste con Lily. Tu hija te está esperando.

Una expresión de horror se apoderó de Luca. ¿En qué estaba pensando? Parte de su nueva forma de encarar el trabajo tenía que

ver, precisamente, con darle a su familia el tiempo que se merecía. Era un hecho que el caso de Amanda lo transportaba a su peor versión.

—Tienes razón.

Luca sabía que debía ir a casa; que *quería* ir a casa. Sin embargo, una parte de él también quería aprovechar el tirón del caso e ir de inmediato a ver a Eleanor y conocer su versión de la historia.

—Puedo ir yo, Luca —dijo Cynthia—. Tú vete a casa, con Lily y con Sarah, que yo me ocupo de ir a ver a Eleanor. Hablaré con ella e intentaré corroborar lo que cuenta Robert; también conocer su versión de los hechos.

Que Cynthia expresara aquella idea casi de la misma forma en que se había formado en la cabeza de Luca ayudó a convencerlo. Cynthia estaba capacitada para hacer un buen trabajo interrogando a Eleanor y ganarse su confianza.

Luca la miró con gratitud.

—Gracias.

—No hay de qué. Te llamaré en cuanto salga de allí, te lo prometo.

—No es sólo por eso, también por recordarme cuáles son mis prioridades. Este caso tiene la particularidad de hacerme perder el norte.

—Lo sé. Para eso somos compañeros, para cubrirnos las espaldas. ¿No eres tú el que dice eso todo el tiempo? Déjame en la central, allí cogeré mi coche e iré a ver a Eleanor Albright.

19

Lily estaba sentada en medio del sofá, con las piernas cruzadas y la mirada fija en el televisor, siguiendo las aventuras de Dora la Exploradora con una concentración absoluta.

Cuando Luca llegó, cerró la puerta tras de sí con suavidad y se quedó en el umbral del salón, observando a su hija en silencio. Eran las seis y media.

Echó un vistazo a la cocina, y en la encimera vio los dos platos usados. Sarah y él procuraban que la cena estuviera lista a las seis; un ritual al que hacían todo lo posible por asistir ambos, salvo alguna emergencia laboral. La de hoy no había sido precisamente una emergencia, pero casi.

—Hola, cariño —dijo Luca, acercándose a Lily y besándola en la frente—. ¿Qué tal estás?

Lily lo miró de reojo, sin responder, y volvió a concentrarse en la pantalla, donde Dora, con su mochila parlante y su inseparable Botas, se adentraba en la selva en busca de un tesoro perdido. Luca sonrió. Conocía esa mirada. Era la forma que tenía Lily de hacerle saber que no le hacía gracia que llegara tarde.

Luca se sentó en el sofá, con la mirada fija en la pantalla, intentando conectar con aquellos personajes animados y sus canciones pegadizas. Pero sus pensamientos volaban hacia otro lugar: la carta de Robert y la revelación de que Richard Albright había asesinado a Amanda.

Había una verdad amarga detrás de esa carta: no era una prueba en sí misma. No sólo seguían sin tener una evidencia válida y probatoria para un tribunal, sino que el asesino estaba muerto y el testigo de la confesión, también. Nadie querría seguir investigando un caso así, y menos Arson. ¿Qué sentido tenía gastar dinero público en una investigación sin posibilidad de condena?

Por otra parte, la conexión con el crimen de Miller sería mucho más difícil de sostener y el caso regresaría a la órbita del sheriff,

donde sería condenado al olvido.

Luca esperó a que el capítulo de Dora estuviera a punto de terminar. Siempre era recomendable anunciar las cosas unos minutos antes…

—Ya es hora del baño, Lily.

Lily no respondió. Seguía absorta en la televisión, donde Dora, tras superar una serie de obstáculos y resolver un complejo acertijo, finalmente encontraba el tesoro perdido. Sabía que Lily lo estaba poniendo a prueba.

—Venga, cariño —dijo Luca—. Vamos a darnos un baño. Podríamos usar una de las pastillas rosas…

Lily lo miró, con sus grandes ojos azules. Una tenue sonrisa apareció en sus labios.

—¡Sí! Quiero la pastilla rosa.

—Muy bien, termina de ver este capítulo. Yo voy a preparar el baño.

Mientras subía las escaleras, Luca escuchó la voz de Sarah proveniente del estudio.

—No, Erica, aún no lo he empezado. Lo tengo aquí, en la mesilla al lado del sofá. Ya te comentaré cuando lo lea. ¡No me arruines nada de la trama!

Luca se quedó quieto. No había vuelto a pensar en el rollo del día anterior con el libro El Psicoanalista, cuando Sarah le había dicho que lo estaba leyendo y él después había comprobado que no el marcapáginas seguía en la primera página.

—Sí, ya te contaré… —dijo Sarah—. Luego hablamos, que Lily se ha quedado sola abajo y no creo que Luca llegue a casa pronto.

Luca no se sentía cómodo escuchando una conversación privada, por lo que se apartó de la puerta.

Sarah salió del estudio en ese mismo instante, todavía con el móvil en la mano.

—¡Estás aquí! —dijo al descubrirlo en el pasillo. Y, tras una pausa, agregó— No, no a ti. Luca acaba de llegar. Adiós.

Sarah y Luca se besaron en la boca.

—Pensé que el caso te tendría ocupado hasta más tarde.

—Yo también. Surgieron cosas de última hora, pero Cynthia se hará cargo.

—Genial. Le dije a Lily que quizás no vendrías. ¿Se ha puesto contenta?

—Digamos que Dora me ha cedido un instante de protagonismo.

Sarah rio.

—Voy a seguir con algunas cosas aquí —dijo ella—. ¿Nos vemos abajo en un rato?

—Claro.

Luca fue a preparar el baño para Lily, incluida la pastilla de color rosa.

Diez minutos después, y tras el consabido tira y afloja verbal, Lily disfrutaba del baño mientras jugaba con un pez de cuerda.

Lavar el pelo a Lily esta vez fue más sencillo. Luca tenía la cabeza puesta en el encuentro entre Cynthia y Eleanor Albright, que posiblemente estaba teniendo lugar en ese preciso momento. La gran pregunta era hasta qué punto la mujer corroboraría el contenido de la carta de Robert. Para cualquiera sería difícil aceptar que había convivido buena parte de su vida con un asesino.

—El agua está fría.

Luca se quedó mirando a Lily, que lo observaba a su vez con el pez de plástico en una mano.

Tras cumplir con la rutina del lavado de dientes y el último pipí del día, después de unas cuantas idas y venidas dialécticas, finalmente la llevó a la habitación. Lily se puso el pijama sola y eligió su libro. Como Luca no había tenido la precaución de ofrecer una selección ajustada a sus propias preferencias, la conclusión fue la peor: *Una rosa en la trompa de un elefante*. ¡Otra vez!

Los críos no conocen límite para la repetición. Era una lección aprendida.

Luca leyó el cuento en piloto automático, pronunciando cada palabra sin tener ni la más remota idea de lo que decía. El texto podría haber cambiado mágicamente por un relato terrorífico y él lo habría repetido sin darse cuenta.

Hacia la mitad del cuento, Lily por fin se durmió. Luca la arropó con la manta y la besó en la frente. Se quedó mirándola un rato,

iluminada por el tenue resplandor de la lamparita de Kitty, y a continuación salió de la habitación.

Encontró a Sarah en el jardín. En la mesa había dos cervezas y un bocadillo.

—¿A que no sabes con quién he hablado hoy? —preguntó Sarah.

—¿Con quién?

—Con Marino.

Luca tardó un segundo en reconocer el nombre del detective jubilado que se había visto implicado fortuitamente en el intento de robo de DeShawn Miller.

—¿Lo has llamado tú?

—Sí. Estaba encantado de que alguien del departamento lo llamara. Lo noté triste por estar fuera, pero nada que no esperase. Le dije que tú estabas investigando la muerte de Miller —la cual, por supuesto, desconocía— y que iría a verlo uno de estos días para hablar del robo. Si no te importa, me gustaría hacerlo, aunque a ti no te sirva de mucho.

—Claro que me sirve. Todo lo que pueda saber del pasado de Miller será bienvenido. Para serte sincero, es muy poco lo que hemos avanzado en el caso de Miller; necesitamos reconstruir su entorno, y el tiempo apremia. Pero ahora quiero contarte algo increíble que ha sucedido hoy. ¡Ya sabemos quién mató a Amanda!

Sarah se lo quedó mirando, a la espera de que él le confirmara que era una broma.

—¿Es de verdad?

Sarah no salía de su asombro.

Luca asentía; él mismo no podía creer el giro que había dado el caso. Mientras comía el bocadillo, le relató a Sarah el contenido de la carta de Robert.

—Luca, no puedo creerlo. O sea, ¿el tal Albright mató a Amanda, y Robert no dijo nada en todo este tiempo?

—Así es.

—Luca, sabes perfectamente que eso del accidente con la mesa son patrañas. Es evidente que Robert Stewart mató a Albright.

—Es probable. Muy probable diría yo. Pero, después de tantos años, y con Robert muerto, no tiene tanta importancia.

—Para la viuda quizás sí la tenga —apuntó Sarah.

—Supongo que es una de las cosas que Cynthia va a confirmar cuando hable con Eleanor Albright, si es que ya no lo hizo…

Luca miró el móvil, aunque no había sonado.

—¿Quieres llamar a Cynthia?

—Prefiero no interrumpirla. Hemos quedado en hablar cuando termine. No sé si la visita servirá para aclarar algo. Quizás agregue más confusión, porque me imagino que para Eleanor será difícil enfrentar una cosa así.

—¿Y el crimen de Miller?

—Cada vez tiene menos sentido que haya aparecido otro espejo junto al cadáver de Miller. El espejo, y también las iniciales en la roca, son conexiones entre dos crímenes que cada vez tienen menos en común.

—¿Tenéis alguna teoría?

—Esta mañana hemos visitado en la cárcel a un preso con el que Miller trabó amistad…

—Beaufort —intervino Sarah al instante.

—¿Ya te hablé de él?

—Claro.

—Siempre has sido buena para recordar los detalles, Sarah.

—Lo sé —dijo ella bebiendo un trago de cerveza y guiñándole un ojo—. ¿Qué sucedió con Beaufort?

—Nos dijo que hay un tipo que lidera una banda de poca monta, que hace un tiempo manejaba la droga en algunas discotecas de Los Ángeles. Es el que reclutó a DeShawn para el robo en la pizzería.

—¿Y creéis que ese tipo podría estar relacionado con los Blair y, en consecuencia, con Amanda?

Incluso Luca veía lo endeble del nexo. Pero era todo lo que tenían.

El móvil de Luca vibró. Era un mensaje de Cynthia.

LLÁMAME CUANDO PUEDAS.
GIRO INESPERADO

20

Luca llamó a Cynthia desde el jardín. Sarah seguía a su lado, expectante.

—Estoy delante de la casa de Eleanor Albright —dijo Cynthia, saltándose todos los formalismos—. La visita ha sido más que productiva.

El corazón de Luca empezó a latir con fuerza y lo único que atinó a hacer fue levantarse y caminar por el jardín.

—Cuéntamelo con pelos y señales, por favor.

—Bien. Empecé dándole la noticia de la muerte de Robert —dijo Cynthia—. No se lo tomó nada bien. Es evidente que sentía un cariño muy grande por él; no hay forma de que haya fingido algo así. Se vino abajo, y nos quedamos en silencio un rato. Le permití que se recuperara. No creí que fuera capaz de continuar, pero finalmente se recompuso y pude hablarle de la carta que Robert le dejó a su mujer. Empecé por lo que él recordaba de sus años viviendo con ellos, los castigos y la severidad de Richard, hasta que huyó de la casa.

—¿Eleanor lo confirmó?

—Me confesó que Richard había sido severo con ellos; nunca se refirió a lo que le hacía su marido como *castigos*. Me dijo también que el tiempo lo había transformado; intentó defenderlo, pero no de un modo demasiado enfático.

—Quizás una parte de ella sintió alivio esa noche, cuando Richard murió, accidente o no accidente.

Sarah, que había estado observando desde su asiento, se levantó y recogió el plato y las botellas vacías. No podía sacar demasiadas conclusiones escuchando sólo una parte de la conversación. Saludó a Luca con la mano y entró a la casa.

Luca le devolvió el saludo.

—Le pregunté por cómo empezó la relación con Amanda —dijo Cynthia—. Se le iluminó la cara, Luca, ¡no te puedes imaginar! Me

dijo lo mismo que Robert cuenta en su carta, que Richard reconoció a Amanda en el banco cuando fue a abrir una cuenta y le contó la verdad. Aquello sucedió varios meses antes del asesinato; Eleanor no supo decirme cuándo exactamente, pero seguro que entre seis y ocho meses antes. La relación se afianzó rápido, y Amanda los visitaba con frecuencia; al final, prácticamente se quedaba en su casa todas las noches.

—Eso es coherente con lo que he hablado con Angela y Robert en su momento, sólo que ellos creían que estaba en casa de su novio.

—Eleanor me habló de ella como de una nieta; incluso me mostró algunas fotografías que se habían tomado juntas. Y escucha esto…, porque este es el giro que no esperábamos: Eleanor sabía que Amanda estaba embarazada.

—¡¿Qué?! ¿Ella te lo dijo antes de que se lo preguntaras?

—Sí. Me dijo que Amanda y ella hablaban mucho. A veces de Robert cuando era chaval, porque Amanda no sabía casi nada de la infancia de su padre. Pero Amanda también le contaba sus cosas, y una de las cosas que le dijo es que estaba embarazada, y que el hijo no era de su novio.

Luca no podía creer lo que oía. Eleanor era la primera persona del entorno de Amanda que sabía lo del embarazo, además de Tom Blair.

—¿Y te dijo que no era de Blair?

—Así es. Pero cuando Eleanor le preguntó por el padre, Amanda le dijo que prefería no hablar de él todavía, porque era un tema doloroso.

—¿Doloroso?

—Eleanor sabía que había sido un embarazo no planificado. Pero tiene sentido que Amanda no quisiera hablar de ese tema con ella. ¿Sabes qué? En las fotos que me enseñó Eleanor, sólo salían ellas dos, no había ninguna de Richard. Y cuando Eleanor hablaba de lo bien que se llevaban, nunca lo incluía a él. Es más, me repitió varias veces que Amanda solía ir a la casa muy tarde, casi siempre de madrugada. Había una llave escondida en el porche y ella la usaba cuando llegaba.

—Cuando Richard dormía.

—Así es. Como Eleanor se acuesta tarde, no tenía problemas. Las dos se quedaban horas hablando, a veces hasta el amanecer.

—Le pregunté específicamente por el vínculo entre Amanda y Richard y me dijo que a veces compartían cenas los tres. Me aclaró que a Richard le costaba relacionarse con las personas, especialmente cuando había un vínculo afectivo de por medio, que le llevaba más tiempo que a una persona normal, pero creía que con Amanda había hecho progresos.

Sarah regresó al jardín con dos tazas de café. Se sentó en el mismo sitio de antes y le hizo un gesto inquisitivo a Luca con el pulgar hacia arriba.

Él negó con la cabeza y ella suspiró.

—Vayamos a lo importante —recapituló Luca, en parte para que Sarah estuviera al tanto, pero también porque a él le costaba asimilarlo—. Entonces Eleanor sabía del embarazo y asegura que Amanda le dijo que no era hijo de Blair, sino de alguien más.

Los ojos de Sarah, que seguía atenta a la conversación, se abrieron al máximo.

—Es más —decía Cynthia desde el otro extremo de la línea—, Amanda le dijo que el padre no quería que tuviera el bebé, y que ella necesitaba dinero porque planeaba irse a algún sitio y tener al niño ella sola.

Luca se quedó de piedra.

—¿Luca, sigues ahí?

Lentamente, Luca se movió hasta sentarse en el sillón.

—Sí, aquí estoy. ¿Qué te dijo de la noche que Robert fue a su casa?

—Le costaba hablar de ese día. Me contó más o menos lo mismo que dice la carta. La primera vez que Robert fue a verla, Richard no estaba en casa. Conversaron durante un buen rato. Eleanor le dijo cómo se habían conectado con Amanda y que, durante los últimos meses, habían mantenido una relación muy estrecha. Pero escucha esto: Eleanor asegura que ese día le contó a Robert lo del embarazo de su hija, que el bebé no era de Blair y también que Amanda tenía pensado irse lejos para tener a su hijo. Vamos, que se lo contó todo.

—¡Joder! ¡Robert supo del embarazo desde el principio!

—En vistas de lo que sucedió esa noche, tiene bastante sentido que lo haya mantenido oculto.

Durante todos esos años, Luca había mantenido una relación bastante estrecha con Angela Stewart, pero también con Robert. Recordaba un par de charlas con él que había creído sinceras, y sin embargo ese hombre justiciero había sabido todo desde el principio: el embarazo de su hija, las razones por las que necesitaba dinero…, y el nombre del asesino.

Luca se levantó.

—Joder, ¿por qué no me lo dijo?

—Creo que Robert lo deja claro en su carta, Luca: buscó proteger a Angela de la verdad. El abuso por parte de Richard, el embarazo… ¿Qué necesidad había de cargar a una madre con más dolor?

A veces, la incertidumbre era mejor que la verdad. Luca lo había experimentado de primera mano más de una vez.

—Robert regresó a casa esa misma noche y habló con Richard —continuó Cynthia—. Eleanor estaba en su habitación y escuchó los gritos. No entendió lo que decían. Al cabo de unos minutos, escuchó un ruido muy fuerte…

—Y encontró a Richard muerto.

—Sí. Eleanor me aseguró que Robert estaba desesperado. Le juró que había sido un accidente.

—Quizás Eleanor hasta se alegró de librarse de su marido.

—Es posible.

Se quedaron en silencio.

—No sé dónde nos deja todo esto —dijo Cynthia.

—Sinceramente, yo tampoco. Mañana tenemos reunión con Durham, quizás con la cabeza más fría sea más fácil decidir los pasos a seguir.

Se despidieron.

Luca volvió a sentarse.

—Voy a calentar el café —dijo Sarah.

Luca cogió la taza y probó el café.

—No está mal.

Ella lo miró con cierta preocupación.

—Así que Robert lo sabía todo —dijo Sarah.

—Sí. Y optó por aplicar justicia por mano propia. Porque yo creo que esa noche fue a ver a Richard con intenciones de matarlo.

Luca se quedó pensativo. Levantó la cabeza y miró las estrellas.

—¿Subes? —lo animó Sarah mientras se levantaba del sillón.

—En un rato.

—Te espero —dijo ella con una sonrisa.

Luca se quedó solo. Un minuto después, había sacado la cartera del bolsillo y sostenía en sus manos la fotografía de Amanda.

Todos esos años había creído que Amanda se había vuelto una persona interesada por el dinero, cuando su único propósito había sido reunir el dinero necesario para poder tener a su hijo en soledad. Amanda tenía diecinueve años cuando murió; lo hizo con el espejo que le había regalado su abuela postiza, porque todavía no había querido desprenderse de él.

Esa era la verdadera Amanda. No era una chica que se había vuelto materialista, sino una con problemas enormes para su edad.

Y había cargado con ellos sola.

Amanda merecía justicia, aunque Luca ya no tenía tan claro qué significaba eso.

21

Cinco días para que se cumpla el ultimátum de Arson

El móvil lo despertó a las 6:30 con *The Final Countdown*, una gracia que había dejado de serlo y que tenía los días contados.

Tras una ducha rápida, Luca se afeitó y contempló su rostro mientras la condensación del espejo desaparecía. Tenía buena cara. Al contrario de lo que esperaba, había tenido un descanso profundo, sin sueños extraños relacionados con el caso, como le había pasado las últimas noches.

Fue al cuarto de Lily e hizo el primer intento de despertarla, pronunciando su nombre con suavidad y moviendo apenas su hombro. Descorrió las cortinas para que entrara un poco de luz, pero no demasiada. Lily, aún adormilada, con el pelo revuelto y las mejillas sonrosadas, se frotó los ojos con los puños y se dio la vuelta para seguir durmiendo.

Luca descorrió un poco más la cortina y repitió el ritual. Finalmente, Lily se sentó en la cama con el pelo como una cresta electrizada y los ojos todavía fijos en el infinito.

—Hola, Lilywhite.

Ninguna reacción.

Anunciando cada uno de sus actos como un piloto que pide permiso a la torre de control ante cada maniobra, Luca empezó a vestir a su hija, que hacía los movimientos mínimos para permitir la colocación de cada prenda: unos vaqueros, una camiseta de manga larga con el dibujo de un unicornio y sus zapatillas favoritas.

—Hoy no quiero ir a la guarde, papá.

—Venga, que mamá ya ha preparado el desayuno.

Lily permaneció sentada en el borde de la cama hasta que algo se activó y se bajó de un salto.

Nunca desestimar el éxito de un cambio radical de tema.

Sarah los esperaba en la mesa de la cocina. El desayuno estaba servido: tostadas con aguacate y un vaso de leche con cacao para Lily.

—Mamá, no se usa el móvil en la mesa.

La niña saludó a Sarah con un beso en la mejilla. A continuación, se sentó en su sitio y empezó a comer la tostada. Entre bocado y bocado le explicó a Sarah que al día siguiente tenía que llevar un sombrero a la guardería, que la señorita Davis le había dicho que tenía que ser un sombrero bien raro, de bruja o algo así. Podía ser cualquier sombrero que ella quisiera. *Cualquiera*.

Luca escuchaba a medias: pensaba en la reunión con Danny que tendría lugar en la central a las nueve de la mañana. El propósito iba a ser poner al corriente al capitán de lo que habían avanzado los últimos dos días y establecer los pasos a seguir. Luca sabía que su opinión sería tenida en cuenta a la hora de tomar decisiones; sin embargo, él mismo no estaba convencido de qué sería lo mejor. Si cerraban el caso de Amanda sin más pruebas que la carta y el testimonio de Eleanor, perderían el caso de Miller. Su plan era llegar a la central un poco antes y pensarlo con el segundo café del día. Consultó la hora en el móvil…

—Papá… sin móvil.

—Perdón.

Eran las 7:15. En cinco minutos tenía que salir para la guardería.

—¿Quieres que la lleve yo? —preguntó Sarah.

El poder telepático de Sarah a veces resultaba inquietante.

—No te preocupes, voy bien de tiempo. Gracias.

Sarah le dedicó una sonrisa y se quedó mirándolo.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Nada —dijo ella—. Sé el esfuerzo que estás haciendo. Quiero que sepas que lo valoro mucho.

Lily los observaba alternativamente.

—¿De qué habláis?

—Cosas de trabajo.

—¿Me has escuchado antes?

—Sí, hija, me hablabas del sombrero.

—¡No! Eso fue hace siglos.

Cinco minutos después, Luca y Lily se dirigieron al garaje, un espacio amplio y ordenado con capacidad para dos coches.

Luca abrió la puerta trasera del Crown Victoria.

—Me subo yo sola, papá.

Lily trepó con presteza y se sentó en su sillita. Luca colocó la mochila en el suelo y abrochó el cinturón a Lily.

—¿Llevas la pistola, papá?

—Sí, Lily, como todos los días.

—Guay.

Luca se subió al coche y activó la apertura automática del portón.

Sarah los esperaba del otro lado.

—¡Baja la ventanilla, papá! ¡Adiós, mamá!

Sarah les devolvió el saludo. A medida que el coche bajaba por la rampa, Luca y Sarah intercambiaron miradas. A veces, la comunicación entre ellos cuando Lily estaba presente se limitaba a decirse con la mirada todo lo que podían.

—¡Música! ¡Música! —pidió Lily con alegría, marcando el inicio de uno de los rituales que Luca tenía con su hija.

Cuando estaban solos en el coche, tenían sus propias canciones. Luca había conseguido que a Lily le molasen algunos temas de los ochenta.

Empezó a sonar *The Look*, de Roxette.

Roxette y Madonna estaban en el top de las preferencias de Lily.

—*Walking like a man, hitting like a hammer…* —cantaban Luca y Lily a dúo, con Lily imitando los gestos exagerados de su padre.

Estaban a punto de llegar a una de las partes preferidas de Lily, donde la melodía se interrumpía de repente y hablaba el hombre con voz nasal… cuando el móvil de Luca empezó a sonar.

—Perdón, Lily, tengo que coger esta llamada. ¡Es tu padrino! Seguro que necesita hablar con papá de algo del trabajo.

Luca apagó la música y atendió con el manos libres. Lily no protestó; en vez de eso, saludó con entusiasmo.

—¡Hola, Danny!

—¡Hola, Lily!

—Estamos escuchando a Roxette.

—¡Qué bien! Tu padre siempre con las últimas tendencias.

—¡Sí! Papá siempre me dice que es la última canción y…

—¿Cómo estás, Danny?

—Luca, tenemos que aplazar la reunión de la mañana. Arson me ha llamado hace un rato, quiere verme ahora mismo, pero no me ha dicho por qué. ¿Podemos vernos por la tarde?

Luca se quedó pensativo un momento. ¿La urgencia de Arson podía tener algo que ver con el caso de Amanda o el de Miller? Lo más lógico era pensar que no; la división llevaba decenas de investigaciones importantes.

—Ningún problema, Danny. Le aviso a Cynthia ahora mismo.

—Sí, por favor. Gracias.

Luca terminó la llamada y miró a Lily por el retrovisor.

—Lo siento, cariño. Tengo que hacer otra llamada.

Lily asintió, con esa madurez que le salía de vez en cuando.

Luca marcó el número de Cynthia con la marcación rápida.

—Buenos días —dijo Cynthia al instante.

—Hola, Cyn. Te llamo para decirte que Durham ha aplazado la reunión. La haremos por la tarde.

—Muy bien. Oye, Luca… ¿Te parece que visite a la hermana de Miller? He estado mirando su perfil de Facebook y ya sé dónde curra: en el mercadillo de Olvera Street.

—Facebook… Dentro de poco no necesitaremos sistemas de información. Me parece buena idea.

—Genial. Creo que la hermana podría darnos alguna información del amigo del padre que supuestamente buscaba reclutar a DeShawn.

En la casa de los Miller habían visto dos o tres fotografías donde se veía a DeShawn con su hermana. A pesar de que eran muchos hermanos, ellos dos parecían tener un vínculo especial.

—Muy buena iniciativa, Cynthia. Llámame cuando puedas.

Cortaron la comunicación.

—¿Qué es la iniciativa, papá?

Habían llegado al edificio de una sola planta, pintado de colores brillantes y con un pequeño jardín delantero con juegos infantiles. Luca aparcó el coche en la zona reservada para las familias mientras ensayaba una definición de la palabra iniciativa.

—Es como poner la mesa sin que me lo pidáis.

—Exacto.

—¿Por qué has aparcado tan lejos?

—Porque no hay sitio más cerca.

Mientras caminaban hacia la entrada, el móvil de Luca volvió a sonar.

—¡Papá! Yo también quiero hablar contigo. ¡No tienes iniciativa!

Luca estaba dispuesto a rechazar la llamada, cuando vio en la pantalla el nombre de Pete Nash, su amigo de la Dirección de Pandillas y Narcóticos. Sin duda, una llamada que no esperaba.

—Lily, será sólo un momento, te lo prometo. Hola, Pete.

Lily se adelantó. Caminaba con los brazos cruzados. La mochila que llevaba en la espalda era un bloque gigantesco que cubría su cuerpo casi por completo.

—¿Estás ocupado, Luca?

—Dejando a mi hija en el cole. Dime.

—Seré breve. Escucha, ¿te acuerdas de que te dije que iba a investigar un poco más lo de los Floods? Pues bien, ayer volví a hacerlo y encontré algunos documentos con acceso restringido.

Luca ya se imaginaba por dónde iban los tiros. Pete se lo confirmó:

—Han pasado a estar en manos del FBI. Por lo visto, los federales tienen algún interés en ellos. No me hago a la idea de cuál, porque los Floods llevan tiempo inactivos. ¿Quieres que lo comente con alguno de los agentes con los que tengo confianza?

—No hará falta, Pete, ya has hecho bastante. Muchísimas gracias. Te debo una.

Pete rio.

—Qué va. Con todo lo que tú me has ayudado, soy yo el que todavía está en deuda. Que te vaya bien con tu hija en la guardería. Disfruta de esta etapa…

Luca cortó la llamada. Todos los padres con hijos mayores le hacían el mismo comentario. Erica Sanders, su compañera en el departamento, era la abanderada de esa idea.

Luca apresuró el paso y alcanzó a Lily justo antes de entrar en el edificio.

—Papá, tengo que contarte una cosa.

—Dime.

Lily se quedó pensativa. Caminaban por el pasillo principal.

—No me gusta que hables por el móvil —dijo por fin.

—Lo siento, cariño. A mí tampoco me gusta.

—¿Por qué lo haces entonces?

—Porque, a veces, tenemos que hacer cosas que no nos gustan demasiado.

—Como lavarnos los dientes.

—Sí.

—Como cortarnos las uñas.

—Claro.

—Como ir al dentista.

Afortunadamente, llegaron a la taquilla: unos cubículos apilados con los nombres de cada uno de los niños. Lily se quitó la mochila sola y la colocó en su sitio asignado.

La señorita Davis salió del aula en ese momento; una mujer amable y cariñosa con el pelo recogido en una trenza. Lily se abalanzó sobre ella y se dieron un abrazo. A Luca lo emocionaba cuando su hija se mostraba tan cariñosa; y la señorita Davis tenía predilección por Lily, era más que evidente.

—Señor Bruzzo, le recuerdo que mañana celebramos el día del sombrero.

Luca asintió.

—Ya se lo he dicho a mamá —dijo Lily con orgullo.

Luca se despidió de Lily con un beso en la frente y se alejó caminando por el pasillo. En el camino se cruzó con otros padres a los que saludó con una inclinación de cabeza.

Su mente se catapultó de inmediato a lo que Pete Nash le había dicho hacía un rato.

Durante la conversación con Beaufort en la prisión de Lancaster, en ningún momento él les había dado indicios de que los Floods estuvieran activos. Siempre habló de planes para cuando saliera. Planes *legales*. Luca se preguntó qué interés podía tener el FBI en ellos, y si eso podía estar relacionado de alguna forma con la muerte de DeShawn.

Afortunadamente, Luca sabía con qué persona del FBI hablaría para aclarar el asunto.

22

El sol de la mañana se filtraba entre los toldos de colores que cubrían los estrechos pasajes del mercadillo de Olvera Street. El aire, cargado con el aroma a café recién hecho, churros calientes y especias exóticas, transportaba a Cynthia a su infancia, a las tardes de domingo que pasaba allí con su abuelo, recorriendo los puestos en busca de tesoros ocultos: figuritas de cerámica pintadas a mano, collares de cuentas de colores y dulces mexicanos que su abuelo le compraba a escondidas de su madre. Olvera Street, el corazón histórico de Los Ángeles, con sus patios con fuentes y su ambiente festivo, era un lugar mágico y lleno de recuerdos.

Cynthia, vestida con unos vaqueros desgastados, una camiseta blanca de algodón y unas zapatillas Converse, caminaba a paso lento, observando con atención los puestos que comenzaban a despertar. Algunos vendedores, con los rostros aún marcados por el sueño, desempaquetaban sus mercancías: ropa bordada, bisutería artesanal, cerámica pintada a mano, juguetes de madera… Otros, con el café en una mano y el cigarro en la otra, charlaban animadamente, preparándose para un nuevo día de trapicheos.

Se quitó las gafas de sol y se las guardó en el bolsillo. Lo que menos quería era que alguien se diera cuenta de que era policía. Parte de su plan, cuando encontrara a Jada Miller, era ganarse primero su confianza.

Al final de uno de los pasajes, Cynthia divisó a una mujer joven, de piel morena y pelo negro recogido en una coleta alta, que colocaba con cuidado unas cajas en un puesto de artesanía. Al acercarse un poco más, comprobó que, efectivamente, se trataba de Jada Miller. La joven llevaba un vestido largo multicolor y unas sandalias de cuero.

—¿Las haces tú? —preguntó Cynthia, señalando las coloridas máscaras de lucha libre mexicana que colgaban de un panel detrás del mostrador.

—Sí —respondió la muchacha con un brillo de orgullo en sus ojos oscuros—. Todo. Las diseño, las corto, las coso…

Jada era la menor de los hermanos Miller. Tenía veintinueve años, pero aparentaba algunos menos.

—Son muy chulas —dijo Cynthia, examinando las máscaras con atención—. Mi abuelo era mexicano. Me traía aquí cuando era pequeña. Le flipaba la lucha, me hablaba de las épocas doradas de El Santo… Intentó meterme la afición por los ojos, pero nunca entendí cómo algo orquestado podía ser tan interesante.

—Yo tampoco lo pillo mucho —dijo Jada, riendo y mirando hacia los lados como si acabara de decir una blasfemia—. Pero las máscaras son otra cosa. Son arte. Y magia.

Jada sacó una caja llena de máscaras y empezó a colocarlas en los expositores, con movimientos precisos y delicados. Cynthia la observaba en silencio, fascinada por la destreza y la pasión con la que manipulaba cada una de sus creaciones.

—Yo llegué a ellas por casualidad —dijo Jada—. La antigua dueña, Doña Elena, buscaba a alguien que supiera coser, para echarle una mano. Yo sabía lo básico y necesitaba curro. Me convertí en su mano derecha… y ahora, que ha decidido retirarse por cuestiones de salud, me lo ha dejado a mí. No me lo vendió; me regaló el puesto, el negocio entero.

Jada se emocionó al recordarlo.

—No sé qué haría yo sin esto —acabó diciendo.

—Estas son distintas, ¿no? —preguntó Cynthia, señalando unas máscaras que colgaban en un rincón del puesto, con diseños más oscuros, más… amenazantes.

—Sí. Son para profesionales. La mayoría de las máscaras que ves aquí son para aficionados, pero esas tienen otra calidad, otros materiales. Y son únicas. Cuando un luchador elige su máscara, se convierte en su identidad. Muchos dicen que, en realidad, las máscaras eligen a los luchadores, y no a la inversa. Así que esas están ahí, esperando a que pase por aquí el dueño adecuado.

—Mi abuelo me decía que, si un luchador se quitaba la máscara en público, perdía su prestigio para siempre.

Jada asintió.

—¿Qué me dices? ¿Te vas a llevar una para recordar a tu abuelo cada vez que la veas?

Cynthia sonrió. La historia de su abuelo y su gusto por la lucha libre era cierta, y la idea de comprar una de esas máscaras para tenerlo presente era cojonuda. Se fastidió por no haber pensado en eso antes.

—Creo que elegiré una —dijo Cynthia—. Pero antes quiero decirte a qué he venido. Por cierto, me llamo Cynthia.

Extendió la mano. La expresión de Jada cambió en un segundo. Le dio la mano sin muchas ganas, recelosa del cambio de rumbo de la conversación.

—Quiero hacerte algunas preguntas sobre tu hermano. Sobre DeShawn.

Ahora, Jada la miraba con verdadera desesperación.

—¿Eres… policía?

—Aquí, no —dijo Cynthia—. Aquí, sólo soy una clienta que quiere comprar una máscara para recordar a su abuelo.

—Tú eres la que estuvo en casa con el otro detective, ¿verdad?

Cynthia asintió.

—Mi madre me habló de vosotros —dijo Jada—. Me dijo que parecíais sinceros. ¿De verdad te importa saber quién mató a DeShawn?

La sola mención de su hermano hizo que los vestigios de alegría que quedaban en ella se desvanecieran.

—Si no fuera así, no estaría aquí —dijo Cynthia mirándola a los ojos.

Jada asintió lentamente. Echó un vistazo rápido a algunas de las máscaras, quizás de forma inconsciente.

—No podemos hablar mucho —dijo Jada—. Si alguien de mi familia se entera de que he estado hablando con la policía…

—¿Por qué? ¿Alguien tiene algo que ocultar?

—Nosotros no hablamos con la policía.

—Vuestro padre nos lo dejó claro el otro día.

Jada sonrió con nerviosismo. Poco a poco, recuperaban algo de la naturalidad que habían tenido al inicio de la conversación.

—¿Qué quieres saber?

—Hemos ido con mi compañero a Lancaster para hablar con Beaufort, uno de los presos que coincidió con tu hermano allí.

El rostro de Jada cambió al escuchar el nombre de Beaufort. Estaba claro que no se esperaba que Cynthia le saliera con eso.

—Sé quién es Beaufort —se limitó a decir.

Cynthia esperó por si quería añadir algo más, pero no lo hizo.

—Beaufort nos dijo que tu padre tiene relación con un tipo que quería que DeShawn volviera a las andadas.

Jada se mordió el labio inferior y negó con la cabeza. Después, se echó a reír.

—¿Jerome?

—No sé cómo se llama.

—Jerome Washington. Es amigo de mi padre desde críos. Bueno, ahora no sé si son amigos, porque esos dos se pelean y se reconcilian todo el tiempo. Mira, Cynthia, agradezco que quieras saber quién mató a mi hermano. De verdad, no te imaginas cuánto. El sólo hecho de que estés aquí preguntando ya es más de lo que espero de la policía. Pero Jerome no tuvo nada que ver con lo que le hicieron a DeShawn. Sólo de pensar en lo que le hicieron en esa cueva me entran escalofríos.

—Jerome Washington fue quien lo llevó a participar en el atraco al restaurante, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y no es cierto que quería que volviera a eso?

—Puede ser. Pero eso no tiene nada que ver con la muerte de mi hermano.

Jada se dio la vuelta para observar las máscaras.

—Soy la única de mi familia que ha podido mantenerse al margen de toda esa mierda. El arte…, las máscaras…, han sido mi salvación.

—No crees que Jerome Wa…

—¡No! —la interrumpió Jada—. Si quieres saber qué le pasó a mi hermano, debes mirar en otra dirección.

—¿En cuál?

—No lo sé —dijo Jada, a punto de echarse a llorar.

—Jada… —dijo Cynthia en voz baja.

El puesto de máscaras era uno de los últimos. A esa hora, todavía no había muchas personas en aquella parte, pero eso cambiaría pronto. Cynthia sabía que no tenía mucho más tiempo.

—Jada —repitió Cynthia—, ¿por qué crees que Beaufort piensa que Jerome podría tener algo que ver?

La muchacha la estudió. Parecía dudar.

—Porque Beaufort está desesperado por hacer justicia —dijo Jada.

—¿Conoces personalmente a Beaufort? Cuando te lo mencioné antes, algo cambió en ti.

—Claro que lo conozco —dijo Jada—. Él y mi hermano se querían con locura.

Jada se quebró.

Cynthia tardó unos segundos en reaccionar. Estaba en shock. Recordó el resentimiento que había visto en los ojos de Beaufort cuando lo visitaron en Lancaster; también, su frustración por los planes truncados por la trágica muerte de DeShawn.

Jada se sobresaltó. Miró por encima del hombro de Cynthia y cogió una de las máscaras que tenía más a mano.

—¡Esta es perfecta! Seguro que a tu abuelo le fliparía.

Cynthia sacó la cartera del bolsillo y le dio a Jada un billete de veinte. Se marchó sin mirar atrás.

23

Apenas salió de la guardería, Luca llamó a la única persona del FBI en quien confiaba: la agente Alyssa Paget. Se conocían desde hacía seis años, a raíz de una colaboración conjunta en lo que la prensa bautizó como *Los crímenes de Hollywood*.

La catastrófica resolución de esos casos derivó en el alejamiento del líder de la unidad de crímenes violentos, George Allen, y el nombramiento de Alyssa, por entonces uno de los miembros más destacados. Fue ascendida a directora y desde entonces viajaba a Los Ángeles con cierta frecuencia. Luca y ella procuraban verse siempre que podían.

La relación entre ellos se había gestado con cierta tensión —producto de una atracción y una química innegables— que derivó primero en respeto profesional y luego en algunos encuentros íntimos que no llegaron a consolidarse en una relación. En parte por el trágico desenlace de *Los crímenes de Hollywood*, que dejó a la unidad del FBI sumida en el caos y al borde de la disolución, pero también porque la vida los llevó por derroteros distintos, lo cierto es que el sentimiento que tenían el uno por el otro derivó en una sólida amistad. A veces incluso se permitían bromear sobre su fugaz pasado como amantes.

Cuando Luca la llamó y ella le dijo que estaba en Los Ángeles, no le extrañó demasiado. No era la primera vez que sus destinos parecían conectados de alguna forma misteriosa. Acordaron verse en el Starbucks de siempre, en Beverly Boulevard y la calle Detroit.

Se les daba bien charlar mientras caminaban. Era una costumbre que habían adquirido desde el mismo momento en que se conocieron.

Luca aparcó a una manzana y fue andando hasta el edificio de estilo moderno de dos plantas, con grandes ventanales que dejaban ver el interior del local. Al llegar, echó un vistazo y vio que Alyssa ya

estaba dentro, cerca de la puerta. La saludó moviendo la mano hasta que ella lo vio.

Alyssa llevaba el pelo más corto que la última vez, ahora con unos delicados reflejos castaños. Llevaba un abrigo ligero color crema, vaqueros oscuros y zapatillas.

—Algunos no tenemos la suerte de no currar un miércoles —dijo Luca cuando se juntó con ella, en clara referencia a su vestimenta.

Luca llevaba puesto uno de los dos trajes de chaqueta y pantalón que usaba a diario.

Se abrazaron en silencio.

—Es increíble —dijo Alyssa—. Llevo todo el día pensando en llamarte.

—Telepatía —dijo Luca señalando primero su cabeza y luego la de ella.

El local estaba bastante tranquilo; apenas había cuatro personas en mesas individuales, absortas cada una en su mundo.

—¿Lo de siempre? —preguntó Luca mientras se acercaban a la caja.

—Sí.

Luca hizo el pedido. Latte de vainilla para Alyssa y Caramel Macchiato para él.

Cuando Luca era un detective novato, bebía café negro en dosis pequeñas. Durante años, se había negado incluso a tomar café en vasos de plástico, cuando todos en el departamento lo hacían. Ahora no podía evitar ver la ironía cada vez que le daban uno de aquellos vasos enormes con su nombre escrito.

Se quedaron de pie cerca de la barra.

—¿Qué tal te va?

Como respuesta, Alyssa le enseñó la mano izquierda: sin anillo.

Luca se quedó a cuadros.

—¿Qué ha pasado?

—Mis dudas de siempre.

Desde el otro lado de la barra, un chaval con el pelo casi blanco llamó a Alyssa por su nombre. Ella cogió el vaso y regresó al lado de Luca.

Los dos esperaron en un silencio incómodo, no porque no pudieran hablar abiertamente sobre una cuestión personal delicada, sino porque no querían hacerlo en la barra de una cafetería.

Nada más salir, Luca retomó el tema.

Alyssa se había comprometido dos años antes con Lee, el dueño de un restaurante familiar en Woodbridge. Luca había tenido la oportunidad de conocerlo: un tipo majísimo, tradicional en algunos aspectos, y también con algunas dificultades para aceptar el trabajo de su mujer. ¿Pero quién no pondría alguna pega si su pareja se pasa el día persiguiendo a asesinos retorcidos? Más si el mayor peligro de tu propio trabajo es que un cliente se queje porque el filete está demasiado hecho.

De todas formas, Luca siempre había pensado que Alyssa y Lee se complementaban bien. Alyssa podía llegar a ser obsesiva con su trabajo; Lee era su cable a tierra.

—Hemos probado un tratamiento de fertilidad más —dijo Alyssa mientras cruzaban la calle Beverly, como tantas otras veces.

De todos los temas de los que solían hablar, el de los tratamientos de fertilidad era el que a Luca más le costaba afrontar. Cada vez que intentaba aconsejar a Alyssa o simplemente acompañarla con alguna frase alentadora, no podía evitar sentirse un poco hipócrita. A veces, hasta le costaba hablar de Lily con ella; de sus progresos o de sus sentimientos. Alyssa no era tonta y se daba cuenta de ello; incluso se lo había dicho alguna vez. Luca no podía evitar sentirse culpable por la suerte que había tenido al concebir a Lily.

—Lee quería probarlo una vez más. Ya lo conoces: puro entusiasmo.

Llegaron al otro lado de la calle y siguieron caminando por Beverly, haciendo su recorrido habitual.

—¿Y tú no lo tenías tan claro esta vez?

—Ya no. Tengo cuarenta y dos años, Luca. Durante mucho tiempo creí que la maternidad no era para mí. Luego, Lee me convenció, me contagió sus ganas, y lo ansié muchísimo. Pero ahora tengo dudas. No sé si quiero volver a pasar por las inyecciones, las

pruebas, la espera, la incertidumbre, que siempre acaba transformándose en esperanza. El golpe es cada vez más duro.

—¿Es algo definitivo?

—No lo sé. No puedo asegurar que no lo quiera en el futuro. Ni siquiera sé si habrá un *futuro*. ¿Sabes lo que sentí la última vez que la doctora nos dio la mala noticia? Me dolió más por Lee que por mí. Cuando me di cuenta de eso empecé a replantearme todo.

—Lo siento mucho, Alyssa. ¿Cuánto tiempo lleváis separados?

—Dos meses. Él me ha llamado una vez, hemos hablado; no sé qué pasará más adelante. Hoy estoy mejor así.

Llegaron al Nuevo Cine Beverly; la razón por la que elegían esas calles para pasear cuando Alyssa estaba en la ciudad. El cine se había convertido en un símbolo del caso que los había marcado para siempre. Allí había aparecido la octava víctima, la que marcó el inicio de la colaboración entre el departamento de policía y el FBI.

Allí también Luca vio a Sarah por primera vez, cuando ella intervino como representante de la comisaría de Hollywood.

El Nuevo Cine Beverly era un faro de nostalgia en medio del ajetreo moderno de Los Ángeles; un icono histórico de una época dorada de Hollywood que ya no existía. En las marquesinas se anunciaba el programa doble de ese día: *La Gran Estafa* y *Un Botín de 500.000 dólares*, dos clásicos del cine negro y de atracos que tanto le gustaban a Luca.

—Me he enterado de casualidad de que Tarantino ha comprado el Beverly.

—¿En serio? Espero que no lo haya hecho por algo relacionado con el caso.

—Qué va. Iban a demolerlo y Tarantino se enteró y lo compró. Se ha comprometido a mantenerlo abierto mientras viva y tenga pasta suficiente para hacerlo. Algunos de los clásicos en treinta y cinco milímetros que se proyectan aquí son de su colección.

Alyssa asintió, sorprendida. Tarantino no era un director de su agrado, pero quizás sólo por un gesto así merecía que le diera otra oportunidad a alguna de sus películas.

—Cuéntame de Lily y de Sarah —lo animó Alyssa.

—Lily está enorme; el cambio en el último año ha sido increíble. Tiene una personalidad arrolladora, habla sin parar y lo cuestiona todo.

Luca iba a añadir que Lily le había cambiado la vida, pero no lo hizo.

—Luca —dijo Alyssa—, me encanta que me hables de tu hija. Me pone muy contenta que hayáis formado una familia preciosa.

—Lo sé.

—¿Y Sarah? ¿Qué tal le va en Hollywood?

—Sigue en la división de delitos informáticos. Al principio el cambio le sentó muy bien, alejarse un poco de las calles y pasar más tiempo en la comisaría, con horarios más claros y menos imprevistos. Pero últimamente no parece muy motivada.

—Sarah es una gran detective. ¿Quizás echa de menos esa parte del trabajo?

—Bueno, ella y yo hablamos bastante de mis casos —dijo Luca, riendo—; con eso tiene bastante. Pero no, no creo que sea eso. Ni siquiera ella parece tenerlo muy claro.

Luca se bebió el último sorbo de su café.

—¿Qué sabes de George, Alyssa?

24

George Allen era dos hombres en uno. En el terreno profesional, su lógica y meticulosidad lo habían convertido en una leyenda dentro del FBI. Su mente era capaz de desentrañar los laberintos más intrincados y transformar la psique de un asesino en un mapa legible. En las salas de interrogatorios, sus ojos, normalmente apagados, se encendían con una intensidad inquietante. Era implacable, intuitivo y poseía una extraña habilidad para conectar con las sombras que acechaban en el interior de otros. Como líder de la unidad de análisis del comportamiento, había resuelto casos emblemáticos como el del Empaquetador.

Fuera del trabajo, George era un hombre normal, sin superpoderes; divorciado, herido por una relación que había naufragado lentamente por la falta de comunicación y las agendas imposibles. Tenía una hija de once años llamada Mariann, a la que quería con locura, pero su incapacidad para expresar sus emociones lo convertía en un padre distante, a menudo ausente. George se esforzaba por equilibrar las exigencias de un trabajo que lo consumía con la necesidad de estar presente para ella, pero siempre se sentía en deuda, incapaz de expresar con precisión lo que en realidad sentía.

George era un jeroglífico humano; un hombre que entendía las complejidades de la mente criminal como nadie, mientras luchaba por comprender los entresijos de su propio corazón.

Con el resto de su familia, George tenía una relación cordial, aunque de poca asiduidad. Se había ido a estudiar a Boston siendo muy joven, y sus visitas a Pittsfield, Massachusetts, se habían reducido a ocasiones puntuales. Sus padres, Annette y Frank, eran gente sencilla, de valores tradicionales, que siempre lo habían apoyado en sus aspiraciones, aunque nunca habían llegado a comprender del todo su fascinación por la mente criminal. Sus

conversaciones se limitaban casi siempre a formalidades y recuerdos del pasado.

George tenía una hermana, Peyton, dieciocho años menor que él. La diferencia de edad y la distancia geográfica habían hecho que el vínculo entre ellos fuera prácticamente inexistente. No fue hasta que se hicieron adultos que empezaron a conectar un poco más. George admiraba la determinación con la que Peyton había perseguido su sueño de ser actriz, pero se sentía torpe a la hora de expresarle su apoyo. Ella era un espíritu libre y rebelde, con una ambición desmedida, que se había mudado a Los Ángeles para probar suerte, como cientos de chicas como ella. Contra todo pronóstico, había conseguido participar en un programa de televisión con cierto éxito.

En 2004, George se trasladó a Los Ángeles con su equipo del FBI, Alyssa Paget y Jeffrey Lowe, tras la pista de un asesino en serie. Los crímenes, espeluznantes recreaciones de escenas cinematográficas icónicas, alcanzaron un clímax devastador cuando se reveló que la última víctima era Mariann, la hija de George. La verdad, aún más turbia, destapó que la mente perturbada tras los asesinatos no era otra que Peyton Allen. La prometedora carrera de Peyton era en realidad una tapadera que ocultaba una creciente inestabilidad, así como un secreto familiar que ni siquiera George conocía.

Años antes, durante la época universitaria de George, él y una chica de una familia influyente llamada Rebecca Burton vivieron un apasionado romance juvenil que fue truncado por el padre de ella. Oponiéndose a la relación, el padre de Rebecca la obligó a regresar a Nueva York cuando muy pocos sabían que estaba embarazada. Tras dar a luz a una niña, y sintiéndose incapaz de criar a su hija sola o de soportar la desaprobación paterna, Rebecca tomó la drástica decisión de ir a casa de George y contarle toda la verdad. Él no estaba allí, pero sí sus padres, que escucharon de boca de Rebecca la dramática historia. Fueron ellos quienes tomaron una decisión que resultaría fatal.

Annette y Frank, que siempre habían deseado lo mejor para su hijo, tomaron la decisión de criar a Peyton como si fuera propia, ocultándole la verdad a todo el mundo, incluido el propio George. Rebecca desapareció de sus vidas, consumida por el remordimiento

y la culpa. Para el mundo, Peyton creció como la hermana pequeña de George, sin saber su verdadero origen.

La verdad, como una bomba de tiempo, explotó en la vida de Peyton muchos años después. Rebecca Burton, atormentada por el peso del secreto, rastreó a Peyton hasta Los Ángeles, decidida a contarle la verdad. El encuentro, desató la furia latente de Peyton; sintió que su vida era una farsa, una mentira tejida por otros. La revelación, junto con sus frustraciones profesionales y una oscuridad que crecía en ella desde que era pequeña, y que todavía no sabía controlar, derivaron en una serie de crímenes de una crueldad espeluznante. El destinatario de esa furia fue George, que había tenido una vida de ensueño a costa de una telaraña de mentiras en la que Peyton había quedado atrapada.

Peyton golpeó a George donde más le dolía: en su hija Mariann, a la que vio morir en sus brazos. Fue así como se convirtió en un testigo privilegiado de su incapacidad para resolver el único caso que importaba. Mientras la vida de su hija se apagaba, con ella se iban también su autoestima y la confianza en lo único en lo que había creído ser bueno.

Sin su hija, sin su trabajo, George no era nadie.

Nadie creyó posible que pudiera retomar su trabajo; ni entonces, ni después.

Tras un periodo de negación y desvaríos, George acabó aceptando que algo se había roto dentro de él. Algo irreparable. Se mudó a Newport, en la costa oeste. Cuando una vez Alyssa le preguntó por qué había elegido esa ciudad en particular, él le dijo que había buscado en internet una lista de ciudades con faro. La eligió sin saber nada más.

Sacó sus ahorros del banco y se largó, sin más.

Un hombre mayor le dio trabajo en una carpintería. George no tenía ni idea del oficio, pero lo fue aprendiendo con el tiempo. La carpintería ejercía sobre él una fascinación desde que era un crío, por alguna razón que no sabía explicar. Aprendió lo básico, y se dedicó a hacer trabajos en aquella ciudad que no llegaba a los diez mil habitantes. La carpintería conseguía evadirlo de la realidad, y era lo que necesitaba.

Dos años después de haber llegado a Newport, el dueño de la carpintería, cansado del negocio y con la salud deteriorada, le propuso venderle las máquinas para que él continuara con el negocio. George gastó buena parte de sus ahorros y aceptó.

Alyssa lo visitó dos veces. George siempre había sido una persona comedida y tranquila, pero el trabajo con la madera y el ritmo de vida pausado lo habían sosegado aún más. Era difícil saber cuánto tenía que ver con la tragedia que había sufrido o con su cambio radical de vida.

Alyssa había pensado que, en algún momento, George despertaría, que intentaría buscar a Peyton, incluso valiéndose de los recursos de los que disponía Alyssa —ella le habría ayudado encantada—, pero nada de eso ocurrió. Las veces en que lo visitó, esperaba que él la llevara a una habitación de la casa y le revelara mapas intrincados, documentos y recortes de periódico; toda su mente y su experiencia al servicio de vengar la muerte de Mariann.

Lo único que Alyssa encontró fue a un hombre escondido tras una barba tupida, un ermitaño en una ciudad costera que casi no hablaba con nadie y que se pasaba los días haciendo piezas de categoría en madera. A George, ni siquiera le gustaba hablar de lo sucedido o tener contacto con el mundo exterior. Sabía que su padre había muerto de cáncer y que su madre estaba al cuidado de una tía. Una vez al mes, George la llamaba y hablaba diez minutos con ella. La mujer desvariaba y confundía las cosas; creía que George seguía en el FBI o le decía que estaba preocupada por Peyton porque hacía mucho que no la veía.

Habían pasado ya seis años desde la muerte de Mariann, que en vez de estar a punto de cumplir la mayoría de edad, estaba enterrada en un cementerio al que George ni siquiera se atrevía a ir.

George se refugiaba en la madera, en cada veta, en la curvatura perfecta de las piezas únicas que hacía en su taller; se había convertido en un artesano de recuerdos que intentaba, sin éxito, dar forma a un dolor que lo acompañaría hasta el fin de sus días.

25

—Soy yo la que quiere atrapar a esa hija de puta —dijo Alyssa.

Luca la observaba, con el sol de la mañana reflejándose en sus gafas, mientras caminaban por Beverly Boulevard, ya de regreso.

—¿La sigues buscando? —preguntó Luca.

Alyssa suspiró; un sonido casi imperceptible.

—Sí. Cada cierto tiempo reviso los casos sin resolver con alto nivel de sadismo, tanto aquí como fuera del país. Busco patrones, firmas… algo que me diga que se ha activado.

Luca sintió un escalofrío. Alyssa, tenaz, obsesiva, le recordaba mucho a su peor versión.

—Tu teoría era que esperaría varios años. ¿Crees que ha vuelto a matar?

—Eso creo. De hecho, estoy segura. Con poco más de veinte años, Peyton fue capaz de planear y ejecutar los crímenes con una precisión enfermiza. No hay antecedentes de alguien tan joven con semejante nivel de organización. Si ha evolucionado, es probable que no volvamos a saber nada de ella.

—Ya nos tomó la delantera una vez…

—No voy a dejar de buscar. Hasta los psicópatas más cuidadosos cometen errores, Luca.

—Si encontraras algo… ¿Crees que George podría cambiar de opinión?

Alyssa frunció el ceño.

—Creo que no. Pero eso no me detendrá a mí.

Alyssa se quedó mirando al frente, olfateando el aire como si pudiera percibir a Peyton a la distancia, en alguna parte. No era la primera vez que hablaban de lo que harían si Alyssa descubría alguna pista. Luca también esperaba ese momento.

—Peyton no sólo causó un dolor inmenso y destrozó la vida de mi amigo —dijo Alyssa—, también nos hizo quedar como estúpidos. A todos.

Luca estaba completamente de acuerdo con eso.

Volvieron a pasar por el Nuevo Cine Beverly, pero esta vez no le prestaron atención.

—Con respecto a lo que me pediste que averiguara sobre los Floods —dijo Alyssa—, a primera hora he hablado con el agente responsable del bloqueo de esos documentos confidenciales.

—Por el tono, deduzco que has descubierto algo delicado —dijo Luca.

Alyssa sonrió. Ambos tenían sus límites a la hora de intercambiar información. Ninguno preguntaba más allá de lo que el otro podía contar; era una regla no escrita entre ellos.

—¿Qué has averiguado?

—Hablé con el agente al mando. No quería soltar prenda. Tuve que decirle que estaba mirando el caso de Miller en la mina abandonada, por el nivel de sadismo. Eso hizo que se abriera un poco. Déjame decirte, Luca, que el asesinato de Miller bien podría ser objeto de investigación de mi unidad. Si ese espejo es considerado la firma de un asesino en serie…

—No lo es.

—No digo que lo sea. Sólo digo que el FBI podría apropiarse de esos dos casos así de sencillo—. Alyssa chasqueó los dedos.

—¿El agente al mando sabía algo del caso de Miller?

—No le pregunté mucho, pero me dio a entender que sí. Me aseguró que Beaufort no tiene nada que ver con la muerte de Miller.

—¿Y cómo lo sabe?

La pregunta surgió de forma automática.

Alyssa se encogió de hombros. Estaban a punto de cruzar Beverly Boulevard de nuevo, pero en sentido contrario.

Luca no tenía forma de saber que, en ese preciso instante, Cynthia estaba a punto de enterarse de que DeShawn Miller y Jermaine Beaufort habían sido amantes.

—¿Puedes decirme algo más?

—Sí, que te fíes de lo que te digo, y que no vuelvas a contactar con Beaufort.

Se detuvieron frente al Starbucks.

—¿Te lo pidió el agente al mando? —preguntó Luca entre sorprendido e indignado.

—No. No creo que él sepa que tu compañera y tú os habéis reunido con Beaufort, y yo no se lo he dicho; no quiero poner en peligro tu investigación. Pero hazme caso, Luca, no te acerques a Beaufort.

Luca asintió en silencio.

La única razón por la que Alyssa podía decirle algo así era que Beaufort tuviera algún tipo de trato con el FBI. Por eso los documentos clasificados. ¿Sería un informante? ¿Un agente encubierto?

26

Luca estaba en la sala de reuniones de la cuarta planta cuando Cynthia llegó, todavía con la ropa que se había puesto para ir al mercadillo de Olvera Street. Entró apresuradamente y miró en todas direcciones, como si alguien pudiera estar escondido en alguna esquina.

—Aquí no hay nadie más —dijo Luca, divertido por la actitud de su compañera. Él estaba sentado en la cabecera de la mesa con el portátil.

Cynthia dejó el bolso encima de la mesa y se sentó.

—Luca, tengo que contarte algo antes de que llegue el capitán.

—¿Qué ha pasado?

—Estuve con Jada Miller en el mercadillo. No te he llamado antes por si estabas con tu contacto del FBI. El caso es que me ha dicho el nombre del amigo del padre; un tal Jerome Washington.

—Fantástico.

—Hay algo más. Jada me ha confesado que DeShawn y Beaufort tenían una relación sentimental.

Luca se quedó a cuadros. Su mirada recorrió la sala de reuniones mientras, en su cabeza, intentaba atar cabos.

—¿Qué pasa? —preguntó Cynthia.

—Mi contacto del FBI me dio a entender que Beaufort tiene algún tipo de trato con ellos; posiblemente sea un informante. Esa es la razón por la que hay documentos clasificados.

—¿Y crees que el asesinato de Miller podría ser una venganza contra Beaufort? ¿Golpearlo donde más le duele?

Luca se levantó. Caminó hasta la pared de cristal y contempló los edificios, entre los cuales estaba el de Los Angeles Times.

—Quizás Beaufort nos mencionó al amigo del padre para despistarnos —sugirió Cynthia—. Jada no cree que Jerome Washington tuviera algo que ver con la muerte de DeShawn. Se reía cuando se lo insinué.

—Es probable que Beaufort intuya que fue un ataque contra él.

Luca negaba con la cabeza. Si lo que Cynthia acababa de decir era cierto, entonces la conexión entre los dos crímenes se volvía aún más inverosímil.

—Si lo de Beaufort fue una forma de hacernos mirar hacia otro lado —dijo Luca—, entonces no tenemos nada que conecte las muertes más que el espejo.

—A ver si me aclaro… —dijo Cynthia—. Beaufort tiene algún tipo de trato con el FBI. Quizás por eso, o por algún otro motivo, alguien que quiere hacerle daño a Beaufort coge a su novio, lo lleva a una cueva y lo tortura durante meses. Beaufort está a punto de salir de la cárcel, así que necesita más que nunca al FBI para que no le pongan trabas. Con ayuda de ellos o sin ella, Beaufort está decidido a vengar la muerte de su novio. ¿Estás pensando lo mismo que yo?

Luca asintió levemente.

Ambos pensaban en la llamada del director Arson al capitán Durham. Era posible que, después de que ellos visitaran a Beaufort, alguien del FBI se hubiera enterado y ahora quisiera sacarlos del medio. Si el pedido iba directo al director del departamento, entonces era un asunto de altos vuelos.

—No creo que Durham traiga buenas noticias —dijo Luca.

Cynthia iba a darle la razón cuando Danny Durham apareció caminando hacia la sala de reuniones.

Su cara lo decía todo.

Al abrir la puerta de la sala hizo una mueca de resignación.

—¿Qué pasa, capitán? —preguntó Cynthia.

—He tenido una reunión con Arson, bastante desagradable. Hemos hablado de los casos de Stewart y Miller.

—¿Qué te ha dicho? —dijo Luca.

—Mejor vamos a lo nuestro y luego os cuento.

Luca suspiró.

A pesar de llevar poco tiempo al mando, Durham se había adaptado al rol de capitán con una naturalidad asombrosa. Aún más joven que Luca, desprendía una calma y una seguridad que contrastaban con otros mandos en puestos similares. No era un burócrata de despacho ni un trepa como Arson, sino un líder que

escuchaba a los miembros de su equipo, valoraba su experiencia y los apoyaba al tomar decisiones. Era un capitán con futuro, con la inteligencia y el instinto necesarios para llegar lejos; y Luca, que además de todo eso lo consideraba un amigo, confiaba en él a ciegas.

Cynthia tomó la palabra, consultando brevemente una libreta con algunas notas.

—Ayer al mediodía fuimos a ver a Angela Stewart. La idea era mostrarle una foto de DeShawn Miller, y ver si lo reconocía, o si el nombre le sonaba de algo. No esperábamos gran cosa, para ser sinceros. Sin embargo, Angela nos sorprendió al mostrarnos una carta que Robert le había entregado antes de morir…

—Espera un momento —la interrumpió Durham—. ¿Robert Stewart ha muerto?

Cynthia miró de reojo a Luca, por un instante sin saber qué decir. Había creído que el capitán estaba al tanto de esa parte.

—Lo siento, Danny —dijo Luca—. Fue hace un par de meses. Un infarto. El detective Messina, de Casos Sin Resolver, no me lo dijo hasta ayer.

Cynthia retomó el hilo:

—Robert escribió la carta en el hospital. En ella le confesaba a Angela que conocía la identidad del asesino de Amanda, y que él mismo se había encargado de impartir justicia.

—¡¿Qué?! —dijo Durham. Sonreía, observándolos como si pensara que le estaban gastando una broma—. ¿Tenemos la identidad del asesino de Amanda Stewart?

—Sí —dijo Cynthia.

—¡¿Es Tom Blair?!

Luca negó con la cabeza.

Durham se quedó con la boca abierta.

—En la primera parte de la carta —dijo Cynthia—, Robert repasaba su difícil infancia en hogares de acogida, y cómo, finalmente, lo adoptaron Eleanor y Richard Albright. Describía a Eleanor como una mujer bondadosa y religiosa, pero también muy sumisa y dominada por su marido. A Richard, en cambio, como un

hombre estricto y autoritario, obsesionado con el orden y el control. En resumen, un ambiente muy opresivo y nefasto para él.

Cynthia hizo una pausa, permitiendo que Durham asimilara la información. El capitán estaba sentado justo enfrente de ella, con Luca a su izquierda. Su atención era completa.

—En la carta, Robert le contaba a su mujer que, cuando nosotros le mostramos una fotografía del espejo, él lo reconoció al instante como propiedad de Eleanor. A partir de ahí, dedujo que Amanda había estado en contacto con los Albright.

—Pero… ¿Cómo se conocieron Amanda y los Albright?

—Robert cuenta que Amanda abrió una cuenta en el banco donde Richard era director. En la documentación, Richard vio el nombre de George Stewart y contactó con Amanda para saber si su padre era el chaval que había vivido en su casa. Así fue como ella los visitó, creando un vínculo que terminó siendo bastante estrecho, sobre todo con Eleanor.

—¿Cuánto tiempo vivió Robert con esa familia? —dijo Durham.

—No demasiado tiempo —dijo Cynthia—. Menos de dos años. Según relata Robert, al cabo de ese tiempo se hartó y se fugó. Nunca volvió a tener relación con ellos hasta que se reencontró con Eleanor ese día. Y aquí viene lo importante, Eleanor le dijo a Robert que Amanda estaba embarazada y que Blair no era el padre de la criatura. Le explicó además que Amanda pensaba irse lejos y tener el hijo, sin el padre. Por eso necesitaba dinero, y por eso ella le dio el espejo antiguo.

El capitán suspiró.

—Tengo mil preguntas… Pero sigamos adelante.

—Cuando Robert supo lo del embarazo, y con los antecedentes de Richard, pensó que podía haber sido el abusador de su hija. Esa misma noche, regresó a la casa de los Albright y se encaró con Richard, que aparentemente había estado bebiendo. Robert confiesa en su carta que Richard confesó… No sabemos qué exactamente, pero damos por hecho que se refiere a una situación de abuso.

—Déjame que lo adivine —dijo Durham—. Robert Stewart mató a su padrastro esa noche.

—Efectivamente —dijo Cynthia—. Él alega que fue sin intención, que forcejearon y que Richard se golpeó la cabeza con la esquina de una mesa de cristal.

Durham se apoyó contra el respaldo de la silla, dejando caer la cabeza ligeramente hacia atrás y observando el techo.

—Si ese tal Richard Albright es el asesino —concluyó Durham—, está muerto. Por otro lado, el único testigo de su confesión, es decir Robert, también está muerto. ¿Es así?

—Así es.

—¿Tú qué piensas, Luca?

Hacía varios minutos que Luca no hablaba. Había preferido que Cynthia siguiera a su aire, sin interrumpir su línea de pensamiento.

—Me llama la atención qué Robert haya asumido con tanta rapidez que Richard había abusado de Amanda y fuera a confrontarlo. Quiero decir, una cosa es un tipo estricto, incluso un hijo de puta a la hora de impartir disciplina, y otra un violador.

—No sería el primer caso de una adopción con ese propósito —dijo Durham—. ¿Tenemos algún antecedente de Albright al respecto?

—Todavía no lo hemos comprobado. Podríamos ver si ha habido otro niño en la casa, o indagar un poco en su pasado. Pero hay algo en la carta de Robert que me ha llamado la atención.

Luca leyó desde el portátil.

—Yo era un niño. No entendía la crueldad y la perversidad de Richard, pero a medida que pasó el tiempo empecé a vivirla en carne propia. Y ahí empecé a odiarlo —Luca hizo una breve pausa mientras buscaba otro fragmento—. Nada en comparación con los tormentos sistemáticos de Richard, algunos de los cuales ni siquiera me atrevo a poner por escrito.

—Hasta ahí podría ser sólo un violento hijo de puta —dijo Durham.

—Pero fíjate en lo siguiente: …pero yo seguía siendo un crío, y una noche, después de uno de los castigos predilectos de Richard en mi habitación, abrí la ventana sin pensármelo dos veces, me deslicé por el tejado y aterricé en el jardín.

—La situación de abuso es clara —manifestó Durham negando con la cabeza.

—Al final de la carta —agregó Cynthia—, Robert se refiere a Richard varias veces como un monstruo.

—Así es —dijo Luca—. La última frase es: El monstruo no le hará más daño a nadie.

Durham se levantó del asiento. Caminó por la sala. Algunas caras, al otro lado del cristal, se volvieron para observar su comportamiento.

—Si el padre hubiera sido otro chico —dijo Durham—, Blair o alguien más, ¿por qué no se lo diría a Eleanor?

—Exacto —dijo Cynthia—. Además, nos consta que Amanda iba a casa de los Albright de noche, suponemos que para no cruzarse con Richard.

—El caso parece bastante claro —dijo Durham.

Luca, siempre cauteloso y escéptico, no tuvo más remedio que estar de acuerdo.

—Creo que deberíamos tener alguna evidencia concreta de los abusos de Richard, saber si ha habido otros niños, hacer algunas preguntas entre sus conocidos, quizás en el banco.

Durham se quedó callado.

Luca comprendió de inmediato que el silencio del capitán estaba relacionado con la conversación que había mantenido con Arson más temprano.

Cynthia rompió el incómodo momento.

—Las cosas se ponen más extrañas del lado de Miller. Del otro lado del espejo.

Los dos hombres se volvieron al mismo tiempo y se la quedaron mirando, como si acabara de dar con una verdad reveladora.

27

Tras un breve receso para ir al servicio y tomar café, regresaron a la sala de reuniones. Se sentaron como antes: Luca en la cabecera, con el portátil, y Cynthia y Durham enfrentados uno del otro.

—Bueno —dijo el capitán—, estoy listo para escuchar la otra parte de la historia.

—Fuimos a casa de Miller —dijo Luca—. No sirvió de mucho. Un barrio complicado, los padres poco dispuestos a colaborar; sobre todo, Marlon Miller, el padre, que casi nos echa a hostias. Al salir de la casa vimos a un muchacho con un tatuaje similar a uno de los que tenía DeShawn Miller y con la ayuda de Pete Nash dimos con Beaufort, en Lancaster.

Durham estaba al tanto de la visita a la cárcel, pero no tenía muy claro quién era Beaufort.

—¿Es el tatuador o miembro de la pandilla? —preguntó el capitán.

—Ambas cosas. Los miembros de la pandilla se hacen llamar los Floods, aunque Nash nos dijo que están inactivos. Cuando visitamos a Beaufort nos encontramos con alguien que, a todas luces, había tenido una relación estrecha con Miller, con ansias de encontrar al culpable y vengar su muerte. El director de la prisión describió a Miller como un hombre rehabilitado, con ganas de encauzar su vida. De hecho, por lo que sabemos del poco tiempo que estuvo fuera, se dedicó a algunos trabajos por su cuenta reparando ordenadores.

Cynthia permanecía en silencio. Le fastidiaba no haber sido tan concisa en su explicación.

—Al preguntarle a Beaufort si tenía idea de quién podía estar detrás de la muerte de Miller —continuó Luca—, nos habló de un tipo para el que había robado en el pasado; un amigo de su padre. Beaufort no quiso darnos su nombre, pero Cynthia lo averiguó ayer. ¿Cómo se llamaba?

—Jerome Washington —dijo Cynthia sin consultar sus notas.

—Aún no hemos tenido tiempo de investigar a Washington, pero por lo que sabemos, hace unos años manejaba parte del negocio de la droga en algunas discotecas de la ciudad.

La frase activó la misma señal de alerta en Durham.

—Esa podría ser la conexión con los Blair.

Luca y Cynthia intercambiaron miradas.

—¿Qué pasa?

Luca le indicó a Cynthia con un gesto que hablara ella primero.

—Esta mañana he estado con la hermana de Miller —dijo Cynthia —, y me ha contado que Beaufort y Miller eran amantes.

Durham ya no tenía más margen para el asombro; demasiada información para un solo día.

—Vale, eran amantes. Entonces, alguien quería mandarle un mensaje de advertencia a Beaufort. ¿Por qué tanta saña?

Luca suspiró.

—Pete Nash me alertó de que hay unos documentos de los Floods clasificados por el FBI. Él no tenía acceso a ellos.

El rostro de Durham se transformó al escuchar aquello. Fue como si de repente se le viniera el mundo encima. Dejó caer la cabeza hacia delante y cerró los ojos.

Lentamente, empezó a negar con la cabeza, la mirada fija en el regazo.

—Eso tiene que ver con lo que te ha dicho Arson, ¿verdad? —dijo Luca.

Durham levantó la cabeza como si le pesara una tonelada y asintió de manera imperceptible.

—¿Has hablado con alguien del FBI?

—Sí. Mi fuente me confirmó que esos documentos existen, pero no quiso decirme si Beaufort tiene algún tipo de acuerdo con el FBI. Yo estoy convencido de que es así. Me aconsejó que nos mantuviéramos alejados de Beaufort.

Durham se pasaba la mano por el pelo.

—¿Qué te ha dicho Arson? —insistió Luca.

—El lunes, el caso de Miller vuelve a la oficina del sheriff. Ha dado por hecho que no sacaremos nada en claro y me ha dado la

orden directa de devolverlo. No quiere ese caso en el departamento, y si pudiera quitárselo de encima antes, lo haría.

Era miércoles, así que contaban con sólo dos días más de trabajo. Cuatro, si consideraban el sábado y el domingo.

Se quedaron callados. Cynthia pensaba en Jada Miller, a quien, apenas unas horas antes, le había asegurado que a ella le importaba la muerte de su hermano y que harían lo posible para encontrar al culpable.

Durham se puso de pie y fue hasta la pizarra que estaba en una esquina. Cogió un rotulador azul y dibujó un círculo. En la parte superior del círculo escribió el nombre de Amanda.

Dentro del círculo escribió el nombre de Richard.

—Richard Albright abusa de Amanda y luego la mata —dijo Durham, mirando a la pizarra—. ¿Quién más sabía del embarazo?

Luca valoraba el esfuerzo de Durham por no rendirse. Él se sentía de la misma manera.

—Hasta donde sabemos, Eleanor Albright y Tom Blair —dijo Luca.

Durham agregó los dos nombres dentro del círculo.

A continuación dibujó otro círculo, superpuesto con el anterior en una parte. Arriba colocó el nombre de Miller.

—Si he entendido bien —dijo Durham—, tenemos dos hipótesis. Hipótesis uno: alguien mató a Miller para vengar a su novio por su colaboración con el FBI, o por alguna otra razón que no sabemos.

Dentro del círculo escribió: *Enemigo Beaufort*.

—O, hipótesis número dos, la de ese tipo amigo del padre.

—Jerome Washington —dijo Cynthia.

Durham también escribió el nombre dentro del círculo.

—Si esta segunda hipótesis es correcta, entonces Washington podría estar relacionado con la familia Blair a través de La Perla Negra.

En la intersección de los dos círculos, el capitán escribió Blair.

—Por último, en la escena del crimen de Miller apareció el espejo de mano y las iniciales de Blair.

Mientras decía esto, en la intersección dibujó un espejo de mano y subrayó el apellido Blair.

—Si tuviera que apostar, diría que estos casos no tienen nada que ver. Uno es el trágico desenlace de un abuso en un entorno familiar, y el otro, un ajuste de cuentas. ¿Qué pensáis vosotros?

—Estoy de acuerdo —dijo Cynthia—, pero, al mismo tiempo, las conexiones son demasiado evidentes como para pasarlas por alto. El espejo y las iniciales de Blair son cosas muy específicas; no pueden ser casualidad. Yo creo que se nos está escapando algo y…

Luca se incorporó de repente, como si le hubiera dado una descarga eléctrica. Señaló a Cynthia con un dedo que no paraba de temblar.

—Eso que acabas de decir, Cynthia.

—¿Que se nos escapa algo?

—No, lo anterior: las conexiones son demasiado evidentes.

Luca había entrado en una especie de trance. Se levantó de la silla.

Durham y Cynthia lo miraban con atención.

—Los casos no tienen nada que ver el uno con el otro —dijo Luca, sin poder ocultar su entusiasmo—. Hasta ahora, habíamos dado por hecho que Miller dejó las iniciales de Blair en esa piedra como una forma de señalar al responsable de su encierro. Pero ¿y si fue el propio asesino? Como ha dicho Cynthia, el espejo y las iniciales son una forma demasiado evidente de conectar los crímenes.

—¿Para qué querría el asesino de Miller relacionar las dos muertes?

—No lo sé. Pero ahora lo veo clarísimo. Mi instinto me dice que el asesino de Miller dejó esos dos elementos para establecer la conexión entre dos muertes que no tienen nada que ver entre sí.

Cynthia, que era la única que seguía sentada, preguntó:

—¿Qué sentido tendría conectarlos a propósito?

Los tres se miraron. Llegaron a la misma conclusión más o menos al mismo tiempo.

—El asesino quería asegurarse de que nosotros investigaríamos su caso —dijo Durham—, no la oficina del sheriff.

—*¡Jackpot!*

28

Luca estaba reunido con Durham en su despacho. Cuando estaban a solas, más que capitán y detective eran dos amigos que podían discrepar y opinar con total libertad.

—¿Qué te ha dicho Arson, Danny?

—Me ha ordenado que el caso de Miller vuelva a la oficina del sheriff el lunes. El de Amanda, a casos sin resolver.

Luca negó con la cabeza.

—¿No hay forma de que se lo replantee con el caso de Amanda? ¡El caso está prácticamente resuelto!

—Luca, sabes mejor que yo que esa carta no es una prueba. El asesino está muerto; el que escuchó la confesión del asesino, también. Puedo hablar con Arson sobre ello; de hecho, lo haré, por supuesto, pero es un caso perdido.

—Es todo tan ridículo, Danny. ¿Arson te dijo al menos por qué, de repente, le corre tanta prisa quitarnos los casos de encima? ¡Ni siquiera esperó a que se cumpla el plazo que nos dio!

—El plazo sigue en pie. Arson cree que no habéis hecho nada. Sois vosotros los que habéis hecho avances impensados en pocos días.

—Ha sido suerte —dijo Luca, resignado—. Si Robert siguiera vivo, nunca hubiera escrito esa carta y no sabríamos nada.

—Lo siento, Luca. Por más vueltas que le dé, no veo cómo la fiscalía va a aceptar un caso en estas condiciones. La falta de pruebas científicas y la muerte del acusado son razones más que suficientes, pero seguro que hay más.

—Lo sé.

—No te comas la cabeza. La madre de Amanda ya sabe la verdad. Eso debería ayudarte a quitarte el caso de encima de una vez por todas. Llevas demasiado tiempo cargando con esa mochila.

Luca se inclinó hacia atrás en la silla.

—¿Crees que alguien del FBI ha hablado con Arson? —dijo Luca —. ¿Y que te ha llamado para asegurarse de que dejemos de investigar?

—No me lo dijo. Pero es probable. Ha insistido mucho en que el caso de Miller debe volver a la oficina del sheriff el lunes.

—Van a dejar que se enfríe.

—No tengo ninguna duda.

Durham se levantó de su asiento. Rodeó el escritorio y se apoyó en él, ahora del lado de Luca.

—No quiero ponerte en la posición de que hagas algo a mis espaldas, Luca.

Luca lo miró, realmente extrañado.

—Después de lo que me habéis dicho —dijo Durham, señalando en dirección a la sala de reuniones—, no creas que me ha dejado indiferente. Dime qué quieres hacer. Tenemos dos días.

Luca entendía perfectamente las implicancias de los que Danny le estaba diciendo. Si desobedecían las órdenes de Arson y la cosa se ponía fea, Danny no lo dejaría solo. No es que Luca tuviera dudas de cómo actuaría su amigo en una situación así, pero era grato oírlo de su boca.

—¿Estás seguro, Danny?

—Sí.

Luca se lo pensó un segundo.

—Me gustaría ir a ver a Tom Blair. Podría hacerlo, incluso, a título personal.

—¿A qué te refieres?

—Hace diez años, lo sometí a un interrogatorio convencido de que era el culpable del asesinato. Y me equivoqué. Hasta ahora, pensábamos que era el único que sabía que Amanda estaba embarazada y que él era el padre. Ninguna de las dos cosas ha resultado cierta.

—¿Hace cuánto que no hablas con él?

—Desde aquel día, Danny —dijo Luca, sorprendido ante su propia respuesta—. Nunca he vuelto a hablar con Tom Blair.

—Voy a pedirte una cosa, Luca: que esto quede entre nosotros tres. Sé que no vas a dejar a Cynthia al margen por mucho que te lo

pida. Pero no se lo digas a nadie más del departamento.

—Ya sabes mi filosofía con un compañero. A Cynthia puedo decirle que iré a ver a Blair por mi cuenta. Es muy lista; si le digo que voy a quedarme en casa de brazos cruzados, se dará cuenta al segundo.

—De acuerdo.

—Ya te lo he dicho, pero Cynthia estará sentada en la silla de capitán en algún momento —dijo Luca—. Tiene intuición y agallas. Yo no estaré aquí para verlo, o eso espero, porque sería la segunda vez que me ignoran para ocupar el cargo.

Ambos rieron.

—Igual soy yo el director para entonces —le advirtió Durham.

Luca se levantó.

—Gracias, Danny. Tom Blair parece ser la única persona que conecta estos casos, si es que realmente están conectados, cosa que cada vez veo menos probable. De verdad, creo que hay alguien que quiere que lo veamos de esa forma, y no se me ocurre cuál puede ser la razón.

—¿Sabes qué ha sido de la vida de Blair?

—Hace dos o tres años seguía siendo el niñato eterno de siempre. Trabajaba en uno de los negocios del padre, que pasó de tener discotecas a concesionarios de coches de lujo. Iré a verlo mañana mismo.

29

Cuatro días para que se cumpla el ultimátum de Arson

Sarah aparcó a unas manzanas de la casa del exdetective Frank Marino y echó a andar por las calles residenciales de Long Beach. Era una mañana soleada en la que soplaba una agradable brisa marina. Aunque era jueves, la capitana Dorskey le había dado el visto bueno para que visitara al exdetective, con el que había trabajado pocos años y al que prácticamente no conocía. Sabía, por la conversación telefónica que había tenido con él, que el retiro no le había sentado nada bien; muchos policías no conseguían adaptarse a la vida en casa y a perder su sentimiento de pertenencia. Marino era uno de esos casos.

La casa era una construcción típica de la zona: una vivienda de una sola planta, con un porche delantero cubierto y un jardín pequeño, pero exuberante. La pintura blanca de la fachada estaba un poco descolorida, pero las ventanas relucían, y las macetas rebosaban de flores de colores.

Frank Marino la estaba esperando. Un hombre corpulento, que apenas había superado los setenta, con el pelo canoso y la cara curtida por el sol y el paso del tiempo. Vestía una camisa de manga corta a cuadros, pantalones de poliéster y sandalias. Su mujer era delgada y de rostro amable, también la esperaba en el porche.

—Detective Tripplehorn, qué gusto tenerla por aquí —dijo Marino, extendiéndole la mano con una sonrisa cálida. Su apretón de manos era firme y seguro.

La formalidad de Marino le arrancó a Sarah una sonrisa. Nunca habían tenido una relación muy estrecha, básicamente porque cuando ella era una novata en la división de Hollywood, Marino ya era un detective experimentado que se iba a jubilar en breve. A

Sarah le gustaba la formalidad que se estibaba por entonces en el departamento, y que Marino evidentemente conservaba.

—Hola, Frank —dijo Sarah.

—Ella es mi mujer, Dolores.

Dolores Marino le estrechó la mano a Sarah con una sonrisa tímida. Era una mujer de unos sesenta años, con el pelo blanco recogido en un moño y unos ojos azules llenos de bondad. Vestía un sencillo vestido de flores.

—Bienvenida, querida —dijo Dolores—. Frank estaba muy ilusionado con tu visita. Hemos preparado algo ligero para picar en el porche trasero.

Sarah siguió a los Marino hacia el interior. En el saloncito, las paredes estaban cubiertas de recuerdos de la época de Marino en la policía: fotografías en blanco y negro de él con sus compañeros, condecoraciones por su valor y dedicación, recortes de periódico con crónicas de casos en los que había participado. Era un pequeño museo personal; un recordatorio de la vida que había dejado atrás.

Sarah se quedó mirando todo con verdadera curiosidad. Ella jamás colgaría en su casa un testimonio de su paso por la policía; no juzgaba, pero eso decía mucho de ella y de algunas ideas que últimamente le rondaban la cabeza cada vez con más frecuencia. ¿Quería pasar el resto de su vida laboral activa en la policía?

En el porche trasero había una mesa cubierta con un mantel de cuadros. Encima, había algunos platos, cubiertos y vasos. El ambiente era tranquilo y acogedor, con el sonido de los pájaros cantando en los árboles y el aroma de las flores inundando el aire. Era evidente que Frank y Dolores habían construido un remanso de paz y tranquilidad en medio del caos del mundo.

Dolores trajo una jarra de limonada fresca y unos bocadillos de queso y se despidió para dejarlos a solas.

Sarah apoyó su mochila en una de las sillas. Dentro, tenía una libreta con notas que había recopilado sobre el atraco de Miller y su idea original había sido contrastar la información con Marino y completarla con su versión de los hechos. Claro que, ahora que Arson le había dado a Luca la orden de suspender la investigación, nada de eso tenía sentido. Sarah había valorado la posibilidad de

suspender la visita a Marino, pero sabía la ilusión que le hacía al hombre rememorar una vez más aquel episodio, así que había decidido seguir adelante. Ahora, viendo el recibimiento que él y su mujer le habían dado, no se arrepentía.

Sólo para que Marino percibiera la importancia de su relato, Sarah sacó la libreta y un boli y los colocó sobre la mesa.

—¿Hay algo en concreto que quieras saber de ese día? —preguntó Marino.

—Cuéntame todo lo que recuerdes. Luca está intentando reconstruir el pasado de Miller. Ha podido averiguar algunas cosas de los años que estuvo entre rejas, donde parecía un hombre rehabilitado y dispuesto a hacer las cosas bien, pero sabe poco de cómo era antes. Quizás tu relato le dé una idea más completa de él.

Marino asintió, sus ojos mirando ligeramente hacia arriba mientras su memoria traía aquel recuerdo al presente.

—Era un jueves al mediodía. Dolores y yo estábamos celebrando con mi hija un ascenso en su trabajo. Fuimos a Salute porque a los tres nos encanta la pizza y porque estaba cerca de la comisaría; yo estaba de servicio y tenía que volver a currar. El sitio estaba a tope: familias, parejas, gente de negocios… El ambiente era bastante caótico, con el runrún de las conversaciones y el ruido de los platos. Nosotros estábamos sentados en una mesa apartada, ya habíamos terminado de comer, y charlábamos sobre el futuro de mi hija. Entonces… entonces entraron ellos.

Marino hizo una pausa. Bebió un sorbo de limonada.

—Yo estaba de cara a la puerta y vi a los dos jóvenes antes que muchos de los clientes, que no tenían idea de lo que estaba pasando. Miller estaba particularmente nervioso, casi asustado. El otro, Anthony Sparks, que era el que llevaba la voz cantante, fue quien primero sacó el revólver y gritó para que todos se quedaran quietos.

—Pensé que habían empezado a disparar nada más entrar.

—No. Sparks disparó cuando estaba más o menos en medio del salón. El estampido fue instantáneo: los gritos se atenuaron bastante, y la mayoría de los presentes se tiraron al suelo o se escondieron debajo de las mesas. Dolores y mi hija hicieron lo

segundo. Yo me quedé a un lado, arrodillado y observando. No saqué la pistola ni me identifiqué; no tenía muy claro si eran sólo ellos dos o si había más cómplices. Enseguida me di cuenta de que no eran profesionales.

Sarah sabía que el objetivo del atraco había sido un cliente en particular; un hombre llamado Amos Frager que tenía por costumbre comer todos los jueves en ese restaurante con su mujer. Frager no era multimillonario, pero su empresa facturaba varios millones al año y al tipo le gustaba la ostentación. Él era un fanático de los relojes de oro y su mujer de las joyas.

De alguna forma, la información de la presencia recurrente de Frager llegó a oídos ajenos y alguien planeó el golpe. El punto débil de la cadena fueron los dos ladrones inexpertos y nerviosos que debían ejecutar el plan.

Para empezar, nadie estudió el interior del restaurante antes de entrar. Es incomprensible —incluso teniendo en cuenta su inexperiencia— que Miller y Sparks pasaran por alto algo tan básico, pero lo cierto es que entraron a ciegas, dando por hecho que Frager estaría allí con su mujer.

Pero no estaba.

Marino apuró el resto de la limonada.

—Sparks miraba a todas partes buscando a alguien —continuó Marino—. Iba mesa por mesa, apuntando con el revólver. Era una situación muy peligrosa. Entonces, le apuntó a un hombre y le exigió que le diera la cartera. Yo sabía que si intentaba abatirlo desde donde estaba, tenía altas posibilidades de fallar, o de que alguien se interpusiera en la trayectoria del disparo.

—No sé qué habría hecho yo en tu lugar —dijo Sarah.

—Fue una decisión difícil. Y entonces se produjo el segundo disparo. Como probablemente sabes, la mitad de los testigos aseguraron que Sparks fue quien disparó. La otra mitad, que en realidad fue Miller. Eso demuestra lo confuso que fue todo. Yo creo que fue Sparks, pero nunca estuve seguro. Ese disparo provocó un caos total, un griterío ensordecedor. Entonces decidí salir de donde estaba y le ordené a Sparks que tirara el arma. Él no lo hizo y empezó a disparar hacia donde yo estaba. Creemos que Miller

también. Hubo tres o cuatro disparos por parte de ellos. Yo disparé dos veces, y conseguí abatir a Sparks. Miller se quedó paralizado cuando vio a su colega en el suelo y dos hombres se le echaron encima y lo redujeron.

—¿Y el hombre que murió?

—Ah, sí… No me acuerdo de su nombre.

—Reginald Tomlinson.

Marino se sorprendió ante lo preparada que venía Sarah.

—Lo que sí recuerdo es que murió en el acto, alcanzado por uno de los disparos de los delincuentes —dijo Marino—. Los paramédicos intentaron reanimarlo, pero todos los que estábamos allí sabíamos que no había nada que hacer.

—¿Y Meredith Moore?

—¿Es una de las personas que resultaron heridas?

—Exacto. Sufrió una lesión grave en la médula.

—No lo sé, Sarah. Hubo muchos heridos. Una de las balas reventó un cristal e hirió a varios.

—¿Llegaste a hablar con Miller?

—Sí —dijo Marino, ahora con la mirada perdida—. No mucho, la verdad. Todo era confusión y caos. Pero sí recuerdo que, mientras lo estaba esposando, el muchacho temblaba como un flan, y no paraba de repetir que no quería hacer daño a nadie. Después, en la comisaría, sí tuve la oportunidad de hablar con él un poco más.

—¿A solas?

—Sí. Miller me dijo algo que quizá le sirva a tu marido.

Sarah se interesó de inmediato.

—¿Qué te contó?

—Miller me dio a entender que había alguien más detrás del atraco; algo muy distinto a lo que mantuvo después en el juicio. Pero lo entiendo; su defensa se basó en echarle toda la culpa a Sparks, que, lo cierto es que se comportó como el cabecilla en el restaurante, así que varios de los presentes testificaron en esa dirección. Para la defensa de Miller, era más fácil culpar a Sparks y decir que habían actuado de forma espontánea.

—Pero a ti te dijo que había alguien más. Un cerebro.

—Si. Todos lo sabíamos, incluido el fiscal. Pero al fiscal tampoco le convencía mover ficha de esa forma, y así fue como llegaron al acuerdo de los diez años para Miller. Lo que se jugaba era que lo encerraran de por vida, así que supongo que por eso aceptó.

Sarah no terminaba de entenderlo. Diez años le parecían pocos para el daño que Sparks y Miller habían causado aquel día. Un hombre había muerto, una mujer resultó con una lesión en la médula y a otro hombre una bala le destrozó la mandíbula…

—¿Qué quieres que te diga, Frank? Diez años me parecen pocos. Incluso teniendo en cuenta que existen dudas sobre quién realizó los disparos.

Marino se la quedó mirando y se encogió sugestivamente de hombros.

Sarah comprendió de inmediato.

—No había dudas *reales*… ¿verdad?

Marino se limitó a negar con la cabeza.

Sarah sabía perfectamente que muchas veces las pruebas de balística no eran concluyentes. Pero, a veces, sí funcionaban. Evidentemente, este había sido uno de esos casos, y la policía había sabido que la bala letal había sido disparada por Sparks.

—El departamento necesitaba una condena después de algo así —dijo Marino—. Sparks estaba muerto. Y la realidad es que Miller también había entrado armado. Fue el azar lo que determinó qué bala mató a ese hombre.

Marino se había puesto serio.

—Pero acabas de decirme que no estaban seguros de si Miller disparó.

—Algunos testigos aseguraron que sí. Los testimonios están en el juicio.

—Pero tú no estás seguro.

—No, yo no. Pero mi atención estaba centrada en Sparks.

Marino se inclinó hacia delante.

—Te cuento todo esto por dos razones. La primera, porque podría ser relevante para la investigación de tu marido que se enfoque en el presente, y no en un pasado que no lo va a llevar a ninguna parte.

Sarah entendió perfectamente a qué se refería el exdetective. Remover el pasado podía sacar a la luz asuntos turbios de manera innecesaria.

Miller no era un santo, pero no había matado a nadie, y el trato que había aceptado se basaba en la suposición de que sí lo había hecho. Su encarcelamiento le había jodido la vida para siempre. Había sido torturado durante meses y ahora estaba muerto.

Sarah sintió la necesidad de levantarse e irse de aquella casa cuanto antes.

¿Marino la había invitado para asegurarse de que le transmitía el mensaje con claridad?

El hombre advirtió la incomodidad de Sarah, y ella no se molestó en disimularla. Estaba cabreada. Cabreada por esas prácticas nefastas que a veces se daban en el sistema, con la complicidad de gente en la justicia y en el propio departamento.

—Creo que ya tengo todo lo que necesito —dijo Sarah, poniéndose de pie.

Marino volvió a exhibir su sonrisa amable.

—Espero haber servido de ayuda. Si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme.

El ambiente entre ellos se había enrarecido en un abrir y cerrar de ojos, como esas tormentas repentinas que surgen sin avisar.

—No creo que sea necesario que volvamos a hablar —dijo Sarah. Rodeó la mesa por el lado opuesto a Marino y se dirigió a la puerta trasera.

Estaba dispuesta a marcharse en ese mismo instante, cuando se dio la vuelta por última vez.

—¿Cuál es la otra razón, Marino?

Él hizo como que no entendía.

—Hace un momento —dijo Sarah—, me has dicho que me contabas todo esto por dos motivos. Uno es porque puede ser relevante para la investigación de Luca. ¿Cuál es el otro?

Él se quedó pensando un momento.

—Porque ese chaval está muerto. Y es una lástima. El pasado no va a traerlo de vuelta.

Sarah no dijo nada más. Entró en la casa y atravesó la cocina y el salón.

—¿Ya te marchas, querida? —dijo Dolores desde alguna parte.

—Sí, ha surgido algo de última hora —dijo Sarah mientras salía de la casa.

El sol del mediodía y el aire impregnado de sal ya no le resultaban reconfortantes. Sarah pensaba en DeShawn Miller. No era hipócrita, por supuesto; Miller había entrado armado en aquel restaurante poniendo en peligro a un montón de gente… Estaba claro que se merecía un castigo. Lo que no merecía era una conspiración para ocultar pruebas.

Tampoco se merecía una muerte espantosa y que su caso cayera en el olvido, como estaba a punto de suceder por la orden de otro burócrata como Arson.

Sarah no tenía ninguna duda de que Luca lo vería igual que ella.

30

Luca observaba a Lily, radiante con su sombrero de bruja. Había dedicado toda la tarde del día anterior a decorarlo con pines y pegatinas, y ahora, camino a la guardería, no podía dejar de sonreír. La señorita Davis la recibió con un abrazo y enseguida se pusieron a hablar de lo guay que era el sombrero.

Cinco minutos después, Luca estaba de vuelta en el coche, todavía en el aparcamiento, con el móvil pegado a la oreja.

—Vamos, Messina, contesta…, no me hagas ir a buscarte…

El detective de Casos Sin Resolver respondió después de una eternidad.

—Hola, Bruzzo. ¿Qué pasa? Estaba a punto de tomarme el primer cortado del día.

—Tranquilo, Messina, será un momento. Necesito encontrar a Tom Blair. ¿Qué es lo último que sabes de él?

—¿Has averiguado algo con ese nuevo homicidio que te traes entre manos?

—La verdad es que no. Vamos a devolver el caso a la oficina del sheriff, así que lo más probable es que el de Amanda también regrese a ti.

Luca no tenía humor para contarle a Messina acerca de la carta de Robert.

—Bueno, la verdad es que no me sorprende. Y, ¿para qué quieres hablar con Blair?

—Para atar un cabo suelto. Seguramente no sea nada. ¿Dónde lo encuentro?

—Blair lleva uno de los concesionarios del padre; supongo que podrías encontrarlo allí. Aunque… ya sabes, no es el tipo de persona que vas a encontrar currando a primera hora. Yo probaría a partir del mediodía.

—Tiene que ser antes.

—Y supongo que no quieres llamarlo por teléfono, ¿verdad?

—Acertaste.

Luca quería verse con Blair cara a cara. Por teléfono, lo más probable era que se negara y le colgara. Necesitaba que lo escuchara.

—Yo probaría en su casa. La dirección está en el expediente.

—No está.

—¿En serio? Qué raro. Debería estar en alguna parte. Vive en un piso en West Hollywood. Déjame llegar a la oficina y te mando un mensaje.

—Por favor. Gracias, Messina.

Luca salió del aparcamiento. Si tenía suerte, Messina le habría enviado la dirección de Blair al llegar a West Hollywood.

Quería terminar con todo antes del mediodía, hablar con Blair de una vez por todas y convencerlo de que ya no tenía sentido seguir callando nada. Sin trucos. Había pasado demasiado tiempo; Robert estaba muerto; Richard Albright estaba muerto. Si conseguía ganarse su confianza, quizás podía averiguar cuál era el papel de Miller en todo este asunto, y por qué el asesino había dejado el espejo y la piedra con sus iniciales.

Luca pensó en llamar a Cynthia. El día anterior, cuando le dijo que iría a ver a Blair solo, no se lo había tomado bien. Luca le explicó que no quería arriesgarla a manchar su expediente por una cosa así; su carrera iba viento en popa y no tenía por qué pagar el pato por un asunto que no tenía que ver directamente con ella. Para Luca, el caso de Amanda era personal. Así había sido desde el principio. Luca estaba desobedeciendo una orden directa del director del departamento; lo que estaba haciendo podía poner en riesgo su carrera en Robos y Homicidios. Y no era una exageración. La tensa relación con Arson sólo necesitaría una excusa para tomar represalias contra él.

A Luca también le preocupaba Danny. Su amigo no llevaba mucho tiempo en el puesto de capitán, y también había tenido algunos enfrentamientos con Arson. Debía andar con pies de plomo. De hecho, igual haber hablado con Messina había sido una imprudencia.

Treinta minutos después había llegado a West Hollywood. En un semáforo, revisó el móvil y comprobó que tenía un mensaje de Messina con la dirección de Tom Blair. Estaba cerca.

Llegó a las 8:30. Era un edificio de categoría en la calle Doherty, no muy alto, situado en medio de un amplio jardín.

Según Messina, Blair vivía en la segunda planta. Luca pulsó el timbre asumiendo que las posibilidades de que le abrieran a esas horas eran muy remotas.

Esperó unos minutos y volvió a tocar el timbre, esta vez con más insistencia.

Luca observó que el timbre tenía una pequeña cámara, por lo que existía la posibilidad de que Blair pudiera estar viéndolo.

—Tom, soy el detective Bruzzo. Seguro que te acuerdas de mí. Oye, sé que empezamos con mal pie hace años. Quiero hablar contigo sobre algunos avances en la investigación.

Alguien habló a sus espaldas.

—¿Busca a Tom Blair?

Luca se dio la vuelta. Se encontró con un hombre de unos sesenta años que cargaba una caja de cartón.

—Sí —dijo Luca.

—Soy Víctor, el conserje —dijo el hombre. Hizo un gesto con la cabeza para disculparse por no poder saludarlo con la mano—. ¿Es por lo del techo?

—No, no es por lo del techo.

Víctor suspiró. Se agachó y dejó la caja en el suelo. Se sacudió las manos en el pantalón y le extendió una a Luca, que la estrechó con cierto desconcierto.

—¿Podría enseñarme la placa? Ha dicho que es detective, ¿verdad?

—Detective Bruzzo —dijo Luca, mostrando la placa.

Víctor se acercó para verla de cerca.

—Perdone la desconfianza, detective. No va a encontrar a Blair. Se marchó hace casi dos meses. Bueno, en realidad, se lo llevaron. Veo entonces que usted no viene por lo del techo.

Víctor parecía decepcionado.

—Espere un momento, vayamos por partes. ¿A dónde se lo llevaron? ¿Tom Blair está detenido?

El hombre sonrió.

—No creo que ese chico vaya a pisar alguna vez una cárcel. Quizás debería, por haber reventado el techo de la galería.

Luca se sentía incómodo hablando de todo aquello en la puerta del edificio, pero no había ni un alma a la vista.

—Entonces, ¿a dónde se llevaron a Tom Blair? —insistió Luca.

—No sé exactamente a dónde. Ya sabe… Uno de esos sitios donde cuidan de la gente rica cuando…

Víctor se llevó el dedo índice a la sien e hizo un gesto circular, mientras sus ojos se perdían en el cielo.

—¿Se refiere a una clínica de salud mental?

Víctor se encogió de hombros.

—En mis tiempos no éramos tan finos, pero sí.

—Dígame qué pasó con el espejo.

Luca se dio cuenta de su lapsus e inmediatamente se corrigió:

—Dígame qué pasó con el techo.

—Blair se cayó desde el balcón. Iba borracho con unos amigos, ya sabe: la música a todo trapo, gritos, risas. Fui dos veces a pedirles que bajaran el volumen y pasaron de mí. Llamé a la policía y un agente habló con uno de ellos. Dos horas después escuché un estruendo terrible en el techo de la galería. Blair estaba perfectamente bien, paseando por el jardín.

—¿Cayó desde un segundo nivel y estaba andando como si nada?

—Bueno, iba dando tumbos y diciendo tonterías, pero eso era porque seguía borracho, o drogado. Llamé al 911 y la policía y los paramédicos llegaron en diez minutos. ¡El techo de la galería ha quedado destrozado!

—¿Cómo sabe que Blair fue ingresado en una clínica de salud mental?

—Me lo contó la chica que vino a recoger sus cosas.

—¿Quién?

—No me acuerdo de su nombre —dijo Víctor—. Vino sólo una vez.

Luca sabía que Blair no tenía hermanas. ¿Sería su madre?

—¿Era una mujer de la edad de Blair?

—Sí, diría que sí. Muy refinada y elegante.

Un nombre le vino a la cabeza a Luca de inmediato.

—¿Le llamó la atención su perfume? —preguntó Luca.

El rostro de Víctor se transformó, como si Luca acabara de hacer un acto de adivinación o de lectura del pensamiento.

—¡Esa misma! —dijo Víctor—. Un perfume exquisito. Se quedó impregnado en el ascensor casi todo el día.

Luca sabía perfectamente quién era esa mujer.

31

Luca conducía por una carretera serpenteante al norte de Sierra Madre. El telón de fondo eran las imponentes Montañas de San Gabriel, bajo un cielo que, de repente, se había cubierto de nubes de un modo preocupante. A pesar de que eran las diez de la mañana, algunas farolas estaban encendidas por la falta de luz.

Cuando empezaba a sospechar que el GPS lo estaba llevando por el camino equivocado, la angosta carretera se ensanchó y Luca se encontró con una rotonda con plantas cuidadosamente elegidas. Entre la colorida vegetación había un gran cartel de madera con la inscripción: CENTRO DE SALUD MENTAL CRESTVIEW.

Más allá de la rotonda se alzaba un imponente portón de hierro forjado flanqueado por dos garitas de seguridad. A Luca le recordó al de Ethan Pierce, el magnate que los había llevado a Cynthia y a él a la mina abandonada, apenas una semana atrás.

Un guardia uniformado salió de la garita, examinó rápidamente la placa de Luca y le permitió el acceso sin hacer una sola pregunta.

Dentro de la propiedad el asfalto serpenteaba a través de un paisaje impecable, con árboles centenarios, fuentes de agua cristalina y esculturas abstractas que parecían desafiar la gravedad.

El camino desembocó frente al edificio principal: una construcción de estilo mediterráneo con techos de tejas rojas, paredes encaladas y balcones repletos de flores.

Luca aparcó el Crown Victoria en una plaza reservada para visitas y apagó el motor. Se quedó sentado un momento, observando el edificio y a las personas que paseaban por los jardines. Todos parecían tranquilos, casi etéreos. Al bajar del coche notó el aire húmedo que anunciaba tormenta, impregnado del aroma de los pinos y la lavanda. La tranquilidad era casi irreal.

Su mirada se detuvo en un Porsche Panamera gris, impecable y reluciente, que destacaba entre los sedanes y SUVs que ocupaban el

resto de las plazas del aparcamiento. Luca sonrió. El vehículo era una señal inequívoca de que su dueña ya había llegado.

Yanitza Johnston era una de las amigas de Tom Blair, una joven rica y guapa que había vivido su adolescencia y sus primeros años de juventud de forma frenética y al límite. Sólo los años, muchas horas de terapia y una temporada viviendo en el extranjero le habían permitido calmarse y encontrar su lugar en el mundo. Hoy, con treinta y siete años, se arrepentía de muchas de las cosas que había hecho en aquella época. La última vez que Luca la había visto, hacía cuatro o cinco años, Yanitza ya era una mujer muy distinta a la chica de veinticinco que él había conocido durante la investigación.

Yanitza había sido una de las mejores amigas de Amanda durante los meses previos a su muerte. Para Amanda, Yanitza se había convertido en una especie de faro. Entre sus allegados, había existido un consenso de que Amanda se avergonzaba de sus orígenes humildes y que anhelaba la vida de excesos y lujos de sus nuevos amigos. Sus padres, sus amigas de la infancia, sus seres queridos… Todos coincidían en el cambio de actitud de Amanda desde que empezó a salir con Tom Blair. Ahora Luca estaba convencido de que esta había sido la hipótesis más dañina para la investigación. Si él hubiera investigado con más cuidado, probablemente habría descubierto que ese aparente distanciamiento no era tal, o, por lo menos, que no era por las razones frívolas que todos creían. Tom Blair, Yanitza y el resto de su nuevo círculo eran solo una fachada; un mundo de fantasía donde Amanda podía permanecer adormecida mientras evadía una situación espantosa que la tenía como protagonista. Amanda no sólo no se había vuelto una chica interesada de la noche a la mañana, sino que, además, estaba desarrollando un vínculo muy especial con una mujer a la que quería como a una abuela. Mientras se divertía por las noches, se emborrachaba y huía de la realidad, había otra Amanda que le contaba parte de sus problemas a Eleanor Albright.

Mientras Luca subía la imponente escalinata de la entrada, se preguntaba hasta cuándo seguiría castigándose por su mal desempeño al principio del caso. Las excusas de su inexperiencia nunca habían sido un atenuante del todo válido.

En la recepción se respiraba la misma paz que en los jardines de la clínica. Por unos altavoces colocados en las esquinas se escuchaba una versión casi susurrante de *Yesterday*, cantada por una mujer.

Una muchacha lo saludó desde detrás del mostrador y le preguntó si podía ayudarle en algo. Luca le explicó que necesitaba saber dónde estaba la cafetería y ella le indicó cómo llegar.

La cafetería estaba en la planta baja, en el extremo del ala este, en una construcción separada del edificio principal. Para acceder había que cruzar por un sendero de césped rodeado de plantas.

Luca se detuvo en la entrada y divisó a Yanitza en una de las dos mesas ocupadas. Llevaba la misma melena rizada de siempre, y su exquisito perfume la delataba incluso desde la distancia. Ella levantó la mano en cuanto lo vio.

—Gracias por venir —dijo Luca cuando se sentó.

—Detective Bruzzo… —dijo ella, observándolo con incredulidad, como si no terminara de creerse que estaba allí.

—Llámame Luca, por favor.

—Vale… Luca, es verdad que nos tuteábamos. ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos? Estoy intentando recordarlo…

—Hace unos cinco años —dijo él—. Mi hija aún no había nacido.

—¿Una hija? No sabía que tenías una hija. ¿Tienes una foto?

Luca sacó la cartera y buscó una foto de Lily en uno de los compartimentos. Mientras la cogía entre los dedos pensó en lo irónico que era que, en otro de esos compartimentos, llevara una foto de Amanda. ¿Qué pensaría Yanitza si supiera que lo hacía desde hacía más de una década?

—Es muy guapa —dijo Yanitza y se quedó mirando la foto durante unos segundos.

—¿Tienes hijos?

—No —respondió Yanitza mientras le devolvía la foto—. Pero no lo descarto en un futuro.

Luca asintió. Apenas habían hablado por teléfono y Luca quería rellenar cuanto antes las lagunas que tenía sobre Tom Blair, así que decidió reconducir la conversación en esa dirección.

—No sabía que seguías en contacto con Tom.

Yanitza suspiró.

—¿Quieres un café?

Sin esperar respuesta, Yanitza le hizo un gesto al camarero para que se acercara. Pidieron dos cafés.

—Desde la última vez que nos vimos, volví a París y me quedé allí un par de años. Al regresar, un día decidí llamar a Tom. Él y yo nos parecemos mucho en algo: ambos nacimos en familias donde nunca nos ha faltado nada, pero al mismo tiempo nos ha faltado todo. Detesto cuando los ricos nos ponemos en plan víctima, créeme; no lo soporto. Me he odiado mucho tiempo por caer en eso. Lo tienes todo al alcance de la mano; le pides a papá y a mamá un barco para tu cumpleaños número dieciocho y ahí lo tienes. Mira, te voy a contar una anécdota que siempre me ha parecido fascinante. Un día —yo tendría nueve o diez años—, vi en uno de esos programas de manualidades cómo hacer tu propia casa de muñecas con unas cajas de cartón, pinturas, botones, trozos de tela, en fin, cosas que todo el mundo tiene por casa. Me pasé toda la tarde entretenida con ello: le hice las puertas, pinté las paredes, corté las cortinas… ¡No dejé detalle! Estaba super orgullosa de mi casa, y cuando llegó mi padre se la enseñé. No recuerdo muy bien qué me dijo, pero nada del otro mundo, supongo. Lo mejor pasó al día siguiente.

—Te regaló una casa de muñecas.

—Sí. Pero no una casa de muñecas cualquiera. Era la puta mansión de Barbie con mil habitaciones y todos los accesorios que te puedas imaginar. La casa era casi tan alta como yo.

Yanitza negó con la cabeza.

—No hay nada más desolador —continuó— que sentir que no le importas a nadie. En unos años cumpliré cuarenta y es una herida que no termina de curarse.

—¿Sigues en contacto con tus padres?

—Con mi madre hablo cada dos o tres meses. Pero no los veo.

—¿Y Tom?

—Tom no ha tenido la misma fortuna que yo —dijo Yanitza, visiblemente afectada—. Mismo diagnóstico, distinta solución. Yo tuve la suerte de alejarme de mi familia hace tiempo. Él no quiso, o no pudo; qué sé yo. Siguió bajo el embrujo de su padre. Cuando las discotecas de Ronald Blair empezaron a caer y su imperio se fue a

pique, Tom debería haberse alejado. Pero no lo hizo. Y cuando su padre empezó con el negocio de los coches, volvió a colocarse bajo su ala.

—La relación entre ellos nunca fue buena, ¿'verdad?

Yanitza rio con amargura.

—Tom odia a su padre. Creo que el sentimiento es mutuo. Pero Tom nunca supo vivir de otra forma. Es como un animal que ha vivido toda su vida en cautiverio. Quizás esta vez sea distinto.

—¿A qué te refieres?

Yanitza se lo quedó mirando.

—Yo estoy pagando por todo esto —dijo Yanitza—. La relación entre Tom y Ronald está en su peor momento. Hace meses que no se hablan. Ronald lo amenazó con echarlo del concesionario, probablemente con razón.

—¿Por qué?

—Tom ha perdido el control de su vida. Lleva años consumiendo drogas en exceso, pero lo de este año ha sido mucho peor. Es un milagro que siga vivo.

El camarero les trajo los cafés. Yanitza cogió un sobre de azúcar y echó la mitad.

—Luca, te lo dije hace doce años y te lo he repetido hace cinco. Ahora te lo digo una vez más: Tom no mató a Amanda.

Luca no estaba preparado para afirmar que él tampoco lo creía, al menos no delante de Yanitza.

—Lo que yo crea no viene al caso. Mi trabajo era, y es, investigar todas las posibilidades.

—Aquella noche —dijo Yanitza—, Tom estuvo conmigo y con los otros dos. Ya lo sabes. Fue un encuentro sexual consentido entre cuatro amigos. Más allá de ser otra muestra de mi desesperación por transgredir cada límite posible, es la prueba de que Tom no hizo nada. Te lo dije entonces y lo sigo manteniendo ahora: Tom no es un asesino.

Luca tomó un sorbo de su café. Mientras tanto, aprovechó para pensar. Necesitaba que Yanitza le facilitara el camino para hablar con Blair. Aunque había entrado enseñando la placa, no tenía una orden que le permitiera visitar a un paciente.

—No voy a permitir que veas a Tom si vas a acusarlo de algo horrible. Ya ha tenido bastante.

Yanitza parecía a punto de echarse a llorar.

—Yanitza, lo que te he dicho por teléfono es cierto. Sólo quiero hablar con Tom sobre lo que recuerde de aquellos días. Quizás haya algo que él sepa y que no me contó entonces.

Yanitza miró hacia otro lado, intentando contener las lágrimas, que surgieron de todos modos.

—Yanitza —dijo Luca—, hay algo más que te preocupa, ¿verdad?

—Creo que Tom sí sabe algo —dijo ella al fin—, y que lo ha atormentado desde entonces.

—¿Algo como qué? —se interesó Luca de inmediato.

—No lo sé —dijo Yanitza, secándose las lágrimas—. Lo cierto es que Tom ya no es el mismo; no del todo. Podría intentar explicártelo… Pero mejor que lo veas tú mismo.

32

Yanitza le dijo a Luca que podían ir a ver a Tom en ese mismo momento, sin necesidad de hablar antes con el doctor Mansel. Luca insistió en que quería hablar primero con el profesional a cargo de Tom.

—¿Para qué? —dijo Yanitza—. Si entras conmigo, nadie te pondrá pegas. Vengo aquí tres veces por semana; a veces, cuatro. El personal me conoce.

En otro momento de su carrera, Luca habría aceptado la propuesta, pero ahora sabía que era demasiado arriesgado. Era policía, y no podía interrogar a un paciente sin el consentimiento del centro donde estaba ingresado.

—Sólo hablaré con Blair si el doctor cree que es una buena idea.

—Yo creo que es una excelente idea —dijo Yanitza—. Hay algo que no te he contado, pero muchas veces he estado a punto de llamarte, para que vinieras a hablar con Tom.

Luca la observó. A veces, Yanitza era difícil de interpretar.

Subieron las escaleras en silencio. Al llegar a la primera planta ella le cogió suavemente del brazo:

—Mejor que hable yo con el doctor Mansel.

Luca negó con la cabeza.

—Yo voy a hablar con el doctor Mansel, Yanitza —dijo con firmeza.

Ella le sostuvo la mirada, hasta que finalmente cedió.

—Ya se me había olvidado por qué me gustaste tanto cuando te conocí —dijo ella. Lo esquivó y siguió caminando.

Llegaron a una sala de espera completamente vacía. Yanitza se acercó a un mostrador donde había un muchacho mirando el móvil.

—Hola, Roy.

El joven, que no debía de tener más de veintitantos años, no pudo ocultar su entusiasmo al escuchar la voz de Yanitza.

—¡Hola! No te esperaba por aquí hoy.

—He venido con un amigo.

Luca se acercó al mostrador y saludó con un gesto de cabeza. Roy respondió de la misma forma, y volvió a prestar atención a Yanitza.

—Tenemos que hablar con Mansel —dijo ella.

—Lo siento, está ocupado —dijo Roy. Parecía de verdad apenado —. Me ha dicho que tenía que revisar unos documentos importantes, y que no quería que lo molestase nadie.

—¿Por qué no le dices que he venido con el detective Bruzzo? Seguro cambia de opinión.

Roy cogió el teléfono sin pensárselo dos veces y marcó la extensión de Mansel. Habló en voz muy baja. Cuando colgó, les dijo que el doctor se reuniría con ellos en un momento.

—Gracias, Roy.

Yanitza y Luca se dirigieron a una de las ventanas que daban al inmenso jardín, donde había una clase de pintura al aire libre con algunos pacientes.

—¿Cuántos pacientes hay aquí? —preguntó Luca.

—La verdad es que no lo sé. No muchos. Sé que hay habitaciones en la segunda y tercera planta de este edificio. Y también hay un anexo donde tienen a los pacientes más peligrosos.

—¿Ahí es donde está Blair?

—Sí —se lamentó Yanitza—. Pero Tom no es peligroso.

—No me has dicho lo que pasó en su piso.

—No fue un intento de suicidio —dijo Yanitza—, por si es eso lo que te preocupa. Fue un accidente. Tom iba hasta arriba de drogas. Igual creyó ver algo por la ventana; nunca se lo he preguntado, y dudo que lo recuerde.

El doctor Mansel apareció por el pasillo: un hombre de sesenta años, con una cara amable, una mata de pelo canoso peinado hacia atrás y gafas de pasta.

—Hola, señorita Johnston —dijo Mansel—. Y usted debe ser el detective Bruzzo.

—Así es. Gracias por recibirnos.

—El detective Bruzzo fue quien investigó la muerte de Amanda Stewart —dijo Yanitza—. Usted ya lo sabía, ¿verdad doctor?

Mansel miró a Luca con verdadero interés.

—Me gustaría hablar con Tom y hacerle algunas preguntas sobre aquella época.

Mansel se quedó pensativo. Miró primero al techo, luego al suelo. Por alguna razón, no parecía del todo convencido.

—Serán sólo unos minutos —dijo Luca—. Puede estar presente, por supuesto.

—Eso lo doy por descontado —dijo Mansel. Y, dirigiéndose a Yanitza—: ¿Le has hablado al detective Bruzzo acerca de la situación de Tom?

—Por supuesto —dijo ella.

Más tarde, Luca regresaría a este preciso momento, y a la seguridad con la que Yanitza había dicho una mentira flagrante.

—Podría ser interesante —dijo Mansel, como si buscara convencerse a sí mismo—. ¿Usted cree que él mató a esa chica?

—El caso no está cerrado, pero, a día de hoy, no creo que él sea el asesino de Amanda.

Mansel pareció satisfecho con la respuesta.

—Quizás eso es lo que Tom necesita oír —se ilusionó Yanitza.

—Vamos —dijo Mansel.

Los tres volvieron a la planta baja y salieron del edificio. Caminaron en silencio por un sendero que los condujo al edificio anexo.

Allí las medidas de seguridad eran mucho más estrictas, pero como iban con el doctor Mansel no tuvieron que dar ninguna explicación.

La habitación de Tom Blair estaba al final de un pasillo donde había cuatro puertas a cada lado. Luca supuso que la mayoría de los pacientes estarían en otro sitio, quizás en la clase de pintura, porque reinaba el silencio más absoluto.

El guardia que los acompañaba se detuvo al final del pasillo.

—¿Necesita que me quede, doctor Mansel?

—No hace falta, Ronnie. Gracias.

El hombre asintió y abrió la puerta con una llave para que el resto entrara.

Luca se había imaginado una habitación blanca e impersonal, con las paredes acolchadas, pero no se encontró con nada de eso. La habitación era espaciosa y estaba equipada como un apartamento. Tenía todo tipo de comodidades: un televisor con una consola de videojuegos, una mini nevera, un escritorio con varias cosas encima, una pequeña biblioteca con algunos libros.

Tom estaba sentado en el escritorio y se giró al oírlos entrar. Centró su atención en Yanitza, como si el resto no existiera, y su cara se iluminó como la de un niño que recibe su juguete favorito en Navidad.

—¡Amanda! Sabía que vendrías.

Luca se quedó de piedra. Miró a Mansel y a Yanitza alternativamente, sin entender nada de lo que estaba pasando.

33

El doctor Mansel se dio cuenta enseguida del desconcierto de Luca cuando Tom se refirió a Yanitza como Amanda.

No había sido una equivocación.

Yanitza se encogió de hombros y sonrió.

La habitación, a pesar de contar con todo tipo de comodidades, tenía unas ventanas pequeñas con barrotes que apenas dejaban pasar la luz. Sólo cuando el doctor Mansel encendió las luces del techo, Tom fijó su atención en los dos hombres.

Luca no estaba preparado para lo que vio. En su cabeza, Tom Blair seguía siendo el mismo joven de veinte años al que había interrogado en la central hacía más de una década: pelo largo, tatuajes llamativos, buen estado físico, tez bronceada. El Tom Blair que tenía delante no tenía nada que ver: estaba en los huesos, tenía la piel totalmente blanca salvo por sus ya desvaídos tatuajes, y el pelo rapado al cero.

Los ojos saltones de Tom se clavaron en Luca de forma amenazante.

—¿Quién es él?

Se levantó del escritorio. Llevaba unos vaqueros y una camiseta blanca que le quedaba holgada.

—Es Luca —dijo Yanitza—. Es un buen amigo mío.

La palabra *amigo* generó un efecto inmediato en Tom, que, de repente, dejó de mirar a Luca como si quisiera saltarle al cuello.

Luca tampoco se había esperado que Tom no lo reconociera.

—Sentaos aquí —dijo Yanitza.

Señaló el sofá que había frente al televisor. Tras un momento de duda, Tom se sentó en una de las esquinas.

Luca miró al doctor Mansel, que asintió con la cabeza; y sólo entonces acercó una de las sillas y se sentó, más cerca de Yanitza que de Tom.

El doctor Mansel se quedó de pie junto a la puerta.

—¿Por qué no le cuentas a Luca cómo nos conocimos?

La desconfianza volvió a aparecer en el rostro de Tom.

—¿Es médico?

—No, Tom. Luca no es médico. ¿Tiene pinta de médico?

Tom se echó a reír. Sus dientes parecían enormes en su cara demacrada.

—No tiene pinta de médico.

—Por eso. Me gustaría que le contaras cómo nos conocimos.

Tom asintió y miró directamente a Luca.

—Amanda y yo fuimos novios hace mucho tiempo —dijo Tom—. Muuuuucho tiempo. ¿Cuánto hace ya de eso?

—Quince años —dijo Yanitza.

—Sí —dijo Tom con mirada soñadora—. Amanda fue a una de las discotecas de mi padre y la vi desde la zona VIP. Había un montón de gente bailando o charlando, pero ella destacaba entre todos. Bajé en busca de ella de inmediato; necesitaba hablarle. Aquella noche no quiso ni dirigirme la palabra; creo que no me porté como un caballero.

Tom volvió a poner su sonrisa desproporcionada, esta vez dirigida a Yanitza, buscando su aprobación.

Ella le devolvió una sonrisa tibia y lo animó a seguir.

—Desde ese día fui a la discoteca todos los días —continuó Tom —, para ver si la veía otra vez. Hasta que un día la encontré… Por ese entonces yo era un gilipollas. Quizás todavía lo soy, no lo sé.

Miró a Yanitza.

—No lo eres, Tom.

—Al poco tiempo nos pusimos de novios. ¿Te acuerdas de lo problemático que fue? A tu familia no le hizo ni puta gracia, sobre todo a tu padre. Ese hombre me odiaba. ¿Cómo se llama tu padre? Se me ha ido el nombre.

—Robert —dijo Luca de inmediato.

—¡Eso es! Sólo lo vi una vez. Eso sí lo recuerdo perfectamente. Nos estaba esperando en el porche. Me acerqué para saludarlo, pero no me dejó. Me dijo que me fuera de su casa y que no quería volver a verme cerca. Y cumplí. ¿Tu padre sigue siendo tan borde?

—Tom, ya te lo he dicho —dijo Yanitza—. No me gusta hablar de mi familia. Estamos aquí porque Luca quiere saber cómo fue nuestra relación.

La pregunta más lógica habría sido por qué un desconocido querría saber de su vida, pero la mente de Tom evidentemente tenía su propia lógica.

—Se terminó pronto. Nos peleamos varias veces.

Luca se giró un instante para mirar a Mansel. El doctor se había hecho invisible; solo se limitaba a observar.

—Cuando quise volver contigo —dijo Tom, con tono apesadumbrado—, ya no querías.

El relato de Tom era totalmente distinto a lo que había declarado al ser detenido. En esa ocasión, posiblemente aconsejado por su abogado, había dicho exactamente lo contrario: que había sido Amanda la que había intentado volver con él, atraída por su dinero y su círculo de amistades.

Luca sabía que el Tom espectral y consumido que tenía delante estaba diciendo la verdad. También sabía que la muerte de su novia, sumada a años de hábitos destructivos, habían desembocado en este hombre que desvariaba y fantaseaba con que su exnovia muerta lo visitaba en el hospital donde estaba ingresado.

Tom Blair no había cumplido los treinta y cinco años pero aparentaba muchos más.

—¿Por qué no le cuentas a Luca lo que pasó después, cuando te pedí ayuda?

Tom se quedó pensando.

—No creo que sea buena idea hablar de eso. Es… personal.

Pronunció la palabra *personal* inclinándose un poco hacia Yanitza y bajando la voz.

Luca se fijó en cómo una de las manos de Tom empezaba a subir y bajar por su muslo.

—Luca es de mi confianza, Tom. Quiere ayudarte.

—Me dijiste que tenías un retraso, que habías tenido náuseas un par de veces. Creías que estabas embarazada.

—¿Eras tú el padre, Tom? —preguntó Luca.

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Llevábamos semanas sin tener relaciones. Fui a la farmacia a comprar una prueba de embarazo y dio positiva.

Tom miró a Yanitza.

—¿Amanda sabía quién era el padre? —preguntó Luca.

Hasta entonces, a Tom no había parecido importarle hablar de Amanda como si ella estuviera presente en la habitación. Sin embargo, ante la pregunta de Luca, algo cambió. Se quedó mirando al techo; sus ojos, antes amenazantes e inexpresivos, ahora estaban vidriosos y fijos en la nada.

Luca se volvió hacia Mansel; hasta él se daba cuenta de que algo estaba pasando por la cabeza de Tom.

—Amanda no me dijo quién era el padre —dijo Tom al fin. Incluso su voz había cambiado—. Tuvo un ataque de nervios… Le ofrecí llevarla al hospital, pero se negó. Me dijo que sólo quería llorar. Y estar sola.

Tom se quedó en silencio.

—¿Qué pasó después?

—Se quedó en mi habitación, sola, como quería —dijo, ahora ignorando por completo a Yanitza—. Se marchó dos o tres horas después. Se sentía mejor y ya no lloraba. Era de noche y me pidió que la llevara a casa de su abuela.

—¿La llevaste hasta la *puerta* de la casa de su abuela?

La pregunta desconcertó a Tom. Luca se arrepintió al instante de haberla formulado.

—No lo recuerdo.

—¿Qué pasó después?

—Las cosas mejoraron entre nosotros. Amanda se hizo cada día más fuerte. Nos vimos algunas veces más, y volví a preguntarle quién era el padre de ese hijo, pero no quiso decírmelo. La última vez que nos vimos, en La Perla Negra, se lo pregunté una vez más. Quedamos en vernos a solas porque quería contarme algo importante. Pensé que, por fin, iba a saber la verdad. Quizás yo quería ser el padre, porque a lo mejor de esa forma podría recuperarla…

Tom se quedó callado, con los ojos aún perdidos, su mente anclada en el pasado: en el día de la muerte de Amanda.

—¿Qué te dijo aquella noche, Tom? ¿Qué era eso tan importante que Amanda tenía que contarte?

—Que iba a irse lejos.

Todos se quedaron en silencio a la espera de que Tom continuara. No lo hizo.

—¿Por qué Amanda iba a irse lejos, Tom?

Luca se había acercado. Le hablaba en voz baja, casi hipnótica. No quería que Tom se perdiera en los laberintos de su cabeza.

No hubo respuesta.

Luca repitió la pregunta.

—No quiso decírmelo —dijo Tom, con gesto apesadumbrado—. Por eso discutimos aquella noche.

La cabeza de Tom giró. Miró a Yanitza como si acabara de aparecer de la nada a su lado. Sus ojos habían recuperado algo del brillo de antes.

—Me dijiste que las hadas revelarían la verdad…, a su debido tiempo.

Luca levantó la vista.

—¿Las hadas?

Tom no respondió.

Luca miró a Yanitza, y luego al doctor Mansel. Ninguno de los dos parecía sorprendido por la última frase.

—¿Las hadas? —repitió Luca, como si buscara reafirmar que había oído bien.

Yanitza se inclinó y apoyó una mano sobre la de Tom.

—¿Las hadas ya te lo han dicho, Tom? —preguntó con suavidad —. Ahora que Luca está aquí, ¿puedes escuchar a las hadas?

Por un momento, Tom pareció ilusionarse. Miró a su alrededor, como si, en efecto, unas voces le hablaran al oído. Finalmente, negó con la cabeza.

La decepción de Yanitza fue evidente.

Luca se levantó de la silla. Caminó hasta una de las ventanas de la habitación y observó los jardines a través de los barrotes; la clase de pintura había terminado.

Luca suspiró. Era consciente de que los otros dos estaban pendientes de lo que iba a decir, pero sintió que necesitaba calmarse

primero. Los desvaríos de Blair no eran su mayor preocupación en este momento. No podía dejar de pensar en que Tom Blair había sido una pieza clave de la investigación desde el principio, y que él, por su torpeza, no había hecho más que dejar escapar la oportunidad de acercarse a la verdad. No es que fuera una novedad para él; hacía años que sabía que no había actuado bien. Ahora, sin embargo, tenía la confirmación de que Tom y Amanda habían hablado aquella noche y de que la verdad se había quedado atrapada en su cabeza perturbada.

—Creo que deberíamos decirle a Tom quién es usted en realidad —dijo el doctor Mansel.

Se había acercado lo suficiente para hablarle en voz baja.

—¿Está seguro de que es conveniente? —dijo Luca.

Mansel se acercó aún más.

—Como habrá notado, detective, Tom ha bloqueado la muerte de Amanda, pero por momentos es consciente de ella. Quizás, si usted le habla de ello…

—Usted es el que sabe…

—Merece la pena intentarlo.

Los dos hombres se dirigieron hacia donde estaban Tom y Yanitza.

Mansel se quedó de pie, ahora mucho más cerca que antes.

—Tom, ¿por qué no nos cuentas qué pasó al día siguiente?

—Amanda se marchó —dijo Tom—, como dijo que haría.

Otra vez, se refería a Amanda en tercera persona.

—¡Pero ahora has vuelto! ¡Las hadas te han traído de regreso!

—Tom —intervino Luca—. Tú y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. ¿No te acuerdas de mí?

La sonrisa desapareció.

—No.

—Nos conocimos en circunstancias lamentables para ambos. Soy el detective Luca Bruzzo, trabajo para la policía de Los Ángeles desde hace quince años.

Tom se levantó de golpe.

—¿¡Quién es este tío?! —dijo, señalándolo con un dedo esquelético.

—El detective Bruzzo quiere ayudarte —dijo Mansel con voz pausada—. Siéntate, Tom.

—Yo me quedo de pie. No me fío de él. Dice que me conoce, pero es la primera vez que lo veo en mi vida.

—Siéntate, Tom —repitió Mansel en tono inflexible.

Por lo visto, Tom conocía los límites de Mansel, porque esta vez obedeció.

Luca no se sentía del todo cómodo con el rumbo que estaba tomando la conversación. Miró al doctor Mansel, y él le indicó con la cabeza que siguiera adelante.

—Tom, Amanda Stewart fue asesinada en el parque Callegari hace doce años. Yo estoy aquí porque fui el detective que investigó el caso.

Tom giró la cabeza lentamente. Observó a Yanitza, y después volvió a mirar a Luca.

—Tú y yo nos conocemos, Tom —dijo Luca—. Cuando asesinaron a Amanda, te interrogué en la central. Estabas con tu padre y con tu abogado, Joseph Morris. En aquel momento pensaba que tú tenías algo que ver con la muerte de Amanda, pero ahora no lo creo. Ahora pienso que en realidad querías ayudarla, y que ella confiaba en ti.

—¡Amanda no está muerta! Se marchó. ¡Y ahora ha vuelto! —dijo Tom, mirando a Mansel y a Yanitza alternativamente—. ¡Está mintiendo!

—Lo que dice Luca es verdad —dijo Yanitza.

Tom se inclinó en el sofá y habló lo más cerca posible de Luca.

—Es un hada… —le susurró al oído.

—No soy un hada, Tom —dijo Yanitza—. Ni tampoco soy Amanda. Me llamo Yanitza y nos conocemos desde el instituto.

Tom se la quedó mirando sin decir nada.

—Tom, es importante que intentes recordar lo que te dijo Amanda aquella noche —dijo Yanitza.

—Ya te lo he dicho. ¿De verdad no lo recuerdas? Me dijiste que las hadas revelarían la verdad a su debido tiempo. ¡Y ahora has venido!

Yanitza bajó la cabeza.

Luca intervino:

—Tom, ¿qué más te dijo Amanda? Piensa. ¿Te contó algo de sus abuelos?

Tom se quedó pensativo. A continuación, se levantó y fue hasta la ventana, como había hecho Luca hacía un rato, y se quedó allí en silencio, observando el jardín durante varios minutos completamente en silencio.

Luca volvió a mirar a Mansel, que le hizo un gesto paciente con la mano derecha.

Finalmente, Tom regresó al sofá.

—¿Usted es médico? —dijo Tom, señalando a Luca con la barbilla.

Yanitza suspiró.

—Creo que ya es suficiente —dijo el doctor Mansel.

—Hay una cosa más que necesito preguntarte, Tom —dijo Luca.

—¿Qué cosa?

—El nombre DeShawn Miller, ¿te dice algo? ¿Lo conoces?

Tom pareció tomarse la pregunta con seriedad, buscando la respuesta en ese laberinto en el que se había convertido su mente. Sus ojos iban y venían de un lado para otro. Por un instante Luca albergó una luz de esperanza…

Hasta que Tom finalmente negó con la cabeza.

—Nunca en mi vida escuché ese nombre. ¿Usted es médico?

Luca se levantó, resignado. Si la mente de Tom guardaba un secreto revelador, hoy no parecía ser el día en que saldría a la luz.

El doctor Mansel anunció que se quedaría un momento con Tom y acompañó a Luca y a Yanitza hasta la puerta. Justo antes de que Luca se dispusiera a salir, creyó percibir un brillo de reconocimiento en los ojos de Tom.

34

Luca estaba sentado al volante del coche, todavía en el aparcamiento de la clínica Crestview. El motor estaba apagado.

El Porsche de Yanitza pasó por delante del Crown Victoria y ella lo saludó con la mano. Él le devolvió el gesto.

Luca no estaba listo para marcharse. Se mezclaban el desánimo por no haber sacado nada en claro de Blair —más allá de confirmar la intención de Amanda de irse de Los Ángeles— con la constatación de que el caso había llegado a un punto muerto. Sin un testigo capaz de testificar de primera mano sobre los abusos de Richard Albright, no había mucho más que hacer.

Por otro lado, incluso si Tom eventualmente recordaba algo más de ese día ¿quién iba a dar crédito a su testimonio? Ningún perito daría por válido el relato de alguien que hablaba de hadas y creía que su exnovia seguía viva.

Luca sabía que, en el fondo, había ido a ver a Tom Blair para enmendar sus propios errores. Le acababa de decir que se había equivocado en el pasado, que ahora le creía, y sin embargo seguía sintiendo el mismo vacío. Quizás era porque Tom Blair ya no era el mismo que él había interrogado —y acusado— doce años antes. A partir de ahora debería convivir con el recuerdo de esta nueva versión de Tom, con su cara demacrada y los desvaríos de una mente convertida en un confuso laberinto.

Las hadas revelarán la verdad a su debido tiempo…

—Cuando Amanda esté lejos —dijo Luca, completando la frase que Tom le había dicho hacía un rato en la clínica Crestview.

Iba a arrancar el coche cuando de pronto una idea lo sacudió. Se enderezó en el asiento y abrió los ojos de golpe; algo se encendió en su cabeza… una conexión inesperada.

Las hadas revelarán la verdad a su debido tiempo…

Evocó la habitación de Amanda: los pósteres de ídolos pop, los peluches sobre la cama y… ¡la casa de muñecas! Y, en esa réplica en

miniatura de un mundo perfecto, la habitación infantil con el ratón Mickey, Winnie the Pooh y… Campanilla. El pequeño armario con la figura del hada traviesa en la puerta.

Una descarga de adrenalina le recorrió el cuerpo, tensando sus músculos y acelerando su pulso. El aire se volvió eléctrico, cargado de posibilidades. Con un movimiento brusco, Luca arrancó el coche. El Crown Victoria rugió, sobresaltando a los pocos visitantes que pasaban por el aparcamiento. Sintió sus miradas clavadas en él, una mezcla de reprobación y curiosidad, pero no le importó. No podía perder un segundo. Maniobró el coche en el aparcamiento al límite de la velocidad permitida.

En cuanto salió a la carretera, Luca pilló el móvil y llamó a su compañera. Cynthia atendió a los pocos segundos.

—Hola, Luca. ¿Todo bien con Blair?

Luca se saltó todos los formalismos.

—Escucha con atención, Cynthia, necesito que vayas a casa de Angela ahora mismo.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

Luca intentó calmarse, pero la excitación lo superaba.

—No ha pasado nada, pero creo que he descubierto algo. Blair no está bien, delira y no recuerda nada de la muerte de Amanda; para él todavía sigue viva. Pero escucha esto: Blair me dijo que el plan de Amanda era irse de la ciudad.

—Eso confirma lo que contó Eleanor Albright.

—Sí, pero no te llamo por eso. También me dijo que, cuando él le preguntó a Amanda quién era el padre de la criatura, ella le dijo que las hadas revelarían la verdad a su debido tiempo.

—¿Qué le dijo?

Luca repitió la frase.

Cynthia se quedó en silencio unos segundos.

—No lo pillo, Luca… Evidentemente Blair no está bien.

—La casa de muñecas.

Por segunda vez, Cynthia se calló. Esta vez, durante más tiempo.

—¿La figura de Campanilla en el armario en miniatura? —dijo Cynthia. No parecía muy convencida.

—Exacto. ¿Recuerdas que Angela nos dijo que su hija lo había decorado a conciencia? No sé por qué, pero estoy seguro de que encontraremos algo dentro de ese armario.

Aunque Luca no podía verla, sí era capaz de imaginar cómo el entusiasmo iba ganando terreno en Cynthia.

—¿Qué crees que podría haber allí?

—No lo sé. Voy para allá ahora, pero tú estás más cerca.

—Salgo inmediatamente. ¿Vas a avisarle a Angela?

—No. Prefiero que seamos nosotros los primeros en abrir ese armario. Si llegas antes, espérame fuera.

—Hecho.

Luca cortó y pisó el acelerador. La frase no había sido un desvarío de Tom. Si estaba en lo cierto, entonces Amanda por fin iba a hablar con ellos… Doce años después de su muerte.

35

Luca llegó a casa de Angela Stewart y vio que Cynthia ya estaba aparcada al otro lado de la calle. Ambos se bajaron de sus respectivos coches al mismo tiempo, e intercambiaron apenas unas palabras mientras cruzaban la calle Longridge.

La sorpresa de Angela al abrir la puerta y verlos allí fue mayúscula.

—Buenos días, Angela. ¿Podemos pasar?

—Sí, claro, por supuesto. ¿Han tenido alguna novedad en el otro caso?

Cynthia y Luca siguieron a Angela hasta el salón. La mujer apagó el televisor y los invitó a sentarse, cosa que ninguno de los dos hizo.

—Ahora, lo que necesitamos, Angela, es echar un vistazo al cuarto de Amanda —dijo Luca.

—No entiendo… ¿Otra vez?

Los observó con desesperación. Era la súplica de una madre para que dejaran las cosas estar, ahora que la herida, que había estado abierta tanto tiempo, empezaba a cerrarse.

—¿No necesitáis una orden para esto?

—No, si nos da su consentimiento.

Angela asintió con tristeza.

—¿Puedo saber por qué?

Se dio la vuelta y los guio hasta la habitación de la primera planta.

—Queremos descartar algo. Probablemente no sea nada.

—Si buscáis más ADN —dijo Angela cuando llegaron arriba—, tengo mechones de pelo de Mandy de cuando era un bebé.

Luca podría haberle dicho que la muestra del ADN de Amanda estaba perfectamente conservada, pero en lugar de eso formuló una nueva petición, que sabía que incomodaría un poco a Angela.

—Será mejor que entremos nosotros solos.

Angela negó con la cabeza.

—Por favor, Luca… —suplicó, a punto de echarse a llorar.

Él cruzó una mirada rápida con Cynthia. Tras una breve deliberación muda, permitieron que Angela entrara en la habitación con ellos. A fin de cuentas, estaba en todo su derecho, y pedirle que esperara fuera había sido una forma de protegerla. No tenían ni idea de con qué podían encontrarse en el armario.

Luca se puso los guantes que había cogido del coche y se agachó frente a la casa de muñecas. Angela siguió cada uno de sus movimientos sin pestañear, de pie junto a la puerta.

—¿Qué hay en ese armario? —preguntó Angela en un susurro que nadie escuchó.

Luca sacó con cuidado el mueble en miniatura de la casa de muñecas. Tenía el tamaño de un libro de bolsillo y era una preciosidad: las patas, el diseño de las puertas, los pomos diminutos. Lo único que desentonaba eran las pegatinas de Campanilla con las que Amanda había adornado el armario en algún momento de su niñez.

Formando una pinza con los dedos índice y pulgar de la mano enguantada, Luca agarró el tirador de una de las puertas y tiró.

Cynthia, que estaba muy cerca y veía bien, fue la primera en darse cuenta de que, en el fondo del armario, había un papel doblado. Contuvo el aliento.

Luca metió los dedos en el armario y sacó la hoja de papel.

Angela, que seguía atenta a todo, avanzó unos pasos, tambaleándose, y con cierta fortuna consiguió sentarse en la cama que había pertenecido a su hija.

—¿Qué es eso? —preguntó en un tono tan bajo que nadie la oyó.

Podrías ser mi madre. Podrías ser mi exnovio. Podrías ser mi mejor amiga. Podrías ser, incluso, un desconocido que, en un futuro lejano, y por algún capricho del destino, sea el nuevo dueño de mi casa de muñecas.

Hablarte así es más fácil. Es como dirigirme a todos y a nadie al mismo tiempo. Una parte de mí quiere que estas palabras no sean leídas nunca. La decisión es mía y sólo mía, lo sé. Pero es una decisión que no puedo tomar ahora.

Quizás cuando esté lejos sea más sencillo tomar la decisión. Hoy me conformo con volcar mi verdad aquí. Si estás leyendo esto, seas quien seas, es porque he conseguido lo que me proponía y he encontrado la forma de guiarte hasta esta confesión.

Es probable que ya sepas lo que voy a contarte. Si sabes que estoy embarazada, o si te estás enterando ahora, entonces quizás intuyas lo que viene. Perdona que lo diga así, sin más, como si no importara. Sí que me importa. Es lo que más me importa.

Por eso me iré a empezar una nueva vida con mi bebé (para ti, ya me he ido). Me iré con ella en mi vientre. Sé que es ella y no él. No sé cómo es posible que sepa algo así; quizás, todas las futuras madres lo saben y no lo dicen. Yo he tenido muchos sueños. Esos sueños me han dado fuerzas.

No quiero escribir mucho, aunque debo reconocer que hacerlo es más fácil de lo que pensaba. Nunca tuve un diario íntimo, y ahora me pregunto por qué. Quizás lo tenga más adelante.

Me estoy dejando llevar por las palabras. Necesito ir al grano… Empezar por el origen de todo: la primera vez que conocí al hombre de barro. Es un nombre que me he inventado yo, por supuesto. A veces ayuda ponerles otros nombres a las cosas o a las personas.

Yo tenía once años. Estaba dormida y en algún momento de la noche me desperté, y él estaba allí, tumbado a mi lado, con ese olor pestilente y agrio. Su cuerpo estaba muy pegado al mío; hacía calor, así que intenté separarme, pero era imposible moverlo. El hombre de barro —aunque por entonces no me refería a él así— parecía estar dormido; podía sentir su respiración muy cerca de mi oreja, su tripa inflándose con cada inspiración. Entonces, una de sus manos empezó a moverse por mi cuerpo. Y ahí pasó algo. Algo que aún recuerdo con una nitidez asombrosa. Un quiebre. Cuando miro hacia atrás, creo que lo que pasó después quedó sellado en ese instante. Intenté apartarme con algo más de fuerza, y entonces la mano se convirtió en piedra; me agarró con una fuerza tan brutal que me paralizó. Dejé de moverme. Era como intentar empujar una pared. Y entonces escuché la frase en mi oído; la primera petición de perdón de muchas que vendrían. Perdón. Perdón. Perdón.

Al día siguiente, mi padre me regaló la casa de muñecas.

Yo tenía once años, y jugar con muñecas empezaba a interesarme cada vez menos; sin embargo, el regalo reavivó mi interés. No tengo muy claro si para mi padre esa casa de muñecas era una forma de comprar mi silencio, o de convencerse de que lo que había pasado la noche anterior tenía solución, de que el tiempo podía volver atrás. Probablemente fuera lo segundo, porque si hay algo en lo que creo, incluso ahora, es que mi padre estaba verdaderamente arrepentido. La lucha entre el hombre bueno y el hombre de barro era real. De eso estoy segura, porque los conocí bien a los dos.

Releo lo anterior y me entran ganas de tirar esta hoja a la basura. Si no lo he hecho, es porque he aprendido a ser más comprensiva conmigo misma (¡esa ha sido la clave de todo!). ¿Quién podría resumir algo tan horrendo en unos pocos párrafos? Desde luego, no yo, con mis poemas mediocres y mis canciones a medio hacer.

Lo que pasó aquella noche siguió ocurriendo, con más o menos frecuencia, hasta que cumplí los dieciséis. Cinco años en los que sufrí en silencio, tapando u obviando las visitas furtivas del hombre de barro, dependiendo de mi estado de ánimo o de mi fuerza de voluntad. Ocultando o justificando la mano de piedra. Ocultando o justificando las súplicas. Ocultando… Siempre ocultando.

Fueron años de tristeza y desconcierto. Me cuesta retrotraer mi mente a ese momento. Estaba convencida de que el hombre de barro era una víctima más, y de que, juntos, teníamos que luchar para salir de ese círculo. El hombre de barro casi siempre iba borracho ¡El alcohol tenía la culpa! En mi cabeza había conseguido disociar al hombre de barro de mi padre: al abusador que se metía en mi cama, del padre que me hacía regalos y era bueno conmigo.

Las visitas nocturnas se fueron espaciando a medida que me hacía mayor. A veces, pasaban dos o tres meses en los que yo me hacía ilusiones, pero el hombre de barro siempre volvía, con su voluntad endeble y sus súplicas. Era siempre la misma historia. Un día, tomé la determinación de plantarle cara, harta de cometer el mismo error una y otra vez. Empecé a quedarme despierta hasta las dos de la madrugada, día tras día, sin excepción. Al lado de mi cama

tenía un bate. Fantaseaba con la idea de enfrentarlo, aun sabiendo que, llegado el momento, probablemente no podría hacerlo. Pero recrear la imagen en mi me fue dando fuerzas.

Y un día ese día llegó. La puerta se abrió y vi su silueta recortada en el umbral. Por un momento me sentí paralizada, incapaz de llevar a cabo el plan que había ensayado miles de veces en mi imaginación. Él se acercó e incluso en la oscuridad pude advertir cómo se tambaleaba de un lado a otro. Y entonces sucedió algo curioso. Verlo en ese estado lamentable me recordó el aliento fétido a alcohol, y no pude soportarlo. Levanté el brazo y encendí la lámpara de la mesilla.

Su cara se transmutó. Salté de la cama y agarré el bate como si fuera Andre Ethier. Todo eso era suficiente para explicar el susto que se llevó, pero creo que también hubo algo más, que me afectó hasta a mí y que no había previsto: el que estaba allí, en mitad de mi cuarto, no era el hombre de barro. Era mi padre.

No hizo falta que le diera con el bate (ni siquiera sé si hubiera sido capaz). Retrocedió con desesperación y se giró para salir de la habitación, con tan mala suerte que el hombro izquierdo chocó con el marco de la puerta de una forma que, en otras circunstancias, me habría hecho gracia. Salió tropezando y, en el pasillo, perdió el equilibrio. No pude verlo, pero sí escuché el golpe tremendo cuando se dio contra una estantería.

Pocas veces me he sentido tan bien conmigo misma como aquella noche. Me metí en la cama, tapada con la manta hasta la barbilla y con una sonrisa de oreja a oreja. Mi madre se despertó, y ella y mi padre estuvieron hablando un rato en el pasillo. Yo apenas les presté atención. Estaba en éxtasis ante la posibilidad de haber puesto fin a esa pesadilla.

Esa noche pensé que lo había matado. O, por lo menos, que le había dado un escarmiento tan grande que no se atrevería a volver a buscarme.

¡Qué ilusa!

Para mi descargo, la siguiente visita nocturna ocurrió casi un año después, así que mi acto de intimidación sí tuvo algún efecto.

Por aquel entonces yo estaba a punto de cumplir la mayoría de edad y había tenido mi primera experiencia sexual con un chico. Ya no era una niña que creía en seres imaginarios que caían bajo conjuros oscuros. Mi padre era un abusador, y la relación entre nosotros estaba completamente rota. En casa hablábamos lo mínimo e imprescindible.

Curiosamente, entender que mi padre era totalmente responsable de sus actos no hizo que lo odiara. Supongo que una parte de mí seguía buscando la forma de justificar todo lo que hacía, de entenderlo (y lo sigo haciendo), de creer que, cuando actuaba de esa forma, era porque algo perverso y maligno se activaba en su cabeza a causa de lo que había sufrido de pequeño en el orfanato y en todos esos hogares de acogida, donde debió de pasar calamidades.

Por un capricho del destino he conocido a una de esas familias de acogida. Cuando los visité por primera vez, creí que sería revelador, que, por fin, podría asomarme a ese infierno del que mi padre nunca habla, y entender el origen del sufrimiento que lo transforma en esa persona despreciable. La realidad fue decepcionante. Los Albright han resultado ser gente muy normal y agradable que, además, no han tenido reparo alguno en hablarme de los años en que Robert estuvo en su casa.

Sí, lo sé. Acabo de referirme a mi padre por su nombre. No voy a corregirlo. Así es como pienso en él últimamente: Robert. Llamarle «padre» ha sido lo más difícil de esta carta.

Eleanor Albright es una mujer dulce y amable; me hubiera encantado que fuera mi abuela. La he visitado muchas veces, he hablado con ella como no he hablado con nadie. Richard, su marido, es algo más huraño, pero también parece buena persona. Eleanor tiene muchas fotografías de mi padre en un álbum que guarda como oro en paño; sé que allí lo han tratado bien. Quizás el sufrimiento de mi padre venga de otra parte. Es posible. De los años en el orfanato, de los otros hogares de acogida, del abandono y el rechazo. Una parte de mí sigue pensando que eso es posible, y quizás eso lo redima un poco. Sé que es horrible lo que digo, pero es que, si no es así, entonces he convivido con el diablo, porque alguien que es

capaz de hacerme lo que me ha hecho, sin un pasado oscuro y un alma rota, no merece otro nombre.

Durante los últimos dos años me he defendido; lo he amenazado, incluso con matarlo, si volvía a entrar en mi habitación. A pesar de todo, lo hizo dos veces más, tan borracho que apenas era consciente.

Mi padre abusó de mí por última vez el sábado 27 de junio. De esto hace poco más de un mes.

Una vez que supe que estaba embarazada, la decisión de irme lejos fue muy fácil.

He tenido mis bajones (y aún los tengo), pero cada día estoy un poco mejor. Me voy lejos; conseguiré un curro y un sitio donde vivir con mi niña. Ya tengo ahorrado algo de dinero. Será una aventura y un nuevo comienzo.

Ahora que lo he escrito me siento mucho mejor. Nunca pensé en guardarme esta verdad para mí sola. No es justo para nadie.

Esta carta será descubierta por alguna de estas personas (aún no tengo claro cuál será la primera). Sea cual sea el orden, lo que os pido es que se la entreguéis a los demás. Los tres tenéis que leerla.

Patsy:

Seguramente seas tú la primera, porque eres mi amiga desde que tengo uso de razón y sé que harás lo que te pido. Y porque eres fuerte como un roble; eso también. He pensado mil veces en hablar contigo y nunca he podido, pero has sido la persona con la que he estado más cerca de hacerlo. En lugar de eso, me he alejado de ti. Te conozco tan bien que sé cómo hubieras reaccionado, lo que me hubieras dicho, palabra por palabra. Y hubieras tenido razón. Pero yo necesitaba (y necesito) seguir transitando este camino doloroso de la justificación. Escuchar una verdad tan evidente de tu boca habría puesto en peligro nuestra amistad, y no estaba preparada. Nuestra amistad es lo mejor que tenemos y, cuando todo esto se aclare, volverá a ser como antes. Sé que durante este tiempo has pensado que quería alejarme de ti, que buscaba formar parte de un mundo que, en realidad, me importa una mierda. Me lo has insinuado varias

veces y yo nunca lo he negado. Espero que ahora me entiendas. Sé que lo harás.

Si eres la primera en leer estas líneas, reúnete con Tom y juntos podréis entregársela a mi madre y apoyarla. Confío en que lo haréis hasta que las cosas vuelvan a ser como antes. ¡Te quiero!

Tom:

Aunque de forma distinta, tú también has librado batallas parecidas con tu familia. No hace falta que te explique lo difícil que es escapar de esas redes de sentimientos contradictorios. Lo nuestro fue una relación abocada al fracaso, pero no porque nuestro cariño no fuera sincero, sino porque ninguno de los dos estaba en el momento correcto para dar lo mejor de sí mismo. Yo, desde luego, no lo estaba, con mi casa convertida en un infierno en potencia.

Igual que yo, te disfrazas de alguien que no eres para poder sobrellevar tu dolor. ¡Deja de hacerlo! Ojalá que esto que te digo te sirva para empezar a ser la persona que quieres ser de verdad, y no la que otros esperan que seas.

Gracias por ayudarme cuando te necesité, sin preguntar demasiado ni echarme nada en cara. Necesito alejarme para hacerme más fuerte. Quizás tú también necesites lo mismo. Busca la fuerza donde sea. No dudo de que la encontrarás.

Ayuda a Patsy a encontrar la mejor forma de que mi madre lea esta carta.

Mamá:

Quizás seas la única que pueda entenderme, porque sé que tú lo quieres. Y también sé que hay una parte de él que te quiere a ti (la que te regala flores, la que te dice que un día te llevará a vivir a una casa de dos plantas, la que se parte de risa contigo con esas películas tontas). Y si no he sido capaz de decirte todo esto a la cara, es porque no es justo que tú debas transitar en un abrir y cerrar de ojos el proceso que a mí me ha llevado años: aceptar todo lo que te cuento y entender que el hombre con el que te has casado es capaz de hacer algo así. Sé que, con el tiempo, lo verás claro (no me cabe duda), pero no estoy preparada para que desconfíes de mí

o que tu apoyo no sea incondicional. Necesito que sea incondicional.

Si he tomado la decisión de irme lejos, es porque sé que soy lo suficientemente fuerte para hacerlo. No te preocupes por mí. Sólo necesito que hables con él y que te confiese la verdad. Sé que, si lo enfrentas con la verdad, él no podrá mentirte. Lo conoces demasiado bien para que pueda engañarte. Sé que será doloroso, y lamento profundamente que tengas que pasar por algo así. No te lo mereces. Ni tú, ni yo. Me ha costado mucho tiempo entender que no seré yo la responsable de que debas pasar por esto, sino él. Yo no tengo la culpa de nada. Es algo tan simple que, por momentos, no entiendo por qué he tardado tanto en verlo con claridad.

No te sientas mal por no haberlo visto venir. Yo he hecho todo lo posible para que fuera así, incluso he llegado a cambiar mi forma de ser y a convertirme en alguien diferente. Sé que nunca has dudado de mi amor por ti; lo sé en lo más hondo de mi corazón.

Tómate el tiempo que necesites para procesar esta noticia. Por favor, no intentes buscarme. Ya me pondré en contacto contigo a su debido tiempo; le haré saber a Patsy que estoy bien, para que te quedes tranquila.

Eres una mujer hermosa, joven y llena de vida. Y aquí tienes a una hija (y a una nieta, espero) que te quieren con locura. No podría pedir una madre mejor. Me siento afortunada. Te quiero hasta el infinito.

Amanda
19 de agosto de 1998

36

Resulta razonable imaginar que Robert, preocupado por las constantes ausencias nocturnas de su hija, averiguo de alguna forma —posiblemente la siguió— que en realidad visitaba a los Albright, y no a Tom Blair. Es lógico pensar que en ese momento Robert se dio cuenta del riesgo que corría: si Amanda hablaba y revelaba el secreto que sólo ella y él conocían, quedaría expuesto ante todos, incluida Angela.

La noche siguiente al asesinato, Robert no fue a casa de los Albright porque creyera que Richard era el asesino, sino para averiguar cuánto sabían ellos de toda la verdad. Eleanor no sabía que él era el padre —y el abusador— de Amanda, y por eso no le hizo daño. Richard no corrió la misma suerte. Bebido o no, Richard probablemente vio más allá y supo lo que Robert había hecho, o quizás Robert vio la oportunidad perfecta de endosarle el asesinato a su padrastro. Al fin y al cabo, los muertos no pueden defenderse.

Así fue como Robert consiguió la coartada perfecta: acusar a Richard del asesinato de su hija. Sólo que nunca la necesitó, porque los investigadores no llegaron a acusarlo de nada ni a descubrir siquiera la existencia de los Albright en la vida de Amanda.

Quizás por narcisismo, o porque quiso darle a Angela un poco de paz, lo cierto es que Robert finalmente reveló sus mentiras en el lecho de muerte, sabiendo que la verdad jamás saldría a la luz, porque los únicos que la conocían —Amanda, Richard y él mismo— estaban muertos o lo estarían pronto.

Si había algo que Luca nunca había puesto en duda, era el amor que Robert había sentido por su mujer. De hecho, ese amor había sido tan fuerte —y enfermizo— que en parte lo llevó a cometer no uno sino dos asesinatos, entre ellos el de su propia hija, todo con tal de no quedar expuesto ante Angela como lo que en verdad era. Lo único que quería Robert era darle a Angela una vida en ensueño. Algo que finalmente consiguió.

Luca pensaba en todo esto sentado en una silla de plástico, en la sala de espera del hospital de Sherman Oaks. Estaba solo. Eran las siete de la tarde y el horario de visitas había terminado.

La que estaba ingresada en una de las habitaciones del tercer nivel era Angela, que tras leer la carta de Amanda había sufrido una descompensación. Ahora estaba sedada y completamente fuera de peligro.

Luca no se culpaba por haber permitido que Angela leyera la carta. Al fin y al cabo, más allá de la gravedad del contenido, Amanda la había escrito para ella.

Luca sacó el móvil del bolsillo y le envió un mensaje a Sarah: LLÁMAME CUANDO PUEDAS. TODO BIEN POR AQUÍ.

La llamada entró apenas unos segundos después.

—Hola, cariño —dijo Luca en voz baja.

—Hola, Luca. ¿Cómo va todo por ahí?

—Sigo esperando. La doctora me ha dicho que Angela debería despertarse en cualquier momento. ¿Lily ya está dormida?

—Sí, acabo de salir de la habitación. ¿Adivinas qué libro hemos leído?

Luca sonrió. Sabía la respuesta, por supuesto. Las palabras de Sarah dispararon en su cerebro la imagen de la habitación de Lily con ella durmiendo bajo la luz tenue de Hello Kitty.

—¿Qué tal tu día? —preguntó Luca.

—En la comisaría todo más o menos como siempre. Fui a ver a Marino. La visita no fue como esperaba, la verdad…

Luca tardó un segundo en enfocar su mente en el exdetective Marino y en el atraco de Miller. Sentía que hacía demasiado tiempo que ni siquiera pensaba en Miller y no le gustó nada.

—¿En qué sentido? ¿Te contó algo revelador de aquel día?

—No exactamente. Pero mejor lo hablamos en persona en nuestro bello jardín.

—¿Estás ahí ahora?

—Sí, con una cerveza.

Luca tuvo la misma sensación que al recordar la habitación de Lily un instante antes. Añoraba estar en ese momento con Sarah en el jardín de su casa, bebiendo cerveza y hablando de los

acontecimientos del día, en lugar de estar en una solitaria sala de hospital sentado en una incómoda silla de plástico. Pero no estaba triste, sino todo lo contrario. Sabía que tenía por delante muchas noches contándole historias a Lily —aunque fuera *Una rosa en la trompa de un elefante* una y otra vez— y ratos con Sarah en el jardín.

—No sabes las ganas que tengo de estar contigo. Prométeme que mañana nos tomaremos unas cervezas juntos.

Luca daba por hecho que no llegaría a casa a tiempo.

—Por supuesto. Luca… ¿estás bien? Me refiero a lo de Amanda.

—Sí, sé a qué te refieres —Luca bajó aún más el tono de voz, aunque seguía completamente solo—. Todavía no termino de asimilarlo. ¿Cómo es posible que alguien haga algo así? Mira que nosotros estamos metidos en la mierda todos los días…, pero estas cosas te ponen a prueba. A su propia hija, Sarah…

—Es terrible.

—Hablé con él varias veces —dijo Luca—. Y sin embargo no vi nada que me llamara la atención. Robert nunca me cayó bien, pero con el tiempo me convencí de que era simplemente un tipo raro.

—Para la mujer será un golpe durísimo.

Luca se masajeó la cabeza. Cada vez que pensaba en eso se perdía en un mar de contradicciones. Angela finalmente conocería la verdad sobre la muerte de su hija. Al mismo tiempo, se daría cuenta de que había vivido bajo el mismo techo con el asesino durante los últimos doce años.

—Ni me lo digas. Me estoy preparando para la posibilidad de que no lo acepte.

—Sería muy triste. ¿Ya tienes el apoyo psicológico?

—Cynthia se está ocupando de eso. La idea es que mañana venga un profesional al hospital. Pero si se despierta ahora estaré yo solo.

—¿Quieres que llame a alguna de mis hermanas para que se quede aquí? Puedo ir a acompañarte.

A Luca se le hizo un nudo en la garganta. Así era Sarah, siempre dispuesta a ayudar y a darlo todo. Se sentía muy afortunado de tenerla a su lado.

—La verdad es que esto se te da mucho mejor que a mí —dijo Luca—, pero creo que puedo apañármelas. Gracias.

—Yo creo que voy a intentar dormir pronto, pero si necesitas cualquier cosa, me llamas, ¿vale?

—Cuenta con ello. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Luca se quedó varios minutos sonriendo como un bobo, hasta que la realidad del caso volvió a ocupar su mente, y otra vez aparecieron las sensaciones encontradas.

Tenía la respuesta que había buscado durante más de una década. La fotografía de Amanda, que había llevado en su cartera desde entonces, ya no sería un recordatorio constante de esa cuenta pendiente. Lo había conseguido…

Y, sin embargo, esa respuesta le causaría un dolor inimaginable a la única superviviente de la familia Stewart.

La puerta de la sala de espera se abrió.

—Cynthia, ¿qué haces aquí?

—Hola, compañero —dijo ella mientras ocupaba la silla que estaba a su lado—, he venido a ver cómo estás.

—Pero…

—Pero, nada. Supongo que Angela todavía no se ha despertado. ¿Tú cómo estás?

—Yo bien. No lo sé. No es la primera vez que me pregunto si conocer la verdad ha merecido la pena.

—Sinceramente, no lo sé —dijo Cynthia.

—El tipo era un monstruo, pero también está muerto. Además, se encargó de dejarle a su mujer una historia donde el asesino de Amanda tenía nombre y apellido. En ese mundo de fantasía, Angela había perdido a sus dos seres queridos más cercanos, pero podía darle un cierre a todo lo sucedido. Ahora tiene que cargar con esto.

—Si me preguntas a mí, es mejor que Angela lo sepa. Es una mujer bastante joven. Y fuerte. Yo creo que con el tiempo lo verá como algo bueno.

Luca se encogió de hombros.

Cynthia se inclinó para buscar algo en el bolso que había dejado en la silla de al lado.

—Te he traído algo para picar.

Le extendió una bolsa de papel.

—Gracias —dijo él y se quedó mirándola.

—¿Es que no soy la mejor compañera que has tenido?

—Lo eres. Muchas gracias.

—De nada. Oye, he hablado con Durham otra vez. Lo he puesto al tanto de todo. Me ha dicho que no cree que esto nos traiga problemas con Arson.

—No lo sé. Dio la orden de que se suspendieran las dos investigaciones. Si hay algo que a Arson no le gusta es pensar que no tiene autoridad. Seguro que se cabrea bastante.

—Durham cree lo mismo. A mí me parece una exageración, pero vosotros lo conocéis mucho mejor que yo. ¿Hay café por aquí?

Luca negó con la cabeza.

—Sólo bebidas frías. Hay una máquina expendedora en el segundo nivel.

Antes de que él pudiera protestar, Cynthia se levantó y salió de la sala de espera.

37

Luca estaba concentrado frente al tablero de ajedrez, en el escenario de un inmenso teatro. A su derecha, desde las butacas, una multitud silenciosa seguía la partida con atención. Luca estiró la mano para coger una pieza extraña que nunca había visto antes, una especie de pulpo de dos cabezas. Moverla le resultó imposible. Era como si formara parte de algo que emergía del tablero y que continuara más allá de él.

Se escucharon risas del público.

Luca siguió tirando de la pieza, cada vez con más vehemencia, consciente de las miradas, incluso la de su oponente. Levantó la vista para mirarlo: una silueta borrosa, un rostro gris con unos rasgos que aparecían y desaparecían, cada facción fundiéndose sobre sí misma. Un rostro moldeado en barro.

La masa informe con forma de cabeza se sacudió de un lado a otro. *No*, parecía decirle. Luca soltó la pieza. Iba a escoger otra cuando alguien lo zarandeó suavemente del hombro. Se volvió para ver de quién se trataba. No vio a nadie.

Los zarandeos continuaron.

—Detective…

La incomodidad de la silla de la sala de espera lo trajo de vuelta a la realidad.

—Detective… —volvió a decir la misma voz femenina.

Luca lo único que quería era volver al teatro para averiguar la identidad del hombre de barro. Por alguna razón, eso le parecía mucho más importante que lo que la mujer que tenía delante pudiera decirle.

—Doctora…

Luca buscó el nombre en su cabeza. No lo encontró. Miró alrededor, a la sala de espera que seguía tan vacía como la recordaba de antes de quedarse dormido, y después a su reloj. Era la una y treinta y cinco de la madrugada.

—La señora Stewart está consciente —dijo la doctora.

Friedkin, apuntó la mente de Luca. Doctora Friedkin.

—¿Puedo verla ahora?

—Creo que será lo mejor.

La doctora Friedkin, que era joven y de pocas palabras a juzgar por lo poco que Luca la conocía, se dio la vuelta y lo guio hasta las habitaciones. Cruzaron una puerta de doble hoja y se adentraron en un pasillo apenas iluminado por una luz en uno de los extremos; el resto de las luces del techo estaban apagadas.

El silencio era absoluto.

La doctora Friedkin abrió la puerta de la habitación 307, que también estaba en penumbra. Se volvió hacia Luca con el pulgar levantado.

—Está muy cansada —le advirtió—. Hable lo mínimo e indispensable con ella. Sé que es un asunto policial, por eso voy a hacer una excepción.

—Gracias, doctora Friedkin.

Ella asintió y se retiró. Luca entró en la habitación y se encontró con Angela, observándolo desde la cama con ojos cansados.

—Luca… —dijo con un hilo de voz—. ¿Qué hora es?

—Poco más de la una.

—¿De qué día?

Él pensó que se trataba de una broma y se limitó a sonreír. Acercó una silla y se sentó junto a la cama. Ella giró la cabeza para verlo mejor.

—¿Qué día es hoy?

—Técnicamente ya es viernes. Has estado aquí sólo unas horas, Angela.

Ella asintió.

—Parece que llevo mucho tiempo aquí. Me han dado algún calmante, ¿verdad?

—Sí.

—Me doy cuenta. Gracias por estar aquí conmigo.

—De nada. Necesito preguntarte…

Luca se detuvo.

—Recuerdo perfectamente la carta de Mandy, si es que esa era tu pregunta.

—Era esa.

Angela retiró el brazo de debajo de la sábana y lo extendió en dirección a Luca. Él le dio la mano y ella se la apretó con toda la fuerza que pudo.

—Gracias.

Luca no supo qué decir. Sabía que Angela no sólo estaba bajo los efectos de alguna droga relajante, sino que además estaba pasando por las primeras horas después de conocer una verdad devastadora; no obstante, lo que acababa de decirle significaba mucho para él.

Se quedaron así un momento. La mano fue perdiendo presión.

—Angela, mañana vendrá la doctora McAllister. Es psicóloga y te dará apoyo para estos días. Es muy buena en lo que hace.

Angela asintió.

—Y una cosa más —dijo Luca—. Necesito que me digas a quién de tu familia debo contactar para que venga a verte.

—¿No puedo irme a casa?

—La doctora Friedkin cree que sería conveniente que te quedes hasta mañana. Te han hecho algunas pruebas y están esperando los resultados. También dependerá de lo que diga mañana McAllister.

—Está bien.

—¿Entonces? ¿A quién puedo llamar?

—A nadie de mi familia. No tengo hermanos y lo único que me queda son unos primos lejanos que no veo desde hace años. Puedes llamar a mi amiga Martha. Pero hazlo mañana, por favor. No quiero molestarla ahora. No me sé el número de memoria, pero está en mi móvil.

Angela señaló el bolso con sus pertenencias que el propio Luca había traído al hospital.

Luca fue hasta donde estaba el bolso, sacó el móvil y se lo acercó a Angela para que ella pudiera desbloquearlo. A continuación, le dictó el número de Martha.

Cuando le devolvió el móvil, le temblaba la mano. De repente, los párpados parecían pesarle.

—Ahora voy a dejarte descansar. Mañana vendré a verte en cuanto pueda.

Ella volvió a extender la mano y él se la estrechó.

—Adiós, Luca. Gracias por hacer que mi Mandy pueda hablarme…

Luca asintió.

—Gracias a ti, Angela. Significa mucho para mí que lo veas así.

Los ojos de Angela se cerraron por un momento. Era evidente el esfuerzo que hacía para mantenerlos abiertos.

Luca salió de la habitación y cerró la puerta muy despacio para no hacer ruido. Regresó a la sala de espera preguntándose si debía buscar a la doctora Friedkin para avisarle de que se iba. Miró su reloj y decidió que no. A esa hora no habría tráfico, pero llegaría a casa sobre las tres.

38

El Crown Victoria lo esperaba solo en una esquina del aparcamiento de visitas.

Luca salió del hospital y se adentró en la noche de Los Ángeles. A esas horas, la ciudad tenía una cara muy diferente. Se incorporó a la autopista 101, normalmente un hervidero de tráfico y frenesí, ahora convertida en una experiencia casi terapéutica; una oportunidad para ordenar los pensamientos y asimilar las emociones de un día larguísimo, que había empezado con Luca buscando a Tom Blair en su apartamento, para continuar luego en el Centro de Salud Mental Crestview y terminar en casa de Angela Stewart.

Llegó a Brentwood y condujo con suavidad por las calles arboladas hasta su casa. Al doblar la última esquina, sintió un alivio inmenso al ver la luz cálida que salía de la ventana del salón. No era un despiste; Sarah la había dejado encendida para él: un detalle sencillo que le hizo recordar que llegaba a su hogar, donde estaban las personas más importantes de su vida.

Metió el coche en el garaje. Apagó las luces y se quedó sentado en la oscuridad unos segundos, antes de abrir la puerta y entrar por la puerta interior.

Eran casi las tres y el agotamiento mental y físico era total. Estaba deseando meterse en la cama y dejarse llevar por el sueño hasta el día siguiente. Si todo iba como él imaginaba, le esperaba un viernes tranquilo: despertarse un poco más tarde de lo normal e ir a la central para decidir con Danny y con Cynthia cómo cerrar el caso de Amanda, y devolver el caso de Miller a la oficina del sheriff. No era el escenario ideal, pero Luca sabía que a veces era inevitable elegir las batallas.

Fue hasta la nevera y se sirvió un vaso de agua. Cuando terminó, dejó el vaso en el fregadero y escribió un mensaje en la pequeña pizarra que había en la pared.

TAREA: BEBER MUCHA CERVEZA JUNTOS EN EL JARDÍN

Dibujó una cara sonriente y salió de la cocina.

Exhausto, se dirigió al baño a lavarse los dientes y a orinar, y a continuación a la habitación de Lily. Avanzó a oscuras, con el perturbador recuerdo de las entradas furtivas de Robert en el dormitorio de Amanda.

Se agachó y encendió la lamparita de Kitty.

Lily dormía boca arriba con una placidez envidiable, completamente destapada.

Luca se quedó mirándola hasta que la lamparita se apagó automáticamente. La tapó, le acarició la frente y salió. Una vez en su habitación se quitó la ropa procurando no hacer ruido y se metió en la cama. A su lado, Sarah se giró, pero no se despertó.

Suspiró, cerró los ojos y casi de inmediato empezó a dormirse.

Luca no tenía forma de saber que, al término de ese descanso reparador, en contra de sus deseos y expectativas, le esperaría uno de los días más difíciles de su vida.

39

Eran las ocho y media de la mañana. Luca no recordaba la última vez que había estado solo en casa a esa hora entre semana.

Antes de ducharse, comprobó los mensajes en el móvil. Tenía dos: uno de Danny Durham, en el que el capitán le decía que tenía unos compromisos fuera de la central y que podrían verse sobre las diez. El otro era de Sarah, que le enviaba una fotografía de Lily saludando desde la puerta del aula.

La expresión de Lily, exagerando su sonrisa, le sacó a él la primera sonrisa del día.

Llamó a Cynthia mientras bajaba las escaleras, ya duchado y listo para salir.

—Buenos días —lo saludó su compañera.

—Hola, Cynthia. Quería saber si habías podido localizar a la amiga de Angela.

—Martha. Sí, a primera hora de hoy, como me pediste. Parece una mujer muy sensata. Le expliqué la situación y fue al hospital enseguida. Hace un rato volví a hablar con ella y ya estaba allí. Angela ha amanecido de buen ánimo… ¿Luca? ¿Estás ahí?... ¿Se ha cortado? ¿Hola?

Luca se había quedado mirando la pizarra que había en la cocina.

TAREA: BEBER MUCHA CERVEZA JUNTOS EN EL JARDÍN.

Sarah, con su tipografía característica, había añadido debajo la siguiente frase:

¡ES UNA CITA!

Al lado había dibujado un corazón.

—Sí, sí, aquí estoy. Perdona. Estupendo.

—¿Quieres que vaya al hospital?

—No, iré yo más tarde. Gracias. A las diez vamos a reunirnos con Durham para definir los pasos a seguir. Quizás podamos convencer a Arson de que nos permita seguir con el caso de Miller, ahora que hemos resuelto uno de los dos.

Luca se había colocado el teléfono entre la oreja y el hombro mientras se preparaba un café.

—¿De verdad lo crees?

—No.

Cynthia se rio.

—Yo tampoco.

Colgaron y Luca terminó de preparar unos huevos revueltos y se sentó en la mesa de la cocina a comérselos. Desde donde estaba, podía ver la pizarra con las palabras de Sarah.

Salió de casa un rato después. El tráfico había vuelto a su caos habitual.

Como ya era costumbre en él, Luca aprovechó para ordenar sus pensamientos.

Una vez que Angela volviera a su casa, debería hablar con ella para pedirle autorización y compartir la carta de Amanda con su amiga Patsy y con Tom Blair. Al fin y al cabo, la propia Amanda había pensado en esas tres personas a la hora de escribir su historia. Ahora que había podido descansar, y conforme pasaban las horas, empezaba a sentirse cada vez mejor con el desenlace del caso.

No habría sido justo que Robert se hubiera salido con la suya, o que la memoria de Amanda hubiera quedado manchada por alguna sospecha. El mundo era mejor ahora que se sabía la verdad. No importaba si el departamento de policía decidía o no seguir adelante. Amanda había escrito esa carta para que su madre la leyera, y Luca había conseguido que eso finalmente sucediera.

Con respecto a Miller, le invadía una sensación amarga. Llevaba los suficientes años en el departamento para saber de primera mano cómo a veces la política interfería en la búsqueda de justicia. Con el caso de Amanda completamente cerrado —y ahora sí, Luca no tenía dudas de que la verdad había salido a la luz—, la conexión con Miller era nula. El espejo antiguo que Amanda tenía en su poder quedaba perfectamente explicado: Eleanor Albright se lo había regalado para que Amanda pudiera venderlo y conseguir dinero. Que Amanda lo llevara encima esa noche era totalmente circunstancial.

A Luca no le gustaba admitirlo, pero la posible conexión de DeShawn Miller y Jerome Washington —el organizador del atraco—

con la venta de drogas en las discotecas de Blair, cada vez era más débil.

La única explicación razonable era que alguien había dejado esos objetos —el espejo y la piedra con las iniciales— en la escena del crimen de Miller a propósito. La pregunta era: ¿quién? E, incluso más importante: ¿para qué?

Cuando llegó a la central, más o menos tenía clara su postura. Danny aún no había llegado, pero Cynthia sí.

—¿Tienes un minuto?

—Sí, claro —dijo Cynthia. Se levantó con el café que acababa de prepararse.

—Vamos a la sala de reuniones.

—¿Quieres prepararte un café?

Luca negó con la cabeza.

—Acabo de tomarme uno en casa.

Los dos cruzaron la sala de detectives en dirección a la sala de reuniones.

—Qué misterio… —dijo Cynthia mientras se sentaba en una de las sillas.

—Nada de eso. Quería saber qué piensas. Qué crees que deberíamos hacer.

—Bueno, ayer estuve pensando en lo que dijiste respecto a que quizás el director Arson podía cambiar de opinión. Si lo que le preocupan son las estadísticas, la realidad es que hemos resuelto un caso en menos de dos semanas. Eso le gustará.

—Pero la conexión con el caso de Miller ahora es mucho más endeble. ¿Tú crees que tenemos alguna posibilidad de resolverlo?

Cynthia suspiró.

—No en dos días, eso seguro.

—¿Y entonces?

—Yo creo que deberíamos intentar quedarnos con él y disponer de más tiempo.

Luca estaba sorprendido. Normalmente, Cynthia era más fría y cerebral a la hora de tomar este tipo de decisiones. Ambos sabían que las posibilidades de resolver el caso no eran muchas, al menos con lo que habían averiguado hasta ahora.

—Cynthia, hay una realidad: no tenemos nada concreto. Rota la conexión con el caso de Amanda, no tenemos mucho.

—Sabemos que Beaufort era su amante, y que es posible que el crimen haya sido una forma de vengarse de él. Hemos hablado con sus padres, con su hermana… la realidad es que tenemos un mapa del caso mucho más certero que los de la oficina del sheriff.

—Sí, eso seguro.

—Y el espejo antiguo sigue siendo una pieza importante —dijo Cynthia—. Sin la conexión con el caso de Amanda, su presencia en la mina abandonada resulta aún más enigmática.

—Tu voto, entonces, es a favor de intentar seguir investigando.

—Sí.

Luca hizo una mueca.

—Yo iba a decirte justo lo contrario.

Cynthia no pudo ocultar su sorpresa.

—Pensé que…

—Sí, lo sé, normalmente soy yo el que no quiere soltar los casos, como esos perros de presa que muerden a sus víctimas y las zarandean sin parar. Quizás estoy involucionando.

—Luca, si nosotros no nos ocupamos de Miller, nadie lo va a hacer. Se quedará así hasta que se enfríe y vaya a parar a la división de casos sin resolver. Lo sabes mejor que nadie.

—Vamos a resolver otros casos, Cynthia. Nuestro tiempo es limitado.

Luca levantó la cabeza. A través del cristal vio llegar a Danny, que le hizo una señal con la mano para que lo esperaran allí. Parecía de buen humor.

—Ha llegado Durham —dijo Luca.

Cynthia, que estaba de espaldas a la pared de cristal, se encogió de hombros.

—Tu instinto no suele equivocarse con estas cosas —dijo ella.

—No es sólo eso, Cynthia. No quiero que Durham tenga que plantar otra batalla con Arson.

—En eso tienes razón.

La puerta de la sala se abrió. Durham, efectivamente, estaba de buen humor.

—Bueno, ¿qué son esas caras? ¡Habéis resuelto el caso de Amanda Stewart!

El capitán se sentó en la cabecera de la mesa.

—Felicidades —dijo Durham—. Estoy deseando hablar con Arson para decirle lo que habéis conseguido en tiempo récord.

—Gracias.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Nada. Estábamos hablando del caso Miller.

—¿Y qué pensáis al respecto?

Luca abrió la boca para decir algo cuando oyeron un grito en la sala de detectives. Los tres levantaron la cabeza de golpe. Cynthia se giró para mirar a través del cristal.

El grito ininteligible era de un hombre, que en ese momento avanzaba del otro lado del cristal en dirección a ellos. Tendría unos cincuenta o sesenta años y vestía un traje gris.

Volvió a gritar, y esta vez sí entendieron lo que decía.

—¡Dónde está Bruzzo!

El detective Navarra, que estaba cerca del tipo y que era una cabeza más alto que él, se acercó de inmediato. El hombre pareció tranquilizarse.

—¿Lo conoces? —preguntó Durham, mientras Luca, Cynthia y él seguían con atención la escena que tenía lugar del otro lado del cristal.

Luca no contestó. Su cerebro…

Y entonces, de repente, recordó quién era aquel hombre al que no veía desde hacía más de una década.

—Es Ronald Blair —dijo Luca—. El padre de Tom Blair.

—¡Ahí está!

El tipo fue hasta la puerta de la sala de reuniones y la abrió de golpe.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Durham.

—¡Ese hijo de puta ha matado a mi hijo!

El dedo de Blair apuntaba directamente al pecho de Luca.

40

El detective Navarra había seguido a Blair hasta la sala de reuniones.

—¿Necesita ayuda, capitán? —preguntó desde el umbral.

—Gracias, Bruno. Estamos bien.

El detective se retiró.

—¿Por qué no se sienta y nos explica qué ha pasado? —dijo Durham.

—No voy a sentarme una mierda. Quiero que él me diga qué le hizo ayer a mi hijo.

Superada la conmoción inicial, finalmente, Luca reaccionó.

—¿Tom está muerto?

Blair lo fulminó con la mirada. Todavía respiraba agitadamente.

—Se ha quitado la vida ayer por la noche—dijo Blair.

Luca se quedó sin palabras. Por su mente cruzaron varios pensamientos como flechas veloces, surcando el aire en todas direcciones. No sabía a cuál de ellas seguir.

—¡Voy a destruirte, hijo de puta!

Durham dio un paso adelante.

—Señor Blair —dijo con firmeza—. Siento mucho lo que le ha ocurrido a su hijo, pero si no se tranquiliza no vamos a conseguir nada.

Blair estudió al capitán, como si no hubiera sido del todo consciente de su presencia hasta ese momento.

—¿Por qué no se sienta? —insistió Durham.

—¡No me habéis escuchado! No voy a sentarme con ninguno de vosotros. Mis abogados lo harán.

—Explíquenos exactamente qué fue lo que sucedió, señor Blair —dijo Luca.

—Lo encontraron en el baño de la clínica con cortes en los brazos. Se desangró.

Hablaba sin dejar de observar a Luca ni un segundo. Cada una de sus palabras iba dirigida directamente a él.

—¿Qué le han dicho las autoridades del centro de salud?

—¡Que tú estuviste con él ayer por la tarde! No sé qué le has dicho a mi hijo, pero vas a pagar por ello…

Mientras Blair los increpaba con el dedo, la detective Erica Sanders les hizo señas desde el otro lado del cristal. Blair era el único que no podía verla.

Durham le hizo un gesto para que esperara, pero la detective entró de todos modos.

—Disculpe, capitán, pero tiene una llamada muy importante.

Durham se quedó mirándola. Erica Sanders era una detective experimentada: si lo había interrumpido de esa forma, debía de tener una razón de peso.

Durham se disculpó y salió de la sala de reuniones. Antes de cerrar la puerta, Erica miró a Luca y movió los labios formando una única palabra silenciosa: *Arson*.

Luca supo de inmediato el motivo de la llamada. No hacía falta ser detective para ello. Blair se lo acababa de decir con suficiente claridad: sus abogados —y por qué no sus contactos con el exgobernador— no iban a perder el tiempo. En ese mismo momento, Durham estaría hablando con el director acerca de la visita de Luca al Centro de Salud Crestview. Una visita que no sólo había sido el producto de una desobediencia a una orden del director del departamento, sino que, además, había derivado en la muerte de una persona.

—Señor Blair —dijo Luca—. Si nos sentamos, podremos hablar de mi visita de ayer al centro de salud. Lamento mucho lo que ha sucedido. De verdad lo siento. Pero necesito que hablemos de esto como personas civilizadas.

Blair no parecía convencido. Cynthia, que no había dicho nada hasta el momento, hizo algo que ninguno de los dos hombres esperaba. Se acercó a Blair y, con suavidad, lo condujo hasta la silla que ella misma había ocupado un rato antes.

Luca se sentó justo enfrente.

—Señor Blair, es cierto, ayer estuve con Tom, pero no fue un encuentro hostil, sino todo lo contrario. Verá, hemos resuelto el caso del asesino de Amanda Stewart. Amanda fue asesinada por su propio padre, Robert Stewart; Tom no sólo no tuvo nada que ver, sino que resultó ser una persona de confianza para Amanda justo antes de morir. Mi visita a su hijo no fue para acusarlo, sino, al contrario, para ofrecerle mis disculpas.

Blair escuchaba; tenía la vista perdida. Luca se preguntó si el hombre estaba entendiendo lo que le decía.

—Entonces explícame por qué mi hijo está muerto.

—No lo sé. Estoy desconcertado.

El móvil de Luca vibró sobre la mesa. Lo miró porque supuso que podía ser Danny para pedirle que saliera de la sala. Una parte de su mente seguía pensando en la difícil conversación que el capitán estaría teniendo con Arson en ese momento.

Pero el nombre de la llamada entrante era otro: Lina Dorskey.

Luca se quedó descolocado. Dorskey era la capitana de la división de Hollywood, la jefa de Sarah. La relación entre ellos no era estrecha y rara vez se había comunicado con él. Inmediatamente se preocupó.

El móvil dejó de vibrar.

—A mi hijo lo han matado —dijo Blair—. Es imposible que él haya cometido…

Luca apenas podía concentrarse en Blair. No era justo, por supuesto; ese hombre podía ser el peor padre del mundo —de hecho, probablemente lo era—, pero acababa de perder a un hijo. Merecía…

¿Le habría pasado algo a Sarah?

—Señor Blair —dijo Luca—, mi conversación de ayer con su hijo fue hecha bajo la estricta supervisión de su…

El móvil vibró de nuevo.

—¿De Mansel? —dijo Blair, que desde luego advertía que Luca estaba más pendiente del móvil que de él.

—Sí, el doctor Mansel —dijo Luca, mirando de reojo el aparato—. Mansel estuvo presente. Hasta me animó a hablar con Tom ayer. Creía que sería una buena idea…

Entró un mensaje. Luca lo leyó directamente de la pantalla.

¿SABES ALGO DE SARAH?
NO PUEDO COMUNICARME CON ELLA

A Luca se le heló la sangre. Se puso de pie y de un manotazo cogió el teléfono de la mesa.

—Ahora vuelvo.

—¡Qué demonios…!

Luca escuchó vagamente las protestas de Blair y cómo Cynthia se hacía cargo de la situación. Luca salió de la sala sin mirar atrás.

Mientras cruzaba el recinto, marcó el número de Dorskey.

En ese momento Durham salió de su despacho. Al verlo, se acercó, negando con la cabeza.

—Arson ya sabe lo que pasó. Está furioso… ¿Qué pasa?

—Sarah… —dijo Luca señalando el móvil que tenía pegado a la oreja—. Algo no va bien.

Durham no preguntó nada más. Luca se alejó y salió de la sala de detectives. Lina Dorskey respondió y mantuvieron una conversación breve: Sarah le había dicho que esa mañana tenía que hacer algo personal, pero que llegaría a tiempo a la comisaría para una reunión que tenían programada. El comportamiento era impropio de Sarah.

Luca le dijo a Dorskey que trataría de comunicarse él con Sarah en ese preciso momento.

Luca lo intentó, sin respuesta. Dejó un mensaje pidiéndole a Sarah que lo llamara en cuanto pudiera.

Sarah jamás se comportaba así. A Luca le costaba imaginar una situación en la que ella no se presentara a trabajar y no se lo comunicara a su superiora, con la que, además, tenía una relación estrecha.

Luca se tomó unos segundos para pensar.

Marcó el número de Jennifer, la hermana mayor de Sarah.

—Hola, Luca. ¡Qué sorpresa!

—Jennifer, ¿has hablado con Sarah hoy?

El tono de Luca lo decía todo. La preocupación se hizo palpable en la respuesta de Jennifer.

—No. No hablo con ella desde hace dos días. ¿Ha pasado algo?

—No lo sé. No puedo comunicarme con ella y no ha ido a la comisaría. Jennifer, necesito que hables con tus hermanas para ver si alguna de ellas sabe algo. Lina dice que llegó a comentarle que hoy tenía un compromiso.

—¿Debo preocuparme, Luca…?

—Es sólo por precaución, seguro que está bien y ha perdido la noción del tiempo.

Sarah jamás perdía la noción del tiempo. Ambos lo sabían.

A continuación, Luca llamó a la escuela de Lily. No quería mantener la línea ocupada, pero era una llamada necesaria. El último contacto con Sarah había sido la fotografía de Lily al entrar al aula.

Habló directamente con la directora de la guardería, quien le confirmó que Sarah había llevado esa mañana a Lily. Le dijo que no habían hablado y que se habían saludado a la distancia.

Luca cortó y revisó si tenía algún mensaje. Lo que sucedía en la sala de reuniones había pasado a otro plano.

Jamás se había enfrentado a la posibilidad real de que algo malo pudiera haberle ocurrido a Sarah o a Lily. Su peor miedo empezaba a materializarse.

Entonces, su teléfono vibró otra vez.

Era un mensaje, pero no de Sarah.

La ilusión y la esperanza duraron apenas una milésima de segundo, dando paso a la incertidumbre cuando vio que era un mensaje de un número desconocido.

El corazón se le paralizó.

EN SEIS HORAS TU MUJER ESTARÁ MUERTA
SI SE LO DICES A TUS AMIGOS DE LA POLICÍA SERÁ INCLUSO ANTES
ENCUENTRA A SARAH

41

Luca debió aferrarse al marco de la puerta para no caerse. El detective Navarra se acercó. Movía la boca, pero Luca no entendía lo que decía.

—Estoy bien, gracias —dijo Luca.

Navarra arqueó una ceja. Su boca seguía moviéndose.

Los sonidos de la sala de detectives empezaron a hacerse más nítidos.

—De verdad, estoy bien —insistió Luca.

Se alejó, apresurando el paso a medida que se acercaba a la sala de reuniones. A través del cristal, podía ver a Ronald Blair, a Durham y a Cynthia, los tres de pie.

Luca no pensaba. Al menos, no de un modo lineal. Repetía en su cabeza las palabras del mensaje que acababa de recibir.

EN SEIS HORAS TU MUJER ESTARÁ MUERTA

Cuando llegó a la sala prácticamente corría. Cynthia fue la única que lo vio acercarse. Los otros dos se sorprendieron cuando Luca abrió la puerta, del mismo modo en que Ronald Blair lo había hecho un momento antes.

Luca se abalanzó sobre Blair con tanta ferocidad que ninguno atinó a detenerlo.

—¿Dónde está ella, hijo de puta? —masculló con furia.

Lo agarró de las solapas de la camisa y lo empujó con fuerza. El rostro de Luca, rojo de ira, estaba a pocos centímetros del de Blair, que estaba completamente paralizado.

—¡Luca!

Durham lo agarró de la cintura y del brazo, pero era como intentar mover a un animal gigantesco y enfurecido. Luca mascullaba palabras ininteligibles.

Cynthia probó algo diferente. Se acercó por el otro lado y le habló al oído, intentando calmarlo.

Luca no parecía escuchar. Estaba cegado por la rabia.

Navarra y Sanders entraron en la sala de reuniones, y fue precisamente Erica Sanders la que no lo dudó ni un segundo, se abrió paso hasta llegar a Luca, lo sujetó con firmeza por el rostro y le habló con voz de trueno.

—¡Basta, Luca! ¿¡Qué demonios te pasa!?

Fue la primera vez que Luca pareció ser consciente de lo que sucedía a su alrededor. Se quedó callado de repente y sus manos, que aún sujetaban la chaqueta de Blair, fueron perdiendo tensión poco a poco.

Blair aprovechó para soltarse y retroceder. De inmediato, empezó a quejarse a gritos mientras se arreglaba la camisa.

—¡Está loco! —gritaba Blair.

Poco a poco, Luca volvía en sí. Escuchó algunas frases sueltas.

Acaba de perder a su hijo.

¿Qué demonios le ha pasado?

—Lo siento —se escuchó decir Luca.

Blair no paraba de vociferar que Luca estaba loco y exigía que se lo llevaran de allí de inmediato.

Erica apartó a Luca. Le habló al oído.

—¿Qué te ha pasado?

SI SE LO DICES A TUS AMIGOS DE LA POLICÍA, SERÁ INCLUSO ANTES

—Nada —dijo Luca en un tono apenas audible.

Durham y Navarra intentaban calmar a Blair.

Cynthia y Erica hicieron lo propio con Luca, hasta sacarlo de la sala de reuniones.

—Llévalo a la sala de descanso, Cynthia.

Cynthia estuvo de acuerdo. Guio del brazo a Luca, que caminaba ensimismado.

—Él no tuvo nada que ver —dijo Luca en voz baja.

Cynthia no respondió, aunque había escuchado a su compañero perfectamente. Prefirió salir de la sala de detectives cuanto antes; todos los observaban con curiosidad y preocupación.

Salieron al pasillo.

—Él no tuvo tiempo para planificar algo así… —Luca seguía hablando solo.

—Luca, dime qué te pasa, por favor. Me estoy preocupando.

Entraron en la sala de descanso.

Durante una fracción de segundo, Luca pensó en contarle a Cynthia lo que estaba sucediendo, pero un hilo de cordura se impuso y no lo hizo. No iba a ceder ante cualquier petición de los secuestradores de su mujer, eso lo tenía muy claro, pero por el momento prefería ser cauto.

Secuestradores…

Secuestro.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Cynthia, escúchame, necesito que te ocupes de Blair. Danny necesita que alguno de los dos se haga cargo de ese tema.

—Luca, escuché lo que le dijiste a Blair. Puede que el resto no, pero yo sí. Le preguntaste dónde está *ella*. ¿Quién es ella, Luca?

Luca parecía ahora el mismo de siempre. Se acercó a Cynthia y la cogió de los brazos con suavidad. Le habló mirándola a los ojos.

—Cynthia, lo que acabo de hacer fue una estupidez. No estaba pensando con claridad. Ahora mismo, necesito que me escuches y hagas lo que te pido.

Todavía no la soltaba. Ella intentaba leer en su mirada más allá de sus palabras.

—Dime —dijo ella, al fin.

—Ve a la sala. Maneja la situación con Blair. Dile a Danny que he tenido un problema; invéntate algo.

—Arson nos va a caer encima —dijo Cynthia.

—Lo sé. Te necesito al frente de eso también. Yo debo atender un asunto personal.

Ella se quedó mirándolo. Cynthia no era tonta; podía atar cabos e imaginar qué podía ser tan grave para que no pudiera confiar en ella.

—Luca…

—Necesito que no me preguntes nada más.

Él la soltó. Se quedaron en silencio, examinándose el uno al otro.

—Está bien —dijo Cynthia, finalmente—. Prométeme que me llamarás en cuanto puedas.

—Te lo prometo.

Ella asintió.

Cynthia se alejó para salir de la sala, pero no estaba convencida. Se volvió para mirarlo.

—¿Estás seguro, Luca?

—Seguro.

Cynthia se marchó.

Luca suspiró. La realidad era que no estaba seguro de nada.

42

Luca salió de la sala de descanso y utilizó uno de los ascensores de la parte de atrás para bajar a la planta baja. Su coche estaba aparcado en el subsuelo, pero antes quería hacer una llamada.

Marcó el número de Jennifer, la hermana de Sarah. Le explicó que finalmente había conseguido comunicarse con alguien de la comisaría de Hollywood y que Sarah se encontraba trabajando en una zona sin buena cobertura; por eso no habían podido localizarla. Aprovechó para pedirle el favor de que fuera a buscar a Lily a la guardería y que después se quedara con ella en su casa. Jennifer, visiblemente aliviada, le dijo que por supuesto contara con ella.

Luca colgó mientras caminaba por la explanada exterior del edificio de policía. No quería que nadie del departamento se acercara a hablarle, así que se alejó de la entrada todo lo que pudo. Necesitaba pensar. Lo que estaba a punto de hacer podía ser un punto de no retorno.

Lo que más le inquietaba era no poder precisar la naturaleza del secuestro de su mujer. Si al menos supiera con qué estaba relacionado, podría establecer un plan específico a seguir. El motivo podía estar relacionado con alguna de las investigaciones de Luca —incluida la de Miller— o ser una consecuencia del trabajo de ella. Los comportamientos inusuales de Sarah —llamarlos extraños le parecía un poco exagerado— adquirían ahora cierta relevancia. Sarah había pasado en el estudio de la casa más tiempo de lo habitual; le había dicho a Luca que había estado leyendo un libro que, en realidad, no había empezado. ¿Por qué habría hecho eso?

Luca caminaba de un lado a otro masajeándose la barbilla. Había estado tan ensimismado en la investigación de Amanda que quizás no le había dado a Sarah el espacio suficiente para que confiara en él.

Releyó el mensaje:

EN SEIS HORAS TU MUJER ESTARÁ MUERTA
SI SE LO DICES A TUS AMIGOS DE LA POLICÍA SERÁ INCLUSO ANTES
ENCUENTRA A SARAH

El final era una clara provocación. Quizás incluso una invitación a un juego macabro.

Por otro lado, no era el típico primer mensaje de un secuestro, donde el patrón siempre era más o menos el mismo: tenemos a tu ser querido, no hables con nadie.

Los secuestradores rara vez daban instrucciones en el primer mensaje.

Sin embargo, aquí le pedían explícitamente que encontrara a Sarah.

¿Por qué?

Escribió un mensaje en respuesta al que había recibido:

NO VOY A HACER NADA SIN HABLAR PRIMERO CON SARAH

Luca se sentó en uno de los escalones de acceso a la explanada, en una esquina apartada. Se quedó mirando el móvil. Sabía que estaba jugando con fuego. Si ellos —quienesquiera que fuesen— hubiesen querido matar a Sarah, su mujer ya estaría muerta. O bien era un truco, o necesitaban algo de él.

La respuesta llegó casi de inmediato.

ENTONCES SARAH MUERE. ENCUÉNTRALA

A Luca le temblaban las manos. Escribió la respuesta y contuvo la respiración.

NO VOY A HACER NADA SIN HABLAR PRIMERO CON SARAH

43

A Luca le llevó una hora llegar a casa, a pesar de haber utilizado la sirena portátil para abrirse paso entre el tráfico; una hora de las seis que tenía disponibles para encontrar a su mujer.

Los secuestradores no habían vuelto a ponerse en contacto con él tras la exigencia de hablar con Sarah. Mirar el móvil cada cinco minutos no iba a cambiar eso, así que se obligó a dejar de hacerlo.

Una vez en casa empezó a sentirse en control. Su prioridad era hacer una revisión rápida: empezó por el garaje y siguió por la planta baja. Al llegar a la cocina, vio la nota que le había dejado a Sarah la noche anterior.

TAREA: BEBER MUCHA CERVEZA JUNTOS EN EL JARDÍN.

Y la respuesta de ella:

¡ES UNA CITA!

Se quedó mirando la pizarra. El pensamiento más oscuro acechaba, implacable, como una presencia ominosa. ¿Y si no la recuperaba?

Le resultaba imposible enfrentarse a esa posibilidad. En una fracción de segundo, su cerebro concibió, con espeluznante eficiencia, vidas enteras donde Sarah no estaba presente y donde él tenía que explicarle a Lily por qué su madre había muerto. Lily tenía sólo cuatro años; los recuerdos que ella tenía de Sarah se desvanecerían, quedarían fotografías, vídeos y lo que él pudiera hacer para reconstruirla a base de relatos.

Y todo eso sería su culpa.

Luca golpeó la mesa. El florero que estaba en el centro se cayó de lado. Aunque no recordaba haberlo hecho nunca antes en su vida, giró la cabeza y miró por la ventana en dirección al cielo.

—Por favor…

El peso de su cuerpo se había duplicado. Triplicado. No podía moverse.

—Por favor… —repitió.

Necesitaba ponerse en marcha. Si había ido a casa era porque creía que en el estudio podía estar la clave de lo que Sarah había estado haciendo durante los últimos días. Volvió a mirar la nota en la pizarra por última vez. Esa noche no se tomaría una cerveza con Sarah en el jardín.

La inspección en el resto de la planta baja no reveló nada fuera de lugar. Cuando subió las escaleras, echó un vistazo a las habitaciones y luego fue directo al estudio.

El perfume de Sarah impregnaba el ambiente. Se permitió cerrar los ojos un segundo.

Justo en ese preciso instante, el móvil, al que le había activado el sonido, lo sobresaltó con una estridente melodía.

En la pantalla vio el número sin identificar del que había recibido los mensajes anteriores. Contestó de inmediato.

—Bruzzo —dijo con voz firme.

Una pausa.

Una respiración.

—Luca.

Era Sarah.

—Sí, cariño —dijo Luca, haciendo un esfuerzo para no derrumbarse—. Soy yo. Aquí estoy. ¿Estás bien?

—Estoy bien —Sarah no lloraba. Hablaba con temple—. No me ha hecho daño. Estoy bien.

—Voy a traerte de vuelta. Haré todo lo necesario para que vuelvas a casa.

—Sé que lo harás —dijo Sarah con el mismo tono monocorde.

Luca se sintió orgulloso de ella; incluso en una situación tan extrema, Sarah era capaz de seguir al pie de la letra lo que dictaban los manuales.

—Búscame, Luca. Tú puedes averiguar dónde encontrarme…

La comunicación se interrumpió de golpe.

—¿Sarah?

Nada.

Luca se quedó mirando el móvil, repasando mentalmente la conversación. Sarah se había referido al secuestrador en singular: n*o*

me ha hecho daño. De una forma subrepticia, le había brindado información muy valiosa.

Pero lo más importante había sucedido al final. Sarah no le había dicho a Luca que él sabía dónde encontrarla, sino: «Tú puedes averiguar dónde encontrarme». Eso significaba que Luca todavía no tenía la clave para entender la naturaleza del secuestro, pero sí que estaba a su alcance.

Tener un hilo del cual tirar lo motivó. Pensaba en esto justo cuando llegó otro mensaje:

YA LA HAS ESCUCHADO. AHORA ENCUÉNTRALA
TE QUEDAN CINCO HORAS

Luca se sentó en el escritorio y encendió el portátil de Sarah. Escribió una de las contraseñas que compartían: una mezcla de las fechas de cumpleaños de los tres miembros de la casa y una frase secreta.

La contraseña era incorrecta. A Luca lo recorrió un escalofrío. Sarah era muy cuidadosa con las contraseñas; en su trabajo en la policía se enfrentaba a diario a hackeos de todo tipo. A menudo decía lo común que era para la gente utilizar contraseñas realmente simples que cualquiera podía adivinar.

Luca volvió a introducir la misma contraseña, esta vez poniendo especial cuidado en pulsar cada tecla.

A mitad del proceso se dio cuenta de que la función de mayúsculas estaba activada.

El corazón le latía a toda velocidad. Si la respuesta estaba dentro del ordenador y él no podía abrirlo por olvidar una estúpida contraseña, no se lo perdonaría jamás.

Volvió a escribirla con la lentitud de un anciano.

La contraseña fue aceptada.

—¡Sí!

Hizo crujir los dedos, dispuesto a ponerse manos a la obra.

Sarah era la experta en informática de la casa; Luca era plenamente consciente de sus capacidades limitadas a la hora de

manejar un ordenador. Si no encontraba nada en un plazo razonable, le pediría ayuda a alguien.

Lo primero que se le ocurrió fue revisar los documentos recientes, y allí se encontró con la primera sorpresa.

Entre los archivos modificados el día anterior, había un documento de texto: SdeP.docx.

Luca lo abrió.

SONRISAS DE PORCELANA

por
Sarah Tripplehorn

CAPÍTULO 1

Meg Martin se hizo policía para que nadie tuviera que pasar por lo mismo que ella.

Así pensaba a los diez años, cuando su madre se horrorizaba ante la idea de que su hija perfecta no siguiera sus mismos pasos en el mundo de la moda, y lo seguía pensando ahora, a los cuarenta y dos años, cuando la gente también se horrorizaba, aunque por motivos diferentes a los de la señora Martin. «Te centras demasiado en tu trabajo, Meg. ¿No vas a tener hijos?» Cada tanto, alguna amiga se animaba a volver sobre el tema con la cautela de quien entra con una cerilla en una habitación que huele a gasolina. «¿Y si luego te arrepientes?» El planteamiento de la maternidad se repetía, a veces desde fuentes inesperadas y disfrazado de alguna otra cosa. En una ocasión, Meg y su compañero de patrulla acudieron a una casa por una disputa doméstica. La mujer que los recibió tenía tres hijos y un ojo morado; el tipo se escapó antes de que llegaran. Meg se quedó un rato con la mujer para tranquilizarla. Uno de los hijos tenía menos de un año y no paraba de llorar, otro miraba la televisión como una estatua y el tercero corría por la diminuta casa blandiendo una espada de plástico. La mujer, que tenía veintitrés años y fumaba un cigarrillo tras otro, le preguntó a Meg si tenía hijos. Cuando Meg le dijo que no, la mujer del ojo morado y los tres

críos enloquecidos la observó con una mezcla de desesperación y lástima, como si se hubiera topado con un ser de otro planeta que no hablaba su mismo idioma. Con un tono respetuoso y solemne le dijo que debería tenerlos, que a ella le habían cambiado la vida.

No sería la última vez que a Meg le dieran ganas de tirarse al suelo y reír a carcajadas ante un planteamiento en torno a su postergada maternidad.

Luca dejó de leer, no por falta de interés. Una parte de él ansiaba seguir avanzando en la lectura de ese texto producto de la imaginación de su mujer, y del que no había sabido nada hasta ese momento.

Experimentó una mezcla de muchas cosas.

No tenía ni idea de que su mujer estuviera escribiendo una novela. Deslizó el texto y comprobó que las páginas escritas seguían y seguían. Eran más de cien.

La idea de que Sarah le ocultara algo que, evidentemente, le había llevado una cantidad considerable de tiempo no le llamó demasiado la atención; conocía a Sarah lo suficiente para saber cómo se sentiría ante semejante desafío. Sarah era de esas personas a las que les cuesta fracasar, y escribir un libro a las puertas de los cuarenta debía de ser para ella una de esas pruebas que se ponía a sí misma. Luca deseó tenerla a su lado para poder decirle lo orgulloso que se sentía de ella.

Pero Sarah no estaba allí ahora. Y si Luca no se centraba en encontrarla, quizás no pudiera decírselo nunca. Asomarse a esa realidad era paralizante. Un mundo sin Sarah, para él y para Lily. Especialmente para Lily.

Debía centrarse.

Tú puedes averiguar dónde encontrarme.

La frase era reveladora. Sarah seguramente habría estado pensando en ella durante muchas horas, incluso antes de saber que tendría una posibilidad real de hablar con Luca. Sarah era previsora.

El ordenador podía ser el punto de partida para obtener la respuesta. ¿Tendría que ver con la novela que Sarah estaba escribiendo?

Entre los otros documentos recientes, modificados durante los últimos diez días, no había nada llamativo, por lo que Luca se dispuso a revisar el historial de navegación de Sarah.

Y aquí llegó la segunda sorpresa: la mayoría de las búsquedas de las últimas cuarenta y ocho horas estaban relacionadas con el caso de DeShawn Miller, principalmente artículos publicados por periódicos locales.

Luca sabía que Sarah había visitado al exdetective Marino. ¿Habría descubierto algo que ellos desconocían?

44

La última conversación con Sarah del día anterior había sido cuando Luca estaba en la sala de espera del hospital, aguardando a que Angela Stewart despertara. En ella, Sarah le había hablado de su visita a Marino en Long Beach, de la que llegó a decirle que no había ido como esperaba y que le daría más detalles cuando se vieran. Si bien no lo hizo ver como algo urgente ni demasiado relevante, o al menos así lo interpretó Luca en ese momento, quizás Sarah no quiso distraerlo de las preocupaciones que Luca tenía entonces con el ingreso de Angela.

Sin pensarlo, marcó el número de Lina Dorskey, la capitana de Hollywood.

—Hola, Luca. ¿Alguna novedad de Sarah? Sigo sin saber nada de ella.

—Te llamo por eso —dijo Luca con normalidad—. Mira, Sarah está en el médico con Lily. Nada grave, sólo una molestia en la garganta.

—Ah, me dejas más tranquila. Espero que Lily esté bien y no sea nada serio.

—Nada de qué preocuparse. Sarah me ha pedido que te avise.

—Gracias.

—Una cosa más. Necesito hablar con el detective Marino. ¿Por casualidad tienes su número a mano?

Silencio al otro lado de la línea. Dorskey era astuta y olió enseguida que algo no cuadraba.

—¿Frank Marino? Se retiró hace tiempo. Sarah fue a verlo ayer…

Si Sarah había ido a ver a Marino el día anterior, era obvio que tenía su número. ¿Por qué Luca se lo pediría a Dorskey? Luca supo al instante que había cometido un error. Trató de pensar rápido:

—Sarah me estaba haciendo un favor para una investigación y ahora necesito hablar con Marino. No quiero molestarla mientras está en el médico.

No colaría. Luca lo supo enseguida. Afortunadamente para él, Dorskey optó por no seguir haciendo preguntas.

—Déjame que lo busque y te lo envío ahora mismo por mensaje.

—Gracias, Lina.

—Luca —la capitana hizo una pausa totalmente premeditada—. Si necesitas hablar conmigo otra vez, aquí estoy.

Luca volvió a darle las gracias y colgó. Debería ser más cuidadoso si no quería alertar a nadie de lo que estaba sucediendo con Sarah. No creía que su teléfono estuviera intervenido, pero sí que alguien en el departamento podía estar atento a sus movimientos. Seguía tomándose muy en serio el mensaje del secuestrador respecto a dejar al margen a la policía.

Antes de llamar a Marino revisó el historial de navegación con más detenimiento. Entre los artículos de diversos periódicos, hubo una búsqueda que le llamó la atención: el nombre de una mujer que le sonaba familiar, pero no supo de qué: Meredith Moore.

Cuando él mismo repitió la búsqueda asociada al tiroteo en el restaurante, descubrió que Meredith Moore era la mujer que había resultado herida a raíz de uno de los disparos.

Cuando Luca buscó en el navegador el nombre de Meredith Moore sin ninguna referencia adicional, los resultados fueron abrumadores. Desde una actriz hasta decenas de personas, con cientos de miles de resultados asociados. Sin una forma específica de enfocar la búsqueda, identificar a la verdadera Meredith Moore sería como buscar una aguja en un pajar.

¿Cuál era la importancia de Meredith Moore? Estaba claro que si Sarah había averiguado algo de ella, no había sido en casa, porque en el historial de navegación no había más resultados relacionados. Podría haber borrado el historial, pero a Luca le pareció demasiado rebuscado.

¿Quizás lo había hecho desde la comisaría?

La respuesta a qué hacer a continuación llegó a su móvil cuando recibió un mensaje de Dorskey con el número de teléfono de Marino. Sin pensarlo, Luca llamó al exdetective.

Respondió una mujer.

Luca se identificó y pidió hablar con Marino. Al cabo de una eternidad, su voz surgió al otro lado de la línea.

—¿Bruzzo?

—Sí, soy yo, Marino, el marido de Sarah Tripplehorn. Oye, no tengo mucho tiempo y necesito saber qué hablasteis ayer respecto al tiroteo en Salute.

—¿Cómo?

—Lo que has oído, Marino.

—¿Qué te pasa, Bruzzo? —dijo Marino con cierta indignación.

Luca se mordió los labios. No sabía si podía confiar en el exdetective. Sarah no sólo le había dicho que la visita del día anterior no había resultado como ella esperaba, sino que, horas después, había sido secuestrada. Desde luego, no iba a confiar en este tipo.

—No me pasa nada, Marino —dijo Luca, obligándose a controlar el tono de voz—. Estoy en medio de una investigación delicada y necesito corroborar algo contigo.

—¿Qué cosa?

—¿Qué puedes decirme de Meredith Moore?

Un segundo. Dos. Luca apretó tanto el móvil que pensó que estallaría en su mano.

—Sarah me preguntó por ella —dijo Marino.

Luca experimentó una inyección súbita de adrenalina.

Las palabras de Sarah resonaron en su cabeza: *Tú puedes averiguar dónde encontrarme*.

Sarah le había dejado un rastro de migas de pan y Meredith Moore podía ser una de ellas.

—¿Qué le has dicho?

—Nada. Porque ni siquiera recordaba el nombre de esa mujer, si es que alguna vez lo supe. Me dijo que era una de las personas heridas en el tiroteo.

—¿Qué te contó Sarah sobre ella?

—¿A qué viene todo esto, Bruzzo?

—Sólo responde a las preguntas, Marino. Si tuviera tiempo para darte explicaciones, te las daría.

El exdetective se quedó callado un momento.

—Simplemente me preguntó por ella, y cuando le dije que no la conocía seguimos hablando de otras cosas.

—A Sarah no le gustó algo de lo que habló contigo. Necesito que me digas qué.

—¿No se lo puedes preguntar a ella?

—No.

Marino guardó silencio.

—Mira, Bruzzo, en ningún momento hablamos de esa mujer. Lo que le dije a Sarah es que había mucha presión para conseguir una condena fuerte. Con el cómplice de Miller abatido, la única forma de lograrlo era si Miller era el autor del disparo.

—Mierda, Marino.

—No fue mi decisión, Bruzzo. Tú sabes cómo son estas cosas.

—Mierda, Marino —repitió Luca.

Sin embargo, la prioridad era rescatar a Sarah, y Luca no creía que la acusación tendenciosa contra Miller tuviera nada que ver con eso. ¿O sí?

—¿Estás ahí, Bruzzo? Dime qué le ha pasado a Sarah, quizás pueda ayudar.

Luca estuvo a punto de colgar —no sin antes mandar a Marino al infierno—, cuando un atisbo de cordura se impuso.

—¿Quién fue el detective a cargo de la investigación del tiroteo?

—Stein, de Rampart. Se jubiló hace un par de años.

Luca se quedó pensativo. Stein podía tener información sobre Meredith Moore; que estuviera jubilado era importante para que nadie en el departamento estuviera al tanto de sus pesquisas.

—Conozco a Stein —dijo Marino—. Nos hicimos amigos después de este caso. ¿Quieres que lo llame y le pregunte qué sabe de esa mujer?

A Luca le habría gustado hacer la llamada él mismo, pero ya contaba con la confianza de Marino y, si él podía llegar a Stein más rápido, seguiría ese camino.

—Marino, escúchame bien… Necesito saber todo sobre esa mujer. Todo lo que Stein recuerde.

Estuvo a punto de añadir que la vida de Sarah podía depender de ello, pero no lo hizo. Confiaba en que Marino entendería la gravedad

de la situación.

—Te llamaré en cuanto sepa algo, Bruzzo. Cuenta con ello.

—Gracias, Marino.

Luca colgó y casi de inmediato llegó un mensaje al móvil.

TE QUEDAN CUATRO HORAS

45

Luca no iba a quedarse de brazos cruzados mientras esperaba a que Marino hablara con Stein. Tenía que haber alguna forma de intentar dar con la Meredith Moore que buscaba.

El único artículo en el historial de búsqueda de Sarah decía lo siguiente:

Meredith Moore, de treinta y cinco años, fue trasladada al Hospital Presbiteriano con daños graves en la médula espinal, pero se encuentra fuera de peligro.

Sin duda, no era suficiente como para encontrarla entre miles de mujeres con ese nombre.

Si Moore tenía treinta y cinco años entonces, hoy tendría cuarenta y siete. Con esa información en mente, Luca se puso manos a la obra. Buscó a ciegas durante más o menos diez minutos hasta que empezó a desanimarse. Sin un orden o una dirección concreta era imposible avanzar. Muchas mujeres eran potenciales candidatas, ¿cómo iba a descartar a cada una de ellas?

Luca se obligó a tomar distancia y a pensar. Si no lo hacía, podía pasar el resto de la tarde navegando por internet sin rumbo fijo, mientras los mensajes del secuestrador en su móvil le recordaban que cada vez tenía menos tiempo.

Se levantó de la silla y caminó por el estudio. No fue sencillo, porque allí todo le recordaba a Sarah. Ese era *su rincón* en la casa, el que, además —sin que él lo supiera— se había convertido en su santuario de creación literaria.

Pensar en Sarah como escritora era…

¡Céntrate!

Había una cadena de hechos irrefutable: el jueves por la noche, Sarah hizo búsquedas en internet sobre el tiroteo en el restaurante, posiblemente como preparación para la reunión que mantendría con

Marino. Allí encontró algunos artículos e hizo una única búsqueda con el nombre de Meredith Moore.

Al día siguiente, cuando fue a casa de Marino, Sarah le preguntó por Meredith Moore, algo que el propio Marino acababa de confirmarle por teléfono. Sin embargo, algo sucede durante la charla: Sarah descubre que las pruebas recogidas aquel día podrían haber sido manipulados por la policía para culpar a DeShawn Miller. Si esto fue así, y Miller no había disparado contra el cliente que perdió la vida, entonces Sarah piensa, y con razón, que sería valioso el testimonio de alguien más que hubiera estado presente en el restaurante. Y entonces piensa en Meredith Moore.

Luca volvió a sentarse y buscó el artículo. Releyó la frase donde se consignaba el ingreso de la mujer al hospital Presbiteriano con una herida en la médula…

Se detuvo en seco en plena lectura.

¡Ahí estaba!

La idea lo golpeó con tal fuerza que casi se cae de la silla de la emoción.

El hospital Presbiteriano estaba a la vuelta de la esquina de la comisaría de Hollywood.

A Luca se le aceleró el pulso. Si conocía a Sarah como creía conocerla, ella habría ido al hospital para intentar obtener alguna información adicional sobre Meredith Moore que le permitiera encontrarla. Era cierto que los hospitales son reacios a dar información de cualquier tipo, incluso a la policía si no disponen de una orden judicial, pero, tratándose de un caso ocurrido doce años antes, quizás Sarah había inventado alguna historia creíble y había conseguido información.

Mientras pensaba en todo esto, Luca bajaba las escaleras para salir de casa. Aunque sólo fuera para descartar la hipótesis, tenía que ir al hospital inmediatamente.

Cuando bajaba con el coche por la pendiente de la casa, el teléfono sonó y casi chocó con un coche que circulaba por la calle. Frenó y cogió el móvil. Era un mensaje del exdetective Marino.

STEIN SE HA IDO A PESCAR. ESTÁ SIN COBERTURA MÓVIL.VOY A BUSCARLO AHORA MISMO.LLEGARÉ ALLÍ EN UNA HORA.

—Vete a la mierda, Marino —dijo Luca mientras dejaba el móvil en el asiento del copiloto.

Marino cada vez le merecía menos confianza. Stein bien podía estar pescando un viernes por la tarde, al fin y al cabo, era un jubilado como el propio Marino, pero no dejaba de resultar sospechoso. Parecía una forma de ganar tiempo.

Y Luca no tenía tiempo.

Aceleró por encima de la velocidad permitida. Si tenía suerte, podría llegar al hospital Presbiteriano en unos treinta minutos. El tráfico era intenso, pero no estaba en hora punta.

Había una cosa que tenía muy clara: si la visita al hospital no resultaba productiva, iría directamente a casa de Marino —o de Stein — y lo colgaría de los cojones hasta que le contara todo lo que sabía.

Conducir al límite de lo permitido, realizando maniobras que no haría en circunstancias normales, le permitió mantener la mente ocupada, atento a lo que sucedía en todos los flancos del coche. Fue así como creyó advertir que un vehículo lo seguía: un coche pequeño de color rojo cuyo modelo no consiguió identificar. Intentó algunas maniobras para despistarlo y por momentos dejó de verlo. Podía ser una casualidad o simplemente un conductor temerario. El coche rojo era el único de toda la marea de vehículos que avanzaba al mismo ritmo que Luca.

Cuando salió de la autopista, lo perdió de vista.

Luca llegó al hospital cuarenta minutos después de haber salido de casa. Un buen tiempo, pero que no serviría de nada si no conseguía algo productivo. Tenía que salir de allí con la información necesaria para contactar con Meredith Moore y saber de una vez por todas si Sarah había hablado con ella.

Aparcó en un área reservada para emergencias, sin estorbar la salida de ambulancias. Un guardia que estaba cerca se dio cuenta enseguida de que era policía y le hizo un gesto con la cabeza. Luca se lo devolvió y entró al hospital a toda prisa. Fue directo al

mostrador de recepción y puso en marcha el plan que había concebido de camino.

—Detective Bruzzo, Policía de Los Ángeles —anunció mostrando la placa—. Necesito hablar con alguien que haya estado trabajando ayer más o menos a esta misma hora.

La urgencia de su voz puso en alerta a las dos recepcionistas al otro lado del mostrador. Una anciana al que estaban atendiendo en ese momento, se llevó las manos al pecho y contuvo la respiración.

Las dos recepcionistas se miraron de forma peculiar. En ese instante, Luca estuvo seguro de que compartieron algún tipo de pensamiento y lo comprobó cuando vio un suave asentimiento con la cabeza por parte de la mayor de las dos.

—¿Ha dicho detective Bruzzo? —dijo la recepcionista mirando la placa a través de unas gafas alargadas.

—Sí.

—¿Qué necesita?

Luca sacó el móvil y buscó una fotografía específica en la que aparecían Sarah, Lily y él en el muelle de Santa Mónica. Los tres sonreían a la cámara.

—Necesito saber si esta mujer estuvo aquí ayer.

—Sí —respondió la mujer con seguridad.

La contundencia de la respuesta lo dejó sin palabras durante un segundo.

—¿Usted habló con ella?

La mujer le pidió a Luca que la acompañara a un lado. Rodeó el mostrador y le señaló con el dedo una zona apartada de la recepción.

—Yo hablé con ella —dijo la mujer mientras se subía las gafas por el puente de la nariz.

En sus ojos se notaba que intuía que aquello era una situación delicada.

—La detective Sarah Tripplehorn es mi mujer —dijo Luca.

La mujer asintió con gravedad.

—¿En qué puedo ayudarle, detective?

—Hasta donde sé, Sarah vino a buscar información de una mujer que fue ingresada en este hospital hace doce años. Se llama

Meredith Moore.

—Eso es correcto.

Ahí estaba otra vez. Una descarga de adrenalina estremeció a Luca. La mujer estaba cooperando, y él debía asegurarse de que siguiera así. Por otro lado, no debía perder de vista que la confidencialidad era un límite que aquella mujer probablemente no estaba dispuesta a sobrepasar.

—Necesito saber qué le contó a Sarah sobre Meredith Moore.

—Mire, detective —dijo la mujer—, no puedo proporcionar información sin consultar antes con los pacientes. No sé si *esto* es alguna especie de estrategia…

Cuando pronunció la palabra *esto*, formó un círculo imaginario haciendo girar el dedo índice.

—No lo es, se lo aseguro. De hecho, es una emergencia.

La mujer suspiró.

—Haré por usted lo mismo que hice por ella, y nada más. Déjeme hablar con su marido y ahora vuelvo.

Su marido.

Sin darse cuenta, la mujer acababa de revelarle algo fundamental. O quizás sí se dio cuenta y Luca la estaba subestimando: Meredith Moore estaba muerta. ¿Por qué otra razón, si no, llamaría al marido y no a ella?

Luca permaneció de pie a un lado de la recepción. La mujer se metió en un cuarto que estaba detrás del mostrador. Tardó apenas cinco minutos en salir, pero para Luca fueron los cinco minutos más largos de su vida.

—He hablado con su marido y me ha autorizado a decirle lo mismo que le dije a ella ayer.

Luca no pestañeaba.

—Meredith Moore siguió siendo paciente de este hospital después de ser ingresada por primera vez. Fue tratada periódicamente por sus problemas de columna hasta que falleció en el año 2002.

Tres años después del tiroteo, pensó Luca.

Meredith Moore llevaba ocho años muerta.

—Una cosa más —dijo la mujer—. El marido me ha dicho que usted lo conoce, que puede llamarlo cuando quiera.

Luca no comprendió.

—¿Cuál es su nombre?

La mujer frunció el ceño, cansada de este juego del que, claramente, no formaba parte.

—Ethan Pierce.

A Luca se le paralizó el corazón.

46

Le temblaban las manos. Estaba de vuelta en el coche, todavía en el aparcamiento del hospital. En su cabeza, repetía una y otra vez el nombre de Ethan Pierce.

La visita a la casa del millonario que los había guiado a la mina abandonada había tenido lugar hacía apenas dos semanas, y Luca empezó a revivir cada detalle de aquel día.

Lentamente, empezó a encajar algunas piezas. No todas, pero sí algunas importantes.

Meredith Moore, la mujer de Pierce, había estado en el restaurante el día del tiroteo. Moore recibió un disparo que le provocó una herida en la médula y que derivó, como le acababa de explicar la recepcionista del hospital, en su muerte, dos o tres años después del incidente.

DeShawn Miller fue condenado a diez años, pero Ethan Pierce esperó pacientemente a que saliera de prisión, lo secuestró y lo mantuvo cautivo en la mina abandonada.

Aquí era donde empezaban a faltar piezas. Pierce había participado en la búsqueda de Miller, cuando las autoridades fueron alertadas de forma anónima de la presencia de alguien que necesitaba ayuda en una de las minas de la zona. Pierce, por supuesto, fue el primero en llegar al lugar y reportar el hallazgo.

Casi se salió con la suya, hasta que Sarah hizo la conexión.

Y ahora estaba secuestrada.

La idea de que Sarah estuviera en manos del hombre que le había provocado a Miller torturas inimaginables era paralizante. Luca debía aferrarse a la posibilidad de que el contexto actual fuera otro y de que Pierce realmente quisiera negociar. Para eso necesitaba a Sarah con vida.

Llegó un nuevo mensaje.

VEN A LA MINA SOLO. SI SE ACERCA ALGUIEN MÁS SARAH MUERE

Si necesitaba alguna prueba de que Pierce estaba detrás de todo, ahí la tenía. La recepcionista del hospital acababa de llamarlo, y Luca recibía este mensaje.

Arrancó el coche. Ahora que sabía que Pierce estaba detrás, debía sopesar seriamente la posibilidad de llamarlo y exigirle hablar con Sarah de nuevo. No podía cederle el control de esta forma e ir a la mina aceptando todas sus condiciones.

Mientras atravesaba la ciudad, recibió una llamada de Marino. Luca dudó si contestar o no. El exdetective no estaba involucrado directamente en el secuestro de Sarah; de todos modos, hablar con él podía ser relevante.

—Bruzzo, soy Marino.

—¿Has podido hablar con Stein?

—Está aquí conmigo. Lo pondré en manos libres.

Luca esperó. Una voz grave salió por el altavoz.

—Detective Bruzzo, me dice Marino que está usted en medio de una situación delicada. Dígame qué necesita saber sobre Meredith Moore.

—¿Qué sabe de su familia?

—Moore se casó con Ethan Pierce, un magnate de bienes raíces del norte de la ciudad. Tuvieron uno o dos hijos. Estaban juntos en el restaurante aquel día y una bala le provocó un daño grave en la espalda. Los médicos creían que, con un trasplante y un tratamiento de rehabilitación, volvería a caminar como antes.

—Eso no sucedió —dijo Luca—. Moore murió un par de años después de aquello.

Un breve silencio.

—No lo sabía —dijo Stein.

—¿Qué puede decirme de Pierce?

—No mucho. Creo que lo vi una vez, durante la investigación. Mayormente hablábamos con sus abogados.

—¿Sus abogados?

—Así es. Se involucraron mucho. Querían una condena.

Luca repartía su atención entre el tráfico de la autopista y lo que le decía Stein. La implicación de los abogados de Pierce seguramente había sido decisiva a la hora de obtener una condena injusta contra Miller.

—Querían la pena de muerte, ¿verdad?

—Sí.

Luca no se molestó en confirmar lo que ya sabía: que no había ninguna prueba para incriminar a DeShawn. Los diez años de encierro habían sido un premio consuelo para todos ellos.

Pero claro, personas como Pierce, evidentemente no se conforman con el premio consuelo, y cuando DeShawn salió de la cárcel, lo secuestró y lo encerró en una mina abandonada, donde lo torturó hasta matarlo.

—Creo que eso es todo, Stein. Agradécele a Marino de mi parte.

Luca cortó. Tenía que decidir dos cosas antes de llegar a las montañas de San Gabriel. La primera: cuándo se pondría en contacto con Ethan Pierce para exigirle hablar con Sarah de nuevo. La segunda: cuándo hablaría con Cynthia sobre lo que estaba a punto de hacer; no iba a subir a la mina sin que nadie supiera dónde estaba. En otras circunstancias quizás lo habría hecho, pero ahora debía pensar en Lily, que en ese momento estaría en casa de su tía, disfrutando de una tarde como cualquier otra, mientras su madre estaba secuestrada y su padre hacía de llanero solitario.

Treinta minutos después, Luca llenaba el depósito en una gasolinera en las afueras de la ciudad. Aprovechó para comprar una linterna a pilas, más potente que la que tenía en el coche, la mochila más barata que encontró, una botella de agua y cuatro barritas energéticas. Comió dos de las barritas en el coche y guardó las otras dos.

Llegó a Soledad Canyon Road cuando todavía el sol estaba alto sobre las montañas que rodeaban el valle. Ignoraba si había un camino más directo para llegar a la mina, pero no iba a arriesgarse a perderse. Prefirió hacer el mismo recorrido que Cynthia y él habían hecho dos semanas atrás con Pierce.

Pasó junto al camino que llevaba a la propiedad de Pierce, rodeada de viñedos, y más o menos un kilómetro y medio después

llegó al camino de tierra que ascendía por la montaña. Apenas empezó a subir la pendiente, comprendió que el Crown Victoria tendría serias dificultades para llegar hasta donde Pierce había llegado con el Jeep. Ya en la segunda curva, el vehículo tuvo que echar mano de toda su potencia de tracción trasera para poder avanzar. Había recorrido menos de un kilómetro cuando Luca se convenció de que lo mejor sería seguir a pie. Además, prefería que Pierce no lo oyera llegar. Había llegado a una zona amplia donde había espacio suficiente para dejar el coche y poder maniobrar después para dar la vuelta.

Guardó la linterna y las barritas energéticas en la mochila. Se quedó un segundo parado junto al coche, pensando en que la próxima vez que se montara en él tenía que ser con Sarah. Miró a través del parabrisas a los asientos vacíos. Casi pudo ver a los tres miembros de la familia durante alguno de los viajes que habían hecho juntos, cantando canciones de Roxette o jugando a las adivinanzas.

Le dolía demasiado pensar en su familia; en ese triángulo perfecto que habían formado y que podía estar a punto de romperse para siempre.

Empezó a caminar por la pendiente. Por lo menos, en ese tramo no había posibilidad de desviarse, y sin embargo el miedo a equivocarse de camino empezó a hacerse cada vez más real. En un momento pasó junto a un hierro retorcido que le resultó familiar y se quedó mirándolo, recordando la explicación de Pierce sobre los carros que se usaban para transportar el mineral años atrás.

El recuerdo que tenía de la travesía anterior era que aquella parte del trayecto les había llevado más o menos media hora. Considerando que él había tenido que dejar el coche más lejos que Pierce, entonces ese tiempo podía aumentar a cuarenta minutos, o incluso más.

Cuando consiguió divisar a lo lejos el valle de Santa Clarita, confirmó que al menos iba en la dirección correcta. Recordaba perfectamente haber visto la misma estampa junto a Pierce y a Cynthia. A propósito de su compañera, sabía que no podía demorar más el momento de decirle dónde estaba. Analizó la posibilidad de

llamar a Danny, pero la descartó. El capitán tenía otro tipo de responsabilidades y no quería ponerlo en una situación comprometida.

Se quitó la mochila y buscó el móvil. Llamó a Cynthia y esperó varios segundos hasta oír el tono de espera.

—Luca. Aquí estoy.

La voz de Cynthia no transmitió desesperación, sino una calma absoluta.

—Cynthia, voy ahora mismo a la mina abandonada donde encontraron a Miller. No me preguntes nada ahora.

—¿Qué necesitas, Luca?

—Si en dos horas no tienes noticias mías, ven a buscarme.

—¿Estás seguro? Puedo ir ahora mismo; tendré cuidado.

—Dos horas, Cynthia. Por favor.

—Luca, si de verdad quieres que haga eso, dime adiós, Cynthia. Cualquier otra cosa que me digas, y voy para allá ahora mismo.

—Adiós, Cynthia.

Luca cortó.

Aún no había guardado el móvil en la mochila cuando el aparato volvió a sonar. En la pantalla apareció el número desconocido del que habían llegado los mensajes de Pierce. Sólo que esta vez era una llamada.

Contestó. No podía ser casualidad que…

—¿Con quién acabas de hablar?

La voz de Pierce sonó tranquila y cordial. Evidentemente el tipo lo estaba observando desde alguna parte, probablemente con prismáticos.

Luca no estaba preparado para dar una respuesta convincente.

—Nadie va a interrumpirnos, Pierce —dijo Luca—. Es sólo un seguro por si…

—¿En cuánto tiempo vendrán a buscarte, Bruzzo?

—En dos horas.

—Te dije que no hablaras con nadie.

—Tenemos dos horas para hablar de lo que quieras. Te lo juro por mi hija, Pierce.

Se produjo una breve pausa.

—Felicitaciones, Bruzzo, acabas de matar a Sarah.
La comunicación se interrumpió.

47

Felicitaciones, Bruzzo, acabas de matar a Sarah.

Se quedó con el móvil en la mano, consciente de que Pierce debía de estar observándolo desde algún punto elevado, porque de otro modo no podía haberlo llamado apenas un instante después de que cortara con Cynthia. Aun así, era incapaz de moverse. Tenía que actuar con normalidad. Era una forma de amedrentarle… Tenía que serlo. Si Sarah estuviera muerta, Pierce perdería su capacidad de negociar con él.

Además…

Luca sintió cómo la oscuridad eclipsaba sus pensamientos.

Felicitaciones, Bruzzo.

Le ordenó a sus pies que se pusieran en movimiento, pero estaban clavados en la piedra. Intentó buscar a Sarah en sus pensamientos, conectar con ella, sentirla, como cuando volvía a casa cada día deseando verla. Y allí estaba esa oscuridad creciente, un abismo de soledad, de miedos.

En un arrebato marcó el número que acababa de llamarlo. El tono de llamada sonó, distante, y, con cada repique, llegó la convicción de que Pierce no iba a contestar, de que su amenaza iba en serio.

Acabas de matar a Sarah.

Escribió un mensaje, sus dedos temblando:

VOY EN CAMINO. NADIE VA A INTERRUMPIRNOS
NO LE HAGAS DAÑO. HARÉ LO QUE ME PIDAS.

Estaba desesperado. Ya no pensaba con claridad. ¿Por qué no pensó que Pierce podía estar observándolo desde alguna parte? Ahora, ni siquiera se atrevía a levantar la vista.

Acababa de poner en peligro la vida de Sarah. ¿En qué estaba pensando? Sólo hubiese sido cuestión de ocultarse en algún sitio

para hacer la llamada, fingir que orinaba en una esquina o atarse los cordones.

Una voz interior intentaba convencerlo de que Pierce era una persona inteligente, que no haría nada fruto de un arrebato del momento. Si quería hablar con él y negociar, lo haría. ¿Por qué iba a matarla?

Pero entonces pensaba que Pierce era el mismo que había secuestrado a Miller y lo había torturado sistemáticamente durante seis meses, quemándole las piernas con ácido, entre otras barbaridades inimaginables. ¿Podía esperar sensatez de alguien capaz de eso? Con los recursos que tenía a su disposición, Pierce podría irse del país en cinco segundos sin dejar rastro; de hecho, podía estar haciéndolo ya.

Todavía le quedaba media hora de caminata en subida para llegar a la mina. Podía intentar acelerar el paso o subir el resto del camino trotando suavemente, pero corría el riesgo de llegar demasiado cansado, y eso era peligroso. No sabía con qué iba a encontrarse al llegar.

El sol se ocultaba tras las montañas. En pocos minutos tendría que usar la linterna. Habiendo sido descubierto por Pierce, ya no le importaba.

Lo único importante para él era aferrarse a la idea de que Pierce estaba jugando con él, de que Sarah no estaba muerta.

No podía estar muerta.

Era imposible.

Sarah no podía morir.

Empezó a ascender por la pendiente, en un tramo pronunciado que lo llevaría directamente a la mina abandonada.

Sarah *debía* estar viva.

El sendero era estrecho, con maleza crecida a ambos lados.

Cuando Luca casi divisaba la cima de la montaña, la oscuridad era casi total. Sacó la linterna y la encendió. No le preocupaba que Pierce lo viera acercarse; de hecho, prefería que fuera así.

Llegó a la explanada. El viento era más intenso allí arriba y traía consigo el hedor que salía de la mina. Luca movió el haz de la

linterna de un lado a otro: la hierba crecida, la boca de la mina, la superficie rocosa… No había nadie allí.

Además, si Pierce estaba en la mina, ¿dónde había dejado el Jeep? ¿Quizás en otro camino?

Lo que estaba claro era que Pierce estaba cerca, porque lo había visto desde algún sitio mientras él hacía la llamada.

Luca palpó el arma que llevaba en la funda del cinturón. Desenfundar podía inquietar a Pierce, así que no lo hizo. El millonario podía estar escondido con uno de esos aparatos de visión nocturna.

—¡Pierce! Aquí estoy —dijo Luca con las dos manos en alto.

Estaba a unos cinco o seis metros de la mina, cuya puerta metálica estaba cerrada.

Esperó un minuto. Una eternidad.

—¡Pierce!

Miró el móvil. No tenía ningún mensaje.

Se acercó a la mina.

—¿Sarah?

Era evidente que ni Pierce ni Sarah estaban allí. O bien todo había sido un engaño con quién sabe qué propósito o…

No iba a pensar en esa posibilidad.

Sarah estaba en alguna parte, esperándolo, por supuesto, porque tenían una vida por delante llena de momentos felices. Sarah debía ver crecer a Lily y además terminar de escribir *Sonrisas de porcelana*, la novela que Luca había descubierto por casualidad. ¡Tenían tantas cosas para hablar!

Se acercó a la mina lo suficiente para advertir que había algo al otro lado de la puerta de barrotes: un trozo de tela. Cuando lo iluminó con la linterna, las piernas le temblaron. Era el jersey celeste de Sarah.

Sin pensarlo, metió el brazo entre dos de los barrotes y lo cogió. El olor nauseabundo de la mina era más intenso allí y Luca se llevó el jersey a la boca, no para mitigar el hedor, sino porque necesitaba oler a Sarah; y allí estaba ella, entrando por sus fosas nasales y provocando un millón de sensaciones.

—¡Sarah! —gritó hacia el interior de la caverna.

Su voz se multiplicó en cada rincón.

Al igual que la otra vez, la puerta de barrotes no tenía candado ni cerrojo. Luca la abrió. Ahora tenía el jersey de Sarah alrededor de la boca y la nariz. Aun así, el olor nauseabundo de la mina no había superado los restos del perfume floral de Sarah.

Luca iluminó el túnel con la linterna. Las salientes de piedra se convirtieron en dientes negros que amenazaban con devorarlo.

El silencio era absoluto. Al final de la galería principal estaba el gancho en el que Pierce había mantenido inmovilizado a Miller, que ahora brillaba cada vez que Luca lo iluminaba.

No había nadie allí. ¿Qué clase de mente era capaz de planificar un juego tan macabro?

Luca llegó al final de la galería, donde estaba la bifurcación. Sabía que lo mejor que podía pasar era que Sarah no estuviera allí, que la cita en la mina abandonada tuviera algún otro propósito que él no alcanzaba a comprender.

¿Para qué ha dejado el jersey?

El corazón le latía con fuerza. No se atrevía a ir más allá de la bifurcación. Si no encontraba a Sarah allí, podía no volver a verla nunca; Pierce se habría marchado quién sabe dónde sin más pista que ese jersey. ¡Por eso no estaba su coche!

Luca estaba a punto de perder la razón.

Entonces recordó a George Allen, el jefe de Alyssa en el FBI, cuando los tres colaboraron juntos en los crímenes de Hollywood. Ahora entendía que nunca había llegado a comprender la experiencia por la que había pasado George. No del todo. George, que había tenido que recorrer los metros finales de un escenario tan estrambótico como este para descubrir el cadáver de su ser más querido sobre la tierra.

Ahora Luca se asomaba a esa misma oscuridad. Podía sentir la ausencia de Sarah como algo real. Sólo ahora entendía de verdad a George, que lo había dejado todo después de tocar fondo.

Luca estaba a un metro del final de la galería. El tiempo se había detenido. El haz de la linterna temblaba.

Cerró los ojos. Suspiró, llenando los pulmones del perfume de Sarah que quedaba en el jersey.

Dio el último paso. Abrió los ojos al tiempo que giraba la cabeza hacia la bifurcación de la derecha.

La mina estaba vacía.

Salvo…

Movió la linterna y las sombras danzaron enloquecidas. Al fondo, había una figura en el suelo.

Sarah.

Felicitaciones, Bruzzo. Acabas de matar a Sarah.

Se arrancó el jersey de la boca. Su primera reacción fue gritar, pero sólo salió un hilo de voz.

—Sarah.

La desesperación se apoderó de él. Otra vez acudió a su cabeza la imagen de George Allen, arrodillado junto al cadáver de su hija, abrazándola y meciéndose con ella, convencido de que todo iba a salir bien, cuando en realidad todo había terminado para él.

Dos historias. Un mismo final.

De alguna forma consiguió llegar hasta el final de la galería, flotando en aquel maloliente túnel de piedra.

Tenía la vista fija en el cuerpo de Sarah, tendida de lado, con un brazo estirado sobre y con el cabello desparramado encima.

Quizás no es ella, fantaseó.

—Sarah.

No había sangre, sólo un cuerpo inmóvil tendido, como si descansara.

Sarah duerme.

Se arrodilló a su lado.

Justo en ese momento, escuchó el inconfundible sonido de la puerta de metal al cerrarse.

48

Estiró la mano para apoyarla sobre el brazo de Sarah.

Había dejado la linterna en el suelo, por lo que en la parte de atrás de la mina se proyectaba una sombra monstruosa que acompañaba cada uno de sus movimientos.

La piel del brazo de Sarah estaba templada, tan cálida y reconfortante como siempre.

Luca sollozó de forma incontrolable. Buscó el pulso en la muñeca y allí estaba, estable, firme.

Se inclinó sobre Sarah y la abrazó, sus rostros tocándose, la respiración de ella en su mejilla, pausada y constante.

Sarah estaba viva. Luca examinó su cuerpo en busca de alguna herida. No encontró ninguna.

—Sarah está dormida —dijo la voz de Pierce desde el otro extremo de la galería.

Luca se incorporó. Una llamarada lo quemó por dentro; instintivamente, sacó el arma de la funda. Avanzó agachado hasta el recodo.

Se asomó.

La linterna seguía encendida, por lo que Pierce, que estaba sentado en una silla en la parte exterior de la mina, pudo verlo de inmediato.

—Hola, Bruzzo. Tenemos que hablar.

Luca dejó de ocultarse y salió a la galería principal. No era fácil avanzar agachado y apuntando con el arma a Pierce, pero Luca no fallaría un disparo desde esa distancia. A lo sumo, el hijo de puta tendría la suerte de que la primera bala rebotara en los barrotes que se interponían entre ellos. La siguiente le volaría la cabeza.

—Acércate.

Pierce estaba sentado en una de esas sillas plegables de playa. Llevaba una mascarilla y una sudadera. Tenía las manos en el regazo, ocultas.

Luca, ahora lo suficientemente cerca de la puerta, vio que había un candado que antes no estaba.

—Sarah está dormida —repitió Pierce—. Se tomó un sedante voluntariamente. Despertará en un rato. Nunca quise hacerle daño, y lamento haber inferido lo contrario para que vinieras hasta aquí.

Luca sostenía el arma delante de su cara. Todavía estaba asimilando el descubrimiento de Sarah con vida, dormida y sin ningún rasguño.

Dormida.

—Vamos, Bruzzo, hablemos como personas sensatas. Ponte la mascarilla.

Pierce señaló algo en el suelo, en el interior de la mina: dos mascarillas como la que él llevaba puesta. El hedor era insoportable, pero Luca se sentía incapaz de soltar el arma.

—Trae a Sarah cerca de la puerta —dijo Pierce—. Aquí respirará mejor. Y nosotros vamos a tener que hablar un buen rato.

Sarah.

Luca odiaba darle la razón a Pierce, pero era cierto que allí el aire era mucho más respirable. Guardó el arma.

Trasladar a Sarah le llevó varios minutos. No quería que ninguna parte de su cuerpo golpeara accidentalmente contra una roca saliente, y moverla sin poderse enderezar del todo resultó complicado. Cuando llegó con ella a la puerta, la apoyó con cuidado contra la pared lateral, todo bajo la atenta supervisión de Pierce. El hombre se levantó de la silla en ese momento y le tendió algo entre los barrotes. Era una de esas almohadas circulares para dormir en los aviones.

—Como verás, la he tratado muy bien.

Luca se quedó mirando la almohada y finalmente la cogió. Se la colocó a Sarah alrededor del cuello y le apartó el pelo de la cara. Ella dormía plácidamente, casi sonriente; su respiración era pausada y estable. Luca se habría quedado mirándola eternamente, todavía abrumado porque estaba con vida, no importaba demasiado que estuvieran encerrados en una mina con un psicópata en la parte de afuera.

El pensamiento anterior hizo que se le cortara la respiración. Pierce se dio cuenta.

—¿Crees que Sarah estaría mejor en el fondo de esta cueva? Ya te he dicho que no voy a hacerle daño. Ni a ella ni a ti. Venga, al menos ponle la mascarilla.

Luca cogió las dos mascarillas del suelo, le colocó una a Sarah y se puso la otra.

—Excelente —dijo Pierce—. Tenemos más o menos una hora y media para hablar, ¿no es así?

—Sí.

—Bien. Ponte cómodo, porque creo que tú y yo necesitamos llegar a un entendimiento.

Luca empezaba a pensar que Pierce hablaba en serio cuando decía que no iba a hacerles daño, que no se trataba de una estrategia cuyo propósito Luca no alcanzaba a ver. Su objetivo principal era que Sarah siguiera con vida y volviera a casa sana y salva; haría lo que fuera necesario para cumplirlo. Si eso suponía hablar como si fueran amigos de toda la vida con un millonario desquiciado, lo haría.

Luca se sentó entre Sarah y la puerta.

Pierce había vuelto a sentarse en su silla de playa. Ahora soplaba una brisa que mecía las plantas rastreras y Pierce se quitó la mascarilla.

—Tenía veinticinco años —dijo mientras la luna se reflejaba por primera vez en sus dientes, al esbozar una sonrisa—. Yo trabajaba como directivo en una de las empresas de mi padre; ser rico a esa edad puede ser algo bueno si sabes cómo manejarlo, y yo supe hacerlo. Nunca me gustó la noche ni perder el tiempo en estupideces; tenía muy claro que quería una vida próspera y una familia, y creía que había encontrado a la mujer de mi vida: ella pertenecía a una familia de buena posición, teníamos gustos en común, frecuentábamos los mismos círculos, nuestros padres eran amigos y juntos teníamos un montón de planes. No vivíamos juntos por decisión propia; nos gustaba la vida de novios. Cada uno estaba en su casa durante la semana, y el fin de semana ella venía a mi piso o yo al suyo. Mira, Bruzzo, no te haces una idea de lo feliz que

era cada sábado cuando me despertaba e iba caminando hasta una floristería que estaba a dos manzanas de mi casa. Me quedaba media hora eligiendo las flores con la ayuda de la dependienta, cada día un ramo diferente. Después, iba con el ramo en la mano, sintiéndome realmente bien. Fueron casi seis meses así, hasta que ambos entendimos que algo tenía que cambiar.

Pierce se detuvo. Se quedó mirando a Luca.

—Tú amas a tu mujer, Bruzzo —dijo Pierce—. ¿Te imaginas el giro que dio esta breve historia que acabo de contarte?

Luca negó con la cabeza.

—Merry, la mujer de la que me enamoré perdidamente, no era la chica de mi clase social, sino la florista que cada sábado me ayudaba a elegir las flores. Sábado tras sábado, cuando le hablaba de los gustos de mi novia para que ella me aconsejara mejor, sin darme cuenta, nos fuimos conociendo. Tardé un tiempo en darme cuenta de que ella era la razón por la que empezaba el día de tan buen humor. Empecé a pasar más tiempo en la floristería, a interesarme por ella, a preguntarle por su vida, por su realidad. Hacia el final, salía de la floristería con la clara sensación de que lo mejor del día había quedado atrás. Con Merry me casé, tuve hijos, viajamos mucho, y fue la única mujer que amé. Mírame, Bruzzo, no tengo que explicarte que soy un tipo raro. Ya sabes lo que he hecho, y ahora me ves aquí, sentado en una silla en plena noche, hablándole a un detective y a su mujer dormida.

Pierce rio amargamente.

—Nada debía terminar así —dijo negando con la cabeza—. Pero te diré una cosa: el origen de todo esto está en ese maldito tiroteo. Dime lo que ya sabes de aquel día. No quiero que esto sea un monólogo.

—No sé demasiado, Pierce. Ese no era el foco de mi investigación. Por lo que tengo entendido, nunca se supo bien lo que pasó, y a DeShawn Miller le cayeron diez años porque tus abogados presionaron para que lo condenaran. Pero él no disparó.

Pierce se quedó mirándolo. Por primera vez, Luca vio un vacío en su mirada.

—Es cierto que hubo presiones —dijo Pierce, al fin—. También es cierto que los inútiles de tus compañeros no pudieron probar nada. Pero te diré qué es lo que no es cierto.

Pierce se quedó callado durante casi un minuto.

—Yo estaba allí, Bruzzo; Merry y yo habíamos ido a comer pizza, como tantas otras veces, y ella estaba particularmente feliz porque iba a abrir una nueva floristería. ¿Sabes? Yo podría haber financiado cien floristerías como esa, pero ella nunca me pidió un céntimo. Le llevó muchísimo tiempo ahorrar y esforzarse para tener su propio negocio, y ese día, después de darle muchas vueltas, había decidido que abriría una sucursal. Me invitó a comer pizza para contármelo. Merry era dueña de sus decisiones, y eso me encantaba. Yo la amaba así, y ella me amaba a mí con todas mis rarezas y particularidades. Como te he dicho antes, no soy un tipo convencional.

Luca de vez en cuando miraba a Sarah, que seguía durmiendo plácidamente, pero su atención estaba fija en Pierce. Empezaba a entender la psicología de aquel hombre, o eso creía.

—Ese hijo de puta le disparó a mi Merry, Bruzzo. Nadie me lo contó, ninguna prueba de balística, ningún testigo; yo lo vi con mis propios ojos. El otro tipo, Sparks, era el líder de los dos delincuentes, eso es cierto, y todas las miradas estaban puestas en él porque era el más alterado, se paseaba entre las mesas, vociferando y blandiendo el revólver. También es cierto que él fue el primero en disparar y el que provocó el caos total, así que, en lo que a mí respecta, el cabrón se merecía lo que le pasó. El policía que estaba allí intervino y disparó contra Sparks, que intentó defenderse con varios disparos más. Pero en esa confusión, Miller no se quedó atrás y también disparó, y no lo hizo hacia el techo, sino hacia donde estábamos nosotros. Merry y yo nos habíamos escondido detrás de una mesa, fuera de la línea de fuego de Sparks, pero no de Miller. El destino quiso que mirara justo hacia ese desgraciado cuando apuntó hacia nosotros. La bala se incrustó en la espalda de Merry y el grito fue desgarrador.

Hizo una pausa. Parecía revivir aquel momento en su cabeza.

—Lo siento, Pierce. Nadie merece algo así.

El hombre asintió.
—Pero lo peor vino después…

49

—Merry estuvo más de dos meses en el hospital —dijo Pierce—. Fueron momentos difíciles, porque la posibilidad de que no pudiera volver a caminar siempre estuvo ahí, pero ambos afrontamos el proceso con optimismo. La operaron tres veces. La trataron los mejores médicos. Merry era una luchadora, siempre optimista; si había alguien capaz de salir airosa de esa batalla, era ella. ¿Sabes cómo acabó?

—No pudo volver a caminar.

Pierce asintió. Volvió a sonreír.

—Para Merry, una silla de ruedas no era un problema. Podría haber subido a esta montaña en silla de ruedas, o a cualquier otra. El problema fueron los dolores; dolores tan intensos en las piernas que le quitaron por completo las ganas de vivir. Casi tres años con dolores, probando todo tipo de tratamientos, mientras que lo único que funcionaba era la sedación profunda. Merry, que había sido la mujer más alegre y resuelta que he conocido en mi vida, solo encontraba paz cuando las drogas la convertían en una figura marchita doblada en su silla de ruedas. No pudo seguir adelante con la floristería, ni disfrutar de nuestros hijos, que tuvieron que grabar a fuego esa imagen degradada de su madre. No era el infierno, Bruzzo. Era peor que el infierno.

Pierce tenía el rostro transformado, los ojos llenos de ira puestos en el pasado. Luca no podía justificar lo que aquel hombre había hecho, pero en ese momento entendía el dolor que habían atravesado él y su mujer.

—Me decía que era como tener las piernas sumergidas en ácido. No podía dormir, se despertaba gritando de dolor. La amputación no era una solución, porque la fuente del dolor no estaba en las piernas, aunque para ella se manifestara allí. Lo único que Merry quería era morirse, y era yo el que intentaba convencerla de que luchara un poco más, que encontraríamos al médico que la curara

definitivamente. Me han timado varias veces; médicos de muchos países con promesas vacías. Probamos todo, incluso a los curanderos. Eso nos permitió seguir adelante, alimentando la esperanza. Mientras tanto, Merry era la que sufría. «¡Son como ratas, Ethan!», me decía. «Ratas que se suben a mis piernas y me muerden todas a la vez». Nunca me desentendí de ella; la cuidé hasta el último día. Escuché cada grito de dolor, cada súplica desesperada, cada llanto y cada reproche de mis hijos. Lo hice durante tres años, hasta que su vida se apagó. Una vida que estaba predestinada a ser dichosa y feliz, que se transformó en un suplicio… Y todo por una bala disparada irresponsablemente. Por un *descuido*.

—Pierce, ¿de verdad crees que eso justifica lo que has hecho?

—Francamente, Bruzzo…, no lo sé. Lo único que sé es que Merry fue una víctima inocente, que ese hijo de puta de Miller disparó su arma y la condenó a un sufrimiento que no le deseo a nadie, salvo a él. Diez años en una cárcel con todo tipo de comodidades no es nada comparado con lo que sufrió Merry. Si me preguntas a mí, es una balanza bastante desequilibrada.

—Si hubieran probado que él disparó…

—Pero no lo hicieron, Bruzzo. Ahí está el quid de la cuestión. No probaron nada y le cayeron sólo diez putos años. El tipo salió como si nada, cuando mi Merry estaba enterrada. ¿Me preguntas si justifico lo que hice? La respuesta es que sí. Podría haber contratado a cualquiera para que le pegara un tiro en la cabeza a ese hijo de puta, pero eso tampoco habría sido justo. Yo no empecé esto, Bruzzo. Lo empezó él. Lo empezó el sistema. ¿Crees que disfruté con el sufrimiento de Miller? ¿Que me hacía gracia venir cada día a esta mina para hacerle sentir una parte de lo que sintió Merry? No. Pero era lo que había que hacer. Hubiera preferido estar con ella, viajando, escuchándola hablar de sus flores, de sus hijos, de su vida hermosa. No pude.

Pierce, que había estado hablando la mayor parte del tiempo con la vista puesta en el cielo o en las montañas, miró a Luca fijamente.

—Volví a casarme con otra mujer, tengo muchas cosas, pero al mismo tiempo no tengo nada. Sin Merry, una parte de mí también

murió —Pierce se encogió de hombros—. No creas que me importa demasiado lo que pase conmigo. Estoy en paz con lo que hice.

—¿Por qué dejaste el espejo, Pierce?

Aquello le arrancó una sonrisa.

—El espejo… Supongo que sin ese espejo tú no estarías aquí. No sé si eso es bueno o malo.

—Es malo para mí.

Pierce se rio.

—Supongo que sí. Se suponía que nadie debía encontrar a Miller, pero de alguna forma eso pasó y recibimos una llamada alertando del hallazgo. Como miembro del equipo de búsqueda, fui uno de los primeros en enterarme, como bien sabes, así que pude llegar primero. Para entonces, había un helicóptero sobrevolando la zona, por lo que deshacerme del cuerpo era inviable. El plan del espejo no lo pensé en ese momento; se me había ocurrido antes, como contingencia.

—¿Habías leído el caso de Amanda en el periódico?

—Sí. Lo seguí con cierto interés en su momento. Años más tarde, cuando salió un artículo que hablaba del espejo, retuve el detalle porque mi madre me dejó uno parecido al morir.

—Entonces, la piedra con las iniciales EB también la dejaste tú. Miller nunca dejó ningún mensaje.

—Exacto. Fue un detalle adicional que los investigadores del sheriff nunca encontraron. Cuando vinimos aquí contigo y con tu compañera, fue un alivio que la encontrarais.

—La idea era desviarnos en una dirección completamente diferente. Intentar vincular el crimen de Miller con el de Amanda.

—Imaginé que un asesinato que llevaba tanto tiempo sin resolverse os metería en un laberinto sin salida. Si alguien hacía la conexión entre Miller y mi mujer, yo sería el primero en la lista de sospechosos. Los dos de la oficina del sheriff no me preocuparon lo más mínimo; ni siquiera encontraron la piedra con las iniciales. Pero cuando tú y tu compañera llegasteis a mi casa y me pedisteis venir aquí, supe que estaba en problemas.

—No fuimos nosotros los que descubrimos la conexión…

Luca observó a Sarah. ¿Cuánto tiempo tardaría en despertar? Ni siquiera tenía demasiada conciencia del tiempo que llevaban en la mina.

—Pero podríais haberlo hecho. Me asusté, y con razón. Os investigué a ti y a Cynthia Santos, incluso contraté a alguien para que os siguiera. No voy a negarte que también tengo algún que otro amigo en el departamento. La idea era poder adelantarme si descubríais algo. Cuando Sarah me llamó por teléfono para hablar de lo ocurrido aquel día, reconocí su nombre de inmediato, porque tenía toda la información de tu familia. No entendía por qué me llamaba ella y no tú.

—Me estaba ayudando a reconstruir aquel día.

—Ahora lo entiendo. Pero en ese momento me descolocó. Llegó a mi casa y estoy casi seguro de que al principio no había hecho la conexión. Pensó que hablaba con el viudo de una de las víctimas de aquel día. Pero de repente algo cambió; lo vi en sus ojos. No estaba preparado para que sucediera algo así. Si ella había dado conmigo, tú también lo harías. ¿Ahora entiendes por qué estás aquí, Bruzzo?

—Creo que sí.

—¿Entiendes por qué tenía que ser así?

Luca asintió.

—Dime qué sentiste, Bruzzo. ¿Cómo ha sido la sensación de perder a Sarah? ¿Pensar que no ibas a volver a verla?

—Vamos, Pierce. No hagamos esto.

—Necesito que me lo digas.

—No sé cómo hubiera seguido adelante —dijo Luca—. Supongo que hubiera encontrado la manera, por mi hija. Sarah no se habría merecido terminar así.

—¡Exacto! ¿Y qué habrías pensado de mí, Bruzzo? Si le hubiera hecho daño a tu mujer; si te la hubiera arrancado de tu vida para siempre. De tu vida y de la de Lily. ¿Qué me habrías hecho?

Luca suspiró tras la mascarilla.

Pierce se levantó de la silla.

Metió la mano en el bolsillo del pantalón. Antes de que Luca pudiera reaccionar y coger su pistola, vio que Pierce sostenía una llave entre los dedos.

—No voy a haceros daño —dijo Pierce—. Ni a ti, ni a Sarah. No soy un monstruo.

Pierce se inclinó y dejó la llave dentro de la mina.

—Sólo quiero seguir adelante con mi vida. ¿Acaso no es lo que queremos todos? Piensa en todo lo que te he dicho. Tienes a Sarah para compartir el resto de tu vida con ella y ser feliz. Yo no he tenido esa suerte. Adiós, Bruzzo.

Pierce plegó la silla en la que había estado sentado y se marchó caminando despacio, sin volverse. Luca se quedó mirándolo con incredulidad hasta que desapareció por la pendiente. Miró la llave que tenía al alcance de su mano, resplandeciente como un espejismo. Se volvió hacia Sarah y la abrazó.

50

Luca metió la llave en el candado, que se abrió con un suave *clic*. Empujó la reja con el pie y se quedó mirando la explanada. Al salir de la mina, se detuvo en el mismo sitio donde había estado Pierce un minuto antes. Podría haberlo seguido, e incluso alcanzado, pero su prioridad en ese momento era Sarah, que seguía durmiendo apoyada en una de las paredes de la mina.

Se quitó la mascarilla y respiró el aire frío de la noche. Sabía que allí no corrían peligro, pero tampoco iba a esperar a que Sarah se despertara. Podían pasar varias horas, y él necesitaba hablar con Cynthia cuanto antes. Se planteó bajar hasta tener cobertura en el móvil y luego regresar, pero descartó la idea nada más pensarla. No iba a separarse de Sarah ni un segundo.

Se acercó a ella, le quitó la mascarilla y la cogió en brazos, como había hecho un rato antes para traerla desde el fondo de la mina, pero ahora para salir de allí de una vez por todas. Sarah pesaba poco más de cincuenta kilos; pretender subir la montaña con ella en brazos sería ridículo, pero ahora sólo tenía que bajar. Llegar hasta el coche no le resultó imposible; quizás sería una de esas situaciones en las que una madre levanta un coche para salvar a su hijo.

Antes de marcharse, dejó a Sarah sentada en el exterior de la mina y volvió a entrar. La recorrió entera, guardó la linterna en la mochila —tendría que valerse únicamente de la luz de la luna para bajar— e hizo lo propio con el candado que Pierce había dejado en la reja. Antes de irse de forma definitiva echó un vistazo a los alrededores, como un huésped que observa por última vez la habitación del hotel para comprobar que no se ha dejado nada.

Bajar con Sarah en brazos fue incluso más fácil de lo que había previsto; al menos al principio. La única precaución que debía tener era examinar con cuidado dónde pisaba, pues su visión cercana se había reducido. La espalda empezó a dolerle antes que los brazos, pero nada que no pudiera solucionarse con una parada de unos

minutos. De hecho, se obligó a hacer la primera parada cuando llevaba unos veinte minutos de travesía, aunque podría haber seguido sin problemas. Comprobó la cobertura del móvil y sonrió al ver que tenía dos rayas.

Llamó a Cynthia.

—Estoy en camino —se atajó ella.

—Cynthia, no hará falta que vengas—dijo Luca con calma.

—¿De verdad? Mira que…

—De verdad. Todo se ha solucionado de la mejor manera.

—Me alegra oír eso, Luca. No sabes cuánto.

—Lo sé. Gracias por estar pendiente.

—De nada. ¿Me dirás si necesitas algo?

—Por supuesto.

Se despidieron bajo la promesa de volver a hablar a primera hora del día siguiente.

A continuación Luca llamó a Jennifer, que le dijo que en ese momento Lily jugaba con sus primas. A Luca se le encogió el estómago al imaginar cómo sería un mundo donde él tuviera que ir a buscar a Lily sin Sarah, para luego explicarle que no la volvería a ver nunca más.

Luca le dijo a Jennifer que estarían allí en menos de dos horas, que el asunto de trabajo de Sarah se había extendido más de lo esperado.

—Así que tengo un asunto de trabajo.

Luca se giró. Sarah seguía sentada contra la roca, donde la había dejado; solo que ahora su cabeza no estaba ladeada, sino erguida. Sonreía con expresión somnolienta.

Él se acercó y se arrodilló a su lado.

—¿Cómo estás?

—Un poco cansada.

Luca la abrazó.

—¿Dónde estamos?

—Calculo que a una media hora del coche.

Ella se apartó con suavidad.

—A ver si puedo ponerme de pie.

—¿Estás segura?

—Claro.

Sarah extendió el brazo para que Luca lo sujetara y tirara de él. Con un movimiento rápido, consiguió levantarse.

—¿Dónde está Pierce?

Luca señaló hacia delante.

—Se ha ido hace un rato; simplemente nos ha dejado ir.

Sarah frunció el ceño. Todavía no se habían movido.

—¿Puedes caminar?

—Creo que sí. No me vendría mal un poco de agua.

—Ah, sí, claro… —Luca sacó de la mochila la botella de agua y las dos barritas energéticas.

Sarah bebió media botella como si acabara de cruzar un desierto andando. Después, abrió el envoltorio de una de las barritas y empezó a comérsela con calma.

—Lily está en casa de Jennifer —comentó Luca—. Le dije que iríamos a buscarla en un rato.

Al pensar en Lily Sarah esbozó una sonrisa entre bocado y bocado.

—¿Estás segura de que Pierce no te ha hecho daño? —insistió Luca.

—Segura. No sé qué te habrá contado a ti, pero fui a su casa sin saber que él estaba detrás del asesinato de Miller.

Empezaron a bajar lentamente por la pendiente.

—Pierce me dijo que te diste cuenta cuando estabas en su casa.

—Y así fue. Cuando vi el ventanal con las montañas, recordé que tú me habías hablado del millonario a cargo de la búsqueda, que os había llevado a ti y a Cynthia a la mina, y entonces hice la conexión. Pierce se dio cuenta enseguida.

—Pierce sabía que eras mi mujer. Me había investigado.

—Eso explica que haya estado tan alerta.

El camino era estrecho. Sarah avanzaba delante. La luz de la luna bastaba para ver por dónde iban.

—Encontré *Sonrisas de porcelana* —dijo Luca de repente—. Mientras intentaba averiguar cómo llegar hasta ti, descubrí el archivo en el ordenador.

Ella se detuvo y se giró. Luca no supo identificar la expresión de su rostro.

—Sólo leí el principio.

Sarah sonrió.

—No es eso. Pensaba contártelo pronto. Me da mucha vergüenza.

Luca la abrazó.

—No sabía que te gustaba escribir.

—Lo hice en mi adolescencia.

—Lo poco que he leído me ha parecido muy bueno. ¡Tienes que seguir! Podríamos quitarle algo de tiempo a nuestras charlas en el jardín.

—Abrázame.

Él lo hizo. Se quedaron un buen rato en silencio antes de seguir caminando hacia el coche.

51

Un mes después

Lily llevaba puesto su disfraz de unicornio: una pollera de tul con luces incrustadas que se encendían con un botón oculto en el cinturón, una tiara de plástico con un cuerno y alas de tela sujetas con dos gomas elásticas. Ah, y además, llevaba su varita mágica y su maleta de trucos, por supuesto.

—¡Damas y caballeros! A partir de ahora… queda prohibido hablar.

Sarah y Luca, que se habían ido al jardín precisamente para tener una conversación que se debían desde hacía varios días, se giraron al mismo tiempo.

—Lily…, ¿no ibas a dibujar?

—No soy Lily, soy la Maga Unicornia. Necesito silencio para concentrarme.

Mientras decía esto, la Maga Unicornia dejaba sobre la mesa la maleta mágica que le habían regalado sus tías para su último cumpleaños. Luca estuvo a punto de decirle que mamá y papá necesitaban hablar de algo importante, pero al verla tan concentrada optó por guardar silencio.

Lo último que Sarah le había dicho a Luca antes de que irrumpiera Lily era que, por fin, había tomado una decisión.

La Maga Unicornia desplegó su primer truco: el de la bola roja que viaja mágicamente desde el cubilete hasta la copa de plástico.

—¡Impresionante! —dijo Sarah—. ¿Cómo lo has hecho?

—La Maga Unicornia nunca revela sus trucos.

—Ahora puedes ir a dibujar —señaló Luca.

—¡No, papá! La bola tiene que volver al cubilete.

Lily volvió a mostrar la bola roja, que, efectivamente, seguía en la copa de plástico. Hizo un movimiento con la varita mágica alrededor

de la copa y después dibujó una línea imaginaria hasta el cubilete. Al darle la vuelta, allí estaba la bola roja. A continuación, con cuidado al desmontar la tapa de la copa, la Maga Unicornia mostró que la bola había desaparecido.

Sarah aplaudió.

—¡Bravo! ¡Bravo!

Al truco de la bola roja le siguió el de los conejos que se reproducen debajo del pañuelo, y después, el de la moneda que es atravesada por una serie de espadas.

Los dos aplaudieron al finalizar el espectáculo. La Maga Unicornia hizo unas reverencias finales y anunció el truco final, el más difícil de todos: el de su propia desaparición.

Sarah y Luca intercambiaron miradas de desconcierto. Era evidente que ninguno de los dos lo había visto nunca.

La Maga Unicornia se puso de pie en el centro del jardín con su varita mágica.

—Damas y caballeros, ¿listos para el truco final?

—¡Sí!

—Cerrad los ojos. ¡Y ahora, voy a desaparecer!

Tras escuchar las pisadas rápidas de Lily entrando en la casa y una risita proveniente del interior, los dos espectadores abrieron los ojos.

—¿Cómo es posible? —dijo Sarah.

—Pero si estaba aquí mismo hace un momento…

La risita volvió a oírse, pero Lily no regresó para presumir de su número.

Esperaron unos minutos, hasta que estuvieron seguros de que Lily estaría entretenida con otra cosa.

—He tomado una decisión —dijo Sarah.

—¿Vas a intentarlo?

Ella asintió en silencio, visiblemente emocionada, como si decirlo en voz alta fuera dar el salto definitivo al vacío.

—Si no lo hago, me arrepentiré. Sabes que no soy como tú; nunca he terminado de sentir que estoy en el sitio adecuado. Cuando escribo…

—La novela es muy buena, Sarah.

Luca lo decía de verdad. Había leído todo lo que Sarah llevaba escrito de *Sonrisas de porcelana* y no mentía. No era sólo la obra de alguien con más de diez años de experiencia en el departamento de policía; además la prosa era adictiva, directa y efectiva.

—Tengo mucho miedo, Luca…

—Sabes que cuentas con mi apoyo para lo que decidas. ¿Has pensado en terminar el libro mientras sigues en la policía? Quizás así estés más tranquila.

—Es lo que más he pensado. ¿Pero sabes qué? Escribir ese libro me ha abierto los ojos. El horror de nuestro trabajo me agotó hace tiempo, ya lo sabes; el cambio de área no ha servido de nada; si acaso, ha sido peor, porque siento que me he escondido de lo que debería estar haciendo en el departamento.

—Ya sabes que yo creo que eres buenísima en lo que haces. Eres detallista y tenaz; tienes cualidades muy por encima de la media para este trabajo. Pero si no lo sientes y no quieres hacerlo, eso ya es otra cosa.

—Puede que plantearme una carrera como escritora sea la peor idea del mundo. Si no funciona, ya veré qué hago. Lo que tengo claro es que no quiero que sea dentro del LAPD.

—No se hable más. Lo vamos a conseguir, ya verás.

—Estos días he estado leyendo sobre escritores que lo intentan y terminan tirando la toalla. Los que han cumplido ese sueño son muy pocos. Sé que es una apuesta arriesgada, y eso me aterra.

—Podemos apretarnos un poco el cinturón; estaremos bien.

—Gracias. Sé que eso significa que tendremos que posponer algunos de nuestros planes. Créeme, esa ha sido la parte más difícil de tomar esta decisión: sentir que decido por alguien más, por Lily y por ti.

—Sarah, eres la persona más centrada que conozco; si hay alguien que puede publicar ese libro, esa eres tú.

Ella sonrió.

—Gracias. Pero me temo que aquí no valen las reglas del empeño y la obstinación. Se necesita algo más, y no sé si lo tengo.

—Entonces vamos a averiguarlo.

Sarah sonrió.

—¿Sabes cuándo creo que tomé la decisión?

Luca sospechaba la respuesta, porque él también había aprendido mucho de la misma experiencia. Pero dejó que ella lo dijera.

—En la mina abandonada, cuando tuve miedo de perder lo que tenemos.

Luca pensó en decir que eso no iba a volver a suceder nunca, pero no fue capaz de hacerlo.

52

Luca fue suspendido durante siete días por desobedecer una orden directa. No era la sanción más alta que podía recibir, pero sí una muy grave que lo dejaba en la cuerda floja. Para él, lo más importante fue asumir su responsabilidad y exculpar a Cynthia y a Danny de la decisión de visitar a Tom Blair un día antes de que este decidiera quitarse la vida. El capitán no estuvo de acuerdo e intentó convencerlo de plantearle a Arson que la decisión la habían tomado entre todos, pero Luca se negó rotundamente. Arson exigió un castigo duro; si hasta ese momento el director había tenido a Luca en el punto de mira, a partir de ahora caminaría al borde del precipicio.

El suicidio de Tom Blair sería investigado, pero las declaraciones del doctor Mansel fueron concluyentes al confirmar que la visita de Luca se había realizado bajo su supervisión. Aún era pronto para asegurarlo, pero Ronald Blair había desistido de denunciar al departamento al conocer esta información. Luca tenía previsto hablar con el padre de Tom cuando las aguas se calmaran un poco.

El caso de Amanda Stewart, por su parte, se cerraría con las dos cartas escritas por padre e hija como pruebas. El caso de DeShawn Miller volvería a la oficina del sheriff y seguramente allí quedaría archivado durante mucho tiempo.

Sólo dos personas sabían lo que había sucedido en la mina abandonada con Ethan Pierce: la propia Sarah, a quien Luca le había contado la historia de Meredith Moore vista a través de los ojos de Pierce, y Cynthia, que le había dado su palabra de que aceptaría la decisión que él tomara sin hacer preguntas.

Danny Durham nunca supo qué tipo de urgencia personal alejó a Luca de la central el día del secuestro de Sarah. Cuanta menos gente lo supiera, mejor. Luca ya tenía bastante con saber que Pierce estaba en libertad después de haber cometido un asesinato. No dudaba de lo injusta y terrible que había sido la experiencia que le

había tocado vivir, tanto a él como a la propia Meredith. Pensar en cómo había pasado de un momento de felicidad plena a un infierno en vida, donde la muerte probablemente había sido el desenlace más piadoso, era desgarrador; Luca no podía evitar empatizar con ambos en ese sentido, sobre todo porque él mismo se había asomado a ese infierno por un instante.

Pero Pierce había actuado según su propia percepción, y eso era un problema para Luca. Porque la realidad era que no existía una certeza absoluta de que DeShawn le hubiera disparado a Meredith. Pierce podía creer que lo había visto, podía estar más o menos seguro, pero su visión podía ser subjetiva. Luca lo había presenciado innumerables veces: testigos o víctimas que aseguraban con rotundidad tal o cual cosa y, más tarde, las pruebas demostraban lo contrario.

Para eso existía el sistema del que Luca formaba parte, con sus fallos y sus injusticias.

Por otro lado, Pierce tenía sus propias reglas, y había demostrado ser capaz de cosas terribles por venganza.

DeShawn estaba muerto; nada de lo que Luca hiciera cambiaría eso, ni le daría la oportunidad de una defensa justa o de una condena razonable. A Miller le habían negado sus derechos y lo habían sometido arbitrariamente a una agonía que duró meses.

¿Qué iba a hacer Luca al respecto? Porque tenía claro que algo debía hacer.

También debía pensar en su familia. Si traicionaba a Pierce, estaría traicionando al hombre capaz de las venganzas más aberrantes. Un hombre sin reglas que, un día, podía levantarse y pensar que no se sentía cómodo sabiendo que alguien más conocía su secreto más oscuro.

Que Pierce estuviera en libertad, como si nada hubiera pasado, iba en contra de las razones por las que Luca formaba parte de un sistema en el que creía. Quedarse de brazos cruzados sería el recordatorio constante de que ya no era la misma persona que había sido siempre.

Al igual que Sarah, él también tenía que tomar una decisión.

Una decisión imposible.

EPÍLOGO

Un año después

Luca entró en el edificio del FBI en Wilshire Boulevard. No lo hacía desde hacía más de cinco años, cuando había colaborado con los federales en los crímenes de Hollywood.

Se identificó en el mostrador y al cabo de unos minutos recibió su acreditación.

—La agente Paget lo espera. ¿Sabe dónde está su despacho?

Luca dijo que sí, aunque lo único que sabía era que Alyssa estaba en la tercera planta, porque ella misma se lo había dicho por teléfono esa mañana, cuando lo había llamado para reunirse con él. Luca no sabía el motivo de la reunión; con Alyssa se veían de vez en cuando, pero nunca en el trabajo.

En cuanto salió del ascensor, se encontró con Alyssa, que venía con dos cafés, uno en cada mano.

—Estupendo, así me ayudas a abrir las puertas. ¿Cómo estás, Luca?

—Hola, Alyssa.

Ella le indicó con la barbilla la puerta que tenía delante. Alyssa no llevaba uno de sus trajes de falda habituales, sino pantalones y un chal; lo cual le hizo pensar a Luca que la reunión de esa mañana había sido algo de última hora.

—Me tienes intrigado… —le dijo mientras la seguía por un pasillo.

—No te hagas ilusiones —dijo ella mientras caminaba delante de él—. No voy a ofrecerte unirte al FBI.

Luca se rio.

—Eso no va a pasar nunca.

Ella se giró y lo miró con una ceja enarcada, sin dejar de caminar.

—Nunca digas de este agua no beberé.

—Tendré que acordarme de lavarme las manos antes de salir de aquí —bromeó Luca—, no vaya a ser que se me pegue la burocracia.

Llegaron a la oficina de Alyssa, un despacho amplio e impersonal que usaba temporalmente cuando estaba en la ciudad.

Sobre el escritorio no había gran cosa: un ordenador, un móvil y un par de carpetas.

—Siéntate, por favor —le dijo ella.

Su tono había cambiado.

Luca se sentó en el único sillón que había frente al escritorio. Alyssa hizo lo mismo.

—Podría haber hablado contigo durante uno de nuestros paseos, pero preferí hacerlo aquí para darle un carácter más formal. Perdona tanto misterio.

Luca estaba realmente desconcertado. Conocía a Alyssa y sabía que lo que acababa de decirle no era del todo cierto. Si ella lo citaba en su despacho, era porque la situación lo requería.

—Si vas a pedirme que colabore de nuevo con el FBI —dijo él, ahora hablando en serio—, te adelanto que las cosas en el departamento han cambiado. Arson…

Alyssa lo interrumpió con un gesto.

—Quiero que hablemos de Jermaine Beaufort.

Luca se puso inmediatamente tenso. La única vez que habían hablado de Beaufort con Alyssa había sido cuando él le pidió información sobre la relación de Beaufort con el FBI, un año atrás.

—No entiendo. ¿Qué pasa con Beaufort?

—Como sabes, salió de prisión poco después de reunirse contigo y con tu compañera. Lo que probablemente no sepas, aunque seguro que lo intuyes, es que negoció una reducción de su condena a cambio de información confidencial.

—Supuse que trabajaba para vosotros.

Alyssa hizo una pausa.

—Beaufort está muerto, Luca. Lo asesinaron hace dos meses. Un caso turbio; aún lo estamos investigando, pero no hay nada claro.

Luca procuró no mostrar sus emociones.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Ya llegaremos a eso. Primero, déjame enseñarte algo.

Alyssa abrió la carpeta que estaba sobre el escritorio. Sacó una fotografía impresa y la puso delante de Luca. En ella, aparecía Beaufort apuntando con un arma a alguien que no se veía. Estaba en un muelle. Detrás de él había algunas embarcaciones.

—Esta fotografía se tomó hace seis meses en Morro Bay, a trescientos kilómetros de aquí. Le disparó a una persona que tenía una embarcación allí: Ethan Pierce.

Luca se quedó mirando la fotografía, sin gesticular ni decir una sola palabra.

Ella guardó la fotografía.

—El FBI se hizo cargo de la investigación de la muerte de Pierce, bajo la hipótesis de que había una conexión con Beaufort que desconocíamos. Pero resultó ser falso; o al menos nuestros agentes no la encontraron. Beaufort actuó por su cuenta, sin seguir ningún protocolo con su enlace del FBI; como si un día se le hubiera ocurrido viajar a ese lugar y matar a ese hombre sin motivo aparente.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Para el FBI es un caso cerrado. No hay forma de relacionar a Beaufort con Pierce; al menos que sepas en qué dirección buscar.

Si Luca no supiera quién era Alyssa, pensaría que intentaba chantajearlo o sonsacarle información. Pero ellos estaban más allá de todo esto, por supuesto.

—Alyssa, por favor, sé clara conmigo.

—Estoy siendo todo lo clara que puedo, Luca. El nexo que une esos dos nombres es DeShawn Miller. Tú y yo lo sabemos perfectamente. La razón por la que yo lo sé es porque tú me preguntaste por Beaufort cuando estabas investigando el homicidio en la mina abandonada…

Alyssa señaló la carpeta donde estaba la fotografía.

—Miller era compañero de celda de Beaufort en Lancaster. Y Miller fue a la cárcel por el atraco a un restaurante donde la mujer de Pierce resultó gravemente herida. ¿Voy bien?

—Miller y Beaufort eran más que compañeros de celda —dijo Luca.

—Vale.

Alyssa apartó la carpeta.

—Una vez que conoces la conexión entre los tres: Beaufort, Miller y Pierce —dijo Alyssa—, es fácil imaginar el resto. Más con lo que acabas de decirme.

—¿Y la muerte de Beaufort?

Alyssa negó con la cabeza.

—No creo que tenga relación con esto; la verdad es que parece algo fortuito. Estaba en el lugar equivocado a la hora equivocada. El asesinato de Pierce fue hace seis meses. El de Beaufort, hace dos.

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora?

—Supongo que iba a hacerlo tarde o temprano; porque creo que te dejaría tranquilo saber que nadie seguirá preguntándose qué interés podría tener Beaufort en matar a Pierce. Y si Pierce le hizo algo, cómo se enteró. Pero ahora me siento forzada a decírtelo.

Luca la miró extrañado.

—¿Por qué?

—Porque necesito pedirte un favor enorme. Y siento que la única forma de convencerte de que me ayudes es mostrándote que yo también te he ayudado a ti.

—¿No puedo negarme por lo que me acabas de contar?

Alyssa se rio.

—Sabes que no va por ahí. No puedes negarte porque eres el único que puede ayudarme.

—¿Yo? No entiendo.

Alyssa asintió. En su rostro empezó a dibujarse una sonrisa.

—¡Creo que sé dónde está, Luca…!

—¿Quién?

—¡Peyton! Estoy casi segura de que sé dónde se esconde esa hija de puta.

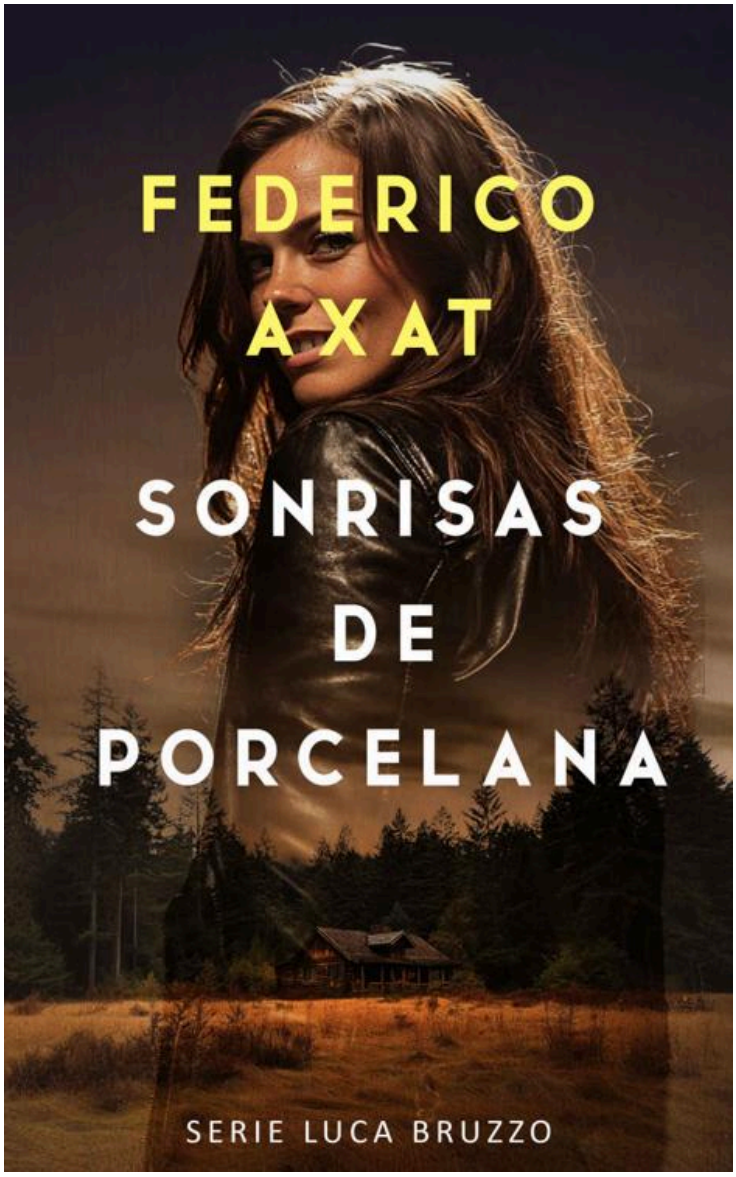
Luca no se esperaba algo así, por supuesto.

—¡¿Qué?!

La sonrisa de Alyssa se ensanchó.

—Lo que oyes. Creo que sé dónde se esconde Peyton Allen, y tú eres el único que puede ayudarme a encontrarla.

Siguiente libro de la serie



Sonrisas de porcelana



SONRISAS DE PORCELANA

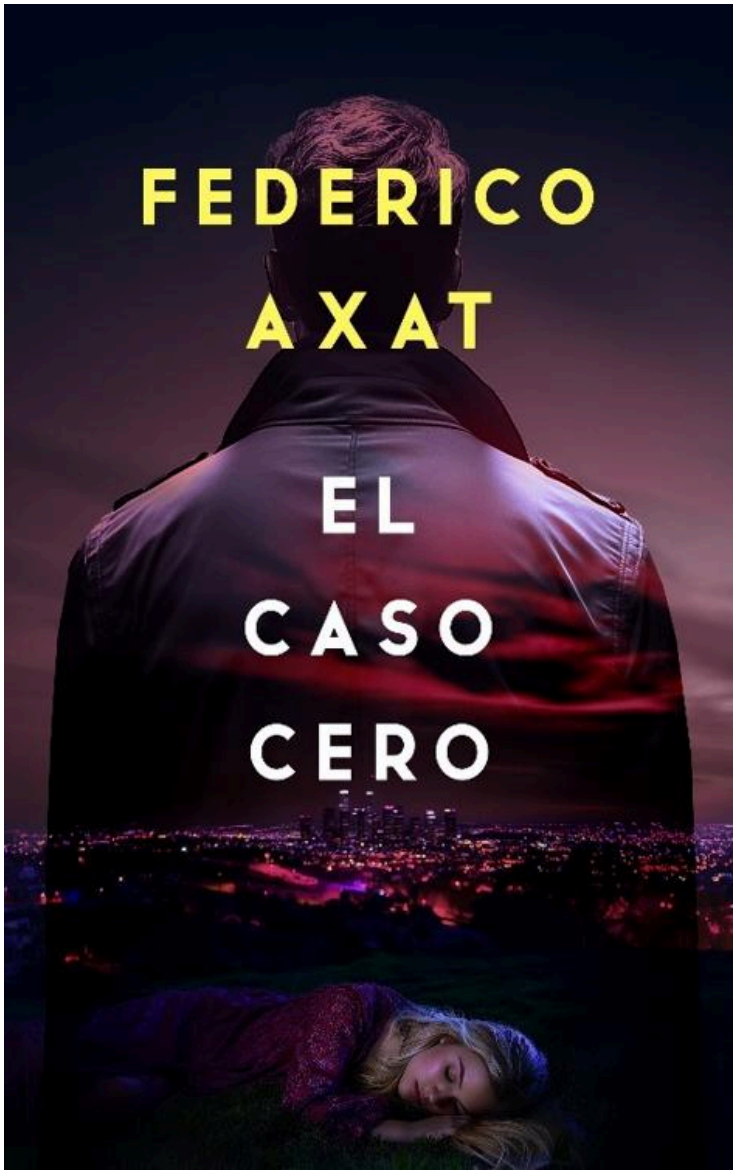
Puedes cambiar de aspecto, pero nunca tu esencia.

Ya sabes quién soy. Los crímenes de Hollywood fueron mi bautismo de fuego, una declaración explosiva. También una torpe exhibición de poder.

Creías que había desaparecido, ¿verdad? Que me había convertido en un fantasma, una leyenda urbana. Nada más lejos. El horror ya no será una función para las masas, sino una pieza única, personalizada, creada a medida.

El telón está a punto de levantarse de nuevo. Prepárate para tu papel.

Novela gratis



El caso cero



Suscríbete a mi lista de correo y recibe gratis **El caso cero**, una precuela de la serie de Luca Bruzzo.

Además, te enviaré un correo mensual con novedades y promos exclusivas.

Nota al lector

¡Gracias por llegar hasta aquí! Si te gustó este libro te voy a pedir un gran favor: que te suscribas a mi lista de correo en federicoaxat.com, donde iré contando novedades de la serie de Luca Bruzzo y del resto de mis libros, así como informando de promociones especiales y futuros lanzamientos.

También ayuda muchísimo que dejes una reseña en Amazon, Goodreads o cualquier otra web de libros.

Cualquier cosa que quieras decirme, mis redes sociales están abiertas para cualquiera que quiera contactarme. Disfruto mucho el diálogo con los lectores y nunca dejo de contestar un mensaje. ¡Nos leemos pronto!

Federico Axat
2025